



ຮ່າຍ
ເຫັນສົກເລີຍ

LOVE YOU TEACHER

VOL.2



AVISO

Amarte Maestro no es nuestro trabajo.

Todos los derechos pertenecen al autor original.

Esta es solo una traducción hecha por un fan, para fans, sin fines de lucro; se pueden encontrar errores.

Esta no es una traducción oficial.

Publicado con el único propósito de compartir la Historia con aquellos que no tienen acceso al idioma original.

**Si lo solicita el autor o el editor, la obra será
Eliminado inmediatamente.**

Apoya el trabajo original.

© Todos los derechos reservados

Traducción y edición: tormenta y nalivia

Desde el fondo del corazón del autor.

En mi vida, nunca imaginé que un día me sentaría a escribir una novela BL con mis propias manos. Si el "yo" de hace siete años pudiera ver quién soy hoy, sin duda tendría muchas preguntas. Pero creo que esas preguntas le harían reflexionar y darse cuenta de que la vida aún tiene mucho que enseñar. Experimentar algo nuevo, como escribir esta historia, forma parte de eso.

En esta página en blanco quiero aprovechar este espacio para agradecer a todas aquellas personas que se convirtieron en inspiración para escribir este trabajo.

Agradezco a todos los escritores de romance gay y productores de series BL que han creado historias de amor tan hermosas, permitiéndome abrir mi corazón y comprender el amor de una manera diferente. Gracias por llenar mi corazón de tantas emociones diferentes.

También quiero agradecer a los profesionales de la psicología que cuidaron de mi salud mental durante tantos años. Gracias por darme respuestas en los días en que me sentía perdido. Aunque todavía no entiendo del todo todas esas respuestas, como siempre decías: "Tómalo con calma. Paso a paso".

Y finalmente, agradezco a la profesora Manee, mi maestra de primaria, una persona fundamental que cambió mi vida para siempre. Desde aquel día que me dijo: «Jaruphat, ya eres muy bueno».

Gracias por ver mi valor en un momento en que aún no me entendía a mí mismo. Finalmente, agradezco al Padre Jee y a la Madre Kid, quienes siempre permitieron que este hijo testarudo e ingenuo intentara hacer lo que quería y aprendiera por sí solo.

Dome promete que, el día en que esté demasiado cansado para soportar la vida en la gran ciudad, regresará a casa para que su padre y su madre puedan cuidarlo nuevamente, tal como lo hicieron con el pequeño Dome de 7 años.

Disfrute de la lectura.

— dd

"Ese es el verdadero problema del mundo. Demasiadas personas crecen. Después de todo,
"Los adultos son sólo niños que han crecido."
Walt Disney





Pobmek estaba sentado en el sofá de la casa de Jee, sosteniendo una guitarra. La fría madera de la guitarra acústica en sus manos le producía una sensación extraña y desconocida. Las puntas de sus dedos presionaban las cuerdas con tanta tensión que se volvían casi blancas. Formaba los acordes, repasando cada posición, mientras Jee lo acompañaba a su lado, acorde a acorde. Jee observaba atentamente la colocación de los dedos de su amigo, como si fuera un tasador de diamantes.

Do, Am, Rem, Sol...

Pobmek rasgueaba la guitarra con rigidez y confusión. Todo su cuerpo estaba rígido, como un robot controlado por cables. A Jee le pareció extraño; sus ojos brillaban con preguntas.

—Es raro, tío. Parece que nunca has cogido una guitarra. Sabías tocar, ¿verdad? ¿Por qué te pusiste tan rígido de repente?

Pobmek bajó la cabeza de inmediato. Sus movimientos se volvieron bruscos, como si un secreto largamente guardado hubiera sido revelado. Volvió a concentrarse en los acordes y respondió con evasivas, con la voz ronca, evitando el contacto visual con su amigo.

—Es que estuve estudiando demasiado... así que terminé dejando de jugar.

—¿En serio? Pues intenta practicar poco a poco. Con el tiempo volverás a dominarlo. Repitamos.

Jee habló en un tono tranquilizador.

Do, Am, Rem, Sol...

Pobmek intentó rasguear una vez más. Esta vez, su determinación fue mayor. Al cabo de un rato, sus manos empezaron a temblar; sus dedos se crisparon ligeramente, como si una débil corriente eléctrica los recorriera. Cuando intentó tocar, el sonido salió discordante, un ruido que azotaba los oídos, como una cuchilla raspando contra metal, haciendo que Jee se burlara:

—Con tu mano temblando así, casi pareces poseída, ¿eh?

Jee rió abiertamente. Pobmek permaneció en silencio, sin responder. La vergüenza y la irritación explotaron en su interior, como lava hirviendo en un volcán.

En ese momento, sonó el celular de Pobmek. Era Phafan, su madre, quien llamaba. Pobmek contestó.

— Hola, mamá... ¿eh? ¿En el apartamento? ¿Ya estás aquí?

La voz de Pobmek se volvió aguda por el puro miedo.

—Es solo tu madre que viene a verte. ¿Por qué tanto pánico? —susurró Jee, confundido. Su rostro estaba prácticamente lleno de interrogantes.

Pobmek palideció, aún con el celular pegado a la oreja. Su rostro palideció, como si le hubieran drenado toda la sangre de golpe.

En el pasillo del edificio, a esa hora, Phafan estaba de pie frente al apartamento de Pobmek. Permanecía en el felpudo, hablando por teléfono con su hijo.

—¿En serio? Creí que estabas en la habitación... No dejaba de oír ruidos extraños, como "toc toc", "crujido, crujido"... Esto no está bien. ¿Y si es un ladrón?

La preocupación de Phafan la hacía sentir como si hilos pegajosos de telaraña se le envolvieran en el cuello. Llamó repetidamente a la puerta para que entrara quienquiera que estuviera dentro. Los golpes eran rápidos y fuertes.

Mostrando su propia angustia, habló apresuradamente:

—Él no es un ladrón, mamá...

—Entonces ¿quién es?

La puerta del apartamento se abrió. La puerta se abrió, revelando el interior de la habitación y, con ella, a Solar, quien apareció para saludar a Phafan. Vestía una sencilla camiseta blanca.

— Ah... buenas noches, señora.

Phafan se quedó mirando atónita. Su mirada recorrió a Solar de pies a cabeza, como si intentara procesar a toda prisa esta información inesperada. Solar sonrió y rápidamente levantó las manos en un saludo cortés y amistoso. Phafan, mirándolo, habló con Pobmek por teléfono:

—Ah... entonces ¿eres tú el tipo que vino a arreglar la habitación?

Solar se sorprendió. Arqueó ligeramente las cejas, pero entonces se dio cuenta de que en realidad tenía un destornillador en la mano. El malentendido le pareció divertido, como si hubiera entrado sin querer en una escena de comedia.

Pobmek corrió al coche de Jee, desesperado. Se abalanzó sobre el asiento con fuerza, con el corazón acelerado. Lo adelantó con movimientos bruscos y descuidados. Jee lo miró con desaprobación, con el rostro fruncido por la incredulidad.

—Ya lo había ajustado todo a la perfección. ¿No podías simplemente dejar de estropearlo todo?

— ¡Ja! Deja ya de obsesionarte con el TOC un segundo, ¿vale? ¡Me muero de los nervios!

La voz de Pobmek resonó con fuerza, cargada de miedo. Las venas de sus sienes palpitan, como cuerdas estiradas al límite.

¿Eh? ¿Y por qué estás tan nervioso?

Nunca le dije a mi madre... que mi novio... es un hombre.

La confesión salió de su boca como una explosión de presión que se había acumulado durante años. Jee se quedó atónito ante la respuesta de su amigo; abrió los ojos como platos, como si el mundo se le hubiera puesto patas arriba. El impacto fue tan fuerte que se quedó sin palabras. Pobmek estaba visiblemente tenso, apretando el puño con tanta fuerza que se le clavaron las uñas en la palma.

La puerta del apartamento se cerró de golpe, con un sonido sordo que recordó a un pequeño terremoto.

Phafan entró unos pasos en la habitación. Su sofisticado perfume reemplazó el aroma que flotaba en el aire. Solar se quedó paralizado. Sintió como si lo hubieran congelado en hielo polar; cada célula de su cuerpo parecía paralizada para procesar esta repentina intrusión. Sobre la mesa, en el centro de la habitación, yacían las piezas del equipo que Solar acababa de reparar. Las herramientas parecían inocentes, casi irónicas, en contraste con el caos emocional que comenzaba a formarse. Un sudor frío brotó de la espalda de Solar, como gotas de rocío matutino. Intentó presentarse, pero sentía la lengua pesada como el granito y la garganta seca como un desierto agrietado.

—Sí... señora, yo... yo...

—No te preocupes, joven. Puedes seguir trabajando.

Las palabras de Phafan cortaron el aire con indiferencia. Solar se esforzó por tragar saliva y recuperar los fragmentos de lucidez que aún le quedaban.

— Bueno... no soy técnico.

—Ah... ¿Entonces eres de la administración del condominio? Siéntete como en casa.

El rostro de Phafan no mostró sorpresa alguna. Su mirada...

Ella examinó meticulosamente toda la habitación, como un escáner forense, antes de continuar hablando en un tono lleno de orgullo por sí misma y por su hijo:

—Vine a sorprender a mi hijo y a su novia. Trabaja tan bien que ya tiene suficiente dinero para comprarse un piso, así que quería visitarlos un rato... y también quería conocer a su novia, ver si es guapa.

- Sí...

La palabra «hermosa» fue como un dardo envenenado que atravesó a Solar, haciéndole palpitar las sienes como si las apretaran con tenazas de hierro. La sonrisa de Phafan era fría y peligrosa, como la mueca de un naga a punto de enroscarse en torno a su presa.

Fue entonces cuando Phafan vio la tierna e íntima foto de Solar y Pobmek colgada en la pared. Su mirada se detuvo al instante, como un tren de alta velocidad que se estrella de repente contra una pared de acero. Quedó en shock. La luminosa foto en la pared era como un titular de primera plana que gritaba a cualquiera que la viero. La imagen de los dos, tan cerca, llena de intimidad física y emocional, dejó claro de inmediato que eran pareja. La verdad golpeó a Phafan con fuerza, como el impacto de un proyectil de artillería pesada.

Phafan miró fijamente a Solar, que estaba allí, pálido. Su rostro estaba tan blanco que parecía casi translúcido, como una capa de hielo a punto de romperse.

"Mi madre es demasiado cruel. Nunca acepta nada fácilmente."

La mente de Pobmek retrocedió en el tiempo, a sus días de instituto. Caminaba detrás de su madre, quien lo acompañaba a casa. Sus pasos se sentían pesados, como si le hubieran atado pesas de hierro a las piernas. El ambiente frente a la escuela estaba lleno de...

...de confusión. El murmullo era ensordecedor, como una colmena perturbada. El sol de la tarde quemaba sin piedad, con un calor tan intenso que la piel parecía que se estuviera asando allí mismo, donde el coche se había detenido a esperar. Una amiga de Phafan estaba allí con su hijo. La sonrisa de la amiga de la madre era neutra, superficial. Un poco más allá, había un pequeño puesto de ensaladas picantes; una joven trans mezclaba las especias. Su larga melena negra caía suelta, brillando como una cascada bajo la noche. Reía animadamente con los clientes.

Phafan se giró para hablar con su amiga, mirando de reojo a la vendedora. Los ojos de Phafan brillaban con una mezcla de curiosidad y repulsión. Pobmek oyó cada palabra con claridad, como si la voz hubiera sido amplificada por un altavoz gigante.

¿Es eso una mujer o un hombre, de todos modos?

Al oír esto, una opresión se apoderó del pecho de Pobmek, como si le inflaran un globo. Miró a la joven del puesto de ensaladas. Su rostro se congeló por un instante; la sonrisa que una vez había sido tan vibrante estalló como una pompa de jabón. Pobmek supo que lo había oído. Intentó contener a su madre, pero la palabra «madre» le pesaba y se le quedó atascada en la garganta, como una piedra demasiado grande para tragarla.

- Madre...

Phafan continuó hablando con su amiga, ignorando la voz baja de su hijo. Sus palabras eran agresivas y frías:

Hoy en día, los jóvenes son todos raros. Por eso hago todo lo posible por criar bien a mi hijo, brindarle un buen círculo social y ayudarlo a elegir una universidad que le convenga.

La amiga de la madre se giró y le sonrió suavemente a Pobmek, una sonrisa que, al mismo tiempo, transmitía presión.

—Elegiste contabilidad, ¿verdad? ¿Es buena? ¿Te gusta la carrera?

Pobmek ni siquiera tuvo tiempo de responder cuando Phafan habló, antes de que alguna palabra pudiera salir de la boca de su hijo:

—Claro que es bueno. Es una buena universidad, un buen ambiente. Yo fui quien decidió que se quedara en la residencia del campus, así que hay adultos cuidándolo. Si lo dejo vivir solo, ni siquiera sé en qué líos se meterá.

La frase «Yo elegí esto» le impactó el corazón a Pobmek con la fuerza de un mazazo. Eso no era amor, era control, apretándose cada vez más, como enredaderas gigantes que se enroscaban y lo asfixiaban.

Al oír esto, la opresión en su pecho se expandió hasta casi no poder contenerla. Respirar se volvió difícil, como si sus pulmones estuvieran siendo comprimidos por una gravedad mucho mayor. Solo pudo permanecer inmóvil, inmóvil como una estatua de piedra, dejando que las palabras de su madre decidieran su destino.

El coche de Jee avanzaba por la avenida principal. El rugido sordo del motor sonaba como un susurro que intentaba romper el pesado silencio. Dentro del coche, una tensión invisible llenaba todo el espacio.

Jee se quedó atónito tras escuchar la historia de Pobmek. Parpadeó rápidamente, como si el procesador de su cerebro estuviera sobrecargado.

Vaya... ¿tu madre realmente es así?

La voz de Jee sonaba ronca, como la de alguien sediento. Pobmek apoyó la cabeza en el respaldo del banco; el cansancio lo invadió como una ola gigante rompiendo en la playa.

—Y eso sin mencionar que me llamaba todos los días cuando estudiaba en el extranjero. Si es preocupación, lo entiendo... pero parece más como si me estuviera observando, buscando defectos en todo lo que hago.

La frase "buscando el error" sonaba pesada y fría. Era una sensación que...

...lo había estado carcomiendo durante mucho tiempo, como moho creciendo en la oscuridad. Jee ladeó ligeramente la cabeza; su rostro reflejaba una genuina incomprendión. Los recuerdos que Jee tenía de Phafan eran completamente distintos a los que Pobmek le contaba, como si fueran películas completamente distintas.

—¿En serio? Pero, por lo que conozco de tu madre desde que éramos niños, incluso antes de ir a la universidad, nunca la había visto tan estricta.

De repente, Pobmek se giró para mirar a Jee. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendido.

— ¿Eh? ¿En serio? ¿Y cómo la viste?

La pregunta salió cargada de una confusión palpable, como si acabara de descubrir que la persona a la que siempre había llamado madre era, de hecho, sólo una actriz que interpretaba un papel.

— No sé... me pareció una mujer muy moderna, cool, en sintonía con el mundo, al día de las cosas nuevas.

La visión que Jee tenía de Phafan era superficial y moderna, un retrato que chocaba directamente con el "carcelero" que Pobmek conocía tan bien.

¿Eh?... ¿Es esa mi madre?

La incredulidad temblaba en su voz, como un eco de un abismo de malentendidos.

Jee asintió. Un solo asentimiento bastó para hacer tambalear todo en lo que Pobmek siempre había creído. Se sentía como si lo partieran en dos: por un lado, la realidad que vivía en su casa; por el otro, la imagen ilusoria que su madre había construido del mundo exterior.

— Es casi como si no fuera la misma madre... Pero, hombre... no tengo idea de si mi madre podrá aceptarlo...

— ...¿o no? Todo el asunto de que salgo con Solar...

Este miedo se convirtió en una enorme nube oscura que cubría el corazón de Pobmek. Era pesado y frío. La incertidumbre sobre la aceptación de su madre era como una espada gigante que pendía sobre su relación con su novio.

Entonces... eso significa que...

La voz de Phafan salió baja y ronca, como polvo cayendo al suelo. Solar tragó saliva con dificultad. Un nerviosismo escalofriante se extendió por todo su cuerpo. Enderezó la postura, reuniendo todo el coraje que le quedaba.

— Sí... soy el novio de Pobmek... mi nombre es Solar...

Phafan permaneció inmóvil. Su rostro se congeló, como una máscara tallada en mármol pulido, sin mostrar emoción alguna. Luego, lentamente, esa expresión se transformó en una sonrisa. La sonrisa se ensanchó gradualmente.

— ¡Por fin te conocí!

Phafan se movió con rapidez, como un animal que despierta de un trance. Se acercó a Solar y lo abrazó. El abrazo llegó de repente, con firmeza, casi como una trampa que se cierra.

Solar se sobresaltó; los músculos de todo su cuerpo se tensaron, como si se hubieran petrificado. Entonces, confundido, terminó devolviéndole el abrazo. Phafan retrocedió rápidamente y miró el rostro de Solar con una sonrisa que parecía sincera.

—De verdad parece una serie BL. Así de lindos se ven juntos.

Solar sintió un alivio inmediato. Una sensación de alivio lo inundó como una fresca brisa de verano. La reacción de Phafan lo sorprendió enormemente.

Sí... ¿quieres beber algo primero?

Solar fue al refrigerador y abrió la puerta. Sacó una botella de agua. Phafan se acercó con paso seguro, sacó una lata de cerveza plateada y helada, la abrió y la levantó para beberla de inmediato.

El "psss" de la lata resonó fuerte y agresivo en la habitación silenciosa. Solar se quedó sin palabras; la botella de agua que tenía en la mano de repente le pareció pesada.

—Ahora que por fin conocí al novio de mi hijo, hay que celebrarlo, ¿no? ¿Te apetece un poco, Solar?

—Mejor no, señora. Gracias.

Si no tuviera un hijo, ya estaría sentada junto a la piscina, bebiendo una cerveza y sin importarme nadie durante mucho tiempo.

— Bueno, entonces ¿por qué no intentas hacer eso al menos una vez?

Phafan ladeó ligeramente la cabeza, como si estuviera pensando en algo. Pequeñas arrugas aparecieron en las comisuras de sus ojos al entrecerrar la mirada.

—Sí, claro... Dejé de hacer muchas cosas que disfrutaba hace mucho tiempo... desde que conseguí a Pobmek.

Solar escuchaba en silencio; había un destello de empatía en sus ojos. Phafan miró dentro del refrigerador. El vacío interior parecía reflejar algún tipo de vacío en su propio corazón.

—¿Sabías que a Pobmek le gusta el cangrejo al vapor con hierbas? Siempre se lo preparo cuando llega a casa... pero hace tiempo que no viene. Debe estar muy liado con el trabajo.

Phafan se giró hacia Solar, quien la observaba con una leve sonrisa. La sonrisa de Solar era cálida y amable, llena de una silenciosa esperanza de ver una conexión genuina entre esa madre y su hijo.

— ¿Eh? ¿Por qué sonrías? ¿Pasa algo?

— No, no es nada... Es solo que eres tan cariñoso y amable con Pobmek que pensé que ustedes dos eran muy cercanos... pero luego...

Ni siquiera había terminado de formular la pregunta. Antes de que la duda se disipara por completo, la puerta del dormitorio se abrió de repente.

Pobmek entró en ese preciso instante. El corazón le latía con fuerza. Miró a Solar conmocionado, con los ojos abiertos y llenos de sospecha. Luego, volvió a mirar a Phafan. Verla sosteniendo una lata de cerveza lo sorprendió. Esa escena contrastaba profundamente con la imagen de la "ejecutora de las reglas" que siempre había conocido. Pero Phafan decidió confrontar lo que Pobmek sostenía. Su mirada se volvió aguda, fija en un solo punto, hasta que Pobmek se sobresaltó. El miedo recorrió todo su cuerpo. Asustado, olvidó que sostenía la guitarra y respondió apresuradamente, nervioso:

—Sí...esa guitarra...

¡Es mío!

Jee apareció corriendo en ese preciso instante, acudiendo al rescate como un bote salvavidas que se lanza hacia un naufrago. Pobmek le pasó rápidamente la guitarra a Jee. Phafan lo miró con extrañeza, arqueando ligeramente una ceja.

— ¿Eh? ¿Jee? ¿Cómo llegaste aquí?

—Hace un rato que salí para atender unos asuntos con Pobmek, señora.

—Es genial que todavía seas amigo de mi hijo.

—Por supuesto. Y tuve la suerte de trabajar en el mismo sitio que él.

Pobmek se quedó atónito con lo que dijo Jee. Casi se le salieron los ojos de las órbitas. Tenía la boca seca, como si lo hubieran dejado en medio del desierto.

¡Guau, qué bien! Trabajar en la misma firma de contabilidad... ¡Qué gente tan dedicada!

Jee se quedó sin palabras ante las palabras de Phafan. Su rostro palideció ligeramente mientras miraba a Pobmek, claramente inseguro de qué hacer. Pobmek le hizo un gesto para que se dejara llevar. Ese pequeño asentimiento estaba cargado de desesperación.

—No es exactamente así, señora... jajaja...

Jee forzó una risa para disimularlo. El sonido salió extraño, antinatural, como metal raspando contra metal. Los tres amigos estaban extremadamente tensos. La presión parecía aplastarlos, como si una enorme losa de hormigón estuviera sobre sus hombros. Se miraron, sin saber cómo continuar con esta farsa.

En la mesa, todos sentados juntos, la tensión flotaba en el aire. Era tan densa que casi se podía tocar. Phafan sirvió la comida a Pobmek, luego a Solar con amabilidad y luego se volvió hacia Jee:

—Y tú, Jee, trabajas de auditor, ¿verdad? ¿Cómo es el trabajo?

En cuanto terminó de hablar, Phafan sirvió comida en el plato de Jee. Pobmek dejó caer la cuchara con aprensión; el tintineo del metal contra el plato sonó agudo, como la alarma de un reloj que avisa de peligro. Se giró rápidamente para mirar a Jee, con los ojos llenos de miedo.

—Sí... eso es bastante genial...

Eso es genial. Un buen trabajo proporciona una vida estable.

Phafan miró la guitarra de Jee, apoyada en la pared cercana. Su mirada reflejaba admiración por el camino que había elegido.

—Y todavía toca la guitarra como pasatiempo... eso me recuerda a la época de Pobmek en el instituto. Él también tocaba música, ¿sabes?

Solar asintió en silencio. Podía sentir la oleada de incomodidad que emanaba de Pobmek. Se giró para mirarlo y notó lo tensa que estaba su expresión en ese momento. Los músculos de la mandíbula de Pobmek se contrajeron ligeramente, su rostro se contorsionó como un paño escurrido hasta secarse.

Los recuerdos de la época de Pobmek en el instituto volvieron a la mente de golpe. Entre bastidores, durante el concurso de música de la escuela, el olor a sudor, polvo y amplificadores calientes se mezclaba en el aire. Pobmek y su grupo de amigos, vestidos con sus uniformes escolares, estaban reunidos allí. El corazón de Pobmek latía con fuerza en su pecho: una mezcla de emoción y miedo, como la sensación de un paracaidista a punto de saltar de un avión.

— ¡Y ahora llegamos a la última banda de los Hot Wolf Music Awards! Un aplauso para... la banda...

La voz del presentador resonó desde el escenario. Pobmek y sus amigos se dieron la mano en un grito de ánimo. Apretaron las palmas con fuerza, como si se transmitieran confianza. Luego, gritaron el nombre de la banda al unísono, tras el anuncio del presentador:

¡¡¡Ataque de arte!!!

Los amigos comenzaron a subir al escenario, mientras los gritos del público estallaban, perforando las paredes. Pobmek ajustó la guitarra que llevaba colgada del hombro, preparándola para tocar. Tenía los dedos fríos, pero listos para tocar las cuerdas.

Justo cuando estaba a punto de subir al escenario, sonó el teléfono. Era el número de su madre. La pantalla que se iluminó de repente fue como el haz de luz de una linterna que desgarraba el sueño que estaba a punto de vivir. Pobmek miró el dispositivo con aprensión; en sus ojos...

Se desató una batalla entre el sueño y el deber. Antes de cambiar de opinión, rechazó la llamada. Presionó el botón de colgar con rapidez y decisión. Luego subió al escenario, logrando ahogar su propia culpa bajo las luces de neón.

Pero Pobmek tampoco era un buen jugador, ¿sabes?

Mientras tanto, Phafan seguía contando historias sobre su hijo. Su voz sonaba clara y ligera, sin darse cuenta de que estaba reabriendo viejas heridas.

—Pero por suerte Pobmek no perdió el tiempo dándole vueltas a eso; recobró el sentido común y volvió a estudiar hasta aprobar el examen de contabilidad. Por lo demás, bueno...

—Deberíamos dejar de hablar de esto, mamá.

Las palabras de Pobmek salieron de repente, cortas y secas. Afiladas y frías como una cuchilla de hielo. Pobmek echó la silla hacia atrás; sus movimientos fueron bruscos y rápidos, demostrando que ya no quería participar en esa conversación. Solar no quería empeorar el ambiente y rápidamente extendió la mano para aliviar la tensión:

—¿Quieres postre? Yo también pedí algunas cosas. Elijamos juntos; pedí varias opciones.

Phafan se giró hacia Solar. Su rostro cambió de desconfianza a interés por los dulces en un abrir y cerrar de ojos, ignorando por completo la condición de su hijo, como si fuera un mueble más en la habitación. Solo Solar miró de reojo, con compasión evidente en sus ojos. Pobmek claramente no estaba contento con la situación.

El tiempo transcurría lentamente, arrastrándose, como miel espesa.

Jee estaba charlando con Phafan en un rincón de la habitación mientras comía el postre...

Phafan parecía genuinamente feliz. Su risa era clara y resonante, como el sonido de una campanilla de viento. Bebió su café con calma, como si estuviera sentada en su propio trono.

En la cocina, cerca del fregadero, Solar vio a Pobmek lavando los platos. La espalda de Pobmek parecía estar cargada con un peso enorme; sus movimientos eran lentos, sin vida. Solar se acercó y lo envolvió por detrás en un suave abrazo. El calor de su cuerpo era como un escudo contra la tensión invisible que flotaba en el aire.

- ¿Está bien también?

"Ajá... Lo intento..." La voz de Pobmek salió ronca, casi un susurro. Intentó tragarse el nudo que tenía en la garganta.

—Ahora sólo tengo miedo de que mi madre descubra que cambiaste de Chan a Khan... y luego está todo el asunto de que yo también soy maestra de escuela primaria...

Pero tu madre parece buena persona. ¿No te preocupas demasiado?

Pero es precisamente mi madre la que me hace sentir así ahora.

Pobmek apretó los dientes. Sus sentimientos eran como una habitación llena de gas inflamable, y su madre estaba allí sosteniendo una cerilla encendida.

— Mmm... espera un poco más. Tu madre debería irse pronto.

Jee se acercó a Pobmek y Solar; su rostro mostraba claramente su prisa. Intentó pedir ayuda con la mirada.

Oye, ya me voy, ¿vale? Tengo que volver a corregir la tarea de los niños.

Al oír esto, Phafan se giró para encararlos. Sus movimientos se ralentizaron un poco, pero su mirada se agudizó. Pobmek miró a su amigo con los ojos abiertos, como una presa vigilada. Había desaprobación y pánico en la mirada que dirigió a Jee. Jee lo notó y se corrigió rápidamente:

— O sea, revisar los informes contables de los becarios... si llego tarde, no habrá tiempo.
¡Hasta luego, gracias!

Jee salió corriendo de la habitación, desapareciendo tan rápido como si hubiera visto un fantasma. Phafan escuchó la explicación y pareció aceptarla sin pensarlo mucho. Su distracción enmascaró cualquier extrañeza; no sospechaba nada. Pobmek se volvió entonces hacia su madre, decidido a forzar una solución a la situación:

—¿Y a qué hora te vas? Puedo llevarte.

Phafan sonrió. Su sonrisa era amplia y algo forzada. Miró hacia un rincón de la habitación. Pobmek siguió su mirada y vio allí una pequeña maleta. Esa maleta, erguida, parecía un monumento a la destrucción de todos sus planes. A Pobmek se le encogió el corazón.

—Pensaba quedarme aquí dos o tres días. Puedo estar en el sofá, no te preocupes. Puedo arreglármelas sola. Normalmente comen aquí en la habitación, ¿verdad?
Mañana seguro que les cocino.

Phafan parecía completamente tranquilo. Fue precisamente esta calma la que hizo que Pobmek se sintiera aún más sofocado. Quería gritar. Sus ojos se abrieron de par en par, vacíos; sus pensamientos corrían sin control, como una montaña rusa descarrilada. Su mano apretó la esponja de lavar platos hasta que casi no quedó agua. Solar se limitó a forzar una sonrisa resignada y respondió, intentando afrontar la situación inesperada con calma:

—Entonces te prepararé un lugar para dormir.

-Gracias querida mía.

Solar se acercó a Phafan para distraer a la madre de su novio de Pobmek. Pobmek dejó de lavar los platos y dejó caer la esponja y los platos en el fregadero. Ese descuido fue un gesto silencioso de desesperación. Sin decir nada, se fue directo a su habitación.

...para encontrar un espacio seguro, lejos de la mirada de su madre.

Pobmek se arrojó sobre la cama. Su cuerpo cayó con fuerza sobre el colchón y se acurrucó bajo la gruesa manta. Esa manta se convirtió en un refugio, un escondite oculto. Sacó el brazo de debajo de las sábanas y agarró rápidamente su celular.

Envió un mensaje al grupo: "Pobmek necesita ayuda".

La pantalla del teléfono era la única fuente de luz dentro de esa cueva de miedo. Lo primero que envió fue una pegatina de un cachorro llorando. Esa pegatina representaba el grito que no podía soltar.

"Es así de pesado, hombre..." respondió Jee.

"¿Qué pasó? ¿Pasó algo?", preguntó Sodchuen.

— Necesito un tutorial para que mi mamá no descubra que soy profesora... y que Solar es Chan... — respondió Jee con un sticker de alguien pensando, lo que demostraba la dificultad de encontrar una solución que no aparecía por ningún lado.

— Y me he estado despertando tarde estos días. Si mi mamá se despierta y ve a Chan, estoy en problemas.

La imagen de Solar en "modo Sol", despertando frente a su madre, apareció vívidamente en la mente de Pobmek. Era una escena de desastre, como un volcán a punto de entrar en erupción.

"Entonces sécalo de la habitación rápidamente", respondió Sodchuen.

— ¿Y dónde lo llevo?

Sodchuen envió la ubicación. Un punto azul apareció en la pantalla: era la ubicación de su escuela. Pobmek se quedó mirando, pensando. Su cerebro empezó a procesar todo rápidamente, como una computadora a toda velocidad. El camino a la escuela parecía la vía de escape de ese asedio de secretos a punto de derrumbarse.

El tiempo transcurrió lentamente hasta la medianoche. El silencio que cubría la habitación era denso, como terciopelo negro. Pobmek entreabrió la puerta del dormitorio para echar un vistazo a la sala. Su movimiento fue tan cuidadoso que apenas hizo ruido. Ahora, solo había una lámpara encendida; la suave luz naranja se extendía por la habitación, proyectando largas sombras, como las manos de demonios acechantes.

Vio a Phafan dormida en el sofá, con un antifaz para dormir. Su expresión era completamente relajada, respirando con un ritmo regular. Al darse cuenta de que su madre dormía, Pobmek murmuró:

—Parece que ya está dormida... así que... aprovechamos y salgamos ya.

Pobmek se quedó paralizado. Las palabras se le ahogaron en la garganta. La sensación fue como si le hubieran dado un chorro de agua helada en la espalda al darse cuenta de que Solar ya estaba profundamente dormido en la cama. Estaba inmóvil, como un tronco flotando en el agua. Su profundo sueño delataba una inocencia casi total.

Maldita sea... si lo despierto ahora, despertará como el sol... ugh...

Pobmek dejó escapar un suspiro tan profundo que sus hombros se hundieron. El cansancio que sentía no era físico, sino mental. Cargar a Solar era como soportar el peso de una enorme roca sobre sus hombros toda la noche.

Pobmek salió de la habitación en silencio, cargando su bolsa de ropa. Cada paso era una lucha contra la gravedad y contra cualquier ruido que pudiera delatar su presencia, mientras cargaba a Solar a la espalda.

El cuerpo de Solar era sorprendentemente pesado. Sus brazos y piernas colgaban incontrolablemente, torpemente. Pobmek avanzaba de puntillas, con el cuidado de quien camina con pies de plomo.

Pero Solar se movió de repente, y Pobmek casi dejó caer a su novio. Ese cuerpo se retorció como un pez a punto de escapar de sus manos. Un sudor frío le recorrió la espalda. El sonido de sus pasos hizo que Phafan se revolviera en el sofá. El corazón de Pobmek latía con fuerza. Se tensó, su rostro palideció, los músculos de sus piernas se contrajeron de miedo.

Pero parecía que Phafan solo hablaba en sueños. Continuó durmiendo, sin moverse lo más mínimo. Pobmek se sintió aliviado. Exhaló en silencio; ese alivio se extendió por su cuerpo como agua helada en medio del desierto. Luego volvió a salir de la habitación. Lo logró por los pelos, como un ladrón hábil que sale ileso.

Pobmek, completamente exhausto, colocó a Solar, aún medio dormido, en el sofá de la oficina del director. Lo acostó con cuidado. El cansancio físico y mental lo agobiaba tanto que sintió ganas de acostarse allí mismo y quedarse dormido también.

Envío un mensaje al grupo. Sus dedos temblaban ligeramente mientras escribía:

Funcionó, seguí el plan. Gracias a todos por los consejos.

Oye tío, ¿por qué me trajiste aquí?

Pobmek se sobresaltó. Todo su cuerpo se tensó, como congelado. La sangre pareció helarse en sus venas. Se giró y vio que Sun había despertado, todavía aturdido, con la mirada llena de la confusión de quien acaba de despertar.

Pobmek forzó una sonrisa torpe y falsa. La sonrisa era rígida y artificial, como una máscara de goma.

Bueno... vine a buscarte algo divertido que hacer...

Tío... estás tramando algo extraño otra vez, ¿no?

La mirada de Sun era afilada como una espada, esperando la verdadera respuesta. Pobmek lo miró con aprensión. El eco de un trago fuerte resonó; fue el único ruido que rompió el silencio de la habitación.

Lo miré a la cara, exigiendo una respuesta. Esa mirada era una interrogación silenciosa de la que Pobmek no tenía forma de escapar.

2



Llegó un nuevo día, acompañado por la suave luz dorada del sol que se filtraba a través de las cortinas. El aire en la habitación seguía fresco, como si viniera de un refrigerador. Phafan guardó el colchón, la manta y las almohadas, organizando cada cosa en su lugar, como parte de su rutina diaria. Esa organización era como un espejo que reflejaba su necesidad de controlar su vida para que todo siguiera reglas y patrones.

Fue a la puerta del dormitorio de su hijo y tocó. Tres golpes cortos: «toc, toc, toc». No era un golpe para pedir permiso, sino un golpe que anunciaba su propia presencia.

— Pobmek... Solar...

Abrió la puerta para echar un vistazo. La puerta se abrió lentamente, revelando que la pareja no estaba. El vacío en la habitación parecía demasiado vasto, demasiado silencioso. Una extraña sensación se extendió por su interior, como agua filtrándose en la arena. Confundida, Phafan entró y comenzó a mirar a su alrededor. Frunció el ceño. Al ver que todo estaba fuera de lugar, comenzó a ordenarlo todo: giró con cuidado un pequeño jarrón, alineó libros torcidos. Estos gestos eran un mecanismo automático para lidiar con el caos que otros dejaban atrás.

Al llegar a su escritorio, Phafan encontró una tarjeta de presentación de una firma de auditoría contable, a nombre de Pobmek. La tarjeta destacaba entre una pila de documentos, impecable y formal: prueba fehaciente de la vida adulta que llevaba su hijo.

La noche de la "fuga", la impresora había escupido tarjetas de visita una tras otra. El motor de la máquina funcionaba y el papel era absorbido con un continuo "clic, clic". La pequeña luz de la impresora parpadeaba en la oscuridad. Las tarjetas recién impresas aún conservaban un ligero olor a tinta fresca. Pobmek cogió una y la colocó con cuidado sobre su mesa de trabajo. La posición era precisa, como si fuera un cebo colocado deliberadamente en una trampa.

Phafan miró la tarjeta y sonrió levemente, orgullosa. Una suave calidez se extendió por su rostro. Esa sonrisa era amable, como la luz del sol de la mañana.

Esa tarjeta de presentación era, para ella, como un premio que confirmaba el éxito de su hijo. Entonces, de repente, algo pareció ocurrirle. La sonrisa de su rostro se desvaneció rápidamente. Una sensación la invadió de repente, como un cortocircuito.

Phafan se quedó de pie junto a la calle, frente al edificio de apartamentos, esperando un coche. Mantuvo una postura elegante; se sentía motivada para emprender la "misión" de encontrar a su hijo. Un taxi se detuvo a recogerla; el familiar coche verde y amarillo aminoró la marcha suavemente.

Pero en ese momento, un coche que iba detrás tocó la bocina para apurar el paso del taxi. El sonido de la bocina —«bip»—, largo y estridente, rompió con fuerza el silencio de la mañana.

Phafan, confundido, se giró para mirar de dónde provenía el sonido, sorprendido. El taxista puso cara de irritación, pero se marchó rápidamente. Jee se subió después y estacionó en el mismo lugar. El reluciente coche negro se detuvo con precisión, y él bajó la ventanilla para saludarla. La cara sonriente de Jee apareció.

—¡Qué casualidad, señora! ¿Adónde va? ¿Quiere que la lleve?

—Iba a buscar a Pobmek en la empresa. Tú también vas a trabajar ahora, ¿verdad?

Sí, lo soy. ¡Puede subir, señora!

Phafan sonrió; una expresión de satisfacción regresó a su rostro. Abrió la puerta y subió al coche, acomodándose con naturalidad en el asiento de cuero. Se sentó sin ajustar nada.

—una señal de que el entorno que la rodeaba ya era “perfecto” a sus ojos.

— Respaldo regulable a 95 grados, distancia ideal... está a la altura de ser el coche de Jeep.

—Solo tú podrías entenderme tan bien. Pero qué lástima... Hoy no iré a la oficina, ¿sabes?

La alegría de Jee se vio eclipsada por esa fría verdad. Sus ojos temblaron de preocupación ante la perspectiva de tener que mentir.

—Bueno, ¿y por qué no me lo dijiste antes de subir al coche, hijo? Así que...

— Pero como ya estás dentro y yo estoy libre hoy... ¿qué tal si pasamos por el mercado y compramos algunas cosas ricas para que le cocines a Pobmek?

Las palabras de Jee salieron rápidamente, como una flecha intentando desviar la atención. Ofreció una alternativa tentadora.

¡Qué buena idea! ¡Vamos ya!

Jee suspiró aliviado. Sus hombros se relajaron al instante, como si le acabaran de liberar de las esposas. La sensación de alivio fue como escapar por los pelos de ser pillado con las manos en la masa. Arrancó el coche y se marchó a toda velocidad.

Los cangrejos estaban cuidadosamente empaquetados en una caja de poliestireno. La caja blanca, bien cerrada, fría y pesada, se guardó en el maletero. Jee cerró el maletero y charló con Phafan en el estacionamiento del mercado local.

—De nuevo, solo tú me entiendes tan bien. Gracias por pedirles que lo empaquetaran bien en la caja.

Jee habló con sinceridad; su sonrisa mostraba aprecio por el cuidado de Phafan.

— Cuando viajas en el coche de otra persona, tienes que tener mucho cuidado. Sobre todo si vas a dejar algo con un olor fuerte dentro del coche durante mucho tiempo.

“¿Dejar cosas en el coche tanto tiempo...?” Jee arqueó una ceja, confundido. Las palabras de Phafan sonaban como un acertijo que aún no podía resolver.

—Ya te entiendo, Jee. Ahora te toca a ti entender cómo soy yo. Jee... llévame a la oficina de Pobmek, por favor.

—Sí... la oficina es un poco complicada, ¿sabe, señora? Hay mucha gente, varios pisos de ascensores, se necesitan credenciales de empleado...

Jee sintió que la presión aumentaba. Empezó a sudar en las palmas de las manos. Levantó un muro de excusas para proteger el secreto de su amigo.

Jee, considera que es una petición de tu madre, adelante.

La voz de Phafan se suavizó. Su tono adoptó una dulzura cargada de soledad: el arma más poderosa para romper cualquier resistencia... la determinación de Jee.

—Desde que empezó la universidad, Pobmek se ha distanciado de mí. Parece que cada día conozco menos a mi propio hijo. Me da miedo que, un día, ya no sepa nada de su vida...

Las últimas palabras de Phafan estaban cargadas de fragilidad. Fue una confesión profunda, como si el peso del universo entero recayera sobre los hombros de Jee. Al oírla, comprendió. Un sentimiento de empatía lo invadió. Jee se ablandó. El muro de excusas que había erigido se derrumbó fácilmente.

Bueno... entonces te llevo, sí...

Gracias, hijo mío.

Phafan fue directo al coche. Volvió a subir rápidamente, con calma, dejando a Jee allí de pie, tenso, mirándola. El rostro de Jee se contorsionó en una mezcla de confusión y derrota. Sintió como si caminara hacia un agujero negro sin salida.

Sodchuen entró en la oficina del director. Sus pasos eran enérgicos. Llegó trayendo consigo el suave aroma del café. Encontró a Pobmek despatarrado en el sofá, exhausto. Estaba hundido en el asiento, como si llevara un peso de diez kilos sobre los hombros. Su rostro parecía marchito, como una flor que hubiera estado bajo el intenso sol todo el día. Sodchuen se sentó a su lado para conversar; su cercanía transmitía un cariño incondicional.

Entonces ¿todo salió bien?

— Oh... al principio fue un caos, casi me asusté, pero luego se calmó un poco.

—Mírate... realmente estás dominando Sun ahora, ¿eh?

Los ojos de Sodchuen brillaron de asombro.

—No fui yo quien lo descubrió. Fue Nun.

Pobmek se giró y miró el escritorio de Sodchuen. Vio los restos de docenas de paquetes de refrigerio abiertos y completamente vacíos. La mesa de trabajo parecía un campo de batalla después de una guerra. Envoltorios de plástico rotos se apilaban como pequeños montones de basura, clara prueba de la hambruna que había pasado por allí.

"El Sol lo puso todo patas arriba, ¿sabes? Incluso los bocadillos que tenías escondidos".

¡Oh no...! ¡Mis provisiones secretas se han echado a perder otra vez!

Se llevó la mano a la frente, como si sintiera el dolor de una gran pérdida.

En ese momento, Cuatro entró en la habitación. Su paso era limpio y ordenado. Sodchuen y Pobmek se giraron al mismo tiempo; sus miradas estaban fijas en la puerta.

Disculpe director, vengo a entregar los formularios del evento.

—Oh, puedes dejarlo ahí en la mesa, Cuatro.

Cuarto se acercó y colocó cuidadosamente los documentos sobre la mesa. Tras dejar el sobre, Sodchuen y Pobmek reanudaron su conversación, retomando el tema importante.

En serio, ¿puedo dejar que Sun se quede en tu casa por un rato?

—Quedarse ahí no es el problema... el problema es esta fase de rabietas. El niño no se acostumbra a un lugar nuevo.

"Tendrás que aguantar un poco más, creo", dijo con tono decidido. "Aunque llores, aunque no puedas dormir durante un par de días... si no lo haces, las cosas irán mal".

Cuarto, que seguía de pie frente a la mesa, permaneció inmóvil como una estatua. Su expresión cambió; sus ojos se abrieron ligeramente, como si algo se hubiera despertado en su interior al escuchar la conversación de los dos profesores.

En ese momento, en el patio de recreo, la pandilla de princesas bailaba un reto de TikTok. Se movían al ritmo de la música, emocionadas y sin parar, siguiendo al pie de la letra las tendencias del mundo digital. Sun también bailaba con ellas, con mucho estilo, dejando que su aura "cool" brillara en cada movimiento.

La pandilla de los Cuatro Reyes se acercó a Sun. Los dos caminaron lentamente, con expresiones serias, como si estuvieran a punto de declarar la guerra.

Sol, ya no podemos darte el título de Sigma Boy.

La voz de Cuatro estaba cargada de juicio.

¡Porque estás a punto de ser "eliminado" por el Profesor Pobmek!

"¿Eh?" Sun frunció el ceño. "¿De qué estás hablando?"

— Cuatro escucharon que te enviarán a vivir con el director Sodchuen.

"Ya no serás un buen tipo", dijo Cuatro, lamentando tener que darle la mala noticia.
¡Porque tendrás que vivir con una anciana!"

— Oh, deja de creer lo que dice Cuatro. Ni siquiera escuches, Sol.

—Así es, no le hagas caso, Sol —terminó Campanilla.

Sun parecía confundido por todo lo que oía. Su cerebro intentaba procesar toda esa información contradictoria. La sensación de confusión lo oprimía como una piedra en el estómago.

Jee entró con su coche en el aparcamiento del edificio en el centro de la ciudad. El vehículo oscuro avanzaba despacio, como si se escabullera. El guardia de seguridad salió a recibirlos. Jee bajó la ventanilla; la tensión le hizo sudar las palmas de las manos.

—¿Eres un visitante de fuera? ¿Qué vienes a discutir?

Phafan se quedó atónita al ver al guardia de seguridad acercarse a Jee de esa manera. Levantó una ceja ligeramente, sorprendida.

Jee entró en escena en ese momento. Intentó que su voz sonara lo más natural posible, pero aún temblaba bajo la fachada.

— Vaya, jefe... ¿es nuevo aquí? ¿Cómo es que no me reconoce? Soy el auditor, tío.

El guardia de seguridad parecía algo confundido. Su rostro reflejaba una desconfianza que no se disipaba. Jee se inclinó y susurró, depositando discretamente un billete de doscientos baht en la mano del guardia. La mano de Jee tembló levemente al pasarle el billete rojo a la palma del hombre.

"Amigo, te lo ruego...", la voz salió baja, casi un susurro desesperado. "Esto es solo para recuperar el tiempo perdido. Solo necesito dar una vuelta por ahí, no tardaré ni diez minutos, y luego me iré."

El guardia de seguridad dudó, como una brújula sin rumbo fijo. Aun así, terminó dejando pasar a Jee. Jee entró con el coche... pero pronto se topó con otro puesto de guardia. La puerta metálica blanca y roja se alzaba ante él como el último muro de una fortaleza. Jee estaba en shock. Su rostro palideció al instante, como si lo hubieran sumergido en hielo.

—El sistema de seguridad aquí es realmente bueno, ¿eh? Revísalo una vez, revísalo dos veces.

Jee no supo qué hacer durante unos segundos. Su cuerpo parecía petrificado, como si estuviera bajo una maldición. Su corazón latía con fuerza en su pecho como un tambor enorme que sonaba sin cesar, hasta que un empleado se acercó:

—Simplemente pase su credencial de empleado por el lector, señor.

Jee entró en pánico. Un calor abrasador le subió a la cara. Fingió buscar su placa, rebuscando frenéticamente en los bolsillos de su camisa y pantalón antes de improvisar de nuevo:

— Bueno... hoy olvidé mi credencial. ¿Qué hago ahora...?

—Sin credencial no se puede entrar, señor.

El pánico de Jee no hizo más que intensificarse. La presión era como si mil agujas le pincharan la piel a la vez. Phafan terminó ayudando: le entregó la tarjeta de Pobmek al empleado. Jee estaba en shock; sus ojos se abrieron como platos, como si hubiera visto un fantasma.

—Tome, esta es la tarjeta de presentación de mi hijo. Trabaja aquí. ¿Podría dejarnos pasar primero, por favor?

—Es solo que... esta tarjeta... no parece pertenecer a—

Al darse cuenta de que todo se desmoronaba por completo, Jee sintió que el suelo se abría bajo sus pies. En un impulso desesperado, tomó una decisión drástica: aceleró el coche directamente hacia la puerta. El sonido del metal retorciéndose y el plástico rompiéndose explotó con fuerza, como un trueno cercano.

Phafan y el empleado quedaron en shock. Ambos permanecieron inmóviles, boquiabiertos, como si el tiempo se hubiera detenido.

¡Jee! ¿Qué estás haciendo?

Jee no sabía qué responder. Todas las palabras se le atascaban en la garganta, incapaces de salir. Solo logró esbozar una sonrisa seca. Esa sonrisa parecía forzada y patética, como una máscara a punto de romperse.

— ¡¿Eh?! ¡¿Estrellaste tu coche contra la puerta?! ¡¿Qué demonios estás haciendo?!

Pobmek se levantó de un salto en la sala de profesores. La silla voló hacia atrás con el movimiento brusco. La sorpresa que se le dibujó en el rostro al oír la voz del otro lado de la línea parecía grabada a fuego en su piel.

Lo siento mucho... Tenía tanto miedo que me congelé y perdí la cabeza...

—Está bien, está bien... haz lo que sea necesario para evitar que cause más problemas —Pobmek intentó mantener su voz neutral, pero la tensión era palpable.

— Y no dejes que se entere de nuestro plan bajo ninguna circunstancia. Voy ahora mismo.

Afueras de la sala de profesores, la Banda de los Cuatro Reyes, la Banda de la Princesa y Sun espiaban a Pobmek. Los niños se apretaban contra la puerta, con los oídos pegados, intentando captar cada palabra que se filtraba desde el interior de la sala.

— ¿Ves, Sol? La verdad ha salido a la luz. De verdad quiere "eliminar"te.

El rey provocó, martillando la idea.

Al oír esto, Sun se quedó paralizado. Un escalofrío le recorrió el cuerpo hasta la punta de los dedos. La palabra «eliminar» le golpeó los oídos con fuerza, como un golpe violento.

Jee y Phafan estaban junto al coche. El empleado examinó la puerta dañada. Jee colgó el teléfono con Pobmek; la mano que sostenía el teléfono bajó lentamente, como si pesara una tonelada. Entonces Phafan habló. Su tono era tranquilo, pero con la carga de alguien que ya sabía demasiado:

—Jee... Ya lo sé, ¿vale?

Jee se quedó paralizado. La conmoción le recorrió el cerebro como una descarga eléctrica. El aire quedó atrapado en su pecho, difícil de expulsar.

—En realidad... eres profesora, pero no lo mencionaste en casa, ¿verdad?

"Tranquila, señora...", intentó reunir las palabras restantes. "¿Cómo se enteró de esto...?"

Phafan señaló la pegatina de la escuela en la parte delantera del coche. El pequeño logo de la escuela ahora parecía un cartel de protesta gigante.

Jee palideció; la sangre pareció desaparecer de su rostro. Phafan se acercó para hablarle, mientras el corazón de Jee latía con fuerza, como si quisiera estallarle a través de las costillas.

—Debiste querer ocultárselo a tus padres, ¿verdad? Tenías miedo de decepcionarlos, ¿verdad?

Jee asintió, asintiendo automáticamente. El movimiento fue lento, adaptándose a la situación. Su expresión estaba llena de aprensión; pequeñas arrugas aparecieron en su frente.

—Lo entiendo. Ya somos adultos, es normal tener secretos. No hay por qué tener miedo, no voy a convertir esto en un problema grave.

—¡¿Cómo que no es un gran problema?! —La voz de Elsa sonó aguda y llena de indignación.

¡Odio que los adultos tengan secretos! ¡Es horrible!

—Y tú, Sol, ¿qué vas a hacer ahora? —preguntó Aurora preocupada.

Sun permaneció en silencio. Permaneció inmóvil, como una raíz firmemente plantada en la tierra, reflexionando sobre algo. Su mirada se posó en el suelo, buscando una salida inexistente.

Phafan cogió su celular y llamó a Pobmek. Sus dedos tocaron la pantalla con calma.

— Pobmek, ven aquí y soluciona la situación de Jee. No quería llamarte; debe estar avergonzado de no ser oyente. También acabo de enterarme de que es maestro de primaria.

—Eh... Mamá, espera un momento... Estoy en una reunión ahora mismo... —mintió Pobmek a su madre con voz temblorosa.

En el estacionamiento de la escuela, Sodchuen estaba metiendo el equipaje de Sun en el maletero. Levantó con cuidado su mochila, llena de pertenencias personales.

En ese momento, Pobmek pasó junto a ella como un huracán. Salió disparado como si hubiera fuego detrás de él. Al verlo, Sodchuen le gritó:

¡Oye! ¿Adónde vas vestida así?

—¡Te lo explico luego! ¡Cuida de Sun por mí, por favor! —su voz sonó ronca por la prisa.

Pobmek corrió a su coche y se subió a toda prisa. Sodchuen negó con la cabeza y dejó escapar un largo suspiro, cansada del desastre que siempre armaba Pobmek.

Todo eso ocurrió bajo la mirada de Sun y sus amigos, quienes observaban desde su escondite. Sun se sintió herido. El dolor se condensó en su pecho como un bloque duro.

¿Por qué hace esto mi tío? ¿Por qué quiere que viva con otra persona...?

— En una situación como ésta, hay que actuar como las princesas de los cuentos de hadas — Elsa asumió el papel de "consejera".

"¿Eh? ¿Qué hago?", preguntó Cuatro con curiosidad.

—Bueno, ¿qué esperas, Sol? ¡Corre!

Al oír a Elsa, Sun empezó a tomarse la idea en serio. La idea de huir se formó en su mente con rapidez y fuerza.

Pobmek aparcó el coche en el aparcamiento de la empresa. Frenó con fuerza; el sonido de los neumáticos raspando el asfalto cortó el aire, estridente.

Vio a Jee hablando con un empleado de seguros. Jee parecía exhausto; había agotado toda su energía, dejando solo un vacío de cansancio. Le dio las gracias con un "wai" y el empleado se fue, dejando a Jee solo para lidiar con el resto del problema.

Pobmek salió del coche rápidamente y se acercó a Jee, con pasos apresurados y pesados. La culpa le carcomía el pecho como óxido.

¿Estás bien? ¿Las cosas se pusieron muy mal allí?

—Estoy bien... pero tu madre huyó. Dijo que tenía miedo de que el cangrejo se echara a perder.

Pobmek dejó escapar un largo suspiro, como si estuviera levantando el peso de una montaña entera de sus hombros.

Acabo de arreglar las cosas con la compañía de seguros del coche y también hablé con la gente de aquí para asegurarme de que no se presentara ninguna denuncia policial. Ya está todo arreglado.

¡Qué desastre más grande!

El rostro de Pobmek se endureció, como si nubes oscuras se hubieran reunido a su alrededor.

—Resolví mi gran problema... ahora el tuyo es el mayor... ¿Cuánto tiempo más vas a seguir mintiéndole a tu madre? ¿De verdad crees que reaccionará tan mal? Incluso cuando descubrió que "solo" soy profesora, no dijó nada.

Las palabras de Jee encendieron una chispa de esperanza en el corazón de Pobmek, quien solo pudo preguntar:

- En serio...?

En ese momento, Sodchuen llamó a Pobmek. Su celular vibró con fuerza en su mano, como una alarma de emergencia.

—Hola, Sodchuen, habla más alto.

¡Vaya, qué mal salió todo! ¡Sun se escapó de la escuela!

"¡¿Eh?!" exclamó Pobmek.

—Ya les pregunté a los niños. ¡Dijeron que Sun va a volver al condominio!

Dios mío... ¡un problema tras otro y nunca se detiene!

"¿Qué pasa ahora, hombre?" preguntó Jee.

¡Mi madre y Sol se van a conocer!

Los ojos de Pobmek se abrieron en estado de shock.

- ¡¡Santo cielo!!

La maldición se le escapó con el impacto de la noticia, que no pudo contener.

Pobmek corrió de vuelta al coche y se sentó al volante casi sin aliento. El coche salió del aparcamiento a una velocidad desorbitada, dejando solo el agudo chirrido de los neumáticos.

Pobmek corrió de vuelta al apartamento, casi sin aliento. Cada paso lo daba con prisa y desesperación, como si huyera de un demonio que lo perseguía.

Al abrir la puerta, se encontró con su madre preparando comida en la cocina. El delicioso aroma a mariscos cocinándose impregnaba el aire: una escena tranquila que contrastaba marcadamente con la tormenta que se avecinaba en el pecho de Pobmek.

—Oye, ¿ya volviste? ¿Ya tienes hambre, hijo?

El hijo permaneció en silencio. No respondió. Escudriñó la habitación con la mirada y, al no ver a Sun, frunció el ceño. Su mirada estaba inquieta, como si buscara a su alrededor algo que había desaparecido.

— ¿Qué buscas, hijo?

— Oh... no, no es nada.

— Me alegro de que hayas vuelto. Espera un momento, ¿vale? Acabo de poner el cangrejo en la sartén.

Pobmek sonrió levemente, aliviado de que Phafan no hubiera encontrado a Sun a tiempo. El alivio le inundó el pecho como burbujas de aire subiendo a la superficie del agua. Pero, en ese mismo instante, Sun regresó al apartamento y empezó a quejarse a gritos, con un tono cargado de indignación:

¡Tío! No puedes mandarme a vivir con otra tía, ¿verdad?

Sun señaló a Pobmek con el dedo, con la ira típica de un niño muy alterado. Su dedo estaba extendido, firme, como una lanza cargada de furia. Pobmek entró en shock. Para él, el mundo se detuvo. El miedo se extendió por todo su cuerpo hasta convertirse en entumecimiento.

Entonces Sun giró la cara y miró a Phafan, quien estaba allí, confundido, en la cocina. Phafan permaneció inmóvil en medio de la habitación, con el rostro lleno de interrogantes.

— ¿Y quién es esta tía ahora? ¿Me va a robar la cama?

Phafan se sorprendió al ver a Solar en ese estado. Su cuerpo pareció quedarse paralizado. Parpadeó rápidamente, intentando comprender la escena que tenía ante sí. Pobmek sintió el impacto de ver cómo el secreto se desmoronaba. El secreto que había luchado por guardar durante todo un día explotó en un segundo, como un globo perforado por un alfiler.



3



El suave crujido del plástico, a intervalos regulares, servía como una especie de cortina acústica, suavizando el peso de la conversación entre los adultos. Sun jugaba en el suelo con sus juguetes, mientras Pobmek y Phafan conversaban en la mesa del comedor. El ambiente alrededor de la mesa era tenso y sofocante, como si el aire se hubiera comprimido hasta el punto de privarlo de oxígeno.

Phafan miró a Sun y luego volvió su mirada hacia Pobmek, que estaba acurrucado frente a él, con los hombros caídos y el rostro tan cansado como una flor sin agua.

¿Entonces quieres decir que... después del accidente, Solar terminó así?

Sí... Sé que es difícil de creer, pero mamá también lo vio. Ahora mis amigos y yo estamos haciendo todo lo posible para que Solar vuelva a la normalidad. Así que... por favor, no te enojes con él.

¿Es por eso que has estado tratando de evitarme todo este tiempo?

Pobmek permaneció en silencio. Ese silencio fue la respuesta más fuerte que pudo dar: denso, cargado de miedo acumulado.

Solar no eligió ser así. Creo que merece más lástima que ira.

Simplemente tenía miedo de que mi madre no lo entendiera.

Phafan permaneció en silencio, mirando a su hijo con preocupación. Su mirada se suavizó, como un sol débil que atraviesa las nubes de lluvia.

—Somos familia... no solo tú estás creciendo. Yo también he crecido. Cosas que antes no podía aceptar, ahora empiezo a entenderlas.

Al oír esto, Pobmek apenas podía creerlo. Una emoción contenida brotó en su pecho, como un manantial que brota tras haber estado reprimido durante mucho tiempo.

Phafan se levantó y fue a sentarse junto a Sun en el suelo. Sus movimientos eran suaves y delicados, como seda al viento. Ella lo observaba con cariño; su sonrisa era cálida como el sol de la mañana.

—Ni siquiera nos hemos presentado como es debido. Me llamo Phafan. ¿Y tú, cómo te llamas?

Sun siguió tocando sin mirarla, pero respondió. Su voz sonó algo desinteresada, pero clara:

- Sol...

- ¿Cuántos años tiene?

- Siete...

Phafan miró a Pobmek, impresionado. La admiración era visible en sus ojos.

Pero Sun es mucho más inteligente que su edad, ¿sabes? Solo es un poco terco.

Sun se volvió hacia Pobmek con un puchero malhumorado. Su rostro se endureció, como un globo desinflado.

—¡No soy terco! Estudio mucho y soy un buen chico, ¿verdad, tío?

Pobmek rió, más aliviado.

Sí, lo es... pero sería aún mejor si hablaras más educadamente y no fueras tan terco.

Sun lo miró con resentimiento. Había un atisbo de descontento en sus ojos. Phafan sonrió, una sonrisa llena de ternura.

Lo bueno de los niños es que dicen lo que piensan, sin necesidad de usar palabras rebuscadas, sin andarse con rodeos como hacemos los adultos, ¿no?

— ¡Sííí! ¡Porque los testarudos son los que enseñan! —Sun señaló a Pobmek.

Phafan parecía confundido, frunciendo ligeramente el ceño. Pobmek se quedó paralizado por un instante; el corazón le dio un vuelco. Sun se levantó y corrió hacia la mochila de Pobmek, agarrando la insignia de maestro. Sus movimientos fueron rápidos y decididos, como un rayo destruyendo un secreto. Regresó y se la mostró a Phafan.

¡Mira, tía! Es un maestro de verdad, ¡pero es más terco que los alumnos!

Pobmek se sorprendió al ver a Sun usar la insignia como prueba frente a Phafan. Sintió la sorpresa; la impresión lo dejó entumecido. Phafan miró la insignia de maestra de su hijo. Su mirada era fija y aguda, como una cuchilla a punto de cortar la verdad. Pobmek comenzó a inquietarse; un sudor frío le cubrió la frente. Cuando Phafan levantó la cara para mirarlo, se sintió bajo un foco, corroído por la ansiedad como si estuviera bajo el efecto del ácido.

— Pobmek... ¿no eres auditor?

"Fui..." la voz del hijo tembló.

— ¿Y ahora te has convertido en profesor?

- Sí...

"¿Maestra de escuela primaria?" preguntó la madre con voz neutra.

Pobmek asintió, aceptando en silencio. Phafan se levantó de repente, con firmeza. Su voz se alzó, áspera, casi un grito, fría como una piedra:

— Dime ahora.

Mamá... tranquila...

No. Vas a renunciar ahora, conmigo.

Phafan jaló a Pobmek del brazo, intentando obligarlo a ponerse de pie. Su mano lo agarró como tenazas, queriendo arrancarlo del sueño. Pobmek se sintió como un niño obligado a hacer algo que no quería. Estaba demasiado débil para resistirse.

Miró a Sun, quien lo observaba con preocupación. La mirada de Sun era como la última cuerda que lo sujetaba a la cordura. Pobmek sacudió el brazo y se apartó con fuerza de su madre. Luego habló, directo y firme:

¡No voy a renunciar!

"¡Qué!?" exclamó la madre en estado de shock.

— ¡Dije que no voy a renunciar! ¡Deja de obligarme!

No te estoy obligando.

¡Sí, me estás obligando!

Incluso si lo soy, ¿me equivoco al querer que tengas un buen futuro?

— ¡¿Y qué tiene de malo ser profesora, mamá?!

Al oírlos discutir, Sun se tapó los oídos. Apretó las manos con fuerza, intentando bloquear la explosión de emociones. Su rostro palideció de miedo.

Jee también es profesor y trabaja en la misma escuela que yo. ¿Por qué su madre no lo regaña a él y solo a mí? ¿Qué me hace la vida tan mal ahora?

Phafan se quedó sin palabras, paralizada. Las palabras de Pobmek le atravesaron el pecho como un cuchillo. Pobmek comprendió entonces que su madre no había cambiado de verdad. Esta comprensión fue fría y cruel, como una bofetada. Ella seguía siendo tan dura con él como siempre. La decepción lo abrumaba.

— Al final... ¡eres amable con todos, excepto con tu propio hijo!

Pobmek agarró la mano de Sun y lo arrastró afuera sin dudarlo. El gesto fue decisivo, como si estuviera cortando algo de raíz.

Phafan estaba perdida, como si la hubieran dejado en medio de una tormenta, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo.

Llevó a Sun al coche en el aparcamiento. Cada movimiento de Pobmek era apresurado y violento, impulsado por la energía concentrada de la ira. Rápidamente le abrochó el cinturón de seguridad a Sun; sus manos estaban tensas y temblaban ligeramente, y Sun sintió el tirón brusco del cinturón.

Sun se sentía mal. Una sensación de frío lo recorrió, como si estuviera envuelto en una niebla fría.

Tío... ¿a dónde vamos...?

Pobmek no respondió. Su rostro era duro, inexpresivo, como una máscara de hierro que ocultaba el dolor. Salió a toda velocidad en el coche. Los neumáticos chirriaron sobre el asfalto, delatando la agresiva salida. En la calle vacía del barrio, Pobmek aceleró demasiado, como si quisiera abrirse paso a través de ese muro asfixiante. Pisó a fondo el acelerador, y Sun empezó a sentir miedo; la fuerza de la aceleración lo empujó hacia atrás en el asiento.

Tío...

Pobmek permaneció en silencio, con la mirada fija al frente, como si escudriñara el paisaje. Aceleró aún más; el velocímetro ya superaba los 90. El motor rugió como una bestia al despertar. El miedo de Sun aumentó; su corazón latía con fuerza, como un pájaro atrapado en una jaula.

Tío... tengo miedo...

Las sencillas palabras de Sun desgarraron la oscuridad que envolvía a Pobmek. Pareció despertar, alejado del borde de la ira. Frenó de golpe y se detuvo a un lado de la carretera.

El coche se detuvo bruscamente, dando una sacudida. Pobmek salió, angustiado. La fuerza de la agitación emocional le hizo cerrar la puerta de golpe: "¡bang!", el sonido resonó por la calle vacía.

Fue al maletero y agarró la guitarra. La guitarra de madera fue sacada sin cuidado. Sun salió del coche para observar, con el rostro desencajado por la confusión ante lo que hacía Pobmek.

Entonces Pobmek empezó a rasguear la guitarra con violencia. Las cuerdas sonaban fuertes, descompasadas, como gritos que le arrancaban del pecho. Estaba desatando todo el dolor y la furia que habían estado explotando en su interior.

La emoción reprimida por tanto tiempo finalmente explotó. Cada nota arrancada de las cuerdas era dolor y rabia acumulados.

Khan empezó a asustarse. Se quedó de pie junto al coche, rígido como una piedra, apenas capaz de taparse los oídos. Sus deditos se apretaban con fuerza contra los oídos, intentando protegerse del ruido penetrante.

Pero a Pobmek no le importó. Tenía los ojos fuertemente cerrados; estaba completamente absorto en su propio arrebato. Incluso con las manos temblorosas —el temblor de la ira aún recorriéndole las yemas de los dedos—, se esforzó y rasgueó la guitarra sin parar.

Y en medio de ese caos, el recuerdo de un viejo espectáculo invadió el sonido.

Deja que tu corazón escriba nuestra historia,
porque este amor existe sólo para ti.
Nunca soltaré tu mano.
Seguiré llenando, componiendo lo que sea
necesario, aunque me toque el peor de los días.
Me quedaré a tu lado... No cambiaré.

La música y la voz de la banda Art Attack resonaban ensordecedoramente. El sonido distorsionado de la guitarra y la batería resonaba en los oídos. El público gritaba, y la oleada de aplausos y gritos llegó como un mar abierto, pesado y gigantesco.

Al terminar el coro, comenzó el solo de guitarra. Pobmek tocaba rápido, a toda velocidad. Cada ataque a las cuerdas era como liberar un yo que llevaba años atrapado. El público rugió en el auditorio de la escuela.

¡¡¡Pobmek!!!!

Un grito estalló desde abajo, elevándose desde el suelo, agudo y poderoso, como un cristal roto.

Pobmek la reconoció al instante. Era su propia madre. Su nombre, gritado desde sus labios, le impactó los oídos como un disparo a quemarropa.

El público se apartó, la gente a su alrededor se alejó rápidamente, creando un vacío para que la vergonzosa escena se mostrara en su totalidad. Phafan estaba allí, mirándolo fijamente. Su cuerpo rígido, y la ira oculta en cada detalle. Pobmek lo vio y palideció; su sangre pareció helarse. Aun así, continuó el solo. Sus dedos insistieron, obstinadamente, la última determinación de no ceder a esa presión.

Phafan no temía a nada. La rabia la transformó en una tormenta lista para destruir todo a su paso. Caminó directa al frente del escenario, sin ceremonias. Cada paso firme anunciaba el desastre.

¡Pobmek! ¡Deja de jugar y baja ya!

Pobmek la miró con miedo y una vergüenza abrumadora. La humillación le hervía el pecho como lava. Pero persistió, bajó la cabeza, ocultó el rostro y dejó que sus dedos continuaran, como si el mundo no existiera.

A Phafan se le había acabado la paciencia. Su rostro lo demostró sin pensárselo dos veces. Se dio la vuelta, subió al escenario y arrancó el cable de la guitarra eléctrica.

La actuación se detuvo de golpe. La música se cortó de golpe, como si la hubieran asesinado. El sonido se apagó. El público también guardó silencio.

Y el silencio que llenaba el lugar era más pesado y agresivo que cualquier ruido: todo lo que se oía era a Phafan gritando:

—¿Tuviste una entrevista hoy! ¿Por qué no fuiste? ¿Te dejaste llevar y te escapaste para tocar?

Pobmek se quedó paralizado. Su cerebro se apagó por un instante, como una computadora desconectada. Permaneció en silencio, sin responder.

Phafan lo vio y comprendió. La decepción se convirtió en furia. Le arrebató violentamente la guitarra de la mano y la arrojó al suelo repetidamente.

El sonido de las cuerdas al romperse resonó como el de un sueño destrozado pieza a pieza. Un golpe. Otro. Y otro más. En el concierto, solo existía el sonido de la guitarra al ser aplastada: el centro del universo en ese instante, el anuncio de la derrota de Pobmek.

En ese momento, Pobmek seguía rasgueando frenéticamente su guitarra junto a la carretera. Sus dedos golpeaban las cuerdas como si se hubiera vuelto loco. Se le llenaron los ojos de lágrimas; lágrimas claras comenzaron a acumularse en los bordes de sus párpados, reflejando la luz de las farolas. El sonido de hoy se mezcló con el de ayer —la guitarra rompiéndose en la mano de Phafan— hasta que, finalmente, la guitarra también se dañó, quedando casi sin nada intacto.

Pobmek se detuvo.

Su cuerpo se desplomó, inerte, como una marioneta con los hilos cortados. Ahora le dolían tanto los dedos que sangraban. Las heridas en las puntas dejaban claro lo violento que había sido consigo mismo: marcas físicas de una vieja herida emocional que nunca sanó.

Pobmek, del instituto, seguía en shock en medio del escenario, como si le hubieran arrancado el alma. Nunca había visto a su madre perder el control de esa manera. Esa imagen se le quedó grabada en la mente, destrozando su seguridad.

Todos los presentes lo miraban fijamente. Innumerables ojos le perforaban la piel.

Esa atmósfera le hizo llorar. La amargura le apretaba la garganta. Sus manos temblaban de miedo, convirtiéndose en hielo; ya no podía controlarlas. Y eso se convirtió en una herida interna que persiste hasta el día de hoy.

La guitarra ya había enmudecido en aquella carretera desierta. Solo se oía el débil llanto de un hombre. Lloraba sin cesar, como si el dolor fuera infinito. Las lágrimas fluían calientes, a borbotones, como un torrente de agua. Se apretó las manos heridas.

Pobmek abrazó sus manos magulladas, como si intentara consolarse... alguien abandonado.

Fue entonces cuando una mano comenzó a acariciar suavemente su cabeza.

El tacto era cálido y suave, penetrando la oscuridad como la primera luz de un nuevo día. Pobmek levantó lentamente la cara y vio que era Sol, acariciándole la cabeza.

Pobmek se quedó sin palabras, porque ese gesto era demasiado parecido al de alguien que él conocía.

La mano de Solar acarició la cabeza de Pobmek. Las yemas de sus dedos trazaron lentos círculos en su cuero cabelludo, como si hipnotizaran al mundo para que se silenciara, dejando solo una respiración entrecortada dentro del dormitorio universitario.

Ambos estaban desnudos bajo la misma manta. El calor que envolvía sus cuerpos era dulce como la miel sobre su piel. La cercanía hacía que sus corazones latieran a un ritmo lento.

"Entonces, ¿cómo va todo?" preguntó el cuerpo más grande.

—¿Qué pasa? ¡Ya llevas todo el día con esto...! —respondió el más joven, con la voz ronca y baja, con el rostro pegado al pecho del otro.

Oh... no es eso...

Pobmek se levantó de la cama. El aire fresco de la noche le acarició la piel aún caliente. Se vistió, se puso una camiseta holgada y cubrió su cuerpo recién saciado, luego fue directo a guardar sus cosas en la mesa.

La habitación estaba llena de cajas apiladas en el rincón de Pobmek, tan altas como una montaña de responsabilidades. Las cosas de Solar, sin embargo, parecían intactas. Un montón de ropa de Solar permanecía esparcida sobre la silla, abandonada como si la mudanza fuera una broma.

—Hablo de ti. ¿Cuándo vas a empacar tus cosas? Tenemos que irnos de aquí mañana.

Bueno, ya lo sé. Me despertaré y ordenaré en un rato, aún hay tiempo.

Pobmek dejó escapar un suspiro irritado, bajo pero firme, y volvió a empacar sus cosas.

Solar yacía de lado, revisando su teléfono, mirando la espalda de Pobmek con un cariño silencioso. Entonces, el teléfono de Pobmek sonó. La pantalla se iluminó y la luz de la habitación pareció atenuarse ligeramente. Miró: era una historia de Instagram que Solar había publicado, una vieja foto de Pobmek en el instituto, sosteniendo una guitarra con sus compañeros de banda.

"¿De quién es ese novio? Es muy elegante."

Pobmek lo vio y sonrió. Una sonrisa apareció sin querer, como el destello de una estrella en el cielo.

¿Qué clase de tontería es ésta?

— No es broma... Solo quería presumir de mi novio.

El muchacho más joven sonrió con picardía, la comisura de su boca se curvó hacia arriba y sus ojos se llenaron de provocación.

El más alto apretó los dientes, con ganas de vengarse. El cansancio de ordenar desapareció. Se detuvo, se quitó la camisa y saltó encima del más pequeño, agarrándolo y haciéndole cosquillas, aferrándose a él con cariño.

¡Oh, basta! ¡Está bien, está bien, me rindo!

No seas tan terco, ¿entiendes?

—Está bien, está bien... pero hay algo que no entiendo... —dijo Solar de repente.
¿Por qué dejaste de tocar la guitarra?

La vacilación apareció instantáneamente en los ojos de Pobmek.

"Yo... yo simplemente ya no quería..." la respuesta salió baja y temblorosa, como un secreto guardado.

—¿En serio? ¡Qué pena!

Solar giró su teléfono y mostró un video de Instagram de Pobmek: jugando con sus amigos en el pasillo de la escuela. La imagen brillaba como si hubiera salido directamente de una caja de música de recuerdos. Entonces, apareció un director, echándolos, los estudiantes se dispersaron a toda prisa, y Pobmek corrió, riendo, abrazando su guitarra como si fuera lo máspreciado del mundo.

Pobmek miraba el video como si se apretara el pecho. Su corazón dolía de dolor y añoranza a la vez.

—Pareces tan feliz cuando estás con la guitarra...

Las lágrimas de Pobmek comenzaron a brotar. La frustración lo desbordó. No pudo contenerse y empezó a llorar.

Solar se sobresaltó. Su expresión cambió de curiosidad a preocupación en un instante.

Oye... ¿qué pasa?

Pobmek lloró, sus sollozos pesados y frágiles. Solar solo pudo consolarlo. Lo abrazó con fuerza, haciendo de su propio cuerpo un refugio para esconderse de la cruel verdad. Y le acarició la cabeza: una caricia firme y suave, como una promesa silenciosa de que, pasara lo que pasara, él seguiría allí.

En ese momento, Pobmek intentó recomponerse. Contuvo las lágrimas, apretó la mandíbula, tensándola. Sus párpados temblaban, como si luchara contra el peso del dolor. Cerró los ojos y comenzó a tocar, nota por nota, lo que recordaba.

Esa fue la introducción de la canción de ese viejo programa.

Sus dedos, que antes estaban rígidos como madera seca, comenzaron a relajarse. La primera nota salió temblorosa, vacilante... pero la repitió una y otra vez.

Poco a poco, Pobmek se fue calmando. La guitarra se convirtió en música de verdad, como si un motor que llevaba años apagado se hubiera vuelto a encender. Y empezó a tocar cada vez mejor, sin que le temblara la mano.



Ahora el sonido era claro y fluía como un arroyo que volvía a la vida. Las venas de su muñeca latían con calma, en contraste con la agitación que crecía en su pecho.

Aún lo recordaba con claridad: subir al escenario con sus amigos, feliz, con el foco dorado iluminando su uniforme escolar. Sonreía ampliamente, mostrando los dientes. La guitarra en su mano era el arma de la felicidad en aquel entonces.

Pobmek sonrió, con lágrimas en los ojos. La primera sonrisa regresó junto con gotas de alivio que caían silenciosamente bajo la luz de las farolas.

Al ver a Pobmek más tranquilo, Sun bajó lentamente la mano de su cabeza. Escuchó atentamente y miró a Pobmek con admiración, como si presenciara el renacimiento de alguien.

Cuando Pobmek terminó la canción, Sun habló encantado:

Vaya, amigo, eres todo un chico Sigma.

— ¡Lo logré, Sol! ¡Estoy jugando otra vez!

La voz de Pobmek estaba llena de victoria, y la alegría hervía en su pecho como vapor que salía de la herida.

Vaya, qué ostentoso de su parte ser...

Pobmek salió a la calle, alzó la guitarra en alto y gritó como si quisiera contárselo al mundo entero. Bajó de la acera sin pensarlo, sosteniendo el instrumento sobre su cabeza como un trofeo recién ganado.

¡¡¡Puedo jugar de nuevo!!!!

Pobmek estaba eufórico. Su felicidad lo iluminaba todo a su alrededor. Sun también sonrió, feliz por él.

Pero entonces, de repente, una luz blanca irrumpió sobre Pobmek: los faros de un coche, brillantes y veloces, cortando la oscuridad como una cuchilla. Y llegó una bocina, frenética, como un trueno en el pecho.

¡Tío! ¡¡Cuidado!!!

En el edificio de apartamentos de su hijo, Phafan revisaba los mensajes de Line con Pobmek. La preocupación le carcomía el corazón, como un gusano que se escarbaba en su interior. Casi todos los mensajes eran de ella, enviados sola. La pantalla estaba llena de globos verdes en su lado, mientras que en el lado de Pobmek era un vacío frío y blanco.

Había llamado varias veces. Nadie contestaba. Las llamadas perdidas se acumulaban como una serie de fallos repetidos. La tristeza se apoderó del rostro de Phafan como nubes grises que cubrían el cielo.

De repente, un número desconocido llamó. El celular vibró con fuerza; el extraño tono rompió el silencio. Phafan contestó.

Hola... sí... es mi hijo... ¿eh? ¿En el hospital?

Phafan se quedó atónita. El corazón le dio un vuelco. Fue como si la hubieran arrancado del mundo real y la hubieran sumergido en una pesadilla. Su rostro palideció como el papel.



4



Phaphan corrió hacia la puerta de urgencias. El sonido de sus tacones altos resonó con rapidez en el suelo de piedra pulida, tan frenético que sentía como si el corazón le saliera disparado con cada paso.

Al ver a la persona que acababan de sacar, tendida en la camilla en estado crítico, con el rostro completamente vendado e inconsciente, su cuerpo quedó paralizado por la conmoción. Estaba cubierto por una manta blanca, de un tono pálido que parecía verdoso. El rostro, envuelto en gasa, solo dejaba ver los ojos cerrados.

Phaphan estaba en shock. La escena que tenía ante él le heló la sangre en las venas al instante.

La culpa explotó en su pecho como si una espada la hubiera atravesado. Su voz tembló:

— ¡Pobmek! Perdóname... ¡Es culpa de mamá! Nunca imaginé que te haría sufrir tanto toda tu vida...

Phaphan rompió a llorar. Las lágrimas corrían como ríos, como una presa que se rompía tras décadas de contención. La enfermera que empujaba la camilla se quedó sin palabras, aminoró el paso y observó, confundida, cómo la madre se abalanzaba sobre el paciente, abrazándolo.

—De ahora en adelante, mami ya no te obligará a nada. Puedes hacer lo que quieras... Te apoyaré de verdad, desde el fondo de mi corazón.

Phaphan se arrojó sobre el cuerpo en la camilla, llorando desconsoladamente. Lo abrazó con fuerza por encima de la manta, en un gesto de profundo arrepentimiento. La enfermera solo pudo quedarse allí parada, sin saber qué hacer.

Fue entonces cuando alguien tocó suavemente la espalda de Phaphan. El suave toque en su hombro la sacó de su trance. Al girarse, vio a Pobmek de pie junto a Chan. Su hijo estaba allí, ilesos, en una cama de hospital.

Mamá... estoy aquí...

Phaphan se quedó paralizada. Sus ojos se abrieron de sorpresa y alivio, hasta el punto de que apenas pudo hablar.

— ¿Eh? ¿Hijo? ¿No viniste al hospital?

—Sí, vine. Pero solo para que me vendaran el dedo.

Pobmek levantó la mano. Era cierto: solo tenía una pequeña venda en la punta del dedo, algo casi ridículo comparado con el estado de la persona en la camilla. Chan no pudo contener la risa. Ahogó una risita en lo más profundo de su garganta, y ese pequeño momento de humor acabó por aliviar la tensión en el ambiente.

—Pensabas que tu tío estaba en tan grave estado ¿no?

Phaphan se rió torpemente de sí misma, sintiendo que la vergüenza le ardía en el rostro. Luego, soltó una risa seca y avergonzada. La enfermera apartó a la paciente mientras murmuraba:

— Ah, verás... madre e hijo son muy parecidos...

Pasó el tiempo, eran casi las diez de la noche.

Pobmek estaba sentado charlando con Phaphan en una silla de plástico duro en el pasillo del hospital. Chan estaba cerca, rebuscando entre los restos de la guitarra rota. El instrumento estaba lastimosamente destrozado, con astillas de madera esparcidas y las cuerdas rotas, como una herida profunda que ya no podía sanar.

—Estaba al borde de la carretera y un coche me rozó. Estuve bien... pero la guitarra no tuvo tanta suerte. El coche la aplastó y la convirtió en chatarra.

-Lo entendí...

Pobmek permaneció en silencio y simplemente asintió.

Phaphan bajó la mirada hacia la mano vendada de su hijo. Fijó la mirada en la yema del dedo herido, como si quisiera leer todo el dolor en esa pequeña herida.

Entonces... ¿aún no has abandonado la guitarra?

"En realidad, acabo de volver a jugar... y ahora mismo necesito jugar más que nunca. Es la única manera de que Solar vuelva a la normalidad", respondió Pobmek con firmeza.

Phaphan escuchó en silencio.

Pero no podré jugar... si todavía tengo heridas en el corazón por esto.

Phaphan se quedó sin palabras. Las palabras de su hijo fueron como un balde de agua helada. La culpa la oprimió de nuevo.

Mamá... ¿podrías ser un poco más amable conmigo? Tanto con la guitarra como con mi rol como profesora... quizás no era lo que querías, pero es el camino que realmente elegí.

— Pobmek... perdóname... Me equivoqué. No te presionaré más... Lo prometo...

La madre habló en voz baja. El hijo asintió. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro, como un pequeño brote de esperanza recién nacido. Phaphan le sonrió a Pobmek.

Pero Chan lo interrumpió rápidamente, sacudiendo la cabeza:

Eso no cuenta como una promesa real.

Phaphan y Pobmek se giraron para mirar a Chan al mismo tiempo, como si él fuera el juez de la situación.

—Entonces, ¿cómo se hace una promesa verdadera? —preguntó Phaphan con curiosidad.

"Una verdadera promesa requiere cruzar el dedo meñique", respondió Chan, comprendiendo perfectamente.

Pobmek se llevó la mano a la frente, negando con la cabeza ante la actitud infantil de Chan, y suspiró en señal de rendición. Phaphan, en cambio, lo encontró divertido y le extendió la mano.

Bueno, entonces. Crucemos los meñiques.

Pobmek vio el meñique de su madre extendido hacia él, firme, decidido, como una rama de olivo ofrecida en señal de paz. Extendió su meñique y lo entrelazó con el de ella. Ambos se sonrieron.

Chan sintió que aún no era suficiente. Se interpuso entre ellos:

— ¡Para nada, cambié de opinión! ¡Tú también tienes que abrazar!

Y entonces Chan abrazó a Phaphan y Pobmek. El repentino abrazo hizo que ambos perdieran un poco el equilibrio.

"Oye, ¿qué es esto ahora..." se quejó Pobmek.

Tío, ¡deja de quejarte!

Phaphan se echó a reír. Fue una risa espontánea y genuina, la primera en muchos años. Chan se unió al abrazo, y los tres se abrazaron con ternura. Un abrazo fuerte, lleno de cariño, sin necesidad de una sola palabra.

Amaneció.

Phaphan caminó por el pasillo de la escuela, guiada por Solar. La emoción y la esperanza hacían que sus pasos fueran más ligeros de lo habitual, como si caminara hacia un pequeño milagro.

Justo detrás de ellos venían Jee y Sodchuen, un poco más atrás. Jee llevaba una gran caja de cartón. La caja marrón parecía pesada y misteriosa, pero su sonrisa dejaba claro que era un regalo especial.

—Pronto verás cómo es Pobmek en su versión de profesor —le susurró Solar a su suegra.

Phaphan asintió, sus ojos llenos de expectativa, una esperanza que sólo ahora se permitía tener.

Jee y Sodchuen se acercaron el uno al otro.

—Quizás no sea perfecto, pero servirá, mamá —susurró Jee, enfatizando.

"Es cierto, mamá, te lo garantizo también", añadió Sodchuen en voz baja.

Phaphan asintió, y una leve sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. La preocupación que había sentido antes comenzó a disiparse, como hielo derritiéndose, hasta que se detuvo frente al aula de segundo año, clase 1.

Ella echó un vistazo adentro y vio a Pobmek enseñando a través de la puerta de vidrio, con cuidado, como si temiera romper ese precioso momento.

Pobmek golpeaba la mesa con la mano como si fuera un tambor, enseñando a los niños a cantar las tablas de multiplicar. El sonido de sus manos al golpear la superficie de madera creaba un ritmo animado. El aula rebosaba energía, risas y voces alegres.

— ¡Nueve por uno, nueve! ¡Nueve por dos, dieciocho! ¡Nueve por tres, veintisiete! ¡Nueve por cuatro, treinta y seis!

Pobmek se giró y vio a Phaphan en la puerta. Hizo una pausa en la lección. La amplia sonrisa de su rostro se desvaneció ligeramente al notar la presencia de su madre, y luego la presentó a los niños:

—Niños, esta es mi madre. Saludemos a la madre de la maestra.

"¡Hola, mamá del profesor Pobmek!" respondieron todos al unísono, con sus vocecitas arrastradas.

Phaphan sonrió. Ese coro infantil le derritió el corazón. Entonces, tomó la caja de las manos de Jee y se la dio a Pobmek.

Mamá te trajo un regalo.

Pobmek miró a Jee y Sodchuen confundido, con las cejas fruncidas, tratando de descifrar lo que estaba sucediendo.

—¡Ábrelo ya, amigo, te vas a sorprender! —dijo Jee emocionado.

Aún confundido, Pobmek abrió la caja con cuidado, despegando lentamente la cinta adhesiva. Su curiosidad había llegado al límite.

Dentro, había una guitarra nueva. La madera clara relucía, perfecta, esperando ser tocada. Pobmek sonrió de pura felicidad y luego miró a su madre. Sus ojos reflejaban la comprensión que finalmente había surgido entre ellos.

"¡Guau, profesor, qué genial! ¡Tóquelo para que lo oigamos!", gritó Fort.

"¡Una canción! ¡Una canción! ¡Una canción!" empezaron a gritar los niños al unísono.

Los niños se emocionaron, e incluso sus amigos se unieron a ellos, animándolos. Pobmek finalmente cedió, riendo ante la presión, con los ojos llenos de alegría.

Bueno, bueno... solo una canción, ¿de acuerdo?

— ¡Eeeeeeh! — aplaudió toda la sala.

Pobmek comenzó a rasguear la guitarra. Sus manos no temblaban. El sonido que emanaba del nuevo instrumento era limpio, claro y firme. Parecía genuinamente feliz. Todo a su alrededor parecía haberse detenido. Todos en la sala estaban absortos en esa melodía de alegría, sus sonrisas bañadas por la dorada luz de la mañana.

Mientras tocaba, Pobmek giró la cara hacia Phaphan. La mirada que intercambió con su madre estaba llena de amor y gratitud, sin necesidad de palabras. Phaphan le devolvió la sonrisa. La sonrisa de su hijo, en ese momento, fue la mayor recompensa de su vida.

Pasó el tiempo y cayó la noche.

Solar, Phaphan y Pobmek estaban sentados bebiendo cerveza y comiendo cangrejo hervido, ya pelado y listo para comer. La suave luz de la luna se reflejaba en el agua de la piscina del condominio, reluciente. La fría lata de cerveza les traía una sensación refrescante.

Phaphan tomó un gran trago de cerveza y dejó escapar un suspiro de satisfacción.

Ah...

Miró a Solar y a Pobmek sentados uno al lado del otro. Ver a su hijo tan cómodo con la persona que amaba le llenó el corazón.

—Y si Solar no mejora... ¿podrás seguir viviendo así, hijo?

—Oh, mamá... arruinas el ambiente —dijo Pobmek, poniendo cara de disgusto.

"No digo nada fuera de lugar. Solo estoy preocupado. Si las cosas se ponen difíciles... Mamá te ayudará", explicó Phaphan con una sonrisa.

Solar sonrió suavemente:

—Gracias, mamá. De hecho, es gracias a Pobmek que tengo la fuerza para hacer todo y curarme.

Las palabras de Solar eran firmes y sinceras, como si derramaran una inmensa energía positiva.

Al oír eso, Phaphan tomó la nueva guitarra que estaba a su lado y se la entregó a su hijo.

Entonces, ponle a mamá esa canción que tanto te gusta, la que Chan escucha y con la que se queda dormido.

—Ni siquiera recuerdo muy bien esa canción, mamá. Solo recuerdo que era una composición nueva de la banda en aquel entonces... Tendré que intentar sacarla de mi memoria.

Phaphan hizo un gesto despreocupado con la mano.

—No hay problema. Juega lo que puedas, como puedas.

Pobmek sonrió y empezó a tocar. Sus dedos se movían sobre las cuerdas con naturalidad y destreza, mientras Solar permanecía a su lado, ofreciéndole apoyo. Phaphan observaba, sonriendo tímidamente, con el pecho hinchido de un orgullo que apenas podía expresar. En silencio, sacó su celular y grabó el momento, temerosa de que incluso el sonido del obturador rompiera la magia de ese instante.

Pobmek se dio cuenta y se sintió avergonzado.

— Ay, mamá, no... no lo grabes, qué vergüenza.

"¡Qué pena!", dijo, mostrando la pantalla de su teléfono. "Mira este momento, Solar. Mamá te enviará el video luego, ¿vale?"

Solar esbozó una amplia sonrisa.

Está bien, gracias mamá.

Pobmek meneó la cabeza ante las acciones de su madre y su novio, resignado pero incapaz de ocultar su sonrisa.

El ambiente era cálido, acogedor y lleno de felicidad. Esa sensación de calidez se extendió por la sala como si todos estuvieran envueltos en una suave manta. El sonido de la guitarra seguía llenando el aire.

Pranee estaba sentada viendo el video que Solar le había enviado en su teléfono. La luz azul de la pantalla se reflejaba en su rostro, acentuando aún más sus líneas de preocupación. Sus ojos estaban fijos en la imagen de Pobmek tocando la guitarra y Solar sonriendo a su lado. Los pensamientos se arremolinaban en su mente como un torbellino.

Detrás de ella, en un rincón de la habitación, había una gran caja de cartón abierta. Dentro, se guardaban muchas cosas: ropa vieja de niños, fotos de Solar de niña, juguetes, cuadernos con letras descoloridas de canciones antiguas, cajas de CD de programas infantiles matutinos con la imagen de una joven junto a un erizo de colores.

"Las aventuras matutinas con Solar el erizo".





Pobmek estaba sentado en la cama, tocando la guitarra. Sus dedos rasgueaban los acordes repetidamente, sin cesar, como un prisionero que forja un código secreto para liberarse de la jaula de sus propios recuerdos.

Chan yacía cerca, y Sun hundió la cara en el colchón. Sus párpados comenzaron a cerrarse lentamente, como una flor que recoge sus pétalos bajo la suave luz del sol.

Mañana

Después de volver a tocar la guitarra, intenté recordar y encontrar esa canción que solía adormecer a Sun. Y parecía que, poco a poco, todo empezaba a mejorar...

El sonido de la guitarra de Pobmek sumió a Chan en un estado de letargo. El sueño envolvió suavemente a Sun, como si lo envolvieran hilos de seda invisibles.

Tres días antes, Pobmek estaba sentado en el sofá de la sala, practicando con la guitarra. Su rostro estaba tenso, con el ceño fruncido, revelando su lucha contra el vacío de pensamientos.

Solar preparó una taza de té y la colocó delante de él. Un vapor cálido se elevaba de la taza, como una nube de cariño que le enviaba Solar. Se sentó a su lado y, con una leve sonrisa, observó a Pobmek con una mirada confiada, como si estuviera observando a un guerrero en entrenamiento antes de partir al campo de batalla.

Al día siguiente, Pobmek volvió a rasguear la guitarra en el mismo lugar. Experimentó con cuidado y atención con diferentes notas. Chan estaba sentado en el sofá, jugando con un robot. La marioneta de metal que tenía en las manos chocó con fuerza, produciendo un crujido. Hizo que los robots chocaran entre sí hasta que uno salió volando y golpeó a Pobmek en la cabeza.

El robot golpeó ligeramente a Pobmek en la cabeza, como si lo hubieran lanzado con un algodón. Sun palideció, temeroso de ser regañado. Su corazón latía desbocado, como un tambor que retumba sin parar.

Pero Pobmek no se inmutó. Siguió tocando la guitarra con movimientos firmes. Sun lo miró fijamente, como si reflexionara sobre algo. Sus ojos se abrieron de par en par, llenos de curiosidad, como si intentara descifrar una compleja ecuación matemática a partir de la expresión del otro.

El día anterior, Pobmek seguía tocando la guitarra en el mismo sitio. El sonido de la música, intentando romper el silencio del pasado, seguía su curso. Solar, sentado cerca, corrigiendo tareas, lo observaba feliz. La comisura de los labios de Solar se levantó levemente, orgullosa. Su felicidad era silenciosa y firme, pesada como una barra de oro.

Hoy, Chan se dormía lentamente. Su cabeza se hundía en la almohada, rindiéndose a la fuerza de la gravedad. Pobmek observaba con alegría, con la esperanza brotando en su corazón, como si viera una luz al final del túnel.

¡Ja! Sun soltó un grito a propósito, fingiendo estar dormido ante Pobmek. Pobmek suspiró; un suspiro pesado, como una montaña entera sobre sus hombros. La voz en su cabeza sonó clara:

¿Cuando mejorarán finalmente las cosas?

Sun se electrizó, saltando y jugando en la cama, impulsándose arriba y abajo del colchón con alegría. Su cuerpo se movía con ligereza, como un pez nadando en la corriente. Pobmek observaba consternado; el cansancio se reflejaba en sus ojos, como el sol poniente, a punto de ocultarse en el horizonte. Aun así, bajó la cabeza e intentó seguir tocando la guitarra.

Han pasado dos semanas y todavía no encuentro esa canción. Pero qué le vamos a hacer... solo queda seguir intentándolo.

Una tranquila mañana de sábado en un día tranquilo.

Pobmek seguía rasgueando la guitarra en el sofá. Sus dedos apretaban las cuerdas con fuerza, como si intentara convertir una piedra en polvo para desenterrar los recuerdos que ocultaba.

Hoy llevaba una camisa blanca ligeramente rosada. Solar le preparó té; el intenso aroma llegó a su nariz, trayendo una sensación de calma que intentó calmar la inquietud de Pobmek. Solar se sentó a su lado y le ofreció la taza con una leve sonrisa. Su rostro estaba sereno, como la superficie del agua por la mañana sin viento.

"Estás poniendo mucho esfuerzo", comentó con ligereza.

Pobmek tomó la taza de té y dio un sorbo, pero con la mirada fija en el mástil de la guitarra. Su determinación crecía sin límites, como la aguja de un medidor al máximo.

—Tengo que esforzarme más. Así conseguiré que Chan se duerma.

Solar se reclinó contra el sofá, con una expresión de curiosidad casi ingenua.

— ¿Y por qué quieres tanto que Sol duerma así?

Pobmek levantó ligeramente la comisura de los labios, pero sus ojos no siguieron la sonrisa. Su mirada era fría, cargada de una irritación que llevaba tiempo acumulándose.

—Bueno, porque ya me cansé del sol. Cada pregunta que haces...

— Pero Sol es un buen niño, ayuda con las tareas de la casa, ¿verdad?

Pobmek dejó la guitarra en el suelo. El sonido sonó con un leve "tung", pero resonó en el silencio circundante. Se subió el dobladillo de su camisa blanca, que tenía un ligero tinte rosado, para mostrarlo. La tela, que debería haber sido blanca y limpia, ahora era de un rosa pálido, como si la hubieran teñido con un almíbar dulce.

—¿Tarea? Era una camisa blanca, la lavó con ropa de color y de repente se puso rosa. Sé que Sun quiere ayudar, pero si ayudar solo empeora las cosas, es mejor quedarse quieto, ¿no crees?

—Hmm...es cierto..."

Solar asintió lentamente, la comprensión reemplazó a la duda.

Pobmek volvió a bajar la cabeza y siguió rasgueando la guitarra. Sus dedos volvieron a su movimiento repetitivo, sin fin a la vista.

Solar se puso las manos en las caderas, haciendo pucheros como un niño malhumorado. Sus mejillas se inflaron ligeramente, de forma tierna, y su expresión mostraba una mezcla de resentimiento y una rabietas un tanto infantil.

Cuanto más ayudas das, peor se pone... así que es mejor no hacer nada, ¿no?

—Mmm.

Pobmek bajó la cabeza y respondió con un murmullo profundo, casi imperceptible.

Solar retrocedió. Su cuerpo se levantó del sofá rápidamente, como si la hubiera impulsado un resorte.

¡Bang! El sonido de la puerta al cerrarse resonó con fuerza, como un trueno que irrumpió en la habitación. Pobmek se sobresaltó y giró la cara hacia la puerta. Su cuerpo se tensó por un instante, con todos los nervios a flor de piel por el miedo.

¿Solar?

No hubo respuesta. Solo un silencio denso sustituyó la música. Entonces Pobmek se dio cuenta de algo. El pensamiento cruzó su mente tan rápido como un disparo.

Se giró apresuradamente para mirar el calendario y vio que el día estaba escrito: «Chan». Pobmek apretó los dientes; el pánico se extendió por todo su cuerpo como si le quemara la piel.

¡Mierda!

Se levantó de un salto y corrió hacia la puerta, angustiado. Sus movimientos eran apresurados y desordenados. Buscó la tarjeta de acceso en la mesa, pero no la encontró. Sus ojos lo escrutaban todo frenéticamente, como un halcón cazando a su presa.

Entonces su rostro palideció por completo. La sangre pareció escurrirse rápidamente de su rostro, dejando su piel blanca como el papel.

— ¡Maldita seal! ¡Está aprendiendo! ¡Se llevó la tarjeta!

Pobmek salió corriendo de la habitación inmediatamente. Se abalanzó hacia la puerta como un animal feroz escapando de su jaula.

¡¡¡Sol!!! ¡¡¡Vuelve aquí!!!

La atmósfera dentro del auditorio de la escuela en ese momento estaba llena de confusión caótica, como un hormiguero que hubiera sido puesto patas arriba.

Sodchuen y Jee estaban ocupados preparando el escenario con gran destreza. Había un gran panel de espuma listo para colgar en el telón. El panel era enorme, como una pared blanca esperando a ser llenada con letras. Supervisaban a los trabajadores que pulían el suelo del escenario. El suelo del auditorio era de madera vieja y necesitaba mantenimiento.

Sodchuen estaba tan dedicada a su trabajo que incluso cosió ella misma la cortina rasgada. La aguja en su mano dibujaba líneas rápidas y precisas sobre la tela oscura de la cortina, como un cirujano suturando cuidadosamente una herida.

Jee estaba cerca, junto al empleado que limpiaba el piso. Observaba sus movimientos con una mirada preocupada y visiblemente incómoda. Luego habló, en tono amable y respetuoso:

— Oh... señor, déjeme fregarlo yo mismo, ¿de acuerdo? Puede ir a descansar un poco.

Sodchuen levantó la vista, apartando la mirada de la costura y miró a Jee.

—Oh, profesor Jee, esto es solo una actividad de aprendizaje; no tiene por qué ser tan perfecto. De todas formas, pronto tendrás que limpiarlo todo de nuevo.

—Entiendo... pero esta vez, considéralo una petición mía —asintió Jee cortésmente. En sus ojos se reflejaba una determinación firme como el acero.

Sodchuen asintió hacia Jee, un gesto lleno de afecto por el perfeccionismo de su colega.

El empleado se alejó y terminó cruzándose con Pobmek, quien corría hacia ellos sin aliento. Venía a toda velocidad, hasta el punto de que su cuerpo parecía borroso, como una tormenta que se acercaba con urgencia.

Pobmek jadeaba, respirando con dificultad. Sus pulmones latían con fuerza en su pecho como una máquina al límite.

— P'Sodchuen, Jee, ¿alguien ha visto a Sun por aquí? ¡Se escapó del apartamento esta mañana!

— ¿Eh? ¿Hablas en serio?

Los ojos de Sodchuen se abrieron y se volvieron grandes como huevos de ganso.

Vaya... ¿ahora puede escapar del condominio? ¡Qué listo se está volviendo!

Jee dejó de limpiar. Su expresión cambió de tensión por la limpieza a asombro absoluto.

La postura de Sodchuen cambió al instante, tornándose seria. Sus labios se tensaron, llenos de preocupación.

Pobmek, ¿has consultado a los mototaxistas que están delante del edificio?

— Sí, lo hicieron. Dijeron que dejaron el Sun cerca, en la zona de la escuela.

Jee apoyó los brazos en el mango del trapeador, frunciendo el ceño mientras pensaba. Su cerebro empezó a procesar la información rápidamente.

Pero llegué antes que todos y no vi el sol.

Pobmek empezó a entrar en pánico. El miedo le atenazaba el corazón, temiendo que Sun hubiera ido demasiado lejos. En su mente, escenas terribles se repetían una y otra vez.

Sodchuen se llevó la mano a la barbilla, pensativa.

— Pero un niño de esa edad... no debería poder ir muy lejos... ¿Hay alguna casa de estudiantes cerca?

En el balcón de madera de una casa moderna,

Sun estaba con la pandilla de princesas. Estaban sentadas en círculo, en secreto, con...

El padre de Aurora regaba las plantas cercanas. El sonido del agua al golpear las hojas producía un "shhhh", que servía de fondo a aquella conversación seria.

— ¡Estos hombres no sirven en ninguna parte del mundo, ¿no es así?!

Elsa se quejó, molesta. Su voz estaba llena de insatisfacción, burbujeando ruidosamente como un refresco espumoso.

Campanilla asintió firmemente. Sus trenzas se mecieron ligeramente con el movimiento.

¡Sí, esos hombres realmente no son buenos!

El padre de Aurora se sobresaltó. La mano que sostenía la manguera se detuvo en el aire y él giró la cara, confundido. Su expresión estaba llena de interrogantes.

Sun dejó escapar un largo suspiro. El aire que salió de sus pulmones estaba cargado de decepción.

— Bueno, sí... y yo seguía confiando...

De repente, el celular de Elsa empezó a vibrar. El sonido de la vibración rompió el silencio circundante. El nombre "Profesor Pobmek" apareció en la pantalla.

Campanilla también levantó su celular. La pantalla se iluminó de repente, mostrando que el "Profesor Jee" estaba llamando al mismo tiempo.

Elsa y Campanilla se unieron a Pobmek y Jee. Sus ojos brillaban con pura imaginación.

Mira, ambos están llamando al mismo tiempo... este no es el momento apropiado, ¿verdad?

Aurora negó con la cabeza con fuerza. Su rostro se tornó serio, como el de un comandante militar.

—Es un barco fantasma, eso es lo que es. Y no le respondas, ¿de acuerdo? Si no, los profesores acabarán descubriendo lo del Sol.

"Tic." Un suave pitido sonó en los celulares de los dos jóvenes profesores.

Jee chasqueó la lengua y su irritación comenzó a explotar sin control.

— Hombre, estos niños no contestan el teléfono.

Pobmek se apretó las sienes con fuerza. La tensión le hacía doler la cabeza, como si le apretaran el cráneo con barras de hierro.

Maldita sea... ¿aún tenemos alguien en quien apoyarnos?

¡Mamá! La única persona en la que podemos confiar de verdad es nuestra madre, ¡solo en ella!

Aurora se lo explicó a sus amigos con convicción. Su voz era firme y decidida.

Chan asintió con entusiasmo. Sus ojos brillaban, llenos de un plan bien pensado.

—Genial, entonces comencemos la misión secreta. ¡No podemos dejar que los adultos se enteren de que... vamos a buscar a mamá!

— ¿Eh? ¿Llamar a la policía? Pero Chan ni siquiera lleva 24 horas desaparecido. ¿Aceptará la policía la denuncia?

Jee se quedó boquiabierto, sorprendido. Sus palabras se apagaron por un instante.

Entonces estás diciendo que sólo soy un niño de 7 años.

Pobmek respondió rápidamente, como si alguien lo hubiera empujado.

Pero el cuerpo no es de un niño, ¿verdad? ¿De verdad crees que la policía se lo creerá?

Jee hizo una mueca de incredulidad, la duda grabada en su rostro.

Pobmek se tensó, apretando las sienes. El dolor de cabeza era intenso, como un volcán a punto de entrar en erupción.

—Uf, ¿y ahora qué? ¿Qué hacemos...?

Sodchuen levantó la cara rápidamente. Sus labios se curvaron en una sonrisa confiada.

—No necesitas hacer nada ahora. Mira esto primero.

Sodchuen les mostró el celular a Pobmek y Jee. La pantalla brillante captó la atención de todos. Era Elsa haciendo una transmisión en vivo de TikTok. La imagen cobraba vida; se podía ver que guiaba a sus amigos al auto del padre de Aurora, lista para llevarlos a todos a su destino.

Hoy, la pandilla de princesas, nos embarcamos en una misión secreta: ¡llevar a Sun a conocer a su mamá! ¡Gracias, papá, por demostrar que aún hay hombres heterosexuales buenos en el mundo!

Tío, pásate por aquí a comprar dulces también, ¿vale? Son para mi mamá.

Sun se giró para hablar con el padre de Aurora. Sus ojos suplicaban, como los de un cachorrito.

Oye, Elsa, ¿no era esta una operación secreta?

Aurora se volvió hacia ella, confundida. Frunció el ceño en un leve gesto de irritación.

¡Uy, es cierto! Pero no olvides seguirnos, ¿vale?

Elsa rió despreocupadamente. Su risa era clara, como el tintineo de una campana.

Cuando los tres profesores terminaron de ver el vídeo, sus rostros cambiaron rápidamente de la tensión al alivio, como si alguien hubiera accionado un interruptor.

Pobmek dejó escapar un suspiro de alivio. El peso de cientos de árboles que antes lo aplastaban se fue aliviando poco a poco.

—Entonces fue a la casa de su madre Pranee...

¿Qué esperas? ¡Vamos!

El cuerpo de Jee ya estaba listo para salir disparado en cualquier momento.

—¿Adónde vamos? ¡No tengo ni idea de dónde está la casa de tu madre!

Jee se volvió hacia Pobmek con una mirada llena de incredulidad mezclada con irritación.

—¿Qué demonios es esto? ¿De verdad eres el yerno de la familia o no?

— ¡¡¡Lo soy, maldita sea!!!

Pobmek gritó con todas sus fuerzas. Su voz resonó por todo el auditorio.

— Oye, oye, menos pelea, ¿vale? Busquemos la dirección en los documentos de Solar.

Sodchuen levantó la mano para intervenir. Su tono era firme, como el de alguien que intenta calmar la situación. Procedió a guiar a todos fuera del auditorio, moviéndose rápidamente, como una brújula que apunta directamente en la dirección correcta.

El chirrido de los frenos fue suave, como el último aliento del coche. Pobmek detuvo el vehículo frente a la casa de Pranee. Los tres bajaron y tocaron el timbre. El dedo de Pobmek presionó el botón repetidamente, apresuradamente, como si activara una alarma de emergencia, pero nadie respondió.

Sodchuen bajó la mirada hacia los documentos que tenía en las manos, con recelo. Sus ojos recorrieron cuidadosamente cada línea del papel, como buscando el más mínimo error.

— P'Sodchuen... ¿Es este el lugar correcto? ¿Nos hemos equivocado de casa?

Jee preguntó sin estar seguro de la dirección.

Pero esa dirección está registrada. Me cuesta creer que me equivoque.

El rostro de Sodchuen mostraba la confianza que le daba tener la información en sus manos.

Pobmek se tensó. Su rostro palideció al instante y se le agotó la paciencia. Sin esperar a nadie, corrió y saltó la puerta de inmediato. Su cuerpo se movía con agilidad, como un ladrón experimentado. Cada movimiento era decidido, sin vacilación.

—Sí... ese tipo tiene práctica saltando muros...

Sodchuen murmuró, mirando a Pobmek terminar de escalar la puerta.

Sus pies rozaron ligeramente la hierba. Se acercó a la ventana y echó un vistazo al interior. Se oía música de salón; el triste sonido del saxofón se extendía suavemente por la casa, como el llanto de un espíritu. Dentro, Pranee bailaba sola. Sus movimientos eran elegantes, pero cargados de soledad, como un cisne danzando en medio de un lago abandonado.

Pobmek intentó llamarla, golpeando suavemente la ventana. El sonido de los golpes, "toc, toc", era bajo, pero suficiente para sacar a Pranee de su ensueño.

Cuando Pranee se giró y lo vio, soltó un grito de sorpresa. El grito fue agudo, penetrante, como un cristal roto, sobresaltando también a Pobmek y a los demás.

Pranee apagó la radio y el silencio inundó la habitación. El repentino silencio le provocó escalofríos. Luego se dirigió a la puerta para abrirles a los profesores. Sus pasos eran apresurados, pero conservaban cierta elegancia.

—Casi me da un infarto... ¿Cómo acabaron todos aquí?

Pranee los miró con una expresión curiosa.

—Es que Sun se escapó del condominio esta mañana. Pensamos que vendría aquí, mamá.

Pobmek se apresuró a explicar, con la voz cargada de ansiedad. Los ojos de Pranee se abrieron ligeramente, con el rostro contorsionado por una sorpresa que no pudo ocultar.

¿Eh? ¿Viniste aquí?

Pobmek asintió, bajando la cabeza con fuerza. Pranee parecía preocupada; su expresión se ensombreció, como si nubes grises le hubieran envuelto el rostro.

Pobmek se dio cuenta de que algo andaba mal. La inquietud lo recorrió como una aguja en el estómago.

¿Pasó algo, mamá?

Pranee dudó. Las palabras se le atascaron en la garganta, incapaces de salir.

Antes de que pudiera responder, un coche se detuvo frente a la casa. El sonido del motor hizo "viii" antes de apagarse.

Los adultos se giraron y vieron a Chan salir del coche. Sun estaba radiante y emocionado. Se despidió del coche que se alejaba, con la mano temblorosa en el aire. En sus brazos, llevaba varias bolsas de dulces, las bolsitas de plástico rebosantes de color.

Cuando Chan vio a los adultos, se quedó paralizado. Su sonrisa se convirtió en hielo al instante. Luego, dejó todo al suelo y salió corriendo. Salió disparado como un ciervo al que cazan.

—¡Chan!!

Pobmek gritó, corriendo tras él. Sus piernas se movieron por reflejo.

Sun huía, Pobmek lo perseguía. La distancia entre ambos se acortaba gradualmente...

Chan terminó deteniéndose frente a una casa abandonada. El edificio parecía ruinoso y sumido en la oscuridad, como un diente podrido entre las demás casas que lo rodeaban.

Pobmek logró alcanzarlo a tiempo. Su mano agarró el brazo de Chan con fuerza, como si fueran grilletes de hierro. Sun dejó de correr y se giró para quejarse, con los ojos llenos de ira y dolor.

—¿Vas a pelear conmigo otra vez? ¡¿Eso es todo?! ¿Ya te cansaste de mí? ¡¿Eh?!

Pobmek no respondió. Las palabras dieron paso a un gesto sincero. Abrazó a Sun de inmediato, abrumado por la preocupación. El abrazo fue firme y cálido, como si usara su propio cuerpo para formar un escudo protector. Sun estaba confundido, paralizado por un momento, sintiendo ese repentino conflicto.

Sol... perdón por hablarte así esta mañana... quiero cuidarte, ¿de acuerdo?

Pobmek dijo con voz profunda y temblorosa. El aire salió de sus pulmones en ligeras bocanadas.

Los dos se separaron. Un pequeño espacio se formó de nuevo entre ellos. Una vez más, sus miradas se encontraron, llenas de comprensión.

— ¿Ya no estás cansado de mí?

Chan parpadeó lentamente. Claramente necesitaba confirmación.

No estoy cansado

El ex tío, el ladrón, respondió.

Entonces, ¿puedo saltar a la cama?

- Él puede.

¿Entonces no es necesario guardar los juguetes?

- No puede.

Pobmek meneó la cabeza con firmeza, levantando ligeramente una ceja en señal de advertencia.

-Está bien también.

Chan hizo una mueca de rendición, sus labios ligeramente fruncidos hacia adelante en un lindo puchero.

Pobmek se rió de la reacción de Chan. Su risa era aliviada y cálida. Acarició suavemente la cabeza de Chan.

—Debes extrañar mucho a tu madre para haber llegado tan lejos, ¿verdad?

—Claro que sí. No he olvidado mi promesa. Dijiste que me llevarías a ver a mi madre.

Sun asintió con firmeza. La tristeza en sus ojos era tan profunda como un pozo antiguo.

Pobmek sonrió suavemente. Esa sonrisa era una promesa a punto de cumplirse.

Así es... así que vamos a ver a tu madre.

Pobmek tomó la mano de Sun, listo para regresar a casa de Pranee. Sus palmas se encontraron, cálidas y apretadas. Pero Chan se detuvo. Sus pies parecían haberse arraigado en la tierra, inmóviles. Miró a Pobmek, confundido.

¿A dónde vamos?

—A casa de tu madre.

Sun negó con la cabeza rápidamente. Su mirada dejó claro que esa respuesta era completamente errónea.

No, no... esta es la casa de mi madre.

Sun señaló la casa abandonada justo delante de ellos. Su dedo indicó el vacío y la decadencia.

Pobmek se quedó sin palabras. Por un instante, su cerebro pareció congelarse. Una extraña premonición lo asaltó y un escalofrío le recorrió la espalda.

Mientras tanto, Sodchuen, Jee y Pranee llegaron poco después. Pranee tenía una expresión abatida; su rostro estaba pálido como el papel. La culpa y la preocupación la abrumaron por completo, hasta el punto de que Pobmek empezó a encontrarlo extraño.

Cuando Chan vio a Pranee, sonrió. Su sonrisa era tan brillante como un girasol. Corrió hacia ella de inmediato, con movimientos llenos de confianza.

—¡Ay, profesor Pranee! Hace mucho que no nos vemos. ¿Cómo está?

La profesora está bien...y tú, Chan, ¿cómo estás?

Pranee respondió con una sonrisa seca. Esa sonrisa era torcida, cargada de dolor.

"Estoy bien. Solo me duele un poco la cabeza por culpa del tío Pobmek, porque le gusta burlarse de mí", respondió Sun.

Pranee asintió, moviendo ligeramente la cabeza, visiblemente tensa. Pobmek la miró con recelo; sus ojos no se apartaron de su rostro, como si intentara descifrar un código secreto.

—¿Y has visto a mi madre por aquí? ¿No está en casa?

Sun preguntó, con su habitual inocencia.

Los tres profesores se giraron para mirar a Pranee al mismo tiempo. Por un instante, parecieron contener la respiración. El silencio que siguió fue denso, como una explosión contenida. El rostro de Pranee se veía muy angustiado. Sintió el peso de sus miradas sobre ella, como si un gran secreto estuviera a punto de ser revelado.

Pobmek finalmente preguntó, sin poder contenerse. Su voz salió pesada, cargada de exigencia de respuesta:

"Mamá... ¿qué pasa aquí?"



6



El sol de la tarde caía sobre el suelo de madera de la casa de Pranee.

Sun dormía en el sofá. Su cuerpo se hundió en la suavidad del cojín, y en la mano aún sostenía la bolsa de patatas fritas que acababa de comer. El envoltorio de colores brillantes contrastaba marcadamente con su rostro soñoliento y exhausto.

Pranee se acercó y le acomodó una almohada bajo la cabeza para que pudiera dormir mejor. Sus manos acomodaron la almohada con cuidado y delicadeza, como si temiera despertar a un pájaro dormido.

Pobmek observaba todo con el rostro ensimismado, consumido por el desagrado. Su expresión era dura como una piedra tallada por la ira. Su mente estaba llena de preguntas.

Cuando Pranee giró la cara y notó su mirada, se sintió incómoda. La culpa se reflejaba claramente en sus ojos. Caminó lentamente hacia la mesa donde Sodchuen y Jee estaban sentados junto a Pobmek. Sus pasos eran pesados, como si llevara cadenas en los tobillos.

—Mamá... ¿así que nos has mentido todo este tiempo? Sobre que Solar es tu hijo... —
Pobmek empezó la pregunta en voz baja y cortante. Su tono sonaba como una cuchilla afilada.

Pranee apartó la mirada. Sus hombros se hundieron, rindiéndose ante la verdad.

— Pobmek... Lo siento por no haber dicho toda la verdad...

La indignación de Pobmek le hervía el pecho como lava. Todo el esfuerzo y la energía que él y sus amigos habían dedicado habían sido aplastados por una mentira.

Mamá, mis amigos y yo casi morimos tratando de encontrar una manera de tratar el síndrome solar... ¡¿nos ocultaste la verdad?!

¡Yo también tenía mis razones! ¡Y todo lo que hice fue porque creía que era lo mejor para Solar!
—replicó Pranee rápidamente. En sus ojos se reflejaba el dolor de alguien que había tomado decisiones difíciles.

Pobmek suspiró. El aire que escapó estaba cargado de frustración. Aún no estaba satisfecho con esa respuesta. La atmósfera en la habitación se volvió tensa. El aire se sentía pesado como el plomo, incomodando a Sodchuen y Jee; ambos permanecieron inmóviles, como figuras pintadas en un cuadro.

Jee decidió intervenir con calma. Extendió lentamente la mano, intentando poner fin a esa guerra invisible.

Entonces... al final, ¿quién es Sun, después de todo, señora...?

Al oír la pregunta, Pranee suspiró suavemente. Fue un suspiro largo, como si revelara un secreto guardado durante mucho tiempo. Decidió buscar una carpeta con documentos y se la entregó a Pobmek. La carpeta en sus manos parecía una caja de Pandora, rebosante de verdades ocultas.

"En realidad... no soy la madre biológica de Sun..." dijo Pranee, en un tono que sugería que finalmente estaba aceptando la verdad.

Sol... es solo un estudiante mío...

Los tres profesores quedaron aún más intrigados al oír eso. Se quedaron boquiabiertos, como si les hubieran dado una descarga eléctrica.

Pranee comenzó a relatar la historia del pasado. Su mirada se perdió en un tiempo lejano.

Año 2007.

En una escuela primaria pública, no lejos de la capital.

Pranee enseñaba arte a los niños de primaria. Su rostro reflejaba dedicación y calidez.

Yo era profesora de arte en una escuela primaria... y Sun también era una de mis alumnas...

Pranee miró uno de los escritorios vacíos. La mesa desocupada parecía un pequeño agujero negro en medio de la habitación. La observó con preocupación; su mirada reflejaba tristeza y ternura a la vez.

En aquel entonces, Chan no era un niño alegre como Solar... al contrario... Chan era el tipo de niño al que todos llamaban 'niño problema'.

En ese momento, en el pasillo frente al aula, un niño pasó corriendo frente a la puerta del aula de Pranee. Sus movimientos eran rápidos y presa del pánico. Otro niño corrió tras él, con la voz resonando en gritos.

¡Oye! ¡Devuélveme la mochila, maldita sea!

Pranee observaba con recelo. Arqueó ligeramente las cejas antes de salir de la habitación para ver qué pasaba afuera. Sus pies se detuvieron en el borde de la puerta. Afuera, un chico jalaba la mochila de otro.

La pequeña pelea fue feroz y agresiva, como dos cachorros mordiéndose. En el pasillo, varios niños ya se habían reunido para observar, con decenas de pares de ojos observando.

Con curiosidad, Pranee no pudo hacer más que mirar la escena, intentando comprender lo que estaba sucediendo, hasta que apareció un inspector escolar para intervenir, con expresión severa y autoridad palpable.

—¡Sol! ¡¿Otra vez?!

El niño Sol estaba molesto por haber sido atrapado. Su rostro mostraba un aburrimiento extremo.

Más tarde esa mañana, Chan se sentó ante el inspector, quien lo reprendía. Mantuvo el cuerpo erguido e inmóvil, como si se negara a reaccionar. El inspector golpeó suavemente la mesa. El golpe produjo un sonido de "bofetada" que resonó por toda la habitación.

—Hoy le robó algo a su compañero, la semana pasada se saltó el evento del Día de la Madre... Chan, ¿cuándo vas a dejar de comportarte así?

Sun no respondió. Su rostro permaneció neutral, sus ojos vacíos y sin emociones, como un muro de piedra que bloqueaba cualquier sentimiento.

El inspector estaba agobiado por la preocupación por Chan. Se pasó una mano por el rostro exhausto y cogió el teléfono para llamar, pero nadie contestó. El sonido del timbre le pareció una burla.

—Nadie responde, como siempre. Con unos padres tan negligentes, no me extraña que sea un niño problemático.

Chan levantó la cabeza de repente. Sus ojos ardían de odio. «Mis padres no tienen nada que ver con esto. No diga tonterías, profesor».

"Mira a este niño... ¿aún tiene el valor de contestarle a un adulto?" El inspector se puso de pie. Sus movimientos eran intimidantes. Tomó el palo, listo para golpear a Chan. La mano que sostenía el palo temblaba de irritación.

Pero antes de que pudiera hacer nada, llamaron a la puerta. «Toc, toc». El sonido llegó en el momento justo. Era Pranee, quien entró con la mochila que Chan le había robado a su compañero de clase. Allí estaba, serena y amable.

—Escuché que quieras hablar con los padres de Sun, ¿es correcto? —preguntó Pranee con educación, pero con firmeza.

Sí, profesor Pranee.

—Entonces puedes hablar conmigo. Conozco a los padres de Sun. Se los diré yo mismo más tarde.

El inspector dejó escapar un suspiro de alivio, como si le hubieran quitado un gran peso de encima.

—Genial. Entonces dile a sus padres que vengan a recogerlo y lo saquen de la escuela de una vez por todas. Ha llegado al punto de robarles cosas a sus compañeros. No puedo dejar que esto quede impune.

—Creo que es mejor no llamarlo robo —replicó Pranee de inmediato. Su voz era suave, pero firme—. Llámalo ayudar a un colega. Es más justo.

Sun miró a Pranee con recelo. Era la primera vez que alguien lo defendía.

"¿Eh? Profesor Pranee, ¿de qué está hablando?" El inspector arqueó una ceja.

Pranee se acercó y abrió la mochila para que él la viera. La cremallera se abrió lentamente, revelando que dentro solo había cosas de niña. La mochila estaba llena de juguetes, joyas y objetos rosas.

"Me pareció extraño, así que fui a preguntarles a los niños. En realidad, Sun le quitó esa mochila a un alborotador porque quería devolvérsela a su legítimo dueño", explicó Pranee con calma.

El inspector se quedó sin palabras al oír eso. Su expresión cambió rápidamente y se volvió hacia Sun, irritado:

¿Y por qué no dijiste la verdad? ¿Eh?

Sun respondió con voz fría. La amargura se tragó cada palabra.

Aunque te lo dijera, no me creerías. Al fin y al cabo, soy ese niño problemático.

El inspector solo pudo suspirar y negar con la cabeza. No sabía cómo reaccionar ante esas palabras tan dolorosas. Pranee miró a Sun con preocupación, con una mirada llena de compasión.

Ha llegado la hora del almuerzo.

Chan se detuvo frente al muro detrás de la escuela. La pared pálida parecía un testigo silencioso de toda su frustración. Junto a ella había un contenedor de reciclaje para botellas de plástico.

La cesta estaba llena de botellas usadas. Empezó a lanzarlas contra la pared, una a una, para desahogar su ira. El sonido del plástico al chocar contra el cemento era «crash, crash», con un ritmo cargado de furia.

Mientras tanto, Pranee apareció cerca. Surgió silenciosamente, como una sombra. Chan se sobresaltó, su cuerpo se estremeció al instante. Tenía miedo, pensando que Pranee iba a reprenderlo. Pero ella no lo reprendió. Su rostro no mostraba rastro de juicio.

—La verdad es que eres muy bueno en esto, ¿sabes? Así que ven a ayudar un poco a la maestra. Me acaban de encargar la decoración de esta pared.

Sun parecía confundido, ladeando ligeramente la cabeza, sin comprender del todo. Pranee trajo una canasta y la colocó con cuidado en el suelo. Dentro había globos llenos de agua. Los globos redondos y de colores brillantes parecían huevos de dinosaurio.

Lanzó uno de los globos contra la pared. El globo golpeó y explotó al instante, y la pintura salpicó toda la pared. Los colores salpicados parecían fuegos artificiales en plena explosión.

Al ver eso, los ojos de Sun se iluminaron de nuevo. Pranee le entregó un globo para que intentara lanzarlo también. Su mano dudó un momento antes de lanzarlo. El agua colorida volvió a estallar contra la pared. La frescura del agua al salpicar le produjo una agradable sensación.

Empezó a disfrutarlo. Así que Pranee y Sun se turnaron para lanzar globos de colores contra la pared hasta formar un hermoso diseño. El sonido de las risas se mezclaba con el estallido de los globos, creando una alegre armonía.

"Jugar con bolas de pintura es más divertido que jugar con botellas, ¿no?", preguntó Pranee.

Sun permaneció en silencio, sin responder. Simplemente absorbió ese momento en silencio, allí, con la pared y con Pranee.

"La próxima vez que quieras lanzar algo, ven a jugar conmigo mientras lanza globos de pintura, ¿de acuerdo?", dijo Pranee con una sonrisa amable y alentadora.

Chan miró a Pranee, quien ahora le sonreía. Su sonrisa parecía un segundo sol atravesando las nubes de lluvia. Apartó la mirada, avergonzado, con las mejillas ligeramente sonrojadas, dominado por una cálida sensación en el pecho.

En aquel entonces yo era prácticamente el único amigo de Chan...

El sol ya empezaba a ponerse en el horizonte.

Pranee y Chan caminaron juntos hacia la entrada de la casa. Sus sombras se extendían sobre el asfalto de la calle.

— Y no era sólo amistad... también éramos vecinos...

Chan estaba a punto de entrar por la puerta de la casa cuando Pranee lo llamó. Su mano lo detuvo con un ligero toque.

Espera, Chan. El profesor tiene algo que darte.

Chan estaba confundido. Pranee abrió la bolsa, metió la mano en la gran bolsa de tela y sacó un fajo de papel de varios colores. Le entregaron el papel blanco y los crayones de colores.

"Si te sientes mal por algo, intenta desahogarte pintando en estas sábanas, ¿de acuerdo?", dijo Pranee sonriendo.

Sun recogió los papeles y los apretó contra su pecho. Luego juntó las manos en un gesto de respeto. Su reverencia era sincera. Después, entró.

Justo cuando estaba a punto de desaparecer, Pranee lo llamó de nuevo. Su voz lo sacó del silencio.

— Chan... no eres un niño problemático, ¿sabes?

Chan permaneció inmóvil. Su cuerpo se quedó paralizado, como congelado, y antes de darse la vuelta, miró a Pranee, quien le sonreía.

La miró fijamente un momento, como si la evaluara. Entonces, Chan sonrió lentamente. Era una sonrisa suave y frágil. Saludó a la maestra con la cabeza —el gesto fue una sincera confirmación— y luego entró.

Pranee se quedó allí, observando a Chan entrar, abrumada por la preocupación. Permaneció inmóvil hasta que se cerró la puerta principal.

En ese momento, Pranee, Pobmek, Sodchuen y Jee se encontraban frente a la casa abandonada. El edificio parecía derruido y silencioso, como un monumento a los secretos.

Pranee comenzó a hablar, finalmente sacando la verdad a la luz:

— Y esta es la antigua casa de Chan... la casa que sus padres alquilaban en aquel entonces.

Los tres profesores observaron la fachada. La puerta estaba cubierta de óxido rojizo, como viejas cicatrices. En el candado de la puerta, un grueso candado sellaba el lugar, señalando el fin de viejos recuerdos.

Pranee se acercó y sacó un gran manojo de llaves del bolsillo de su pantalón. El tintineo de las llaves sonó bajo, como una campana que llama al pasado. Abrió el candado. El "clac" metálico resonó con fuerza, como si el mecanismo de la verdad se hubiera liberado. Los tres profesores observaron, sorprendidos.

— Pero ahora la casa es mía. La compré hace poco. Quiero usarla como espacio para dar clases de baile de salón al club de la tercera edad.

Pobmek asintió, comprendiendo. La preocupación aún se reflejaba en su rostro. Entonces bajó la vista hacia los documentos que había recibido de Pranee y vio que eran dibujos antiguos. Las hojas eran frágiles, amarillentas por el paso del tiempo.

Había marcas de pintura al azar por todas las páginas. Los trazos eran agresivos, como una tormenta atrapada en el papel. Los colores tendían a tonos oscuros, como si fueran el torrente de emociones negativas guardadas en el corazón.

"Nunca imaginé... que Solar tendría tantos problemas de niño...", dijo Pobmek en voz baja. La comprensión comenzaba a reemplazar la ira.

— El propio Solar tampoco lo sabe... porque nunca le dije nada... —respondió Pranee con la voz cargada de dolor.

— ¿Entonces dices que... Solar ha perdido la memoria? —preguntó Sodchuen, sorprendida. Sus ojos se abrieron de par en par, presa del pánico.

Al oír la pregunta, Pranee volvió a mirar la casa abandonada. Ese lugar parecía una caja gris donde se guardaban secretos.

Todas las verdades... están dentro de esta casa.

Ella se volvió hacia ellos de nuevo, con los ojos temblando de súplica.

Pero ¿puedo preguntarte algo? ¿Podrías no contarle esto a Solar ahora mismo...?

Los tres profesores intercambiaron miradas. Sus miradas reflejaban gravedad y preocupación.

"Hay una razón... por la que no se lo he dicho todavía..." enfatizó Pranee.

De repente, una voz sonó detrás de ellos. La voz era clara y aguda.

—¿Cuál es el motivo, mamá?

Todos se giraron a la vez, sobresaltados. Se les cayó el alma a los pies al ver a Solar allí de pie, escuchando todo. Estaba inmóvil, como una sombra que acababa de aparecer de la nada.

—Solar... Pobmek gritó el nombre de su amada, abrumado por la preocupación.

Solar se acercaba lentamente. Cada paso parecía pesado, como si llevara el mundo entero sobre sus hombros. Todos temían por él.

Solar se acercó a los papeles que él mismo había dibujado de niño. Extendió la mano y tocó aquellas imágenes que parecían representar su propio dolor. Contempló los dibujos, atónito. Su mente parecía dar vueltas, buscando respuestas que no llegaban. La incomodidad y la insatisfacción con las verdades que Pranee había ocultado se transformaron en una sensación de espinas que le atravesaban el pecho.

Solar empezó a interrogar a Pranee. Su voz estaba cargada de confusión y una urgente necesidad de respuestas.

—Mamá... ¿por qué no recuerdo nada de mi infancia...? ¿Por qué Chan se convirtió en Solar? ¿Y quiénes son mis verdaderos padres? ¿Dónde están?

Solar miró a Pranee, sus ojos exigiendo la verdad sin moverse.

Pranee parecía asfixiada por la presión. Un sudor frío le cubrió la frente.

—¡Y por qué estás tan seguro de que no puedes decirme esto todavía, si ni siquiera eres médico! —insistió Solar.

"¡El doctor fue quien me dijo que no lo contara!", replicó Pranee de inmediato. La respuesta salió abruptamente, como si intentara sostener un muro a punto de derrumbarse.

Al oír esto, Solar se quedó sin palabras. Su cuerpo se congeló, como si se hubiera quedado congelado en el aire.

Los ojos de Pranee comenzaron a llenarse de lágrimas. Brillaban en los bordes de sus párpados, como un depósito a punto de desbordarse.

Tras enterarse de que su hijo necesitaba tratamiento con un psicoterapeuta, Pranee decidió hablar directamente con el terapeuta de Solar. Se sentó en la silla, tensa, mientras el profesional hablaba y le daba consejos. La expresión del terapeuta era tranquila y comprensiva.

El médico explicó que el caso de Solar era delicado... que el hecho de que hubiera olvidado ciertas cosas podía ser un mecanismo de defensa contra experiencias dolorosas del pasado... y que podía ser peligroso si descubría la verdad antes de estar preparado...

En ese momento, Pranee seguía hablando entre lágrimas. Las lágrimas corrían por su rostro como lluvia sin parar.

—Lo siento, Solar... por nunca contarte esta historia... Puede que estés enojada conmigo, puede que incluso me odies... Simplemente no estaba segura... de si esta verdad no acabaría empeorando tu condición. De verdad no estaba lista para verte sufrir aún más...

Pranee lloró desconsoladamente, abrumada por la culpa. Esa culpa la abrumaba por completo.

Solar comprendió a su madre. La ira se disipó gradualmente, como la niebla tocada por la luz del sol.

Se acercó y le tomó la mano. Su mano envolvió la de su madre con calidez y comprensión.

—Mamá... No estoy enojada contigo... Sé que lo hiciste para protegerme. Me amas y te preocupas por mí... Es que... no sé... siento un vacío en el corazón ahora mismo...

Solar habló con la voz más suave. Había amor y compasión en ese tono.

Pranee asintió mientras escuchaba a Solar. Miró a su hijo con una esperanza débil, casi desvanecida.

—Te lo prometo... cuando estés listo, te lo contaré todo... por ahora, vamos con calma, ¿vale, hijo mío? Todo mejorará, seguro. Créeme...

Solar asintió. Movió la cabeza con firmeza. Aceptó las palabras de Pranee.

Solar caminó lentamente hasta llegar a la casa. Contempló el edificio con sentimientos encontrados. Observó por un momento, mientras sus ojos parecían intentar procesar los recuerdos.

Perdido. Así que decidió volver a colocar el candado. El "clac" metálico sonó como un sello temporal en el pasado.

Pranee se acercó y abrazó a Solar. El abrazo de una madre era firme, un refugio seguro. Al final, madre e hijo se abrazaron, cálidos y reconfortantes. Esa calidez se extendió, llegando incluso a quienes observaban desde afuera. Pobmek, Sodchuen y Jee observaron la escena conmovidos, aliviados y conmovidos.

— Grrr... El sonido de un estómago rugiente cortó el ambiente, como un comediante que llega en el momento equivocado.

Los tres intercambiaron miradas, intentando averiguar de quién era el estómago que acababa de empezar a quejarse. Se miraron, confundidos.

"Lo siento, chicos... fue mi estómago..." Jee levantó la mano, confesando con una sonrisa incómoda y avergonzada.

—¡Oh, tonto! ¿Era el momento adecuado? ¡Arruinaste el ambiente! —Sodchuen le dio un golpecito juguetón en el brazo a Jee, burlándose de él con cariño.

Todos terminaron riendo. La risa resonó suavemente, y los cinco rieron juntos, aliviando finalmente la tensión en el aire, y el ambiente se volvió más ligero. La tensión que antes había atravesado el aire como una cuchilla se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos.

Pranee aplaudió. El sonido de "pla" marcó el final del drama.

—Ya debes tener hambre. ¡Mamá va a preparar una comida deliciosa para todos!

Era la hora del almuerzo.

Pranee estaba ocupada en la cocina, preparando la comida. Sus manos se movían con destreza sobre la tabla de cortar y la estufa, mientras Sodchuen y Jee la ayudaban. Jee picaba zanahorias con la máxima concentración, cabizbajo, concentrado. Cada rebanada parecía un intento de crear cubitos perfectos. Se esforzaba demasiado por que todo tuviera exactamente el mismo tamaño, lo que hacía que cortar fuera demasiado lento. Al ver esto, Pranee comentó:

—No necesitas cortarlo todo tan perfectamente. Simplemente córtalo así.

Pranee lo demostró en la práctica. Su cuchillo bailaba sobre el tablero, haciendo un sonido de "tap, tap, tap" a un ritmo rápido. Jee se quedó sin palabras, mirando la afilada hoja de Pranee como si estuviera viendo a una bruja conjurando magia.

Sodchuen ya estaba usando el mortero para machacar la pasta de chile. Lo sostenía con cierta torpeza, machacando, y la pasta salpicó. Trozos de chile rojo volaron, manchando el borde del mortero y la encimera blanca, hasta que Pranee tuvo que darle algunas indicaciones:

—Está subiendo demasiado, salpicará por todas partes. Tiene que ser así.

Pranee demostró con destreza cómo hacerlo. Controlaba la fuerza con precisión. El sonido del mortero al golpearlo sonaba "poc, poc", con un ritmo suave pero firme.

Pero Pranee tuvo que contenerse. Su mano dudó un instante. Tomó un pañuelo y se secó el sudor que le corría por el pelo como un pequeño chorro. Parecía cansada; sus hombros estaban ligeramente hundidos, como si llevara un peso invisible.

Solar, que estaba poniendo la mesa con Pobmek, observaba la escena y sentía una creciente inquietud. La culpa le oprimía el corazón, como si una cuerda le atara el pecho. Pobmek notó la mirada de Solar y lo observó con preocupación, una mirada que formulaba preguntas sin decir palabra.

La preparación de la comida había terminado.

Solar observaba la vieja casa desde la casa de Pranee. El edificio se alzaba a lo lejos, como un gran enigma sin resolver.

Pobmek se acercó por detrás y abrazó a Solar. El abrazo de Pobmek fue un punto de apoyo, algo que lo mantuvo firme.

—¿Estás bien? —Quieres hablar de algo?

—No... no es nada... —respondió el novio en voz baja.

—Sí, lo es... Pobmek apretó un poco más su abrazo.

"Bueno... lo es..." Solar dejó escapar un largo suspiro, cargado con todo lo que tenía atrapado en el pecho. Guardó silencio un momento, con los pensamientos dando vueltas en su cabeza, antes de hablar:

—Es que... parece como si mi madre me hubiera cuidado toda mi vida... desde que era pequeña hasta ahora... pero hoy ella es mucho mayor...

El tono de Solar era de preocupación.

Si sigo así, sin mejorar... tengo miedo de terminar convirtiéndome otra vez en una carga que ella tendrá que cuidar.

Pobmek soltó el abrazo y giró a Solar para que lo mirara, hablándole con seriedad. Sus ojos estaban llenos de convicción.

Pero todavía me tienes.

"Sí... eso es seguro, ¿verdad?", se rió suavemente el novio.

Solar le sonrió a Pobmek. La sonrisa llegó con un ligero alivio, pero la inquietud no había desaparecido. El nudo de preocupación seguía atascado en su garganta.

Pobmek miró a su amada con compasión. Su expresión demostraba que comprendía profundamente su dolor.

Entonces Sodchuen y Jee se acercaron. Jee refunfuñó:

—Incluso quise ayudar a tu madre a cocinar, Solar, pero parece que no soy bueno en eso en absoluto.

Sodchuen puso sus manos en sus caderas.

—Te quejas de todo... después de todo el drama en Solar, esto no es nada.

- Verdadero...

Jee respondió, mostrando solidaridad.

Todos miraron a Solar con preocupación. Sus miradas se cruzaron, formando un círculo silencioso de apoyo.

Solar se volvió hacia sus amigos con seriedad. Ya había tomado una decisión.

—Chicos... quizás ahora no sea el momento ideal... pero quiero ponerme en orden. No quiero esperar a estar "lista" para saber la verdad...

La voz de Solar era firme y decidida. La determinación brillaba en sus ojos.

Así que... vamos a escabullirnos a esa casa.

— Eh... Solar, ¿estás seguro de que es buena idea? ¿Lo has pensado bien?

Sodchuen preguntó sorprendido.

"Para ser sincero, no estoy nada seguro. Pero dejarlo así me sigue dando vueltas", respondió Solar con franqueza. Su rostro reflejaba una incertidumbre absoluta.

Todos asintieron, comprendiendo a Solar. Conocían bien esa sensación de estar suspendidos, sin saber adónde ir.

"Sé que lo correcto sería tomarlo con calma, pero por cómo me siento ahora creo que realmente necesito saber la verdad", dijo Solar con determinación.

"Está bien, siempre estoy aquí para apoyarte. Pero no creo que podamos obtener esas respuestas de la Sra. Pranee ahora mismo", dijo Sodchuen.

Solar reflexionó sobre esto, con un peso en el pecho. Se mordió el labio, perdido en sus pensamientos.

De repente, empezó a sonar música de salón en la cocina. El ritmo animado de un vals llenó el aire, como si se hubiera abierto otro mundo. Todos miraron hacia la casa de Pranee.

"La Sra. Pranee está disfrutando mucho de su jubilación, ¿verdad?", comentó Jee con una leve sonrisa.

Al oír esto, Pobmek pareció tener una idea. Sus ojos se iluminaron al instante, como si se le hubiera encendido una bombilla en la cabeza.

Chicos...tuve una idea.





Todos estaban sentados juntos a la mesa. La gran mesa de madera tenía un ambiente acogedor, pero había una ligera tensión oculta en el ambiente.

Después de que los cinco terminaron de comer, Solar y Pobmek intercambiaron un breve asentimiento con Sodchuen y Jee, en señal de complicidad. Ese pequeño gesto era una señal silenciosa que indicaba el comienzo del plan.

Sodchuen y Jee empezaron a charlar con Pranee, manteniéndola entretenida. Se mostraron amables e interesados, como nietos cariñosos.

"Tiene una sazón increíble, Sra. Pranee. Incluso podría abrir un restaurante lleno de clientes, ¿sabe?", la elogió Jee con sinceridad.

—Vamos, no es para tanto —dijo Pranee riendo suavemente. Su risa era clara, como una campanilla.

Mientras tanto, Pobmek y Solar se escabulleron en silencio. Se levantaron con cuidado, casi como sombras, fingiendo llevar los platos a la parte trasera de la casa. Los platos en sus manos eran solo un pretexto para escapar.

—¡Lo confirmo, lo segundo! ¿Tienes algún secreto especial en la cocina? —añadió Sodchuen con entusiasmo, intentando mantener la atención de Pranee fija allí.

—No hay ningún secreto especial, ¿verdad? Entonces... ¿eh?

Pranee buscó a Solar y a Pobmek con la mirada. Sus ojos se clavaron en el espacio vacío, con recelo.

¿A dónde fueron Solar y Pobmek?

—Seguro que acaban de ir a lavar los platos, señora Pranee. Ya vuelven —respondió Jee con la sonrisa más natural que pudo esbozar.

Pranee se levantó. El movimiento fue rápido, instintivo, el instinto de una madre. Hizo ademán de ir a la cocina.

—Deja los platos en remojo, no hace falta lavarlos ahora. La madre...

Sodchuen se levantó y se colocó frente a ella, su cuerpo formando una especie de barrera.

—Déjame ir y avisarles, ¿de acuerdo?

"Es inútil, Solar es terco. Siempre insiste en lavar los platos él mismo", insistió Pranee, intentando dirigirse a la cocina. Un atisbo de preocupación la hizo sospechar de Sodchuen y Jee.

Ambos se tensaron. Les sudaban las manos, como si estuvieran en una situación de emergencia. Intercambiaron una mirada rápida y, al mismo tiempo, agarraron sus celulares y presionaron un botón.

De repente, empezó a sonar música de salón. El intenso ritmo de un tango explotó en el aire, fuerte e inesperado. Pranee, que caminaba, se detuvo al instante. Su cuerpo permaneció inmóvil por un segundo, como un robot programado, antes de entrar en un suave trance.

Los ojos de Pranee brillaron, la alegría despertó repentinamente en su interior. Su cuerpo comenzó a moverse solo, siguiendo la música. Sus pies se deslizaban suavemente al ritmo, como atraídos por un imán.

Sodchuen se unió a la diversión y empezó a bailar. Los pasos eran un poco torpes, pero llenos de buenas intenciones. Jee se unió poco después, acercándose de una forma un poco... demasiado elegante, incluso.

"Señora Pranee, estaba pensando en reestructurar las clases de educación física e incluir bailes de salón para los alumnos. ¿Podría darme clases particulares que me den un poco de ejercicio?", preguntó Jee con la voz llena de expectación.

—¿En serio? Claro que puedo, hijo mío. Ven aquí, tu madre te enseñará. El rostro de Pranee se iluminó de alegría. Su sonrisa floreció como una flor.

Pranee tomó de la mano a Jee y Sodchuen inmediatamente. Los tres comenzaron a moverse en círculo, al ritmo de la música.

Mientras tanto, Pobmek y Solar observaban desde su escondite en el rincón oscuro de la cocina. Ya era evidente que los tres estaban completamente absortos en el baile; su atención estaba fija en el ritmo de la música.

Aprovechando el momento, la pareja salió de la casa en silencio. Sus pasos eran tan silenciosos como los de un gato. Llevaban en la mano las llaves de la casa de Pranee. — la herramienta esencial para desbloquear el camino hacia la verdad oculta.

Solar y Pobmek se detuvieron ante la vieja casa. La pálida puerta parecía dormir en silencio. El candado, que había estado cerrado esa misma mañana, reflejaba la luz del sol con su brillo plateado, símbolo del secreto sellado.

Pobmek depositó la llave que había tomado prestada en la mano de Solar. El frío metal reposó en su palma. Solar dudó un instante; su corazón latía erráticamente, como agua agitada por el viento. El miedo y la curiosidad libraban una feroz batalla en su interior.

Finalmente giró la llave y abrió la puerta, entrando.

El "clic de la llave al desbloquearse" resonó claramente en el silencio, como la señal del inicio de un nuevo viaje.

Solar y Pobmek entraron en la casa. El olor a moho y polvo les llegó de inmediato. La casa era vieja y ruinosa. Las paredes estaban agrietadas como piel envejecida. Los muebles, cubiertos con sábanas blancas, parecían esqueletos bajo sudarios. Casi no quedaban pertenencias dentro. El vacío del pasillo hizo que la esperanza de Solar se desvaneciera al instante.

Solar se sintió decepcionado. Sus hombros se hundieron, el peso de la frustración se desplomó sobre su cuerpo como si le hubieran puesto una piedra enorme en la espalda.

"Ya casi no queda nada... y ahora... ¿qué hacemos?" murmuró Solar en voz baja y llena de desesperación.

Pobmek notó una puerta distinta a las demás. Esa puerta de madera sobresalía de las paredes circundantes, como si ocultara algo. Llamó a Solar en voz baja.

Ven aquí...

Solar se acercó. La puerta se abrió lentamente, revelando un almacén abarrotado de cosas. Cajas de cartón apiladas como pequeñas montañas.

Los dos comenzaron a rebuscar entre las cajas. Quitaron el polvo con las manos, retirando objetos con cuidado, hasta que encontraron una caja etiquetada como "Nong Chan". Dentro, había una foto de su padre, su madre y Solar de niños, posando juntos. La sonrisa en la foto brillaba con fuerza, contrastando con la oscuridad sofocante de la habitación.

El padre vestía traje, con aires de hombre de negocios, una postura elegante y segura. La madre parecía una artista, una cantante con una guitarra en las manos; sus ojos brillaban de ensueño. En brazos de la madre llevaba un erizo de peluche con el nombre "Solar" bordado. El pequeño parecía tierno y lleno de amor. Y Chan era apenas un bebé. La imagen del pequeño en brazos con tanto cariño le dolía el corazón.

—Así que estos deben ser tus padres, ¿verdad...? —murmuró Pobmek pensativo.

Solar asintió. A medida que la verdad se revelaba, su corazón latía cada vez más rápido. Siguieron rebuscando entre las cosas hasta que encontraron el erizo de peluche, el mismo de la foto familiar. El roce de la tela vieja y desgastada hizo que Solar sintiera el peso del tiempo.

La muñeca estaba rota y arrugada, casi inservible. Las fibras sintéticas blancas rezumaban por el desgarrón en la comisura de la boca. Después, Solar encontró un pequeño cofre de madera y, junto a él, una caja con DVD de programas infantiles.

Los DVD estaban apilados en filas, con portadas coloridas que evocaban nostalgia. La portada mostraba a su madre sosteniendo el erizo de peluche, con el título: "Assaraya y el erizo solar".

Solar lo miró fijamente. Su mirada se detuvo en el nombre, pensativa. Su cerebro comenzó a procesar rápidamente esta nueva información.

Mientras tanto, la música de salón seguía sonando. Pranee seguía enseñándoles los pasos a Sodchuen y Jee. Los tres se movían con elegancia, dejándose llevar por el ritmo. Jee y Sodchuen intentaban imitar los pasos de Pranee con cierta torpeza.

Pero de repente, el celular de Jee, que estaba reproduciendo música, fue interrumpido por un anuncio. El encanto del ritmo se rompió al instante.

La música se detuvo. Un silencio denso se apoderó del lugar, como si un terciopelo negro lo hubiera cubierto todo.

Jee palideció. Su rostro palideció al instante, y el pánico lo recorrió como una descarga eléctrica.

"Uf, ya estaba en lo mejor... es porque no me suscribí a la suscripción premium, ¿verdad?", comentó Pranee sin prisa.

Jee agarró su teléfono y empezó a teclear la pantalla frenéticamente. Sus dedos se movían rápida y caóticamente, como si estuviera luchando por no ahogarse. Intentó saltarse el anuncio, pero no lo consiguió. Apretó los dientes, abrumado por la frustración.

A Pranee le pareció extraño otra vez. La sonrisa empezó a desvanecerse en su rostro. La sospecha se apoderó de sus ojos.

— Oye... ¿A dónde fueron Solar y Pobmek?

— Deben estar todavía lavando los platos. Llegarán pronto —respondió rápidamente Sodchuen.

— Pero ha pasado tiempo, ¿no? —Pranee hizo ademán de caminar. Sus pies empezaron a moverse, decididos.

Sodchuen se posicionó frente a ella nuevamente, usando su propio cuerpo como barrera.

— Bueno... ¡Señora Pranee, se me ocurrió una idea! ¿Qué le parecería enseñar hip-hop a jóvenes con música de baile de salón? ¿Cree que funcionaría?

Sodchuen tomó su celular y volvió a poner la música de salón. El sonido llenó la sala inesperadamente. Entonces empezó a bailar hip-hop delante, balanceando el cuerpo, intentando combinar movimientos suaves con otros más fuertes.

Esta vez, sin embargo, Pranee no cayó en trance. El "hechizo musical" ya no funcionaba. Extendió la mano y apagó la música del celular de Sodchuen. El sonido se apagó al instante, como si alguien hubiera cortado los cables. Pranee los miró a ambos con recelo.

— Ustedes dos se comportan de forma extraña... algo pasa, ¿no? —preguntó Pranee en voz baja.

Sodchuen y Jee intercambiaron miradas. Sus ojos estaban llenos de miedo de que todo saliera mal. Tartamudeaban, con los labios temblorosos, incapaces de dar una explicación.

Pranee miró a los dos profesores con recelo. Esa mirada larga y hostil les creaba una presión sofocante, como si estuvieran bajo los focos de un escenario para el que no se habían preparado.

Al mismo tiempo, en la vieja casa abandonada, Solar y Pobmek pusieron un DVD en el reproductor y encendieron el viejo televisor. La luz azulada de la pantalla iluminó sus rostros. Solar sintió que los recuerdos de su infancia empezaban a aflorar. Las imágenes en movimiento en la pantalla parecían un portal a una época olvidada.

Año 2008.

Chan, de siete años, estaba sentado viendo el programa de Assara en DVD. Los ojos del niño brillaban de interés. En la pantalla, Assara aparecía como presentadora solista de un programa infantil. Su rostro lucía una sonrisa radiante y acogedora, como la primera luz del sol de la mañana.

Estaba embarazada de Chan. Tocaba la guitarra y cantaba, y a su lado dormía el erizo de peluche. El suave sonido de la guitarra flotaba en el aire, como una hamaca meciéndose lentamente.

Que la nueva mañana pinte nuestros sueños, porque
la luz del sol existe para nosotros.
Aunque haya días felices y días difíciles, está bien,
que el sol salga a brillar.
Libera las historias que llevas dentro. Ha
llegado un nuevo amanecer, déjalo ir...

Mientras Assara cantaba, el erizo de peluche empezó a despertarse lentamente. Sus ojitos parpadearon lentamente y dejó escapar un enorme bostezo.

"Eh... ¿ya es de mañana?" dijo el erizo, todavía somnoliento.

—Sí, ya amaneció. Nuestros amiguitos nos esperan, Solar —respondió Assara con una amplia sonrisa.

El erizo dio un salto emocionado.
¡A estirar el cuerpo! ¡Vamos todos juntos, rápido!

La muñeca comenzó a mover sus caderas, muy emocionada, balanceando su cuerpecito de un lado a otro de una manera tierna.

—Vamos: gira la cintura... gira los brazos... mueve el cuello... el erizo siguió los movimientos.

Chan, que estaba viendo el programa, cogió su propio erizo de peluche. Era el mismo personaje que aparecía en la tele. Empezó a moverlo, imitando los estiramientos al ritmo del programa, muy emocionado. Soltó una risita alegre.

En un rincón de la habitación, Assara estaba sentada a la mesa del comedor, absorta escribiendo en su diario. El bolígrafo presionaba firmemente el papel. Parecía abatida en ese momento.

En ese momento, unas ojeras le marcaron el rostro, como si no hubiera dormido en días. El cansancio era evidente en toda su expresión.

Chan se acercó a Assara para hablar con él, aún con el erizo de peluche en la mano. Con orgullo, le ofreció el muñeco a su madre:

Mamá mira yo ya puedo hacerlo igual que tú.

Assara se volvió hacia Chan con cariño. La sonrisa que le ofreció a su hijo se asemejaba a la tenue llama de una vela: aún cálida, pero teñida de una suave tristeza. Esa ligera melancolía cubría su rostro como un delicado velo.

Sun comenzó a manipular el títere del erizo y a doblar las líneas:

— Gira las caderas... balancea los brazos... mueve el cuello...

Pero entonces, de repente, se escuchó una lágrima: */Grieta/* El erizo de juguete se rompió. Las fibras sintéticas blancas se derramaron por la costura abierta. Sun palideció al instante. Su carita palideció; la alegría de segundos antes dio paso a una sorpresa repentina.

La expresión de Assara cambió. Su rostro se endureció como el hielo. En silencio, tomó la muñeca de la mano de su hijo, intentando contener su irritación. Sun sintió que la culpa y el miedo le oprimían el pecho.

—Mamá... lo siento... no lo hice a propósito... dijo Sun con voz temblorosa.

"Sol... Mamá te lo ha dicho muchas veces, ¿verdad? ¡Solar no es un juguete!", dijo Assara en voz baja, con un tono contenido, pero cargado de presión.

Assara se levantó de repente. El movimiento fue rápido y brusco, como si fuera a golpear a Sun. Su mano temblaba, luchando por contener la explosión de emociones que la embargaba. Sun se quedó paralizada, como un ciervo bajo los faros.

Pero antes de que su mano pudiera descender, Saran, su padre, llegó y la sujetó por la muñeca. La enorme mano de Saran se cerró con fuerza como una garra de hierro alrededor del brazo de Assara. Ambos permanecieron inmóviles, cara a cara, y la tensión en la habitación se extendió rápidamente.

Sun solo podía mirar, aterrorizado. Con los ojos abiertos de miedo. Se tapó los oídos con las manos, intentando no oír, intentando bloquear los sonidos de la violenta lucha que invadía su mundo.

—¡¿Estás loco?! ¿Qué crees que estás haciendo? —gritó Saran, furioso.

— ¡Así es! ¡Me he vuelto loca! ¡Deja de vigilarme y cuidarme! ¡Vete! ¡Vete a donde quieras!, explotó Assara.

Assara rompió a llorar. Las lágrimas corrían sin control. Perdió el control por completo y cayó al suelo, desplomándose como una muñeca de trapo con los hilos cortados.

Saran solo podía mirar con lástima. Su rostro reflejaba una mezcla de cansancio y compasión. Negó con la cabeza. En ese momento, su celular empezó a sonar.

El tono de llamada rompió el silencio ya destrozado. Contestó y se alejó para hablar por teléfono, abandonando la escena como si nada importara, dejando a Assara en el suelo, llorando. Su cuerpo aún temblaba, conmocionado por las emociones que acababan de estallar.

Chan solo podía mirar fijamente, tenso. La angustia se aferraba al rostro del niño. Aún se cubría los oídos con las manos. En la televisión, el programa de Assara seguía en pantalla; la alegre sonrisa en la pantalla contrastaba cruelmente con el dolor real que llenaba la sala.

En ese momento, Solar sintió un fuerte dolor de cabeza y se llevó la mano a las sienes. El dolor era intenso, como un volcán a punto de estallar dentro de su cráneo. Pobmek, sentado a su lado, intentó sujetarle la mano, preocupado. La mano de Pobmek estaba fría al rozar la cálida piel de Solar.

—Solar, ¿qué te pasa? —preguntó Pobmek con genuina preocupación.

Solar recuperó la conciencia poco a poco. Aún respiraba con dificultad. Se giró hacia Pobmek y le habló con la mirada confusa:

Creo que he empezado a recordar algunas cosas... muy vagamente...

Solar intentó explicarse. Pobmek escuchaba atentamente, inclinando la cabeza para acercarse, como si temiera perderse una sola palabra. Pero Solar parecía incapaz de hablar. Las palabras se le atascaban en la garganta, como piedras que bloquean el curso de un río.

Solar cerró los ojos y se dejó llevar por los recuerdos. Permitió que los dolorosos recuerdos lo invadieran. Escenas de su infancia resurgieron: se vio caminando con Assara por la carretera de noche. Las imágenes se movían lentamente, como un sueño a punto de hacerse realidad.

Escuchó la voz de Assara, llena de dolor:

¡Tener un hijo me hizo perder todo en mi vida!

Entonces llegó la brillante y cegadora luz blanca de los faros, avanzando velozmente. El sonido de una bocina, agudo y penetrante. El ruido del impacto, el metal retorciéndose y rompiéndose en un estruendo ensordecedor. La última imagen: el cuerpo de la madre tendido en el asfalto.

Solar abrió los ojos de repente. Se agrandaron, como si hubiera visto un demonio ante él. La conmoción de recordar ese pasado lo hizo entrar en pánico. Su respiración se volvió pesada, irregular, como si le estuvieran arrancando el aire de los pulmones. Las lágrimas comenzaron a caer, corriendo libremente por sus mejillas.

Pobmek agarró las manos de Solar de inmediato. Las apretó con fuerza, como si intentara rescatar a su amada del borde del abismo.

—Solar... Pobmek gritó el nombre de su amada, abrumado por la preocupación.

Solar seguía en shock. Su cuerpo temblaba incontrolablemente y las lágrimas no paraban.

Fue entonces cuando apareció Pranee. Su sombra se extendió por la habitación y, sobresaltada, gritó el nombre de su hijo:

—¡Solar!

Solar giró la cara al oír la voz. Vio a Pranee corriendo hacia él, como si lo hubiera atraído una fuerza invisible. Sodchuen y Jee iban justo detrás, con el rostro desencajado por el pánico.

Pranee se detuvo frente a él, mirándolo con aprensión. Sus ojos estaban llenos de preocupación.

Solar se levantó lentamente. Sus movimientos eran rígidos, vacilantes. Aun así, caminó hacia Pranee, como si fuera a encontrarse con la verdad que lo aguardaba.

—Mamá... ¿qué le pasó realmente a mi madre biológica? —preguntó Solar con voz ronca pero firme a pesar del temblor.

Pranee meneó la cabeza ligeramente.

Solar... aún no estás listo...

¡Estoy listo! ¡Puedes decírmelo! Mi madre se llamaba Assara, ¿verdad? ¿Quién era ella en realidad? —replicó Solar, inflexible.

Pranee se quedó sin palabras. Su rostro se congeló, como si la hubieran hechizado. Permaneció en silencio.

Solar presionó aún más. El dolor de haber permanecido en la oscuridad durante tanto tiempo lo llevó a exigir respuestas.

— ¡Mamá! ¡Dime! ¡Dime ya! ¿Quién es Assara?

—Ella es tu verdadera madre... y ya falleció. Pranee no pudo soportarlo más. El llanto que sentía en su interior se rompió de golpe.

Solar quedó devastado. El mundo pareció detenerse por un instante. Su expresión se tornó triste, y el dolor lo inundó todo, reemplazando la confusión.

Pranee empezó a contar su historia entre lágrimas. Su voz se quebró, temblorosa.

—Su nombre era Assara... era presentadora de televisión... se hizo famosa con un programa matutino infantil...

Pranee se secó las lágrimas con el dorso de la mano. En la televisión, el programa de Assara seguía en pantalla. Su sonrisa en la pantalla era tan distinta del dolor que Pranee estaba reviviendo en ese momento.

Pero después de que Assara tuvo a Chan, su programa fue retirado del aire... la cadena decidió poner dibujos animados en su lugar...

Pranee tragó saliva con dificultad.

Volviendo al día de la tragedia.

El rostro de Assara estaba contraído por la tristeza. La melancolía la oprimía tanto que sus hombros se hundieron, como si llevara el peso del mundo entero. Cruzó la calle de la mano de Chan, apretando con fuerza la mano de su hijo, con los dedos casi blancos.

—Al final... Assara terminó convirtiéndose en una artista que ya nadie contrataba... cayó en depresión... y entonces decidió... dejar que ella y Chan fueran atropellados... quitarse la vida...

El sonido del cuerno resonó estridentemente, cortando el aire como el rugido de una bestia. El cuerpo de Assara cayó al asfalto, inmóvil, como una muñeca de trapo abandonada. A su lado, Chan también cayó. El niño respiraba con un hilo de vida en el suelo negro aquella noche cruel.

Al oír todo esto, Solar se quedó atónita ante la verdad. Sus ojos se abrieron como platos, como si un rayo le hubiera impactado el pecho. Su cuerpo se tensó, como si estuviera petrificada.

Pranee continuó, con la voz cargada de dolor:

Assara... murió ante los ojos de Chan... y Chan resultó gravemente herido... no despertó durante varios días...

Los recuerdos del pasado aún estaban vívidos en la mente de Pranee.

Chan despertó en el hospital. Una manta blanca y limpia cubría su frágil cuerpecito. Su rostro estaba pálido. Al ver a Pranee, su mirada se iluminó. Parecía un niño diferente. El peso del sufrimiento que siempre lo había acompañado se había desvanecido, dando paso a una energía extrañamente más ligera.

— Cuando Chan despertó, el 'Chan problema' ya no existía... en su lugar, surgió Solar, el chico alegre... Chan debió haber creado una nueva identidad... para protegerse del dolor del pasado...

Pranee sonrió tristemente mientras hablaba de ello.

— Desde ese día... Chan se convirtió en Solar, y lo sigue siendo hoy...

Cuando Pranee terminó, el silencio que siguió fue denso como una piedra. Todos miraron a Solar con preocupación. Los rostros de Pobmek, Sodchuen y Jee reflejaban compasión.

Solar, por su parte, finalmente comenzaba a comprender su propio origen. La verdad, que antes era solo una pequeña grieta, ahora se abría por completo, revelando el panorama completo. Aun así, una nueva duda brotaba en su corazón.

Preguntó con la voz más tranquila pero todavía teñida de dolor:

— Y... mi padre... ¿qué pasó con él?

Pranee dejó escapar un largo suspiro.

—Sobre él... su madre tampoco lo sabe... lo único que sé es que desapareció después de que muriera la madre de Chan...

Solar asintió, aceptando. Una ligera decepción se dibujó en su rostro, pero pronto fue reemplazada por comprensión. Se acercó y tomó la mano de Pranee, ahora bañada en lágrimas. La mano de Solar tocó la de ella, aún cálida y húmeda.

—Mamá... gracias. —Solar habló con todo el corazón.

Pranee lo miró sorprendida y arqueó ligeramente las cejas.

"Gracias por nunca decirme esto cuando aún no estaba lista... porque si lo hubiera sabido antes, no habría podido soportarlo..." Solar miró fijamente a Pranee.

—Solar... ¿de verdad estás bien? —preguntó Pranee con genuina preocupación.

Solar asintió y le sonrió. Ya no era la sonrisa expansiva de antes, sino una sonrisa serena, la de alguien que acepta su propia historia.

Pranee le devolvió la sonrisa, suave como la delicada luz del sol matutino, antes de abrazar a su hijo. Su abrazo era firme, un refugio listo para acogerlo cuando lo necesitara.

Los tres maestros se acercaron y abrazaron a Solar, llenos de cariño. El abrazo de los cinco rebosaba de amor y comprensión, un momento en el que todos se unieron en un mismo sentimiento de calidez humana.





Cayó la noche.

Solar y Pobmek yacían uno junto al otro en la cama de madera. La oscuridad fuera de la ventana solo se rompía con el tenue resplandor de la farola que entraba a raudales en la habitación. La suave manta los envolvía a ambos como una nube esponjosa.

Solar parecía abatido, como absorto en sus pensamientos. Las ideas le pesaban en el pecho como piedras. Dibujaba pequeños círculos con el dedo en el brazo de su novio, con la mirada perdida, los movimientos sin rumbo.

Pobmek lo notó y lo observó con preocupación. Su mirada reflejaba claramente su aprensión.
—¿En qué estás pensando...? —Pobmek rompió el silencio con voz suave.

Solar dudó en responder. Las palabras eran pesadas, pero al final, habló:
No dejo de pensar... si todo esto no fue mi culpa... que yo nací... que hice que mi madre perdiera su trabajo... que la cansé... que me convertí en una carga tal que se enfermó... y terminó decidiendo hacer eso...

—Solar... nada de esto fue tu culpa —respondió Pobmek con firmeza, como un muro que se yergue alto.

"¿Es...?" preguntó Solar, aún sin estar del todo seguro.

—Sí —respondió Pobmek breve y firme.

"Entiendo..." murmuró Solar.

El silencio los envolvió una vez más. Pobmek miró a su novio con cariño y preocupación, y luego habló, mirándolo directamente a los ojos:

— Solar...

"¿Hm?" respondió Solar.

—Si todo esto no te hubiera pasado a ti, sino a mí... si estuvieras en mi lugar... ¿qué harías?
—propuso Pobmek, invirtiendo la perspectiva.

Solar pensó un momento. Cuando habló, su voz salió suave, como una brisa ligera:
—Iba a... acariciarte la cabeza... besarte la frente... estrecharte la mano... y decirte que... a veces, las cosas simplemente pasan. Ya sean buenas o malas, simplemente pasan. Y ya está...

Pobmek acarició suavemente el cabello de Solar, como si transmitiera calma con el gesto. Luego, le dio un ligero beso en la frente. Sus labios rozaron suavemente la cálida piel. Sostuvo la mano de Solar con firmeza y miró a su amado a los ojos, con una mirada llena de confianza.

—A veces, las cosas simplemente pasan... ya sean buenas o malas, simplemente pasan. Eso es todo.

Solar sonrió, divertido por la actitud de Pobmek. Soltó una risita, aliviado.

—Copiaste descaradamente mi respuesta... pero... gracias de todos modos.

Pobmek le devolvió la sonrisa. Esa sonrisa lo decía todo, antes de acariciar lentamente la cabeza de Solar, meciéndolo.

Solar cerró lentamente los ojos, relajándose. La tensión que lo había dominado se disolvió por completo. Entonces preguntó en voz baja:

—¿Podrías... cantarme una canción para ayudarme a conciliar el sueño?

—Bueno... ¿qué canción? —respondió Pobmek.

Solar guardó silencio un momento, intentando evocar una melodía olvidada de lo más profundo de su memoria. Entonces empezó a cantar suavemente el tema de apertura del programa de Assara. Su tarareo era suave, débil, pero claro.

Al volver a escuchar esa canción, Pobmek sintió algo extraño. La sensación de que la última pieza del rompecabezas estaba a punto de encajar le atravesó el pecho. Empezó a tararear junto con Solar. Sus voces se fundieron en armonía.

Los dos continuaron tarareando juntos hasta que avanzó la noche.

Era casi medianoche.

Pobmek salió de la habitación en silencio y con cuidado, como si temiera romper la paz que Solar finalmente había encontrado.

En la sala, encontró a Sodchuen y Jee aún despiertos. La luz azulada del televisor les iluminaba el rostro. Estaban viendo el programa infantil de Assara. Las imágenes descoloridas de la vieja cinta se repetían en la pantalla.

Sodchuen vio Pobmek y él habló en tono amable:
Entonces, ¿Solar ya se fue a dormir?

Sí, durmió.

Sodchuen y Jee asintieron. Comprendían bien el agotamiento emocional que los había agobiado durante el día. Pobmek se sentó junto a sus amigos.

Se dejó caer con cuidado en el sofá.

"¡Qué lástima! Ya ni siquiera existen este tipo de programas, ¿verdad?", comentó Jee con un tono lleno de nostalgia.

Sodchuen balanceó el cabeza, bastante conformado con el mundo:
Los tiempos han cambiado. Hoy en día, la capacidad de atención de los niños está completamente interrumpida. Sentarse a ver algo así... probablemente terminen durmiendo, durmiendo, durmiendo.

Hacia escuchar eso, Pobmek sintió uno quebrar.
La palabra "dormir" resonó en sus oídos como una campana. La sensación de que una pieza importante del rompecabezas estaba a punto de encajar le explotó en el pecho.

Le arrebató el control de la mano a Jee con un movimiento casi instintivo. Jee se quejó de inmediato:

Oye, ¿qué pasa? ¡Estaba mirando!

— Tengo una sensación persistente... ¿por qué esta canción me resulta familiar?

Pobmek rebobinó la cinta hasta la parte donde Assara tocaba la guitarra y cantaba. Se concentró, prestando plena atención, escuchando cada nota como si buscara un tesoro escondido.

Luego, poco a poco, quedó en shock. La comprensión llegó de golpe, como una ola gigante rompiendo en la playa. Abrió los ojos de par en par, como si hubiera visto algo.

enorme.

"Maldita sea..." murmuró Pobmek.

— No es 'joder', la música es preciosa, tío, Jee todavía no entiende nada.

¡No es eso! ¡Es esa canción la que hizo que Chan se durmiera... y luego despertara como Solar! —dijo Pobmek, con la voz temblorosa de emoción ante el descubrimiento.

"¿Eh? ¿Esa canción? ¿Pero no era la que cantaste en la competencia escolar?", preguntó Sodchuen, confundido.

Pobmek se apresuró a explicar...

— Así es. De niño, debí haber escuchado la música de ese programa. Luego, sin darme cuenta, tomé la melodía, le compuse la letra y la grabé en un CD. Cuando Chan la escuchó, se quedó dormido.

Sodchuen y Jee finalmente comprendieron, y sus ojos se iluminaron. La esperanza y la inspiración se encendieron en sus miradas al mismo tiempo.

— ¡Rayos!... ¡Vamos a descubrir los acordes ahora, claro! ¿Qué esperas? Jee se emocionó tanto que empezó a temblar.

Pobmek se apresuró a buscar papel y bolígrafo y se sentó junto a Jee. Sus movimientos eran claramente decididos, como si hubieran recibido una misión importante.

Sodchuen se quedó inquieto, faltó Para participar.
¡Dios mío, qué nervios! ¿Qué hago?

—Calla un momento, ¿quieres? Consideralo tu descanso —respondió Jee sin rodeos.

—¡Oh, déjame ayudarte con algo, por favor! —Sodchuen hizo pucheros, molesta, con las manos en las caderas.

Pobmek miró entonces con aire solitario el erizo de juguete roto, olvidado sobre la mesa. Lo recogió y se lo ofreció a Sodchuen.

Entonces ayúdame con esto.

Sodchuen recibió la muñeca y sonrió. Su expresión cambió de inquietud a determinación. Le hizo un gesto a Pobmek.

El ambiente se llenó de esperanza. La energía de la cooperación se extendió por la sala. Pobmek y Jee se concentraron en descifrar la melodía, el suave sonido de la guitarra que se repetía sin cesar, como si buscaran una clave oculta.

Sodchuen tomó aguja e hilo para remendar el erizo de peluche. Sus dedos se movían con cuidado, cosiendo en silencio. Los tres trabajaron juntos, cada uno aportando a su manera, para Solar.

En un rincón de la casa, Pranee se detuvo a observar en silencio a los tres amigos de su hijo. Se apoyó en el marco de la puerta, con los ojos llenos de emoción. Una sonrisa esperanzada se dibujó en su rostro: el alivio de ver que Solar tenía a su lado a quienes lo amaban y estaban dispuestos a luchar por él.

A la mañana siguiente, la suave luz del sol iluminaba el césped. Chan jugaba con Pranee. La risa alegre y alegre de Sun resonaba mientras ambos lanzaban globos de pintura a la pared. Los vibrantes colores del agua salpicaban el cemento.

"Sigues siendo tan bueno como siempre, ¿sabes?", lo elogió Pranee. Sun sonrió con orgullo, inflando las mejillas de satisfacción.

Entonces él miró hacia alrededor.
"¿Eh...? ¿Y adónde se fueron mis tíos y mi tía? ¿No van a jugar con nosotros? ¿O me dejaron solo otra vez...?", preguntó Chan, con la voz visiblemente más baja. La preocupación brillaba en sus ojitos.

"Nadie te abandonará, Chan. Confía en tu maestra", la tranquilizó Pranee con firmeza.

Sun asintió, mirando a Pranee con confianza.

De repente, un grito de celebración estalló dentro de la casa, tan fuerte como si fuera una fiesta. Chan apartó la mirada, intrigado, frunciendo el ceño. Pranee entonces lo llamó: Vamos, veamos.

Pranee y Chan entraron a la casa. Se respiraba un ambiente de entusiasmo. Los tres profesores celebraban, con sus rostros radiantes y amplias sonrisas, como ganadores.

Pranee y Sun sintieron curiosidad. Sodchuen se acercó y le entregó el erizo de peluche a Chan. El pequeño parecía nuevo, sin una sola lágrima.

—Toma, Chan. La tía arregló tu muñeca —dijo Sodchuen, lleno de orgullo.

—¡Nuestro erizo Solar! Sun vibraba de alegría. Sus ojos brillaban como si acabara de ganar un tesoro.

Sun cogió la muñeca y empezó a jugar con ella, jugueteando con ella con entusiasmo. Jee se acercó con una sonrisa.

—Y el tío Pobmek también tiene una canción para que la escuches.

Sun se volvió hacia Pobmek con una mirada curiosa e inquisitiva. Pobmek le devolvió la sonrisa, cálida y alentadora.

Pranee llevó a Chan a sentarse en el sofá. Sun se incorporó, completamente atento. Entonces Pobmek comenzó a tocar la guitarra y a cantar el tema de apertura del espectáculo de Assara. El sonido de la guitarra era nítido como una campana de cristal, creando un ambiente acogedor y lleno de una suave alegría.

De repente, los ojos de Sun se llenaron de lágrimas. Las lágrimas fluían lenta y serenamente, como perlas que caen de una concha. Y, poco a poco, se quedó dormido en el regazo de Pranee, con la cabeza apoyada suavemente en el hombro de su madre.

Pranee se sorprendió. Pobmek dejó de tocar. Todos se acercaron, observando a Sun con expectación. El silencio se hizo tan denso que era imposible incluso respirar.

Y entonces, por fin, Sun despertó como Solar, todavía somnoliento. Su cuerpo se movió ligeramente antes de abrir los ojos.

"Eh... ¿por qué todos me miran así...?" preguntó Solar, confundido.

—Es Solar, ¿verdad? —confirmó Pobmek con voz llena de esperanza.

— Ajá... soy yo... —respondió Solar, casi sin voz.

En ese momento, todos celebraron, abrazándose y gritando de alegría. El grito de celebración llenó la sala como una explosión de felicidad. Solar seguía un poco desorientado, apretujado por sus amigos hasta casi no poder respirar.

¿Qué fue eso, chicos?

"¡Solar, lo encontramos! ¡La canción que hace que Chan se duerma!", explicó Pobmek con entusiasmo.

Solar comprendió la situación al instante. Su mente procesó todo rápidamente y sonrió aliviado. La sonrisa se extendió por todo su rostro.

Pranee se interpuso entre ellos y abrazó a su hijo. Su abrazo era fuerte, como si se aferrara a él. Estaba tan feliz que las lágrimas corrían por su rostro, lágrimas de pura emoción. Solar intentó calmarla, acariciándole suavemente la espalda. El ambiente era cálido, lleno de alegría y alivio.

—Después de cometer tantos errores y fracasar tantas veces... por fin encontramos una salida. Pobmek murmuró, como si hablara consigo mismo.

Esa misma tarde, en la antigua casa de Chan, todos se reunieron para recoger las pertenencias de Assara. Su ropa estaba cuidadosamente doblada. Ropa, juguetes y cuentos se colocaron en cajas de cartón. Varias cajas se apilaron en grandes pilas, mientras un coche de la fundación venía a recogerlas para donarlas.

Pobmek se acercó a Solar, con aspecto preocupado, mientras observaba a los empleados cargando cosas en el camión.

"¿Seguro que lo pensaste bien antes de donar todo esto?", preguntó Pobmek con aprensión.

—Sí, lo creo... las cosas de mi madre aún pueden ser útiles para mucha gente —respondió Solar con firmeza. Su mirada reflejaba determinación, como si ya pudiera ver el camino que le aguardaba.

"¿Y no vas a guardar nada?" insistió Pobmek.

Me iré, pero esto es suficiente.

Solar bajó la mirada hacia sus manos. Solo conservaba tres cosas de su madre: el erizo de peluche, el pequeño cofre aún cerrado y la foto familiar. Los tres objetos estaban apretados contra su pecho, como si fueran sus posesiones más preciadas.

Pobmek comprendió y abrazó a Solar. Sus brazos envolvieron a su amada, ofreciéndole calor y protección.

Los dos vieron cómo el coche de la fundación se alejaba lentamente. Ese vehículo traía consigo viejos recuerdos de la vida de Solar.

Sodchuen y Jee se acercaron para hablar con Solar. El profesor dejó escapar un largo y profundo suspiro.
de alivio.

—Ufff... otra historia concluida, ¿eh...?

"Hablas como si todavía tuvieras muchas otras cosas que afrontar", rió Jee suavemente.

—¡Claro que sí! De ahora en adelante volveremos a ocuparnos de la escuela juntos. La semana que viene es el concurso anual de talentos. Solo pensarlo me cansa...

No te desanimes, ¡porque he vuelto! ¡Te ayudaré!

Solar respondió con una sonrisa energética.

Los cuatro profesores intercambiaron sonrisas. Esas sonrisas eran como una promesa silenciosa de un nuevo comienzo.

En ese momento, empezó a sonar música de baile de salón. El ritmo animado cambió el ambiente al instante.

Todos se giraron a mirar y vieron a Pranee bailando. Sus movimientos eran elegantes, llenos de alegría. Saludó a Jee, invitándolo.

—Vamos, profesor Jee. Mamá te enseñará el baile como es debido antes de que se vayan.

Jee si inclinado y susurró a tú amigos, reír:

—Uf, ni siquiera le hemos dicho a la Sra. Pranee que todo esto era parte del plan todavía...

"No hace falta que me lo digas. Profesor Jee, lleve esto al aula real y enséñaselo a los niños", bromeó Sodchuen.

— EL, bien idea... Jee se río, entusiasmado.

—¡Aquí estoy, Sra. Pranee! ¿Podría ser de nivel avanzado y profesional?

El profesor Sodchuen también viene. Así podrán ayudarse mutuamente a memorizar cosas para poder enseñárselas a los niños después.

—¡Vamos! ¡Me apunto, señorita Pranee! —respondió Sodchuen con entusiasmo.

Jee y Sodchuen se unieron a Pranee en el baile y lo pasaron genial. Las risas y el sonido de los pasos en el jardín delantero se mezclaron.

Pobmek y Solar los vieron bailar a los tres y terminaron riéndose del ambiente luminoso y animado. Sus sonrisas reflejaban auténtica felicidad.

Entonces Pranee bailó hacia ellos y jaló a Pobmek y Solar hacia el círculo. Les tomó las manos y los llevó al centro de la danza. El tiempo pareció ralentizarse. Cada movimiento se hacía más lento, cargado de significado.

Los cinco bailaron juntos, felices, girando y moviéndose hacia adelante al ritmo de la música.

Si sigo así, sin mejorar realmente... tengo miedo de convertirme en una carga para ella, obligándola a cuidarme nuevamente.

— Pero tú todavía él a mí, bien.

— Y... eso y certeza, bien.

—Y en realidad, no soy solo yo... también estás Jee, Sodchuen y tu madre.

—Sí... solo pensarlo hace que los días difíciles parezcan más livianos... cuando veo que todos están de mi lado...

Los cinco siguieron bailando juntos, alegres y cariñosos. Su imagen era el retrato perfecto de la amistad y el amor.

Al caer la noche, las dos parejas regresaron a la casa donde vivían juntos. Solar y Pobmek se durmieron. La luz del dormitorio era tenue, y solo la lámpara de noche proporcionaba una suave iluminación. El ambiente era tranquilo; solo se oía el tenue sonido del aire acondicionado.

Pobmek yacía relajado bajo la suave manta. Solar le rozó el brazo con suavidad, como si una pequeña hormiga se arrastrara por él. Las frías yemas de sus dedos contrastaban con la cálida piel de Pobmek, provocándole un agradable escalofrío.

Pobmek él habló, con el voz arrastrado de dormir y comodidad:

—Se siente tan bien... tener a alguien haciéndote cosquillas así...

Solar reemplazó sus besos con los dedos por suaves besos en su brazo. El contacto se transformó en la calidez y suavidad de sus labios. Pobmek, algo desconcertado, levantó la cabeza para mirar...

El profesor más bajo parecía sospechoso.

—Qué extraño... ¿qué estás haciendo?

"Eso no es una hormiga caminando. Soy yo caminando", respondió Solar con una sonrisa traviesa.

Pobmek sonrió levemente. Sus ojos brillaban de satisfacción. Solar, sin prisa, recorría su brazo con besos, desde la muñeca hasta el hombro. Su cálida lengua rozó suavemente la curva entre sus huesos, subiendo hasta la base del cuello. Su cálido aliento rozó su sensible piel, provocando una risa sorda.

—Está subiendo demasiado, ¿no crees?

EL menor regresó, provocativo:
Luego bajaré las escaleras.

Y los besos descendieron desde su cuello hasta su pecho. Cada roce le provocaba escalofríos por todo el cuerpo, como si una suave corriente eléctrica le recorriera los nervios. Los músculos de su pecho se contrajeron ligeramente.

El beso de Solar descendió hasta su abdomen, deteniéndose justo por encima de la cintura. Pobmek sintió un escalofrío más intenso, un deseo reprimido que empezaba a surgir, como agua a punto de desbordarse. Pensó que Solar realmente iba a hacer algo y preguntó, con la voz un poco ronca al tragarse saliva:

Oye... ¿hablas en serio?

Solar levantó la cara y miró a Pobmek a los ojos. Había un genuino destello de deseo en su mirada.

— Ajá... Ya arreglé las cosas con Chan, ¿verdad?

— Ah... sí... así es...

"¿Por qué? ¿O no quieras?", susurró Solar, en voz baja y provocativa.

Sonaba como una invitación.

—¡Quiero, maldita sea! —respondió de inmediato el más alto, sin dudarlo, las palabras saliendo de su pecho.

Dio un paso adelante y besó al joven con el ansia de quien lo esperaba desde hacía mucho tiempo. El beso fue intenso y profundo, como una exploración perdida. Intercambiaron todo lo que sentían a través de sus labios apretados. La habitación se llenó del sonido de respiraciones jadeantes y el roce de cuerpos.

Los dos maestros se entregaron el uno al otro una vez más después de tanto tiempo. Todo el amor y la comprensión acumulados se liberaron esa noche, en una mezcla de calidez y ternura.



9



La dorada luz del sol entraba a raudales por la ventana cuando Pobmek despertó. Entró descalzo en la sala, sintiendo el frío suelo de madera bajo sus pies. Miró al suelo mientras caminaba y vio el cofre de madera, aún cerrado, seguido de fotografías familiares. Los objetos estaban alineados como silenciosos recordatorios. Entonces vio a Sun sentado allí, jugando alegremente con el erizo. El sonido de sus susurros al juguete resonó suavemente en el silencio.

"Pequeño Sol... por fin viniste a vivir con nosotros, ¿eh? ¿Te sientes solo en casa? Pero ya no tienes por qué tener miedo de sentirte solo... ¡porque pronto te llevaré a conocer a unos amigos nuestros muy geniales!", le dijo Sol a la marioneta de erizo con voz suave.

Pobmek sonrió. Su sonrisa era tan cálida como la primera luz del día. Observó a Sun jugar con la muñeca; la felicidad de Sun se transformó en un sereno consuelo en el corazón de Pobmek.

"Y cuando estás en casa, el tío Pobmek está aquí todo el tiempo, ¿sabes? Aún no conoces al tío Pobmek, ¿verdad? ¡Tiene una cara tan graciosa que hasta parece un ladrón!" Pobmek se quedó atónito. Su sonrisa se desvaneció al instante, como si alguien hubiera pulsado un interruptor.

"Pero mi tío es tan amable, ¿sabes? Me cuida todo el tiempo. Ven, te llevaré a ver lo gracioso que es de cerca..." Sun se estaba levantando para ir con su antiguo tío ladrón cuando finalmente se topó con él.

¡Oh! ¿Tu tío ya se despertó?

Pobmek asintió y sonrió torpemente ante la comparación anterior.

—Mira, es el tío que parece ladrón. Ayer también fuimos a su casa, ¿sabes? Jugamos a la mancha y reventamos globos con la maestra Pranee. —Sun se giró para seguir hablando con el puercoespín. Mientras le hablaba como si fuera un amigo de verdad, Pobmek fue a coger la guitarra. Sus dedos se deslizaron suavemente por las cuerdas. Sun se giró para preguntarle a Pobmek, con una curiosidad pura e inocente en el rostro:

—Pensándolo bien... ¿mi tío logró conocer a mi padre y a mi madre ayer?

Al oír esto, Pobmek dudó. Su expresión se llenó de preocupación por un instante, pero respondió directamente, con voz firme, sin mentir:

No pude encontrarlo

— Hm... Supongo que mi mamá y mi papá no estaban en casa en ese momento — Sun continuó hablando con el puercoespín de peluche, completamente inconsciente.

Sun seguía concentrado jugando con el juguete. Acarició con cariño la cabeza del erizo. Pobmek vio que Sun parecía más animado; su alegría era como una flor que florece en primavera.

Sintió una punzada de culpa por tener que prepararse para acostar a Sun. Esta culpa era como pequeñas agujas que le pinchaban el corazón, pero seguía pensando que era algo que debía hacer. Pobmek empezó a afinar la guitarra; el "plim, plim" de las cuerdas resonó en el aire. Sun giró la cara hacia el sonido.

—Solar, mira allá, tu tío es todo un fanfarrón. Está a punto de empezar a presumir de cómo toca la guitarra.
—Sol se quejó, en tono juguetón.

—A ti también te gusta escuchar esta canción, ¿verdad? Mi tío practicó hasta que pudo tocarla entera, ¿sabes?

—¡¿En serio?! —Los ojos de Sun se abrieron de par en par, emocionado. Se levantó rápidamente para escuchar, acercándose ya con el puercoespín, y también se sentó a escuchar.

Sun se acomodó junto a Pobmek. Pobmek comenzó a rasguear la guitarra y a cantar el tema de apertura del programa de Atsara. La melodía era cálida y suave, como una canción de cuna, y Sun se dejó llevar por ella. Sus ojos comenzaron a cerrarse lentamente, su cuerpo se relajó, hasta que finalmente se quedó dormido. Su cabeza cayó suavemente sobre el regazo de Pobmek.

Pobmek miró a Sun, ya dormido, y esperó en suspenso. Su corazón latía con fuerza. Pero, tras solo unos segundos, Solar despertó. Su cuerpo se movió ligeramente antes de abrir los ojos por completo. Solar habló con una sonrisa amable y una voz baja y suave:

Buenos días, profesor.

"Buenos días... mi amor...", respondió Pobmek, sonriendo, con el rostro desbordante de felicidad. Su sonrisa irradiaba cariño.

Solar sonrió, feliz de haber despertado de nuevo en su propio cuerpo. La sensación de volver a ser él mismo era como poder respirar profundamente después de mucho tiempo. Pero entonces bajó la mirada hacia sus manos, que aún sostenían el puercoespín.

—Creo que me gusta mucho este puercoespín... Desde que llegó, no le he soltado la mano —dijo Pobmek con ternura.

"Es... debe ser porque extraño a mi madre", asintió Solar, y una mezcla de comprensión y una ligera tristeza se dibujó en sus ojos. Al ver esto, Pobmek se preocupó.

Pasó suavemente su mano por el cabello de Solar.

Y tú... ¿lo extrañas? ¿Estás bien?

"Estoy... estoy bien, sí. Creo que tal como están las cosas ahora, esto es lo mejor que puede pasar", respondió Solar con firmeza. Su voz transmitía la aceptación de su propio destino. Le sonrió a Pobmek, una sonrisa tan clara y brillante como el sol de la mañana.

Al ver esto, Pobmek se sintió aliviado. La preocupación en su corazón se disipó como la niebla en el viento. Acarició la cabeza del hombre que amaba, su tacto tan suave como el algodón.

—Qué bueno que seas fuerte... es por tu fuerza que yo también gano fuerza.

"¿Eso es todo?" preguntó Solar sonriendo.

Pobmek asintió. Solar hizo una mueca traviesa, con los ojos brillando de malicia, y se adelantó para besar la mejilla de Pobmek. El sonido de "chuic, chuic" continuó sin cesar.

¡Entonces necesitarás mucha fuerza!

—¡Oye, basta, basta! ¡Nos seguiremos viendo todos los días! —se quejó Pobmek, riendo, lleno de felicidad.

Solar continuó acurrucándose contra él, besando su mejilla incesantemente.

Aunque nos veamos todos los días, seguiré... así, ¡hasta que te canses de mí!

Pobmek sujetó el rostro de Solar para que dejara de besarlo en la mejilla. Sus rostros estaban tan cerca que sus cálidos alientos se rozaban.

Nunca me cansaré de ti. Ahora me toca a mí devolverte el favor.

Pobmek correspondió a los besos de Solar, en una pequeña y afectuosa "venganza". El beso transmitía mucho amor y gratitud. Los dos se miraron profundamente a los ojos, intercambiando dulzura a primera hora de la mañana; su amor era como la miel, dulce y fragante por la mañana.

Después de que todo se calmó, pudimos pasar tiempo juntos nuevamente, y nunca quise que ese momento feliz terminara...

La rutina diaria de ambas parejas había cambiado desde los difíciles y agotadores meses que habían pasado.

Cuando Sun despertó, su rostro aún estaba sereno, como la superficie del agua por la mañana. Pobmek ya había preparado la guitarra para tocar; sus dedos se movían lenta pero firmemente sobre las cuerdas. Cantó una canción de cuna hasta que Sun volvió a dormirse.

La melodía era como suaves corrientes submarinas que lentamente llevaban la mente de Sun a una profunda relajación. Entonces, Solar despertó en su lugar.

El cambio fue tan rápido como un abrir y cerrar de ojos; la mirada que una vez fue clara e inocente se volvió intensa y firme en un solo instante.

Pobmek fue al calendario y tomó nota: tachó el nombre de Sun y escribió Solar en su lugar. El áspero sonido del bolígrafo al golpear el papel pareció confirmar esa decisión. Entonces, los dos se fueron al trabajo del brazo. Sus brazos entrelazados eran como los grilletes de un fuerte vínculo: nada podía separarlos.

En el aula de segundo grado, la energía de Solar se expandía como el sol del mediodía. Los niños vitoreaban cuando llegaba a enseñar; los gritos de "¡jeee!" resonaban por el aula como una bandada de pájaros alzando el vuelo. Solar enseñaba de forma divertida, y su risa era sonora y espontánea.

Afuera, Pobmek, Sodchuen y Jee observaban e intercambiaban sonrisas. Sus sonrisas eran tan cálidas como el café recién hecho de la mañana. Sentían que todo volvía a la normalidad. Esa sensación era dulce y reconfortante, como volver a casa después de un largo viaje.

Si es como venimos diciendo... parece que por fin todo empieza a mejorar ¿verdad?

Solar y Pobmek fueron a hablar con el psicoterapeuta. La sala tenía un ambiente neutral, pero lleno de comprensión. Las dos parejas le mostraron al terapeuta un video de él tocando música: Sun se dormía al instante y luego se despertaba como Solar. Las pequeñas imágenes en movimiento en la pantalla del celular eran una prueba contundente.

En cuanto a ese método... ni siquiera yo puedo asegurar que sea 100% correcto. Tendremos que observar con el tiempo. En cualquier caso, Solar, sigue observándote, ¿de acuerdo? —dijo la terapeuta con cautela.

Solar asintió, comprendiendo. Esta comprensión era tan firme como una piedra clavada en la tierra. Pobmek extendió la mano y la tomó para apoyarse. El calor de la palma de Pobmek se extendió por el corazón de Solar, como si alimentara la llama de su fuerza.

Esta rutina continuó día tras día.

Solar estaba a punto de irse a trabajar. Se quedó de pie en medio de la habitación, inmóvil como un pilar de piedra, mirando al puercoespin de juguete que estaba allí posado. El pequeño puercoespin parecía la sombra de un niño desaparecido.

Algo lo carcomía por dentro, como si un pequeño gusano le royerá el pecho. Miró el calendario y vio que el nombre de Sun llevaba varios días tachado, reemplazado por Solar. Las marcas de los araños parecían heridas abiertas en el papel.

Esa mañana, Solar estaba organizando la fila de estudiantes frente al asta de la bandera. La charla de los niños sonaba como una feria ruidosa. Jee vigilaba al otro grupo, mientras Sodchuen y Pobmek estaban cerca. Eran como centinelas.

Observando desde la distancia, Solar contó el número de niños y preguntó con voz alta, clara y firme:

Niños, ¿falta alguien hoy?

—Falta el sol, maestra—respondió inmediatamente Aurora.

Al oír eso, Pobmek dio un salto. Su cuerpo se congeló al instante, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Se giró para mirar; Solar parecía inmóvil, quieto. Su expresión era neutra, serena como una máscara.

—¿Por qué Sun no ha venido a la escuela últimamente, maestra? —preguntó Elsa con curiosidad.

"Sí, ahora ya no tengo a nadie a quien copiarle mi tarea", añadió Cuatro.

—¡¿Y por qué le dices eso al profesor?! —se quejó King, molesto.

Los niños empezaron a hablar todos a la vez, el ruido crecía como el de una olla a punto de desbordarse, hasta que Solar tuvo que intervenir:

Oigan, oigan, tranquilos. ¿Qué les parece esto? Luego le diré a Sun que sus amigos lo extrañan, ¿de acuerdo?

¡Muy bien! ¡Muy bien, maestra!, respondieron los niños alegremente a coro. La alegría volvió a sus caritas.

Solar se dio la vuelta y notó que sus tres amigas profesoras la escuchaban a lo lejos. Su mirada era como una pregunta silenciosa dirigida a ellas, preguntándoles su opinión sobre llevar a Sun de vuelta a la escuela de vez en cuando.

Pobmek asintió en respuesta, comprendiendo. Ese gesto fue una autorización y un aliento firmes como una montaña. Solar le sonrió a Pobmek; la sonrisa cansada en su rostro brilló de nuevo.

A la mañana siguiente, Pobmek llevó a Sun a la escuela. El aire matutino era fresco, pero cargado con la típica prisa del amanecer. Jee, que estaba recibiendo a los niños en la puerta, se mantuvo sereno como un pilar. Al ver a Sun, sonrió; su sonrisa se ensanchó tanto que casi cerró los ojos, y lo saludó con la mano. El gesto de su mano...

Eso fue como una señal de bienvenida.

Pero incluso antes de que Sun llegara a la puerta, Elsa y sus amigas ya lo habían llamado desde lejos. Sus vocecitas sonaban tan claras como campanas.

¡El sol volvió a la escuela!

El grupo de princesas corrió hacia Sol. Avanzaron hacia él rápidamente, como flechas disparadas desde un arco.

—Sol, has estado ausente tanto tiempo. ¿Estabas enferma? —preguntó Aurora con sospecha.

"Para nada, estoy perfectamente bien. Es solo que al tío Pobmek le gusta tocar la guitarra para que yo la escuche, así que me he estado quedando en casa escuchando música tranquilamente todos los días", respondió Sun con una sonrisa radiante.

"¡Ay, qué envidia! Ojalá pudiera quedarme en casa y escuchar música también. ¡Profesor Pobmek, venga a tocar para que la escuchemos en la escuela algún día!", suplicó Elsa.

Pobmek se rió.

—Quién sabe, si tengo la oportunidad.

En ese momento, se escuchó la bocina de una motocicleta desde el otro lado de la calle. "¡Bip, bip!". El agudo sonido atravesó el aire matutino. Era el vendedor de crepas que se detenía allí. El olor de la masa horneándose y la mantequilla derretida se extendió por la calle y llegó a todos.

—¡Hola, hoy vino el vendedor de crepas! Sun, ¿vamos a comprar unas juntas? —invitó Elsa.

Sun se volvió hacia Pobmek, pidiéndole permiso con la mirada. Sus ojos brillaban de anhelo, como un gatito que busca el cariño de su dueña. Pobmek sonrió y le entregó un billete de cincuenta baht. El billete azul de cincuenta baht fue entregado con delicadeza.

Cómpralo y luego vuelve corriendo a la escuela, ¿de acuerdo?

"¡Gracias, tío!", sonrió Sun, radiante de felicidad.

Pobmek también advirtió:

— Cuidado con los coches, niños.

Los niños corrieron hacia la calle donde estaba el guardia de seguridad. Sus piececitos pisoteaban el asfalto con entusiasmo.

El tío guardia de seguridad ayudaba a los niños a cruzar la calle en el paso de peatones, y entonces Pobmek fue a reunirse con Jee, apoyado en la puerta de la escuela. Su hombro tocó la fría barandilla.

"Tener días en los que también puedo ir a la escuela... en realidad es bueno", comentó Jee a su amigo.

"Sí... creo que tenemos que tomarlo con calma, como lo discutimos", respondió Pobmek.

En ese momento, sonó la alerta del celular de Jee. Un agudo "¡ding!" interrumpió la conversación. Jee miró la pantalla, sobresaltado; sus ojos se abrieron como platos.

— ¡Madre mía! ¡Tenemos una reunión extraordinaria hoy!

¿Reunión extraordinaria? ¿Reunión sobre qué, por Dios? Pobmek frunció el ceño.

— ¡Sobre el concurso de talentos, claro! ¡Es mañana!

Pobmek dejó escapar un suspiro bajo. El aire que escapaba de sus pulmones se sentía pesado, como vapor saliendo de una olla a presión.

¿Es una escuela o un lugar para eventos? Tienen un evento cada mes...

Mientras tanto, la mirada de Pobmek se giró y se dio cuenta de que Sun no había cruzado la calle con sus amigos. Su movimiento pareció congelarse, como si el tiempo se hubiera detenido. Se quedó esperando a sus amigos al otro lado de la calle, inmóvil, como un muñeco.

Cuando sus compañeros terminaron de comprar la merienda, volvieron a entrar por la puerta de la escuela y encontraron a Pobmek y Jee. Llevaban crepas en las manos; el dulce aroma a crema batida impregnaba el aire.

—Oye, ¿por qué no fuiste a comprar crepes con tus amigos? —preguntó Pobmek, intrigado.

—Cambié de opinión, no tengo ganas de comer crepas. Mejor ahorra para comprar un juguete después. —Sun hizo una mueca traviesa; su sonrisa parecía la de un zorro lleno de planes.

Antes de entrar a la escuela con sus amigos, Pobmek observó a Sun con una mirada ligeramente burlona. Su rostro reflejaba una mezcla de irritación y cariño por el chico.

De repente, Sodchuen pasó a toda velocidad junto a Pobmek y Jee. Se abalanzó como un torbellino.

— ¡Dios mío, llego tarde! ¡¡¡Quítense todos!!!

Pobmek y Jee observaron a Sodchuen; ambos parecían personas inmóviles en medio de un vendaval. Entonces Sodchuen regresó corriendo hacia ellos.

¡Oigan! ¡Hay una reunión antes de la ceremonia de izamiento de la bandera! ¿Por qué siguen aquí?

Los ojos de Jee se abrieron, la sorpresa se dibujó en su rostro y trató de ocultarla:

¡Es totalmente cierto, profesor! ¡Gracias por avisarme!

Y entonces Jee salió corriendo, metiendo a todos dentro de la escuela. Sus pasos eran rápidos, como los de un corredor de corta distancia. Pobmek llegó último, detrás del director interino.

De camino, se cruzó con Sun, que estaba sentado con sus amigos. Vio que Sun observaba con deleite cómo sus amigos comían las crepas; su mirada estaba fija en las crepas, mordidas en pedazos enormes, como si un imán atrajera su atención.

Pobmek observaba intrigado. Aquella extrañeza era como un pequeño sedimento que empezaba a acumularse en su interior, como si algo se le hubiera quedado atrapado en el corazón.

El ambiente en la sala de reuniones era frío, como si estuvieran dentro de un congelador, porque el aire acondicionado estaba a tope. Los profesores permanecieron sentados en absoluto silencio. La luz del proyector iluminó el rostro de Sodchuen, haciendo que su piel pareciera aún más pálida. Sodchuen comenzó a informar a los profesores sobre los preparativos del evento; su voz era clara y nítida como un cuchillo recién afilado. La diapositiva "Concurso de Talentos" apareció en la pantalla.

Mañana es el día del Concurso Anual de Talentos, ¿verdad? Esta tarde tendremos el ensayo general para que los niños practiquen en el escenario. Así que le pediré al profesor Pobmek que se encargue de coordinar el escenario en lugar del profesor Solar, ¿de acuerdo?

"Correcto", respondió Pobmek.

"Y el profesor Jee puede ayudar al profesor Pobmek como siempre. Haz un trabajo equilibrado, sin buscar la perfección, ¿de acuerdo?", dijo Sodchuen.

Jee hizo un saludo exagerado, tan emocionado que parecía que su ropa se iba a romper.

— ¡Recibido! Si queda demasiado perfecto, ¡dejaré que el profesor Pobmek se encargue!

Pobmek sonrió, encontrándolo divertido.

—Si el Profesor Jee empieza a volverse demasiado exigente o tiene un ataque de TOC, empezaré a contar números yo mismo para que se asuste.

"¿De qué se trata todo esto, profesor Pobmek?" Jee se rió.

Pobmek comenzó a relatar los acontecimientos en un tono provocador:

Uno... dos... tres... ocho...

¡Oye! ¡No te saltes los números! La cara de Jee se contrajo como si la hubieran apretado con pinzas. La irritación le subió como agua hirviendo.

Los profesores de toda la sala estallaron en carcajadas. La risa resonó por toda la sala de reuniones, que hacía mucho que no oía semejante ruido.

"Miren, ya empezaron bien juntos...", comentó Sodchuen con una leve sonrisa. "Bueno, ahora, respecto al estacionamiento el día del evento, tendré que molestar a los profesores para que..."

Sodchuen continuó dando las demás instrucciones. Un torrente de detalles fluía de su boca como un río inagotable. Jee se inclinó y le susurró a Pobmek; su voz era baja, casi como el tintineo de una campana:

Pero sólo para coordinar el escenario, ¿realmente se necesitan dos personas?

Pobmek ladeó levemente la cabeza; aquella extraña sensación regresó a su pecho, como una duda que no salía del fondo de su garganta, como una pequeña espina de hueso.

—Bueno, sí... solo vigila a los niños, ni siquiera vamos a subir a actuar. No creo que tenga nada de malo, ¿verdad?

En el auditorio de la escuela, en ese momento, Pobmek y Jee estaban en shock. Una gran fatiga les pesaba sobre los hombros, como si cada uno cargara con una roca.

La escena en el escenario era completamente caótica. Los niños corrían de un lado a otro frenéticamente; sus movimientos formaban círculos alrededor del escenario, como un banco de peces en pánico. Otros niños ensayaban con ahínco sus actuaciones, especialmente el grupo de princesas, que ensayaban su baile. Hacían girar sus ligeras y coloridas faldas, como si fueran flores en plena floración.

Y entonces un niño empezó a llorar porque se le había roto la baqueta de su tambor. El llanto era desgarrador, como un cuchillo arañando el cristal. Pobmek tuvo que correr a consolarlo de inmediato.

—No llores, Juju... se te rompió la baqueta, ¿verdad? Sí... entonces intenta golpearla con la mano por ahora, ¿vale?

El niño dejó de llorar e intentó golpearse la cabeza una vez. Parecía que mejoraba; el "pum-pum" sonaba apagado. Pero de repente, volvió a llorar, aún más fuerte. El volumen de su llanto parecía perforar el techo del auditorio como una sirena de alarma. Pobmek se tensó; la cabeza le palpitaba, como si cientos de abejas zumbaran en su interior.

—¡Oye, ven a ayudarme a encontrar otra baqueta, rápido! —gritó Pobmek.

Buscó a Jee, pero este también estaba abrumado por los problemas, ocupado organizando la fila de niños que corrían y jugaban hasta que la fila se disolvió por completo. Los papeles que tenía en la mano estaban arrugados de tanto apretarlos.

—¡Aún no he logrado organizar bien la fila, profesor Pobmek! La cuarta en la fila es Miang... ¿dónde está Miang?

Pobmek tuvo que tomar cartas en el asunto. Corrió tras bambalinas y regresó con dos escobas. Las sostenía con cuidado, como si fueran espadas inservibles para el combate.

— ¿Se puede utilizar esto en su lugar, Juju?

El niño dejó de llorar y miró a Pobmek con puro desprecio. Sus ojos miraban la escoba como si fuera basura.

Bueno... no es posible, ¿verdad?

Pobmek tiró las escobas a un lado. Cayeron al suelo con un "plop" bastante patético. Jee llegó corriendo; apareció rápidamente como si se hubiera teletransportado y le ofreció una baqueta a Pobmek.

—Encontré una baqueta de repuesto. Un niño la había cogido para jugar al duelo mágico.

Pobmek se sintió aliviado, y el niño también se animó. Volvió a tocar el tambor, rebosante de alegría. Pobmek y Jee chocaron las cinco, celebrando esa pequeña victoria.

Pero entonces se acercaron una niña vestida de hada, con un ala rota, y un niño vestido de mago. Al hada se le cayó el ala, pobrecita.

Profesor, el Premio Nobel me rompió el ala...

¡No es nada! Solo buscaba una paloma para mi truco, ¡pero ahora ni siquiera sé dónde se fue!

Los niños siguieron discutiendo. Pobmek y Jee intercambiaron miradas; sus ojos se comunicaban sin palabras. Estaba claro que no sería fácil. Pobmek corrió a buscar cinta adhesiva; iba a improvisar un ala nueva para la niña...

La cesta redonda de mimbre no pegaba para nada con el disfraz de hada. La niña huyó porque no quería ponérsela. Salió disparada a toda velocidad. Pobmek intentó ponérsela como si fuera un ala e incluso hizo un torpe gesto de aletear. La niña corrió aún más lejos, ahora realmente asustada.

Jee usó la pistola de silicona caliente para arreglar el ala del hada y se la devolvió a la niña. Ella sonrió agradecida. Pobmek suspiró aliviado; el alivio se extendió por todo su cuerpo como agua fría.

Pobmek estaba sentado arrugando papel. Las pequeñas hojas se comprimían formando bolas, una tras otra. En su celular, un video enseñaba a doblar un pájaro de origami; la narración parecía sencilla, pero en la práctica era demasiado difícil. Hizo pucheros, frustrado por su propio fracaso.

Entonces, un fuerte aplauso llegó desde otra esquina. El aplauso se destacó en medio de la conmoción. Era Jee, quien había doblado un pavo real de papel para el niño vestido de mago. El pavo real de origami era elegante y perfecto. Pobmek miró a Jee con admiración y genuina curiosidad.

¿Cómo lograste hacer eso?

Pasó el tiempo y era casi la hora de comer. Los niños de la primera parte habían terminado de ensayar y empezaron a bajar del escenario. El escenario, que antes había estado lleno de ruido y emoción, volvió a un silencio temporal.

Pobmek y Jee comenzaron a recoger sus cosas del escenario, exhaustos, con el sudor goteando por sus cabellos.

—Entonces, "¿Supongo que esto no va a llegar a nada?"... Esto es mucho peor de lo que imaginaba.

—Bueno, casi había olvidado que esta escuela no es nada normal... —se quejó Pobmek.

Mientras los dos ordenaban, Sun se acercó a Pobmek por detrás con pasos ligeros y felinos. Colocó la marioneta de puercoespín contra el brazo de Pobmek, y la punta de la marioneta le rozó suavemente la espalda.

"¿Puedo hacer una presentación también?" Sun hizo que la voz del títere hablara.

Pobmek se giró, confundido; sus cejas se levantaron en señal de sorpresa.

Jee, que había oído, también preguntó:

— Oye, ¿The Sun también quiere actuar? ¿Y qué quieres mostrar?

Sun hizo que el puercoespín de peluche se moviera, balanceándose de un lado a otro de una manera adorable.

"¿Va a ser un espectáculo con el títere del puercoespín?", preguntó Jee con recelo.

Sun asintió con firmeza, bajando y levantando la cara con convicción.

En ese momento, llegó el grupo de princesas. Se acercaron rápidamente, pero conservaron su aire elegante. Al ver a Sun con el puercoespín, sintieron curiosidad y quisieron jugar también.

"¿Tú también vas a hacer una presentación, Sol? ¿Y qué criatura es esa? Es tan linda... ¡parece Campanilla!", comentó Elsa.

"Sí, de verdad se parece a Campanilla... ¿eh? Qué raro..." Campanilla parecía confundida.

—¡Entonces esperemos a ver la actuación de Sun en el escenario! —gritó Aurora a sus amigas.

El grupo de princesas estaba a punto de salir corriendo a reservar asientos entre el público, temblando de emoción, cuando Pobmek las interrumpió:

Niños, pero Sun no actuará mañana, ¿de acuerdo?

Al oír esto, Sun miró a Pobmek descorazonado. Su mirada se apagó, como el cielo antes de la lluvia. Movió la marioneta de puercoespín, que también se encogió con tristeza, con su pequeño cuerpo enroscándose de forma lastimera.

—Bueno, ¿por qué, profesor? —preguntó Elsa.

—Ah, es porque Sun vino a la escuela hoy, ¿verdad? Mañana le tocará al profesor Solar. Así que Sun no podrá presentar. ¿Lo dije bien, profesor? —dijo Aurora, con aires de quien lo entendía todo.

Pobmek no pudo responder inmediatamente; las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

—Sí... Aurora tiene razón... Entonces, tío, ¿puedo presentarme hoy? —preguntó Sun.

Pobmek aún no había respondido. Miró a Jee con una súplica de ayuda grabada en sus ojos. Jee asintió a Pobmek; ese gesto fue una señal silenciosa pero firme de apoyo. Pobmek tomó una decisión y le habló a Sun:

Bueno... adelante. Haz tu presentación con todo lo que tengas.

— ¡Síííí! — Sun sonrió ampliamente y celebró en voz alta.

Sun y sus amigos vitorearon juntos. Sus pequeñas voces festivas resonaron por todo el auditorio. Pobmek y Jee vieron a los niños divertirse y terminaron sonriendo también. Una sonrisa apacible se dibujó en sus rostros.



10



Los niños y profesores fueron llegando poco a poco para sentarse a ver el ensayo general a media tarde. Los susurros y la expectación se extendieron por todo el auditorio, como una onda de baja frecuencia a punto de estallar.

En un rincón del escenario, Jee habló por el micrófono, anunciando el orden de las actuaciones. Su voz rompió el silencio con claridad, como el sonido de una campana.

— Y ahora, tendremos una presentación especial de la clase de 2do año, sala 211... ¡Un aplauso para Sun!

Los niños y los maestros vitorearon junto con los aplausos. Los aplausos estallaron simultáneamente, formando una onda sonora que resonó como una repentina tormenta de verano.

Sun entró en escena. Su rostro estaba algo pálido, oprimido por un nerviosismo intenso, como una gran piedra. Con el puercoespin en sus manos, se sentó en la silla de madera situada en el centro del escenario y comenzó a manipularlo. Sus dedos lo sujetaban con fuerza; el ligero temblor delataba su ansiedad.

El puercoespin se metió en el papel de un niño alegre, mientras que Sol asumió el de un niño triste. La melancolía les envolvió los hombros como un manto gris.

Oye, Shan, ¿por qué te ves tan triste?, preguntó el puercoespin.

— Me siento solo, Solar... casi nunca hay nadie en casa... no sé a dónde se fue todo el mundo... cuando no hay nadie alrededor, termino sintiéndome infeliz...

Pobmek, Jee y Sodchuen escuchaban desde abajo. La sinceridad que desbordaba las palabras de Shan hizo que los tres maestros sintieran un nudo en la garganta, como si se les hubiera formado un bloque de hielo. Todos sintieron que esto era una apertura de su corazón, una forma de decir algo que había estado guardando en su interior.

Pero nos tienes, ¿verdad? Somos tus amigos. Aunque solo seamos dos, podemos llevarte a pasear.

¿En serio, Solar? ¿Y cómo me vas a llevar?

Sun giró la marioneta de puercoespin para que quedara de cara al público.

Bien, todos, cierren los ojos, ¿de acuerdo?

Los niños que estaban sentados escuchando obedecieron; sus pequeños párpados se cerraron con facilidad, como si accionaran un interruptor. El propio Shan también cerró los ojos, como si se sumergiera en aguas profundas.

Te llevaremos al mar. ¿Has visto alguna vez el mar?

Muchos niños asintieron, pero Sun negó con la cabeza. El movimiento estaba cargado de soledad.

—Imagínate esto con nosotros: justo frente a ti está el mar azul, la arena color crema, las nubes blancas... el sonido de las olas hace «fuush, fuush»... y tus pies se hunden en el agua. Y hace frío, ¿verdad?

Los niños que escuchaban asintieron con la cabeza, sonriendo, porque podían sentirlo. La imaginación era tan vívida que realmente parecía que el frío les llegaba a los tobillos. Los profesores intercambiaron miradas de aprobación, con sonrisas tan cálidas como la luz del sol de la mañana.

El mar, la arena y las nubes tienen algo que decirte. Escucha con atención...

Sun asintió al puercoespín.

¿Podemos ser tus amigos? ¿Te parece bien?
"Sí, claro", respondió Sun con una sonrisa.

Los niños asintieron al unísono. Pobmek, observando a Shan contar la historia, también se absorbió; su corazón latía a un ritmo suave, al ritmo de la narración que se desarrollaba ante él.

¡Genial! Así que, a partir de ahora, ya no te sentirás solo, ¿vale? ¿Entendido?

— Ajá, ya entiendo. Muchas gracias, Solar.

Pobmek miró a Shan y sintió lástima. Esa compasión le oprimió el pecho, como si una mano le apretara suavemente el corazón. Parecía que, hasta entonces, Shan había estado ocultando esta soledad. Su soledad era profunda y oscura, como un pozo abandonado cubierto de sombras.

"Bueno, todos, ya pueden abrir los ojos. Tenemos que irnos. Adiós", dijo el puercoespín, despidiéndose por última vez.

Todos abrieron los ojos y miraron a Sun en el escenario, quien se despedía del público con la marioneta. Los niños le devolvieron el saludo, los maestros aplaudieron en señal de alabanza. Sun sonrió, feliz. Su sonrisa era como un pequeño rayo de luz que acababa de atravesar las nubes de lluvia. Hizo una reverencia en agradecimiento. Shan miró a Pobmek; Pobmek también aplaudió y luego levantó el puño, y Sun respondió levantando el suyo. Ese gesto entre ambos era señal de una conexión silenciosa, pero firme.

Shan bajó del escenario y se encontró con Pobmek entre bastidores, quien había venido a felicitarlo. Pobmek sonreía tan ampliamente que se le veían los dientes; el orgullo rebosaba en sus ojos.

—Hiciste un gran trabajo... lo siento, al principio dudé en dejarte presentarte o no.

—De acuerdo, sí. Oh, tío, por favor, ¿podrías darle un mensaje al profesor Solar de mi parte?

Pobmek frunció el ceño, curioso.

¿Un mensaje? ¿Qué mensaje?

Dile que... mañana, espero que se divierta, por favor.

Pobmek se sorprendió por la petición de Shan. Esa extrañeza cruzó por su mente como un relámpago en una noche sin luna. Y, en ese preciso instante, el grupo de princesas corrió hacia Sun. Se acercaron con una fuerza descomunal, como pelotas de ping-pong rebotando.

—¡Guau, Sol, estuviste increíble! —exclamó Elsa, sin poder ocultar su emoción.

"¡Sí, sí, estuviste increíble!" repitió Campanilla, al más puro estilo "copiar y pegar".

Sun se reunió con sus amigos para charlar, visiblemente orgulloso. Pobmek, al verlo tan feliz, sonrió. La alegría de Shan lo inundó con oleadas de calidez, y Pobmek terminó sintiéndose feliz también.

A la mañana siguiente, la luz del sol se extendía como una suave alfombra dorada. Pobmek ya estaba listo; su ropa estaba inmaculada, como si la hubieran planchado con el vapor de la felicidad.

Salió a la sala y vio a Solar hablando por celular. Pequeñas arrugas se formaban en su frente; la tensión se enroscaba en su rostro como enredaderas.

Pobmek se acercó, con pasos lentos y firmes, como un barco atracando en el muelle. Al verlo llegar, Solar colgó.

"¿Pasó algo?" preguntó Pobmek preocupado.

—Pasó. Mi madre llamó para quejarse de los obreros que vinieron a reformar la casa... Me da miedo caer en una de esas estafas cualquier día. Uf...

Solar suspiró y fue a preparar las loncheras, tanto la suya como la de su amante. Sus movimientos parecían un poco más lentos; el peso en su corazón le hacía encorvar los hombros, y su expresión aún parecía tensa.

Pobmek quería consolarlo. El deseo de tranquilizar a su amado se reflejaba en sus ojos. Tomó el puercoespin de peluche y lo hizo subirse a la espalda de Solar. El pequeño muñeco se aferró a la espalda de su amado con dulzura, como un amuleto de la suerte colgando de su camisa.

"La lonchera del profesor Solar sigue tan esponjosa como siempre", dijo Pobmek, doblando la voz del puercoespin.

Al ver la muñeca subiéndose a su espalda, Solar sonrió. Esa sonrisa disipó la tensión de su rostro rápidamente, como si alguien hubiera pulsado un botón de reinicio.

—Tomarle así las cosas a Sun para que juegue... pronto se quejará.

—No se quejará, no. Mira, te mostraré algo.

Pobmek tomó su celular y le mostró a Solar el video del ensayo de la función de ayer. La imagen de Shan en el escenario brilló en la pantalla, como un pequeño diamante brillante. Se podía ver el ambiente en el público: tanto niños como maestros aplaudieron a Sun al terminar la función.

—Sun planeó todo este espectáculo él solo, ¿sabes? Y ni siquiera le tenía miedo al escenario. Genial, ¿no?

—Claro que tenía que ser bueno, ¿no? Al fin y al cabo, soy yo... pero en serio, Sun parece muy feliz.

Tras el final del video, la atmósfera de tensión que se había generado se disolvió por completo. Pobmek incluso usó la marioneta del erizo para sacar un tomate cherry de la lonchera y dárselo a Solar. El pequeño tomate rojo brillante fue ofrecido con delicadeza, como un gesto de cariño. Solar lo probó; cerró los ojos un momento para saborearlo y luego se giró para hablar con el erizo:

"¿Y dónde está el postre?" preguntó con mirada traviesa.

Pobmek estaba confundido, con el rostro lleno de interrogantes. El puercoespin no sabía dónde conseguir un postre para servir.

Solar extendió la mano para cubrir los ojos del puercoespin. El gesto fue rápido y delicado, como una pluma que aterriza en el aire. Luego le dio a su amada un beso pequeño, un beso suave, como el rocío de la mañana.

Aquí está el postre.

Pobmek sonrió, avergonzado. Sus mejillas se sonrojaron, del mismo color que los tomates cherry que su amante acababa de probar. Se inclinó para besar el cuerpo más pequeño con más intensidad, moviéndose sin vacilar, como un cazador que ve una presa tentadora justo delante de él.

Pero en ese preciso instante, el despertador sonó primero. El agudo y cortante sonido digital atravesó la atmósfera romántica, como si levantara un muro entre ellos.

"Uf, ¿por qué suena tarde todos los días?" se quejó el más alto.

— No llegas tarde. Lo programé para que empezara más temprano hoy. Hoy es el día de la función de verdad, ¡vamos!

Pobmek colocó el puercoespín de peluche sobre la mesa. El pequeño muñeco estaba cuidadosamente colocado, como algo precioso que necesita ser bien cuidado. Pobmek fue a buscar sus cosas para salir de la habitación; la prisa sustituyó a la lentitud en un instante, como cambiar de marcha en un coche de carreras.

—Bajaré en un rato en el coche y me detendré frente al vestíbulo para recogerte, ¿de acuerdo?

Bueno.

Apenas Pobmek había salido por la puerta cuando su cuerpo se frenó de repente, como si una fuerza magnética lo atrajera hacia atrás. Corrió de vuelta a la habitación; el impacto de sus pasos hizo vibrar ligeramente el suelo.

Al ver esto, Solar suspiró. Su suspiro fue largo y cansado, como el aire que escapa de un globo demasiado estirado.

—Mira, olvidaste algo otra vez, ¿no?

Pobmek se acercó y le dio a Solar un beso profundo y apasionado. Fue un beso firme, lleno de intención, como un sello que nunca se desvanece.

—No me he olvidado de nada, no.

"¡Vamos, date prisa!" se quejó el más joven, pero con una sonrisa en el rostro.

Pobmek sonrió ampliamente; su sonrisa brillaba como el sol del mediodía. Luego salió corriendo de la habitación una vez más. Solar rió, casi incrédula ante las acciones de su novio. El enojo anterior se había desvanecido por completo, dejando solo un dulce amor en el aire. Antes de irse, miró al puercoespín de juguete y pensó en algo.

Su mirada se detuvo profundamente en la muñequita. Una idea se encendió en su corazón, como fuegos artificiales recién encendidos.

En el auditorio de la escuela, a media tarde, las luces del escenario brillaban intensamente, contrastando con las sombras de la multitud. El murmullo de las conversaciones llenaba la sala, como el incesante sonido de las campanillas de viento. Niños y padres ocupaban los asientos, esperando la función. La emoción en el aire era tan densa que parecía palpable.

Solar acompañó a los padres a sus asientos; sus movimientos eran organizados y decididos, como los de un supervisor. Al mismo tiempo, enviaba señales al equipo por radio.

"Los asientos delanteros están casi ocupados, profesor", dijo Sodchuen, mirando al público junto al escenario con los ojos brillantes de emoción, como si fuegos artificiales de colores explotaran en su interior. Luego se giró hacia Pobmek y Jee; la energía que emanaba de ella era tan intensa que casi se podía tocar.

—Llegaron todos juntos, ¿eh...? Profesor Pobmek, Profesor Jee, ¿listos?

Jee mostró las baquetas que había traído de repuesto, más de diez, como si fueran sus armas de confianza, junto con las alas de ángel que llevaba puestas en ese momento y el pavo real de papel preparado en su cabeza. Las alas blancas y el pavo real de papel contrastaban con la ropa negra que vestía.

¡Listos desde ayer! ¿Verdad, profesor Pobmek? Jee se giró para mirar a Pobmek, quien estaba de guardia frente al cuaderno, preparando la secuencia de canciones. El rostro de Pobmek estaba sereno como la superficie de un lago. Levantó el pulgar hacia sus amigos; un gesto claro y seguro.

Sodchuen asintió. Mantuvo la cabeza firme, como si reafirmara su determinación.

¡Bueno, entonces vamos!

Pobmek pulsó el play de la música de apertura. El sonido rompió repentinamente el silencio. Sodchuen caminó hacia el frente del escenario; niños y padres aplaudieron en señal de bienvenida, y el sonido de los aplausos resonó como un trueno en plena temporada de lluvias.

¡Bienvenidos a todos! ¡Padres y queridos niños! ¿Listos para nuestro evento... el escenario del concurso de talentos?

¡Estamos listos!, gritaron los niños y los padres al unísono.

— ¿Qué? ¡No oigo nada!

"¡Estamos listos!" respondieron una vez más.

Sodchuen anunció con una amplia sonrisa:

¡Si estás listo, entonces comenzemos a ver las actuaciones de nuestros talentosos niños!

Niños y padres aplaudieron de nuevo, y la emoción se extendió por el aire como una ola de calor. Sodchuen se dirigió discretamente a la parte baja del escenario, y Pobmek puso la música para el primer niño en actuar.

En el escenario se desarrollaba un espectáculo de magia. El foco iluminaba directamente al centro.

El niño mágico cubrió la jaula donde estaba el pavo real de papel. La jaula estaba perfectamente oculta bajo la gran tela. Luego, con un movimiento rápido y preciso, retiró la tela, revelando a una niña vestida de ángel. La niña permaneció allí, inmóvil y grácil como una muñeca de porcelana. Entonces abrió la jaula y dejó salir a la niña-ángel.

Los niños y padres reaccionaron con un "¡Guau!" colectivo, aplaudiendo con entusiasmo. El "¡Guau!" resonó largo y tendido, lleno de alegría. En ese momento, Sodchuen estaba abajo del escenario, filmándolo todo; la cámara en sus manos permanecía firme, sostenida en alto con la confianza de alguien ya acostumbrado.

En la siguiente actuación, un niño vestido de rockero se preparó para tocar. La batería roja reflejó las luces del escenario, atrayendo la atención. El espectáculo de tambores rockeros comenzó, y el niño, JuJu, gritó con toda la fuerza de su garganta; su voz era ronca y llena de energía desbordante:

— ¡¡¡Y ese es el sonido de la adolescencia con dientes de leche!!!

El muchacho desató una rápida secuencia de golpes de tambor, el sonido pesado y rápido como ráfagas de ametralladora.

¡¡¡Odio la tarea!!!

JuJu terminó de tocar y rápidamente dejó las baquetas. De repente, todo el auditorio quedó en un silencio absoluto. El silencio era denso y pesado, casi cortante.

Solar, Pobmek, Jee y Sodchuen se quedaron paralizados. La expresión de asombro era evidente en el rostro de todos, así como en el de los padres. Pero, poco después, los niños comenzaron a gritar eufóricos; los gritos eran fuertes y llenos de alegría, como fuegos artificiales lanzados junto con los aplausos. Los adultos, todavía algo confundidos, terminaron sonriendo y aplaudiendo también, sin mucha opción.

El siguiente espectáculo lo tomó el grupo de princesas. Vestían brillantes trajes rojos de Papá Noel, que contrastaban con la oscuridad del auditorio. La actuación comenzó al son de "Jingle Bell Rock"; el ritmo animado y contagioso dejaba claro que imitaban a las Chicas Pesadas. Al ver esto, Jee exclamó, impresionado:

Vaya... ¡la referencia es bastante obvia, chicas!

Pero apenas habían bailado unos instantes cuando la música empezó a fallar. El sonido se cortó de repente, como un disco rayado. El grupo de princesas no supo cómo continuar; se detuvieron en medio del escenario, como si se hubieran convertido en estatuas. El público empezó a encontrar la situación extraña, y los susurros se extendieron como el zumbido de muchos insectos.

¡Parece una escena de película! ¡Pobmek, qué pasó! —gritó Jee desesperada, con los ojos abiertos por el pánico.

Se giró hacia Pobmek con un gesto rápido y angustiado, pero se dio cuenta de que, en ese momento, no había nadie frente al cuaderno. La mesa de trabajo estaba vacía, solo quedaba el equipo.

— ¡Oye! ¿Adónde se fue?

El ambiente del evento empezó a decaer. Un silencio incómodo llenó el escenario. El grupo de princesas empezó a palidecer; sus rostros palidecieron visiblemente. Al ver que la situación se estaba complicando, Solar estaba a punto de subir al escenario para intentar arreglar la situación.

Pero antes de que las cosas empeoraran, resonó el sonido de una guitarra. La guitarra rompió valientemente el silencio, acompañada por la voz de Pobmek. Su voz, profunda y firme, infundió una inesperada sensación de seguridad.

"Qué momento tan brillante, es el momento adecuado para rockear toda la noche..."

El grupo de princesas se volvió hacia la maestra que había llegado como una salvadora. Sus ojos estaban llenos de esperanza. Pobmek les indicó a las niñas que siguieran bailando. Sonrieron; sus sonrisas brillaron de nuevo como lámparas que se encienden de nuevo. Entonces comenzaron a cantar y reanudaron la coreografía. Padres e hijos también comenzaron a cantar:

"La época de las campanas es un momento estupendo para deslizarse en un trineo de un solo caballo. ¡Esa es la campana, esa es la campana, esa es la roca de las campanas!"

Todos cantaron hasta que terminó la actuación de las princesas. Los aplausos resonaron con fuerza, como olas rompiendo en la playa. El ambiente se llenó de emoción una vez más.

Pobmek miró a los niños, orgulloso tras terminar el espectáculo. Sonrió aliviado, como si acabara de quitarse un peso de encima. Buscó a Solar allá abajo, pero no lo encontró. La duda bullía en su corazón como burbujas de aire: ¿dónde se había metido Solar?

Tras bambalinas, reinaba el caos. La escenografía y el equipo se amontonaban formando pequeñas "montañas". La luz que se filtraba desde arriba perforaba el polvo suspendido en el aire. El olor a humedad, terciopelo y madera vieja, lo impregnaba todo. Solar estaba allí, con dos chicos, Cuatro y Rey. El rostro de Cuatro estaba empapado en lágrimas, como si sus mejillas hubieran sido bañadas por el rocío.

—¿Qué pasa? Ya casi te toca, ¿verdad?

"No vamos a actuar más, profesor... Cuatro no quiere subir al escenario porque su padre no vino a verlo. Se perderá la oportunidad de lucir el truco del cinturón de luz..."

Cuatro negó con la cabeza y empezó a llorar, con un berrinche. El llanto era débil y leve, pero hacía que el ambiente a su alrededor fuera pesado y sombrío.

Pero él prometió que realmente vendría...

— ¡¿Y vino por casualidad?!

Oye, oye, no hay necesidad de pelear. Su padre podría haber tenido algún problema inesperado. Piénsalo así: ¿puedes bailar para tus amigos primero, de acuerdo? —solar intentó consolarlo.

Cuatro negó con la cabeza con fuerza, negándose. Siguió llorando, y entonces sonó el walkie-talkie de Solar. El agudo sonido rompió el silencio de aquel rincón.

— Siguiente acto: Cuatro y Rey, de la clase 2/1. Pueden pararse al lado del escenario —La voz de Jee llegó por la radio.

Al oír esto, Solar intentó persuadirla de nuevo. Había determinación en sus ojos, un sincero deseo de resolver la situación.

—Ahora te toca a ti. ¿No quieres subir y actuar?

Cuatro levantó la cara para mirar a Solar. Tenía los ojos rojos e hinchados de tanto llorar.

— Profesor Solar... mi padre no me quiere, ¿es eso, profesor?

—Oye, no pienses así. No es eso —respondió Solar.

Entonces ¿por qué me dejó aquí así?

Solar sintió un nudo en la garganta. Las palabras del niño lo impactaron profundamente; el peso de todo aquello cayó sobre él como una piedra. Aun así, se recompuso para hablar con los niños, esforzándose por mantener la voz firme y suave.

Aunque tu padre no venga, el profesor Sodchuen puede grabar un video para que se lo enseñes después, ¿de acuerdo? Lo grabaremos ahí mismo, al borde del escenario, como si lo estuviera viendo con sus propios ojos. ¿Te parece bien?

Cuatro lo pensó. En su cabeza, los pensamientos se debatían entre sí. Poco a poco, dejó de llorar y su rostro volvió a la normalidad.

Cuatro y Rey se miraron. Sus miradas se comunicaron en silencio. Entonces Cuatro miró a Solar y asintió, aceptando subir al escenario. El gesto fue lento, pero firme.

—¡Eso es, vamos a por ello! —Sol sonrió, animando a los dos chicos.

Cuatro y Rey caminaban detrás de Solar. La esperanza comenzaba a brotar de nuevo en ellos. En ese momento, Pobmek llegó corriendo, con pasos rápidos y energéticos.

Ah, así que estás aquí.

Pobmek miró a Cuatro y Rey, confundido; su rostro estaba lleno de preguntas. ¿Qué pasó aquí?

Ya lo tengo todo organizado. ¡Vamos, date prisa, no te puedes perder esta presentación! Solar jaló a Pobmek de la mano. Su agarre era firme y cálido.

En el escenario del auditorio se extendieron luces de colores que se reflejaron en la ropa de los jóvenes artistas.

Comenzó la actuación de Four y King. La canción “ຂອງເຫຼືອໄຫຍ່ພ້ອຍ” sonó fuerte de inmediato. Cuatro y Rey bailaron con entusiasmo; sus cuerpos se mecían al ritmo de la música, llenos de alegría. Se entregaron por completo a la actuación, y Cuatro se esforzó por bailar frente a la cámara de Sodchuen. Sus ojos miraban fijamente al objetivo con determinación, para que quedara grabado y pudiera mostrárselo a su padre más tarde.

La actuación provocó muchas risas y divirtió enormemente a todos los presentes. Las risas del público resonaron con fuerza y durante largos ratos. Todos vitorearon a Cuatro y a Rey con todas sus fuerzas; esos gritos de apoyo eran como oleadas de alegría.

Pobmek y Solar observaban la atmósfera circundante con satisfacción. Sonrisas se extendían por sus rostros como la luz del sol matutino. Todos parecían felices y todo marchaba bien.

Cuando terminó la actuación de Cuatro y Rey, los aplausos aún resonaban en los oídos. Ambos se acercaron al escenario, con sonrisas brillantes como estrellitas. Pobmek extendió la mano y les chocó las cinco en su habitual saludo secreto; el "choca esos cinco" resonó —¡bang!— con un ritmo que solo ellos entendían. Solar, al ver la escena, rió entre dientes; su risa fue profunda y acogedora. Entonces, Cuatro y Rey abandonaron el escenario.

Solar se acercó para jugar, sus movimientos tan suaves como el viento:

—Mira eso, se ha convertido en un galán, ¿eh? Ya debe ser el favorito de los niños.

"Si me convertiré en el favorito de los niños, no lo sé... pero si me convertiré en el favorito del profesor Solar..." Pobmek se acercó, acortando la distancia entre ellos hasta que estuvieron muy cerca.

—Vaya, qué chiste de papá. ¿En qué siglo naciste, eh? —soltó Solar riendo; su rostro se sonrojó ligeramente, como una rosa recién florecida.

Pobmek también se rió, su sonrisa era genuina y relajada.

—Pero en serio... muchas gracias por siempre ayudarme. Si no fuera por ti, no sé si los niños habrían aceptado venir a actuar.

—Eh... ¿dónde está mi recompensa? —Solar hizo una mueca juguetona.

Pobmek miró a su alrededor, escudriñando la habitación con la mirada. Al darse cuenta de que no había nadie cerca, el silencio le permitió seguir el impulso de su corazón. Se preparó para acercarse y besar a Solar; su respiración se acortaba cuando, de repente, Sodchuen apareció corriendo. El sonido de sus pasos rompió la atmósfera romántica, como un freno de emergencia.

¡Pobmek! ¡Ve a echar un vistazo al escenario! ¡Parece que a algún niño se le olvidó algo otra vez!

Pobmek parecía completamente exhausto. Se llevó la mano a la frente, como si le doliera muchísimo la cabeza.

Dios mío, ¿cómo es que nadie deja de olvidar cosas?

"Vamos, vamos, entonces iré a ayudarte a ver eso", ofreció Solar inmediatamente.

No es necesario. Ve y párate frente al escenario con los niños.

"Ya, ya, estaba filmando y se me olvidó cuidar a los pequeños. ¡Solar, vamos!", reforzó Sodchuen.

Sodchuen jaló a Solar hacia el frente del escenario. Su brazo se unió firmemente al de Solar, guiándolo rápidamente. Antes de irse, le guiñó un ojo a Pobmek; su mirada estaba llena de misterio y diversión, como si ambos hubieran planeado algo en secreto. Pobmek sonrió, una amplia sonrisa, mostrando los dientes.

Sodchuen condujo a Solar al frente del escenario. Pasaron junto a los espectadores, llenos de expectación, y se acomodaron en sus asientos. La posición de los asientos ofrecía una vista perfecta del escenario.

Jee los observó mientras tomaban asiento. De pie junto al micrófono, anunció la siguiente actuación con voz clara y resonante:

Y ahora, para nuestro espectáculo final, pero no por ello menos importante, ¡los invitamos a todos a ver una actuación especial del... Profesor Pobmek!

Solar estaba en shock. Sus ojos se abrieron de par en par, como si estuviera viendo un espejismo. El grupo de princesas y el dúo de los Cuatro Reyes comenzaron a gritar y vitorear al unísono. Los gritos de los niños eran agudos y llenos de alegría.

Pobmek caminó hacia el centro del escenario. Los focos lo iluminaron solo. Rasgueó la guitarra en secuencias rápidas, preparándose para la actuación. El sonido rápido y constante de la guitarra captó la atención de todos. Sodchuen filmó, alternando los rostros de Solar y Pobmek en el escenario, capturando ese momento para ambos. La cámara en sus manos trabajaba incansablemente.

Solar sonrió. Su sonrisa estaba llena de felicidad y calidez en su corazón, ansioso por ver qué revelaría su amor al público.



11



La emoción en el auditorio crecía como el mercurio en un día de verano. En el escenario, Pobmek estaba sentado en la silla de madera que habían preparado. La silla parecía pequeña comparada con la sombra de su cuerpo proyectada sobre ella. Frente a él había un soporte de micrófono, que parecía una herramienta mágica lista para transmitir sus sentimientos.

Habló por el micrófono. Su voz era profunda y suave, pero clara y resonante:

— Para esta presentación... se la dedico a todos ustedes... y especialmente... a la persona que siempre ha estado a mi lado.

Los niños, maestros y padres reaccionaron con gritos y bromas. Las risas y los comentarios llenaron el ambiente de ruido y buen humor.

Todos sabían que se refería a Solar. Solar simplemente sonrió, avergonzado; tenía las mejillas rojas, como si acabara de correr.

Entonces Pobmek comenzó, poco a poco, a rasguear la guitarra. Sus dedos se movían hábilmente sobre las cuerdas, dando inicio a la música inicial de la actuación de Assara. La melodía, hermosa y familiar, llenó el aire.

El ambiente estaba lleno de calidez y felicidad. Una sensación agradable se extendió por todo el salón, como el calor de una chimenea en una noche de invierno. Niños, profesores y padres quedaron cautivados por la canción.

Solar escuchó la música de Pobmek y sonrió, rebosante de felicidad. Su sonrisa brillaba como la luz de una vela.

Mientras tanto, Pobmek se puso de pie lentamente. Siguió rasgueando la guitarra sin perder una sola nota. Caminó, tocando, fuera del escenario, directo hacia la persona que amaba. Cada paso que daba parecía tener un significado.

Solar parecía confundido, con el rostro contraído por la sorpresa. Pobmek se giró hacia el escenario, indicándole a Solar que subiera y actuara con él.

¡Vamos, levántate ya! Sodchuen contribuyó a aumentar la emoción. Saltó de alegría, llena de energía. Los niños y profesores se unieron a ella, animándola. Los gritos de apoyo se unieron como una ola gigante, hasta que Solar finalmente cedió y se puso de pie. Sus piernas aún vacilaban un poco antes de dar el primer paso.

Subió al escenario junto a Pobmek. Ambos caminaron juntos bajo los focos. Al llegar al escenario, Pobmek se sentó en su silla, pero Solar ni siquiera tuvo oportunidad de sentarse: corrió.

Rápidamente se fue tras bambalinas. Pobmek miró hacia atrás, confundido, arqueando las cejas, lleno de curiosidad.

Entonces vio regresar a Solar, trayendo consigo el erizo que solía llevar a la escuela. Ese erizo parecía un compañero inseparable. Pobmek sonrió; su sonrisa era tan dulce como la luz de la luna.

Siguió cantando. Solar se sentó en la silla junto a él, jugando con la marioneta, haciendo bailar al erizo al ritmo de la música. La pequeña marioneta se movía adorablemente al ritmo de la melodía.

Fue entonces cuando la mirada de Solar se desvió hacia la parte baja del escenario. Sus ojos se fijaron en un punto específico. Vio al padre de Cuatro venir a recibir a su hijo. La escena entre padre e hijo fue conmovedora y parecía completa. El padre lo abrazó, lamentando haber llegado tarde. El abrazo fue fuerte, como si quisiera recuperar el tiempo perdido.

Cuatro le mostró a su padre el video que Sodchuen había grabado. Su padre lo abrazó con orgullo; los hombros del hombre temblaban levemente de emoción. Solar presenció la escena.

Solar sonrió, compartiendo esa alegría. Su felicidad era plena como una copa rebosante. Pero de repente, empezó a sentirse extraño. Algo le recorrió el pecho como una descarga eléctrica.

Entonces, de repente, la imagen que rodeaba a Solar empezó a desdibujarse. Todo parecía distorsionado e indistinto, como si mirara a través de una ventana mojada por la lluvia. Los sonidos a su alrededor empezaron a apagarse, como si estuviera bajo el agua. La música, los aplausos, todo se convirtió en un zumbido confuso y sin sentido.

La mano que no sostenía la marioneta empezó a contraerse. Sus dedos se tensaron y palidecieron. Empezó a tener dificultad para respirar; su respiración se volvió entrecortada y superficial.

Entonces, la música de Pobmek terminó. El último acorde de guitarra sonó como un trino, seguido del silencio. Poco después, todos comenzaron a aplaudir con fuerza. El fuerte aplauso devolvió a Solar a la realidad al instante. Todo a su alrededor volvió a la normalidad. Las imágenes y los sonidos se volvieron nítidos, como si alguien hubiera accionado un interruptor.

Entonces Jee anunció por el micrófono:

— ¡Un fuerte aplauso una vez más para el Profesor Pobmek y el Profesor Solar!

Todos gritaron y aplaudieron con fuerza antes de levantar las manos al unísono, haciendo el gesto de "Te amo". Cientos de manitas se alzaron al unísono, formando corazones, mientras gritaban a coro:

¡Profesor Pobmek! ¡Profesor Solar! ¡Profesor Pobmek! ¡Profesor Solar! ¡Profesor Pobmek! ¡Profesor Solar!

Los gritos resonaron por todo el auditorio. Pobmek, avergonzado y con el rostro enrojecido, se giró para mirar a Solar y le sonrió. Solar le devolvió la sonrisa, pero aún había un rastro de confusión oculto en ella.

Entonces Solar se sintió extraño de nuevo. La pesadez regresó como una segunda oleada. Todo a su alrededor parecía moverse más lento, de una forma aterradora. La visión de Solar se volvió borrosa. Vio al padre de Cuatro y a Cuatro sentados juntos, felices. Esa imagen de la familia completa terminó despertando algo en su interior.

Los vítores aún resonaban con fuerza, junto con las luces del escenario; los focos, demasiado brillantes, le perforaban las pupilas. Todo esto provocó un cortocircuito en la mente de Solar. Los recuerdos reprimidos brotaron como lava de un volcán. Empezó a perder el control; su cuerpo parecía haber perdido su imperdible.

Apretó las manos con fuerza, clavándose las uñas con violencia en las palmas. Empezó a temblar; su cuerpo se estremecía incontrolablemente, como si estuviera expuesto a un frío extremo.

La imagen de sobres viejos se apoderó de su mente. Vio la escritura apresurada de alguien extrañamente familiar. Entonces, la escena de la muerte de Assara en la carretera invadió sus pensamientos: el cuerpo inmóvil tendido sobre el asfalto, junto con el sonido del impacto del coche y el resplandor de los faros que se dirigían violentamente hacia ella.

El erizo cayó al suelo con un "pup" bajo, pero que sonó fuerte en el repentino silencio. La atmósfera del auditorio se sumió en un silencio inmediato, un silencio denso, como si le hubieran succionado el aire. Pobmek se giró para mirar a Solar, quien ahora parecía aturdido por la situación. La confusión se reflejaba en sus ojos.

Entonces Solar dijo:

¿Por qué... por qué terminé aquí... tío...?

Al oír esto, Pobmek se quedó atónito. Su expresión se transformó en asombro absoluto.

- Sol...

Sun seguía desorientado por todo lo que tenía delante. Miraba a su alrededor con la mirada perdida. Ahora notaba que los niños y los padres lo observaban fijamente. Cientos de ojos lo observaban en silencio.

Sun empezó a sentirse mal. La vergüenza y la confusión lo invadieron. Apartó la mirada, bajó la vista al suelo y entonces vio el erizo de juguete que había dejado caer. Ese erizo de juguete se convirtió en el centro de su terror. Mientras lo miraba, imágenes del pasado inundaron su mente, como el erizo tirado en la carretera el día del accidente que mató a Assara. Sun entró en shock. Su cuerpo se tensó; comenzó a temblar de nuevo. Esta vez, los temblores fueron aún más violentos. Sin comprender qué le estaba sucediendo, retrocedió lentamente hasta chocar contra el telón del escenario.

El estruendo de un CRUJIENTE resonó con fuerza cuando el gran telón del escenario se derrumbó y se hizo añicos. Todos quedaron boquiabiertos; estallaron exclamaciones de asombro simultáneamente.

Sun entró en pánico y salió corriendo del escenario inmediatamente. Salió disparado como si lo persiguieran sombras del pasado. Pobmek lo persiguió gritando:

¡Sol!

Tras el alboroto, el backstage se sumió rápidamente en un silencio inquietante. Las luces eran tenues y el ambiente se sentía sombrío y cargado.

Sun corrió por el pasillo con los ojos llenos de lágrimas. Tenía la cara empapada de lágrimas y sudor. Todo a su alrededor parecía moverse a cámara lenta, de forma tortuosa. Ahora, los sonidos a su alrededor eran apagados, como si estuviera atrapado dentro de una caja de cristal cerrada. Un zumbido agudo y prolongado, como una interferencia de radio, resonaba en sus oídos, junto con voces que invadían su cabeza. Las voces crecían desenfrenadamente, como demonios gritando dentro de su cerebro:

¡Tener un hijo me hizo perderlo todo en la vida!

Profesor Solar... mi padre no me quiere, ¿verdad? ¿Por qué me abandonó así?

Sun corrió y tropezó con el espejo que tenía frente a él. Su cuerpo chocó ligeramente contra el espejo. Se vio allí, ya adulto. El reflejo en el espejo parecía el de un extraño. Sun contempló esa imagen commocionado, con lágrimas en los ojos. Tenía los ojos abiertos de par en par por el terror, mientras las voces en su cabeza seguían atormentándolo.

¡Profesor Solar! ¡Profesor Solar! ¡Profesor Solar!

Sun no podía respirar. Sus pulmones se contrajeron, como si unas manos invisibles le apretaran la garganta. Todo su cuerpo se tensó; sus diez dedos se curvaron hacia adentro, duros como una piedra. Luego, lentamente, cedió y se desplomó en el suelo, con el cuerpo desplomándose impotente. Se llevó la mano al pecho, que sentía a punto de estallar. Un dolor agudo le atravesó el pecho y se extendió por todo el cuerpo.

Sun rompió a llorar, sin aliento. Sus sollozos eran roncos, cargados de dolor. Las voces de la gente aún resonaban con fuerza en su cabeza:

¡Profesor Solar! ¡Profesor Solar! ¡Profesor Solar!

— ¡Sol... Sol... Sol...!

Sun levantó lentamente el rostro para mirar al frente. Sus ojos, llenos de lágrimas, lo desdibujaron todo. La imagen de Pobmek apareció ante él. Su silueta parecía borrosa, como una acuarela mojada por la lluvia, hasta que, poco a poco, se aclaró. El rostro de Pobmek volvió a ser claro ante sus ojos.

Pobmek se arrodilló ante él con una expresión de extrema preocupación. Sus cejas estaban tan fruncidas que formaban un nudo, revelando cuánto le dolía el corazón en ese momento.

Sol... tu tío ya está aquí... no tengas miedo. Respira despacio, ¿vale?

Pobmek sujetó firmemente la mano de Sun. Su cálida mano envolvió la de Sun e hizo un gesto para que respirara y lo siguiera. Inhaló profundamente por la nariz y exhaló lentamente por la boca. Sun respiró hondo junto con Pobmek, aún entre lágrimas; el aire que regresaba a sus pulmones pareció devolverle la vida.

Tras recuperar el aliento un rato, Sun habló, abrumado por el miedo. Su voz temblaba, frágil como la de un pajarito empapado por la lluvia:

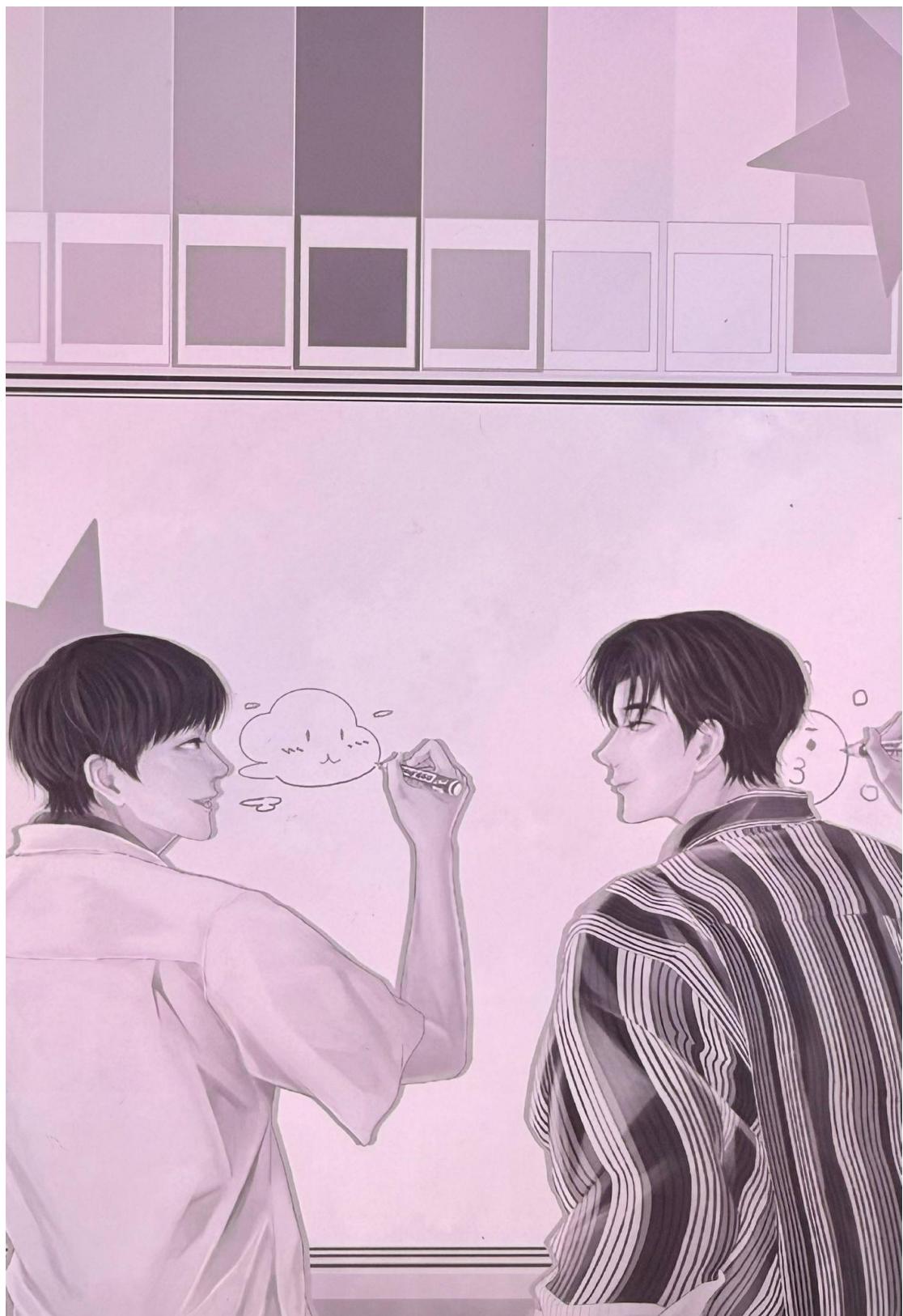
Tío... tengo miedo... no sé qué me pasa...

El sol lloraba desconsoladamente. Las lágrimas fluían sin parar, como una lluvia torrencial que no da tregua.

Los ojos de Pobmek se llenaron de lágrimas de compasión. Su mirada rebosaba de genuina empatía. Abrazó a Sun con fuerza. El abrazo de Pobmek era firme y transmitía una sensación de seguridad, como una armadura protectora.

— Todo está bien, Sol... El tío está aquí... El tío está aquí...

Sun seguía llorando a gritos, con sollozos dolorosos y desgarradores. Se abrazaron con fuerza. Ese abrazo fue, en ese momento, el único refugio que Sun pudo encontrar.



12



El olor a desinfectante y alcohol suave persistía en la habitación. La luz del atardecer se filtraba a través de las persianas en finas franjas, creando en la sala una atmósfera tranquila, pero a la vez solitaria y silenciosa.

Sun dormía tumbado en la camilla. Tenía los párpados fuertemente cerrados, como si escapara del mundo exterior. Abrazó al erizo; la suave tela apretada contra su pecho parecía un amuleto que le infundía cierta seguridad. Su rostro aún estaba manchado de lágrimas, y las marcas secas formaban rastros en sus pálidas y verdosas mejillas.

Pobmek, que había estado de guardia, permaneció sentado junto a la cama, inmóvil como una estatua. Miró a Sun con preocupación; en sus ojos se reflejaba una profunda tristeza, como el cielo nublado antes de una tormenta.

Entonces Sodchuen y Jee abrieron la puerta. El sonido fue bajo, pero inmediatamente captó la atención de Pobmek. Se giró para mirar a sus dos amigos, quienes lo observaban con preocupación. Su mirada transmitía comprensión y cariño.

Fuera de la enfermería, el pasillo parecía limpio, pero frío e impersonal. Pobmek, Sodchuen y Jee se sentaron a conversar, ocupando los bancos del pasillo.

"Creo que fue un ataque de pánico... He oído hablar de eso", comentó Jee.

Los síntomas son exactamente como los describiste... la mayoría de las veces proviene del estrés acumulado... el sistema solar podría estar tratando de suprimir todo esto, para evitar que nos demos cuenta...

Pobmek asintió en silencio.

—Entonces...y...¿cómo resultaron las cosas en el evento?

— Ah, olvídaloo. No le des vueltas. Nadie dijo nada malo.

Pobmek estuvo de acuerdo con Sodchuen, asintiendo lentamente en aceptación de lo que ella estaba diciendo.

¿Y tú qué tal? ¿Cómo estás? ¿Estás bien...?

Pobmek guardó silencio. El silencio era denso, como si una enorme piedra le oprimiera el pecho. Entonces, poco a poco, las emociones contenidas comenzaron a desbordarse. Su voz tembló desde la primera sílaba. Las lágrimas brotaron sin que pudiera contenerlas. Gotas claras resbalaban lentamente, como el rocío de la mañana adherido a las hojas.

"Yo... no tengo idea de qué pasó... Pensé que Solar estaba mejorando... porque realmente parecía estar bien..." dijo Pobmek entre lágrimas.

—Pero ¿por qué... por qué todo parece haber empeorado? De repente, Solar volvió a ser Sol, incluso sin haber dormido... ¿Será que estoy haciendo algo mal, Sodchuen?

El cansancio carcomía el corazón de Pobmek.

— Ni siquiera quería decir esto... pero... estoy agotada... agotada de tener que cuidar a Solar así... pero cuando digo esto... me siento aún más culpable...

Culpable... por sentirme así por él.

Jee y Sodchuen escucharon atentamente a Pobmek. Ambos permanecieron en silencio, absorbiendo cada palabra de su amigo. La compasión los invadió; sus rostros reflejaban dolor y empatía.

—Pobmek... lo que sientes no está nada mal. Lo entiendo... cuidar a alguien enfermo ya es bastante agotador. Y, hasta ahora, has hecho lo mejor que has podido —lo consoló Sodchuen.

Pobmek se secó las lágrimas, pasándose rápidamente el dorso de la mano por la cara, obligándose a recomponerse.

Jee le habló en un tono serio, con voz firme y llena de sinceridad:

—Cuando ya no es posible, es porque ya no es posible. Cuando te cansas, es porque te cansas. No hay nada de malo en eso. No hay razón para que te sientas culpable.

Pobmek miró a Jee con gratitud. Tenía los ojos rojos, pero reflejaban un profundo sentimiento de agradecimiento.

"Si existiera un premio a la 'mejor persona en el escenario de la vida', ya te habría dado el primer lugar. Estuviste increíble, Pobmek...", dijo Sodchuen, elogiándolo con entusiasmo.

Al oír eso, Pobmek no pudo contener las lágrimas. Toda la emoción contenida y el cansancio acumulado explotaron como un dique. Los tres amigos profesores se abrazaron, intercambiando apoyo y fuerza. Su fuerte abrazo se convirtió, en ese momento, en el refugio más seguro del mundo.

Pasó el tiempo hasta que cayó la noche. La sala quedó en silencio. Solo la tenue luz de una pequeña lámpara iluminaba la habitación, revelando partículas de polvo que danzaban en el aire. El tenue olor a medicina aún flotaba en el aire.

Solar se despertó. Parpadeó varias veces, intentando adaptarse a la tenue luz. Entonces vio que Pobmek se había quedado dormido junto a su cama. La cabeza de Pobmek descansaba en el borde de la cama, exhausto. Su rostro estaba cubierto de marcas de fatiga.

Pobmek sintió que la cama se movía. Ese leve movimiento fue suficiente para despertarlo al instante. Abrió lentamente los ojos y volvió a mirar a la persona que amaba, con esos ojos que antes estaban llenos de preocupación.

—¿Ya te despertaste? ¿Cómo te sientes?

Solar se dio cuenta de que no le iba nada bien. Aún sentía el cuerpo pesado, como si cargara piedras sobre los hombros. Al mirar a Pobmek, notó lo exhausto que estaba; el cansancio se reflejaba en sus ojos, su rostro cansado mostraba visibles señales de preocupación. Esto hizo que Solar se sintiera culpable. La culpa empezó a roerle el corazón como un pequeño gusano persistente. No pudo soportarlo y abrazó a Pobmek con fuerza, como si quisiera transferir todo el dolor a sí mismo.

— Causé problemas otra vez, ¿no?

Pobmek permaneció en silencio. No respondió con palabras, solo estrechó su abrazo un poco más.

Los dos se alejaron un poco. Solar habló entonces con seriedad, mirando a Pobmek a los ojos con sinceridad.

—Lo siento... por decirte que estaba bien... por no decirte que... en realidad... no me sentía bien...

Pobmek asintió, escuchando en silencio, su mirada llena de comprensión.

—La cosa es que, en el fondo, quería ser fuerte... quería estar bien... para ti... para que no te cansaras de mí... pero, al final... no pude...

Al oír eso, Pobmek abrazó a Solar con fuerza, lleno de comprensión. Ese abrazo fue como una confirmación silenciosa de que, pasara lo que pasara, él seguiría ahí.

—Está perfectamente bien no ser fuerte...está perfectamente bien no tener éxito...

Pobmek miró a Solar con seriedad y ternura.

En este momento, todavía no sabemos... qué fue exactamente lo que te llevó a cambiarte a Sun tan rápidamente...

Solar escuchó atentamente a Pobmek.

Pero tal vez sea mi culpa... por intentar constantemente que entres en su lugar...

La expresión de Pobmek dejó claro lo culpable que se sentía.

No es tu culpa...

Pobmek se quedó paralizado por un instante. Las palabras de Solar lo habían paralizado de repente. Entonces, Solar sacó lentamente una carta vieja del bolsillo de su pantalón. El sobre estaba viejo y arrugado por el tiempo. Se lo mostró a Pobmek.

Hay una cosa más... que no os he contado todavía.

Pobmek tomó la tarjeta de la mano de Solar para mirarla.

Volviendo a la mañana de ese mismo día, en la sala de estar iluminada por el sol del condominio, Solar estaba hablando por teléfono con Pranee, poco antes de que Pobmek saliera de la habitación.

"Por casualidad, tu madre encontró una carta que te envió tu padre después de dejarte conmigo. Fue la primera... y la única carta que envió..." La voz de Pranee llegó del otro lado de la línea.

Al oír eso, Solar se quedó sin palabras. Su corazón latía con fuerza. Tras unos segundos, se armó de valor y preguntó, con la voz cargada de una curiosidad que había albergado durante mucho tiempo:

Mamá... ¿podrías enviarme esa carta, por favor...?

La oscuridad de la noche reemplazó los últimos vestigios de la luz del día. El estacionamiento de la escuela estaba vacío, solo el auto de Pobmek estaba estacionado un poco más lejos, al final de la calle, al otro lado de la cerca de la escuela.

La luz naranja de las farolas se extendía por el asfalto en círculos. Los dos regresaron a casa, con las mochilas a la espalda, charlando por el camino, hasta que llegaron a la entrada de la escuela. Pobmek abrió la vieja carta para leerla. El papel amarillento desprendía un ligero olor a humedad. Al final del mensaje, estaba escrito:

—Se lo dejo a usted, profesor. No aguento más —dijo Saran.

Creo... que debo haber sido la razón por la que mi padre me abandonó... porque probablemente no pudo soportar ver la cara de la persona que hizo que su esposa se fuera...

Solar habló con una voz contenida, casi desprovista de emoción.

—Solar... no te hagas daño así con esos pensamientos...

—Yo tampoco quería pensar así... pero ¿cómo puedo pensar de otra manera...?

—Pero créeme: no deberías pensar así... —añadió Pobmek con calma.

Solar asintió, escuchando a Pobmek. Apretó los labios con fuerza en un gesto de aceptación que parecía más resignado que convencido.

—Había muchos coches llenos de padres aparcados por aquí hoy, así que tuve que aparcar al otro lado de la calle. Espera un momento, ¿vale? Enseguida vuelvo a recogerte.

Pobmek se giró para cruzar la calle. Su pierna ya estaba a punto de levantarse de la acera cuando Solar extendió la mano y lo agarró del brazo, impidiéndole avanzar. La palma de Solar estaba fría al tocar el brazo de Pobmek.

— ¿Hm? ¿Pasó algo?

—Yo... tengo algo que quería preguntarte...

Pobmek miró a Solar con extrañeza. Sus ojos reflejaban su rostro serio. Entonces Solar desvió la mirada hacia la calle. Su mirada estaba fija en el tráfico denso, en los coches que pasaban a toda velocidad.

Al regresar a aquel brillante día soleado, frente a la escuela, todo estaba lleno de vida. El bullicio de los niños resonaba por todas partes.

Sun estaba a punto de cruzar la calle para comprar crepas con el grupo de princesas. Se quedaron quietas en la acera, preparándose para cruzar.

A mitad de la travesía, Sun se quedó paralizado de repente. Su cuerpo se tensó como hechizado. Su corazón empezó a latir con fuerza, el sonido de los latidos resonando en su pecho, y no tuvo el valor de seguir cruzando. Sus piernas parecían pegadas al suelo, como clavadas. Abrumado por el miedo, Sun decidió retroceder unos pasos, lentamente.

—Desde aquel accidente... ya no puedo cruzar la calle... es como si estuviera huyendo de este problema todo el tiempo... a veces siento que... Sun también lo siente...

Al oír esta verdad, Pobmek se estremeció. Un dolor profundo le atravesó el corazón.

Por eso yo—

Antes de terminar de hablar, Pobmek extendió la mano y la sujetó firmemente. La calidez de la mano de Pobmek se extendió a la de Solar. Solar bajó la mirada, observando cómo Pobmek envolvía su mano, y luego levantó la cara para encontrarse con la suya. Pobmek asintió y le dedicó una leve sonrisa. La sonrisa de Pobmek fue como una luz que guiaba a Solar.

Al ver eso, Solar le devolvió la sonrisa. Su rostro se fue abriendo gradualmente en una sonrisa pacífica.

Todo a su alrededor pareció detenerse en el tiempo. Y, paso a paso, cruzaron la calle juntos.

Empezaron a caminar, firmes y lentos. Pobmek levantó la mano para indicar a los coches que pasaban que se detuvieran; la palma abierta, con un gesto seguro y decidido. Solar avanzó paso a paso. Sus piernas, que antes le temblaban, ahora estaban más firmes. Apretó la mano de Pobmek y una sensación de seguridad le inundó el pecho.

Finalmente, Solar logró cruzar la calle. Los dos se detuvieron a salvo en la acera del otro lado. Solar miró a Pobmek y sonrió levemente. Su sonrisa estaba llena de felicidad y orgullo.

Apoyó su cabeza en el pecho de Pobmek, acurrucando su rostro contra el pecho de la persona que amaba, como si quisiera aferrarse a ese calor durante el mayor tiempo posible.

- Gracias...

Pobmek lo envolvió en un cálido abrazo, pasando suavemente su mano por la espalda de Solar en un gesto de consuelo.

Pobmek... No creo que vuelva a huir de mis problemas...

Solar habló con seriedad. Sus ojos eran firmes, brillando como estrellas que nunca se apagan.

—Ya lo he decidido... voy a buscar a mi padre... ven conmigo, ¿vale...?

Pobmek respondió con una sonrisa amable y un asentimiento. Esa sonrisa fue la respuesta más clara posible. Entonces, ambos se abrazaron con fuerza una vez más. Ese abrazo fue la promesa de un nuevo viaje.

Amaneció un nuevo día con la luz del sol calentándolo todo. El estacionamiento subterráneo del condominio estaba relativamente tranquilo, solo se oía el lejano sonido de un motor al arrancar.

Solar y Pobmek caminaban con sus mochilas, pequeñas, pero llenas de esperanza y miedo. Se acercaron al coche. Pobmek, amablemente, le abrió la puerta a Solar primero; un gesto pequeño, pero lleno de cariño.

Una vez dentro del coche, Solar parecía inquieto. La mezcla de ansiedad y nerviosismo le revolvía el estómago. En su regazo, sostenía el erizo, que se había convertido en un amuleto de la suerte; la vieja carta, como un enigma a punto de resolverse; y una caja de madera cerrada con llave; la caja mostraba señales de uso, parecía vieja e importante.

Pobmek extendió la mano y tomó la de Solar. El toque cálido y firme transmitía valentía.

¿Listo?

—Ajá... —respondió Solar en voz baja.

Pase lo que pase...estaré contigo.

Solar le ofreció una sonrisa amable. Una sonrisa que quizás no fuera bonita por fuera, pero que estaba llena de profunda gratitud.

Entonces Pobmek arrancó el motor. El coche salió lentamente del aparcamiento, rumbo a un viaje importante.



13



He oido que... las personas que están juntas realmente se conocen cuando viajan juntas...

Durante el día, el cielo era amplio y despejado, sin nubes ni niebla. La intensa luz del sol caía sobre el asfalto negro que se extendía en línea recta. No se veían otros coches aparte del de Pobmek.

Pobmek conducía, sacando a Solar de la ciudad. El volante, usado durante muchas horas, estaba caliente bajo sus manos. Pobmek estaba al volante, mientras Solar consultaba la ruta en el mapa de su celular, guiándolo. El brillo de la pantalla se reflejaba en sus ojos.

En las manos de Solar, sostenía la caja de madera y el erizo. La caja de madera estaba fría al tacto; sin embargo, el suave erizo le daba una sensación de confort.

Tomó la caja de madera para examinarla más de cerca. La veta de la madera estaba marcada por rastros del pasado, y se dio cuenta de que aún estaba cerrada. Pobmek miró a Solar; en su mirada había una profunda comprensión. Ambos se sonrieron, una sonrisa que pareció revitalizar sus corazones.

Entrelazaron sus manos. El firme roce entre sus dedos era como una promesa silenciosa.

—Y ese fue nuestro primer viaje juntos... y terminó siendo exactamente como dicen.

Tras muchas horas, el coche se detuvo a un lado de la carretera. Un silencio repentino lo invadió todo. Pobmek y Solar discutían acaloradamente dentro del coche; el ambiente estaba cargado de irritación, a punto de estallar en cualquier momento.

— ¿Ves? ¡Te dije que te dieras la vuelta ahora mismo! ¿Y ahora? ¡Estás perdido!

—¡Llevo seis horas sujetando este volante y tengo el trasero entumecido! ¡Te dije que tenía sueño! ¿Oíste? ¡Me quedé dormido! ¡No podía girarlo, maldita sea!

De repente, se oyó un fuerte golpe desde la parte delantera del coche. Un ruido fuerte, como si alguien hubiera golpeado un gran tambor metálico. Pobmek y Solar se sobresaltaron y miraron hacia adelante al mismo tiempo. Sus corazones se aceleraron, casi saliéndoseles del pecho, sin comprender qué había sucedido.

Pobmek abrió el capó. Las bisagras crujieron al levantarse, y pronto empezó a salir humo. El olor a humo y aceite quemado llenó el aire. Un humo espeso y blanco brotó a borbotones, como vapor de una fuente termal.

Pobmek y Solar parecían desanimados. Sus rostros estaban abatidos, grises, ambos claramente frustrados.

— Maldita sea... cuando conduzco en Bangkok, nunca tengo ningún problema.

—Es que estamos en Bangkok, ¿sabes? No deberías conducir durante horas así. La próxima vez, deberías revisar el motor antes.

El novio más joven se quejó.

¿En serio? Ya lo sabes todo. ¿Por qué no lo compruebas tú mismo?

Estoy preguntando... ¿por casualidad este coche es mío?

Pobmek dejó escapar un largo y pesado suspiro, como si se liberara de un enorme peso de sus hombros.

Conocernos más profundamente... realmente sucede en momentos como estos.

Las sombras de los árboles comenzaron a extenderse por el suelo. Pobmek y Solar se llevaron las manos al pecho e hicieron un gesto de "wai" simultáneamente, agradeciendo a un anciano local. El gesto transmitía una profunda gratitud.

Muchas gracias señor.

El hombre le devolvió el saludo, regresó a su motocicleta y se alejó, llevándose consigo sus herramientas de reparación. El sonido de la motocicleta se fue alejando hasta desaparecer. Pobmek y Solar respiraron aliviados. Una sensación de tranquilidad los invadió, como agua fresca que calma su sed.

Pobmek cogió su móvil para consultar el mapa y su expresión se desanimó. Frunció el ceño.

—Amigo... ahora vamos en la dirección completamente opuesta a nuestro destino...

Solar miró el mapa de Pobmek y se sintió confundido. Parpadeó varias veces, sin comprender, y bajó la mirada para revisar su propio mapa.

—Eh... Creo que marqué el lugar equivocado.

—Entonces dime... ¿de quién es la culpa ahora?
—bromeó el novio más corpulento.

Bueno... fue mi culpa...

Pobmek esbozó una sonrisa de satisfacción. Una pequeña media sonrisa, que expresaba una victoria que no era nada seria. Pero entonces, Solar comenzó a mostrar un pequeño drama: sus ojos se llenaron de lágrimas, como agua a punto de desbordarse de una pequeña presa.

—Estoy muy equivocado... No sé conducir... Estoy equivocado... Incluso me equivoco al darte indicaciones...

Oye, tranquilízate... no quise decir eso...

Pobmek se acercó a Solar y lo abrazó. Ese abrazo reconfortante era firme y cálido, como el calor del sol del mediodía. Los dos se abrazaron, en un gesto que lo decía todo sin necesidad de palabras.

Nunca imaginé que, incluso después de tanto tiempo juntos, aún habría lados de cada uno capaces de sorprenderme... Solar es más sensible de lo que pensaba... Supongo que tendré que ser más paciente e intentar comprenderlo aún más...

Cayó la noche. El silencio exterior solo lo rompía el coro de cigarras, que cantaba sin parar. La tenue luz de la lámpara de la antigua habitación del hotel proyectaba delicadas sombras en las paredes.

Pobmek y Solar abrieron la puerta del dormitorio y entraron. Una sensación de alivio los invadió, como beber agua helada después de un largo viaje. Dejaron caer sus maletas al suelo; el suave sonido del cuero al golpear el suelo marcó el comienzo de su descanso.

"Descansemos aquí esta noche. Ya veremos qué hacemos mañana", le dijo Pobmek a su novio.

Solar asintió. Bajó la cabeza y la levantó lentamente, agobiado por la fatiga. Dejó su mochila en la cama y se dirigió al baño, con paso firme, como si caminara hacia un oasis.

Unos momentos después, un grito resonó desde el baño. Un sonido agudo, que atravesaba el oído como si alguien arañara metal.

— ¡¡¡SANTA MIERDA!!!

Pobmek se sobresaltó; su corazón latía como un tambor de guerra que tocaba sin cesar.

Corrió al baño inmediatamente, lanzándose como una flecha lanzada desde su arco.

Dentro, encontró a Solar apoyado contra la pared, con todo el cuerpo rígido. Estaba rígido y frío como una estatua de piedra.

¿Qué pasa, hombre?

Solar no respondió. Tenía los labios apretados, la cara contraída por el miedo extremo. Sus ojos estaban tan abiertos que parecían salirse de las órbitas, y su dedo apuntaba a la pared del baño. Sus dedos temblaban como hojas sacudidas por un fuerte viento.

Pobmek siguió la mirada y vio un lagarto aferrado a la pared. Un lagarto grande, inmóvil, con dibujos en la piel que parecían agresivos, casi como un dibujo demoníaco. Pobmek mantuvo su rostro neutral, su expresión completamente indiferente, sin mostrar ningún signo de angustia.

—Ay, Dios mío... eso es todo. ¿A qué viene todo este alboroto?

¿No tienes miedo?, preguntó el novio más joven.

En ese instante, el lagarto emitió un sonido seco y áspero que resonó con fuerza en el silencio del baño. Pobmek se sobresaltó al instante; su expresión se transformó en pánico puro, como si le hubieran arrancado una máscara de repente.

¡¡¡Por supuesto que tengo miedo!!!

Pobmek corrió a abrazar a Solar de inmediato, temblando de miedo junto con él. Los dos comenzaron a gritar al unísono, sus gritos se fundieron como un dueto caótico, casi como una banda de rock discordante.

Solar, ¡¡¡encuentren la manera de deshacerse de él!!!!

Solar, tenso, lanzó una de sus zapatillas hacia la lagartija. La zapatilla voló torpemente, falló su objetivo y se estrelló en un punto lejano, pero la lagartija ni siquiera se movió. Permaneció pegada a la pared, inmóvil, como clavada con púas de hierro. Luego emitió ese sonido repetidamente, como burlándose de ellos. Ambos gritaron al unísono; los gritos eran tan agudos que parecían desgarrarles los tímpanos.

Solar estaba tan asustado que su mente de repente cambió a Sol. Por un momento, sus ojos estaban abiertos y vacíos, antes de recuperar el brillo inocente de un niño.

Sun miró a Pobmek, confundido. Su mirada reflejaba la de alguien que no entendía lo que sucedía a su alrededor.

Tío...?

"Sol... ¿de verdad eres tú?" Pobmek estaba en shock.

¿Cómo llegué aquí? ¿Y eso es allá...?

Sun miró al lagarto, que seguía inmóvil. La confusión aún se reflejaba en su rostro, pero un pequeño temor comenzaba a asomar.

—Nosotros... no les tenemos miedo a las lagartijas, ¿verdad? No, ¿verdad...? Ayuda a tu tío a despacharlo, por favor...

-El tío preguntó con una expresión casi suplicante.

El lagarto volvió a emitir ese sonido, una advertencia de la naturaleza que solo empeoró la situación. Sun abrió la boca y gritó de miedo; el grito era puro y aterrorizado, como el de un niño que acaba de ver un monstruo. Pobmek se unió al coro, gritando también; su voz era más grave, pero el terror era el mismo.

Los dos se abrazaron con fuerza, como si estuvieran colgados del borde de un precipicio. El miedo se extendió por la habitación como una espesa niebla que lo envolvía todo. La atmósfera se volvió caótica, confusa y ruidosa como un mercado en llamas.

Fuera de la ventana, la oscuridad estaba amortiguada por las gruesas cortinas, haciendo que la habitación pareciera un refugio silencioso, como una cueva segura.

Sun ya se había quedado dormido en la cama. Su respiración era ligera y apacible, como la de un gatito que duerme plácidamente. Pobmek, mientras tanto, estaba sentado en la silla junto a la cama, con la guitarra en las manos. La madera oscura del instrumento se sentía fría en la penumbra, como un viejo amigo siempre dispuesto a consolarlo.

Estaba en una videollamada con sus amigos. Los rostros de Sodchuen y Jee brillaban en la pantalla como estrellas lejanas.

"¿Se cambió al Sol sin siquiera dormir otra vez?", preguntó Sodchuen, sorprendido.

—Sí... —La voz de Pobmek salió ronca, cargada de preocupación, como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros.

"Casi siento pena por Solar... y por ti también, hombre..." dijo Jee, sintiendo pena por su amigo.

—Sí... gracias... ¿y lograste obtener más información?

—Logré verificar la dirección de la carta vieja. En realidad, es la casa de un hombre llamado Saran.

Pobmek asintió lentamente. Bajó un poco la cabeza; una pequeña esperanza empezó a encenderse en su interior, como una chispa.

Pero la mala noticia es que... ya vendió esa casa. Al parecer, tenía problemas de dinero.

Jee contó con pesar.

Al oír esto, Pobmek se desanimó. La decepción lo golpeó como una ola gigante que se estrella de frente. Dejó escapar un largo y profundo suspiro, intentando liberar toda la angustia atrapada en su pecho.

Pero no te desesperes todavía, amigo mío, porque también tengo buenas noticias. Encontré su nueva dirección. Es un huerto. Parece que su padre ahora es agricultor.

¿En serio, Sodchuen? Pero su padre era dueño de una juguetería... ¿Cómo acabó trabajando en un huerto? —preguntó Pobmek, sorprendido.

Nosotros tampoco lo sabemos... pero vayan a verlo. Les mando la ubicación luego.

Jee le envió a Pobmek la ubicación y las imágenes del huerto. La información que recibió parecía un valioso mapa del tesoro. Pobmek la observó con determinación; en sus ojos había resolución y una negativa a rendirse.

Imágenes del huerto aparecieron en la pantalla del portátil que Pobmek usaba para la videollamada. El verde vibrante del lugar contrastaba con la oscuridad de la habitación, como una luz al final del túnel.

Llegó una nueva mañana, trayendo consigo una luz de sol que bañaba todo lo que tocaba. El aire era fresco y puro, como bañado por la lluvia. El huerto maprang era exuberante y fértil, contrastando con la fruta madura, de un vibrante amarillo anaranjado, como cientos de pequeñas llamas encendidas. Los trabajadores del huerto iban y venían, ajetreados; sus movimientos eran rápidos y llenos de energía, como hormigas obreras construyendo su nido.

Saran, vestido de jardinero, revisaba los aspersores que regaban los árboles. Su ropa estaba sucia de tierra, pero su expresión era tranquila. Otro trabajador del huerto lo observaba con admiración.

—Realmente puedes arreglarlo todo, tío Saran. Si no hubieras dicho que eras empresario en Bangkok, habría pensado que siempre habías sido agricultor.

El otro bromeó.

¿En serio me estás felicitando o estás bromeando? Pero... no puedo arreglarlo todo.

El trabajador frunció el ceño, confundido. Saran señaló el equipo de riego; sus dedos estaban firmes y limpios, en contraste con su ropa sucia.

—Lo que dijiste de que se enciende y se apaga solo... Creo que el temporizador debe estar defectuoso. Tendrás que comprar uno nuevo para reemplazarlo.

Está bien, les pediré que lo traigan desde Bangkok, tío.

Saran asintió, con una leve sonrisa dibujada en su rostro, mostrando satisfacción con el trabajo realizado. El jardinero tomó su celular y comenzó a usarlo. En ese momento, otro trabajador del huerto se acercó; levantaba una ligera capa de polvo a cada paso.

Saran, hay gente de Bangkok buscándose.

"¡Guau! ¿De verdad...? ¿De verdad llegan las cosas tan rápido hoy en día?", rió Saran. Su risa era profunda y genuina.

Y entonces aparecieron Solar y Pobmek. Ambos emergieron casi en silencio, como un espejismo. Padre e hijo se miraron por primera vez. En ese instante, todo pareció congelarse, como si el tiempo hubiera quedado atrapado en el hielo.

Al ver a Saran, Solar se quedó sin palabras. Sus ojos se llenaron de emociones encontradas. —anhelo, esperanza y sorpresa. Saran también parecía asombrado.

Solar comenzó a caminar lentamente hacia Saran. Cada paso era pesado, vacilante y pesado, como caminar sobre arenas movedizas. El ambiente estaba impregnado de nostalgia; viejos sentimientos y lazos con el pasado flotaban en el aire, como el aroma de las flores que nunca se olvidan.

Pero de repente, Saran se dio la vuelta y salió corriendo sin pensárselo dos veces. Su movimiento fue rápido y brusco, como un conejo que huye al ver a un lobo. Los trabajadores del huerto, Pobmek y Solar, quedaron atónitos. La sorpresa los pilló desprevenidos.

Corrieron tras Saran. No habían llegado muy lejos cuando ambos gritaron por él, sus voces desgarrando con fuerza el silencio del huerto:

—¡Oye, tío, espera un momento! —gritó Pobmek.

— ¡Papá! ¡Para! ¡Soy yo! ¡Soy Sun! ¡Tu hijo!

Al oír eso, Saran se detuvo de golpe. Su cuerpo se tensó al instante, como si lo hubieran hechizado. Luego se giró hacia Solar, atónito. Su rostro estaba contorsionado por la incredulidad y la confusión.

La luz del atardecer se filtraba a través de la cortina de encaje de la pequeña cocina, dibujando cuadrados en el viejo suelo de madera. Un tenue aroma a especias, mezclado con el aroma de la tierra del huerto, flotaba en el aire.

Saran se apresuró a retirar las herramientas de jardinería esparcidas en la silla de madera para que Solar y Pobmek pudieran sentarse. El sonido de la madera raspando contra el suelo resonó con un crujido.

—Lamento lo que pasó hace un rato... Pensé que eran cobradores de deudas...

Pobmek y Solar asintieron, comprendiendo. Sus rostros se relajaron ligeramente, aunque la tensión aún flotaba en el aire. La atmósfera se volvió extraña, un silencio pesado se instaló, denso como cemento a punto de endurecerse. Solar y Saran permanecieron rígidos uno frente al otro, como dos desconocidos obligados a compartir la misma mesa. Entonces Pobmek tomó la iniciativa de iniciar una conversación:

Entonces... ¿vives aquí ahora? ¿Cómo llegaste aquí...?

Saran ni siquiera había logrado responder. Abrió la boca, pero parecía haberse tragado las palabras. En ese instante, resonó un sonido parecido al de un lagarto. El clic claro y seco sobresaltó a todos. Pobmek y Solar se giraron al unísono y, al ver al lagarto en la pared, entraron en pánico y saltaron el uno hacia el otro como imanes con polos opuestos.

¡¡¡AAAAAAA!!!

¡Cielos, sal, sal, sal!

Saran, ya acostumbrado, hizo un gesto con la mano para ahuyentar al lagarto. El gesto fue firme y decidido, y la criatura acabó marchándose, como un miedo expulsado de la habitación en cuestión de segundos.

Pobmek, aún abrazando a Solar, respiró aliviado. Su corazón, que latía erráticamente, volvió gradualmente a su ritmo normal. Solar, sin embargo, seguía asustada y temblando; su cuerpo seguía temblando como una hoja arrastrada por el viento.

Esta criatura debe haber vivido aquí tanto tiempo que prácticamente es la dueña de la casa...

Tío...

Pobmek se volvió hacia Solar y se dio cuenta de que, en ese instante, había vuelto a ser Sol. La mirada de Solar, antes llena de temor y tensión, ahora era clara e inocente, como el rocío de la mañana. Pobmek se quedó sin palabras, con un torbellino de emociones acumulándose en su pecho.

- Sol...

Sun se giró lentamente para mirar a Saran, que tenía frente a él. Parpadeó varias veces, intentando enfocar el rostro del hombre. Entonces se quedó paralizado, sorprendido.

- Padre...

Saran estaba desconcertado. Su rostro estaba lleno de preguntas sin respuesta.

Sun se levantó, rebosante de alegría. La emoción lo invadió hasta el punto de que sus pies apenas tocaron el suelo. Corrió y abrazó a Saran de inmediato. El abrazo de Sun estaba lleno de un anhelo reprimido durante años. Saran estaba aún más confundido.

- ¡¡¡Papá!!!

Saran no supo cómo reaccionar. Sus brazos se quedaron rígidos, suspendidos en el aire, y simplemente dejó que Sun lo abrazara así. Entonces Sun retrocedió un poco y preguntó, con la mayor naturalidad:

Papá, ¿dónde está mamá? ¿Dónde está?

Al oír esto, Saran se quedó atónita. La pregunta le atravesó el pecho con fuerza, como una flecha que atraviesa una armadura.

— ¿Eh... qué...?

El sol preguntó dónde estaba mamá...

Saran tartamudeó, aturdido. Le temblaban ligeramente los labios, como si no pudiera controlarse. No entendía la situación, así que Pobmek tomó la iniciativa de explicarlo.

— Bueno... señor... hay algo que necesito decirle primero...

Al oír esto, Saran se sintió aún más confundido. Frunció el ceño, formando un nudo difícil de deshacer.

Pasó el tiempo mientras Pobmek le explicaba a Saran todo lo que había sucedido en los últimos meses.

Pobmek y Saran charlaban sentados en un rincón de la cocina. La luz y las sombras de la habitación cambiaban con el paso de las horas. Mientras tanto, Sun jugaba con el erizo en la mesa. Su mundo seguía siendo hermoso e inocente.

Saran miró a Sun con asombro. Sus ojos reflejaban una incredulidad difícil de aceptar.

Quizás parezca fantasía... pero es la realidad que hemos estado viviendo...

Saran se quedó atónito al escuchar esa historia surrealista de Pobmek. Decidió entonces acercarse a Sun lentamente para confirmarlo con sus propios oídos.

— ¿De verdad eres Sol, hijo?

Sun asintió mientras seguía jugueteando con la marioneta del erizo. Su cabeza se movía rápidamente de arriba a abajo.

—Y quieres ver a tu madre, ¿verdad?

Sun dejó de tocar. Su mano quedó suspendida en el aire. Levantó la cara para mirar a su padre, con sus ojos puros llenos de esperanza, y asintió.

Saran se quedó sin palabras.

El silencio empezó a pesar mucho sobre todo lo que había dentro de la habitación.

—Y... la última vez que viste a mamá... ¿recuerdas cuándo fue...?

Sun intentó recordar lo que su padre le pedía. Sus pensamientos se desviaron hacia recuerdos ya desvaídos.

La luz naranja de las farolas iluminaba la calle. Todo parecía haberse detenido en el tiempo.

Sun caminaba de la mano de Assara por la cuneta. Su pequeña mano apretaba con fuerza la grande de su madre. Acababan de salir de la estación de televisión. El rostro de Assara estaba distante, vacío. La frustración corroía sus rasgos como el ácido disolviendo metal.

—Recuerdo que... Mamá acababa de salir del trabajo... caminábamos juntas hacia casa... y entonces me dijo...

Assara se detuvo. Su cuerpo se tensó, como congelado. Entonces se giró para hablar con su hijo:

¡Tener un hijo me hizo perderlo todo en la vida!

Al oír eso, Sun quedó devastado. Su corazón se hizo añicos como un cristal golpeado por un impacto.

Al escuchar las palabras de Sun, Saran se commocionó profundamente. El dolor le oprimió el pecho. Sun aún desconocía que su madre ya había fallecido.

"¿Eso es todo lo que recuerdas? Y después de eso... ¿recuerdas algo más?", preguntó el padre.

Sun intentó recordar. Frunció el ceño con fuerza. Negó con la cabeza.

Y entonces una sensación sofocante lo invadió sin que pudiera explicarla. Esa sensación se acumuló en su pecho como si una enorme piedra le presionara el corazón. Permaneció en silencio.

Bueno... Papá ya lo entiende. ¿Tienes sed? Papá te traerá agua, ¿vale?

Saran se dirigió hacia la cocina.

Pobmek se acercó a Sun para ver cómo estaba. La preocupación era evidente en sus ojos.

¿Está todo bien? ¿Sientes algo?

No... es que me siento un poco apretado por dentro, extraño... no sé cómo explicarlo...

Pobmek asintió, preocupado por Sun. En ese momento, un golpe seco de madera llegó desde la cocina. El sonido fue tan fuerte que ambos se dieron la vuelta de inmediato. A Pobmek le pareció extraño y decidió ir a ver qué pasaba.

Encontró a Saran intentando forzar la ventana para escapar. Sus movimientos eran apresurados y torpes, como si alguien intentara escapar desesperadamente. Pobmek corrió y lo agarró, apretándole el brazo con fuerza y sin soltarlo.

¡Señor! ¿Qué está haciendo?

—¡Me voy, claro! ¿Qué clase de pregunta es esa? — gritó el padre.

— ¡¿Eh?! ¡¿Huyendo?! ¡¿Huyendo de qué, señor?!

El sol corrió hacia allí para ver qué estaba pasando, con sus pequeños pasitos apresurados.

Oye, papá, ¿a dónde vas?

Vino a pedirme cuentas, ¿es eso? ¡Una persona pobre como yo no puede permitirse nada de esto!

Sun estaba aturdido. Los sonidos a su alrededor comenzaron a desvanecerse en la distancia. Las palabras de su padre lo ahogaron por dentro. Extendió la mano e intentó sujetar a Saran.

Papá, ¿quéquieres decir con eso...?

Pero entonces Saran empujó accidentalmente a Sun, y él se cayó, golpeándose la cabeza contra la esquina de la mesa de la cocina.

El impacto fue sordo y fuerte. Sun estaba commocionado, enojado y confundido; las tres emociones estallaron en sus ojos a la vez. Se tapó los oídos con las manos y bajó la cabeza, como un niño que intenta protegerse del mundo y bloquear una realidad demasiado cruel.

Pobmek corrió hacia él, abrumado por la preocupación. El pánico se apoderó de su rostro. Saran aprovechó la oportunidad y saltó por la ventana para escapar, desapareciendo en segundos, como un demonio que lo destruye todo y luego desaparece.

¡Sol! ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —preguntó Pobmek con ansiedad.

¡Yo no salí lastimado! Pero mi padre... ¡¡¡se lastimará, seguro!!!

— ¡¿Eh?! ¿Solar?

Solar se puso de pie. La transición de Sol a Solar fue completa: la inocencia fue reemplazada por una furia ardiente. Y entonces salió corriendo de la habitación, veloz como una tormenta.

El calor abrasador del sol en el huerto pareció disminuir ligeramente, dando paso sólo a la tensión del momento.

Saran corría frenéticamente por el huerto. Sus pasos eran vacilantes, pero impulsados por el terror. Los trabajadores que estaban allí se detuvieron a observar e incluso bromearon al respecto:

Vaya, incluso a una edad avanzada todavía corre bastante bien, ¿eh?

Saran no corrió mucho. Jadeando, con la respiración entrecortada y pesada, finalmente fue alcanzado por Solar, quien saltó sobre él, derribándolo al suelo en el huerto con un golpe sordo. El impacto fue fuerte y violento, como el choque de dos trenes. Los trabajadores a su alrededor se sobresaltaron y dejaron de trabajar. Un silencio absoluto invadió el huerto.

Pobmek, que estaba detrás, se quedó paralizado y sus piernas se trabaron en medio del camino.

Solar agarró a Saran por el cuello y la inmovilizó contra el suelo. Sus manos eran fuertes, pero temblorosas.

Lleno de rabia, se lanzó contra su padre con todas sus fuerzas:

—¡Vas a escaparte otra vez, ¿no es así?! ¿Eh?

Saran se congeló. Su cuerpo pareció congelarse en ese instante.

— ¡¿Cuánto tiempo más vas a seguir huyendo?! ¡Deja de herirme el corazón de una vez por todas!

Solar gritó, ya llorando. Lágrimas, cargadas de dolor y odio, corrían por su rostro.

Saran estaba en shock. Pobmek y los trabajadores del huerto también permanecieron inmóviles ante la escena. El mundo a su alrededor pareció detenerse por un instante.



14



El aire en el huerto era abrasador, pero la atmósfera circundante estaba helada por la tensión.

Solar seguía agarrando el cuello de Saran. Los músculos de sus brazos estaban tensos, las venas hinchadas. Los trabajadores del huerto incluso intentaron acercarse a ayudar, pero Saran levantó la mano, en un gesto cansado que indicaba que no necesitaba ayuda.

Poco a poco, Solar empezó a calmarse. La ira que sentía disminuyó, pero en su lugar, el dolor se hizo cada vez más intenso. Sus lágrimas ardían como lava, brotando de lo que sentía en su interior. Soltó a su padre. Su cuerpo aún temblaba, como después de un terremoto. Entonces habló, abriendo finalmente su corazón:

— Ni siquiera sé exactamente de qué vine a hablarte... Simplemente... no quería huir más de mis problemas.

Saran se quedó sin palabras. Su rostro estaba contraído por una culpa que lo había carcomido durante años. Solar sacó la carta fría y tirante del bolsillo de su pantalón. El papel viejo y arrugado parecía haber sido estrujado por el sufrimiento. Le entregó la carta a Saran.

Esta es la carta que le enviaste al profesor Pranee.

Saran recogió la carta. Su mano tembló levemente al tocar ese recuerdo del pasado.

—Leí... y entiendo por qué me abandonaste... Solo quería venir aquí y disculparme... por ser la razón por la que mamá decidió irse así.

Saran permaneció en silencio. Parecía petrificado, incapaz de decir nada.

Solar ya no quería quedarse allí. La opresión que sentía en el pecho era demasiado pesada para seguir soportándola.

Eso es todo lo que quería decir. No tengo nada más que discutir contigo... vámonos.

Solar le dijo a su amado.

Pobmek asintió, comprendiendo. Su rostro reflejaba profunda empatía.

Solar y Pobmek se dieron la vuelta para irse. Le dieron la espalda al hombre sentado en medio del huerto. Saran seguía en shock, inmóvil como una raíz clavada en la tierra. Los trabajadores del huerto también permanecieron de pie, atónitos, como el público de un teatro esperando la siguiente escena.

Cuando Solar y Pobmek estaban a punto de irse, Saran se puso de pie. Sus movimientos eran lentos y pesados, llenos de dificultad. Los llamó, intentando detenerlos:

Espera... todavía no se van...

Solar y Pobmek se detuvieron bruscamente. Sus pasos vacilaron al oír la voz. Se giraron para mirar a Saran, quien ahora parecía frágil e insegura. Su rostro reflejaba inestabilidad y vulnerabilidad.

Sol... ¿podrías acompañar a tu padre un momento...?

Solar dudó. Un conflicto estalló en sus ojos, como una guerra interna. Miró a Pobmek, suplicando con la mirada una respuesta, una señal de qué hacer. Pobmek asintió, animándolo en silencio.

Ese leve asentimiento fue como un gesto de aliento. Por eso Solar acabó accediendo.

La pequeña habitación de Saran olía a humedad, mezclada con el tenue aroma a tierra de alguien que vive en el campo. La luz del sol se filtraba apenas, dejando la habitación tenuemente iluminada, como un secreto oculto.

Saran condujo a Solar y Pobmek a la habitación. Fue a un rincón y cogió una vieja caja de hojalata. La caja parecía vieja, marcada por muchos años de uso.

Esta es una de las pocas cosas que tu madre... conservó... y que tu padre todavía conservaba.

Saran sacó un fajo de billetes sujeto con una goma elástica y se lo ofreció a Solar. Ese fajo de billetes parecía tener mucho valor para él, pero, a ojos de Solar, parecía vacío.

Estaba planeando guardar esto para dártelo algún día... si alguna vez nos volvemos a encontrar...

No lo quiero. Quédatelo.

Saran se quedó sin palabras al ser rechazado. Su rostro palideció, como si le hubieran drenado toda la energía. No sabía qué hacer.

Al ver eso, Solar se enojó. Su paciencia comenzaba a agotarse.

¿Eso es todo lo que tienes para darme? En ese caso, me voy.

Solar se giró para salir de la habitación. Sus pies estaban listos para cruzar la puerta y escapar de esa opresión en cualquier momento. Pero Saran lo llamó una vez más:

Sol... lo que dijiste, que crees que fue la razón por la que tu madre hizo eso... tu padre no está de acuerdo con eso.

Solar se detuvo. Su cuerpo se quedó paralizado, pero su corazón seguía latiendo con fuerza. Permaneció de espaldas a su padre.

"Tu padre sabe... que fue un mal padre, que no tiene derecho a intentar cambiar lo que piensas... pero tu padre puede afirmar con certeza... que tú no fuiste la razón por la que tu madre tomó esa decisión, para nada..."

Al oír eso, Solar se irritó. La molestia se convirtió en un ataque. Apretó los dientes con tanta fuerza que se oía el rechinamiento.

Si vamos a buscar a alguien verdaderamente culpable... el padre piensa que... el culpable es el propio padre.

Al oír esto, Solar se sintió confundido. Sus pensamientos se congelaron por un instante. Se giró para mirar a Saran, cuyos ojos estaban ahora inundados de lágrimas. Lágrimas claras brotaron de sus ojos cansados y llenos de culpa.

Año 2001.

Las luces del estudio brillaban con fuerza, lastimando la vista como un sol artificial de mediodía. El olor a humedad de la tela y el polvo del decorado flotaba en el aire. Saran observaba a Assara con orgullo. Su pecho se hinchó de orgullo al verla.

Estaba grabando un programa infantil, hablando con el títere erizo.

Solar... ¿qué tipo de animal crees que necesita más cuidados?

"Hmm... ¡pajaritos!" respondió el títere erizo.

¿Eh? ¿Por qué piensas eso?

Porque los polluelos aún no pueden volar por sí solos... si alguien les hace algo malo... ¡no pueden volar!

—Es cierto... Ah, ¿y qué hay de Solar, el erizo? ¿No necesita cuidados especiales también?

La energía solar no la necesita, porque... ¡tiene espinas! ¡Puede protegerse a sí misma!

¡Vaya! ¡Nuestro sistema solar es el más inteligente de todos!

Pero de repente, el rostro de Assara cambió. Se quedó pálida como una sábana. Se giró rápidamente, agarró un pequeño cubo de basura y empezó a vomitar. El sonido del vómito era aterrador, como el rugido violento de una máquina al desplomarse.

Todo el equipo entró en pánico y detuvo la filmación de inmediato. Las luces del estudio se encendieron con más intensidad. Saran, aterrorizado, corrió a ver cómo estaba Assara. El pánico le atenazaba el corazón.

—Assara, ¿estás bien? ¿Te sentiste mal otra vez?

No... en realidad hay algo que aún no te he contado...

"¿Eh? ¿Qué?", preguntó Saran, confundido.

Assara no respondió con palabras. Tomó la mano de Saran y la colocó sobre su vientre. El roce de su vientre ligeramente prominente transmitió calor a su palma. Saran se quedó sin palabras por un segundo, luego miró a su esposa. Ella asintió.

Saran estaba en shock. La sorpresa y la emoción chocaron en su pecho.

"¿Estás diciendo que...?", preguntó
Saran, solo para estar seguro.

Assara sonrió y asintió. Su sonrisa era radiante como una flor en plena floración. Saran no pudo contener la suya. La felicidad inundó su corazón sin control. Se levantó y alzó los brazos, celebrando:

— ¡¡¡Voy a ser papá!!! ¡¡¡Yiiiiii!!!

Lo gritó para que todos lo oyeron. Al oírlo, los miembros del equipo comenzaron a aplaudir a la pareja, celebrando juntos.

Los aplausos resonaron como tambores de celebración. Saran abrazó a Assara con fuerza. Su abrazo fue firme y lleno de amor. Alguien del equipo capturó el momento con una cámara analógica, inmortalizando la escena de la pareja de enamorados.

Una noche de 2008. El silencio reinaba. El aire a nuestro alrededor era frío, gélido como el miedo aferrado al corazón.

En el tablero del auto había una foto de Assara y Saran abrazándose...

También había varias fotos más: Assara sosteniendo a Sun de bebé, y también fotos de la familia de tres: padre, madre e hijo. Todas las imágenes parecían antiguas, con colores apagados, como una felicidad que el tiempo se había llevado, dejando solo rastros.

El coche se detuvo frente a la casa. Saran hablaba por teléfono con un inversor. Su voz sonaba tensa, hasta el punto de que parecía que sus cuerdas vocales estaban a punto de romperse.

—Entiendo, sí... que hoy en día los videojuegos están de moda. Pero sigo creyendo que nuestros juguetes siguen teniendo demanda... sí... por favor, avísame de cualquier novedad...

Saran colgó y dejó escapar un largo y profundo suspiro, como si llevara el mundo entero sobre sus hombros. Parecía exhausto. Fue entonces cuando vio a la profesora Pranee dando vueltas frente a la casa, mirando hacia adentro, visiblemente preocupada. Saran salió del coche y fue a hablar con ella.

—¿Profesor Pranee? ¿Pasó algo?

—Acabo de oír a gente discutiendo allí... Me preocupé...

Al oír esto, Saran se quedó sin palabras. El corazón le dio un vuelco de vergüenza. Corrió adentro para ver qué pasaba.

La oscuridad de la noche envolvía la habitación. Solo la tenue luz de una vieja lámpara iluminaba la atmósfera caótica. Saran abrió la puerta; el crujido resonó como si la casa misma estuviera gimiendo. Dentro, vio a Assara discutiendo con Sun. Sun solo pudo permanecer allí, llorando; lágrimas brillantes corrían por su rostro.

— ¡Respóndeme! ¿Puedes decirle a mamá por qué no puedes sostener esto?

—Assara... ¿qué pasa?

— Míralo tú mismo.

La esposa le respondió a su marido.

Saran miró al suelo y vio platos y restos de comida esparcidos por todas partes. La comida derramada parecía reflejar sentimientos destrozados. Era fácil imaginar que Sun la había tirado accidentalmente.

Saran intentó calmar la situación. Llevó a Sun aparte y lo consoló, acariciando suavemente la cabeza de su hijo con cariño.

—Está bien, Sol. Ve a jugar un poco, ¿de acuerdo, hijo?

Sun asintió, sin dejar de llorar. Entonces Saran regresó con Assara.

—Siéntate y descansa un rato. Yo me encargo de esto...

Assara se alejó y fue a sentarse frente al televisor. Su actitud delataba cansancio e indiferencia.

Saran fue a la cocina a buscar un paño. Allí, vio el estado de la casa: objetos esparcidos por todas partes. El desorden reflejaba la agitación en el corazón de su esposa. Los platos usados estaban amontonados en el fregadero, una gran montaña que revelaba el descuido acumulado durante un largo período.

Saran miró a Assara, quien ahora estaba absorta escribiendo una canción frente al televisor. Su mirada estaba vacía, como si su alma se hubiera separado de su cuerpo. A su lado, solo la guitarra, como una compañera solitaria y sin vida.

Desde que su madre se fue de baja por maternidad... su programa había sido cancelado... ella debió haber querido recuperar su lugar en el mundo, pero esa oportunidad parecía estar desvaneciéndose lentamente... Su padre sintió una inmensa lástima por su madre...

En la pantalla del televisor se veía un programa que Assara presentaba. Lo vio con tristeza.

El dolor le atenazaba el corazón hasta que se le deformó el rostro. En la televisión, el pequeño erizo se retorcía y giraba sus bracitos.

¡Porque Solar es un sol brillante, listo para sanar el corazón de todos!

Temprano por la mañana, en aquella sencilla casita, el aire era fresco y agradable... pero había allí algo que estaba a punto de romperse.

Saran entró en la habitación y vio a su hijo de siete años viendo el programa de su madre en el reproductor de vídeo. La alegre voz del programa ahogaba el inquietante silencio de la casa. Mientras tanto, Sun jugaba con el títere del erizo, imitando sus movimientos. El pequeño erizo en sus manos se movía como si estuviera vivo. Sun asumió el papel del personaje y cantaba con los labios, lleno de emoción. Su alegría era como una luz intensa que iluminaba la oscuridad en el corazón de Saran.

Otra persona por la que tu padre siente la misma pena... eres tú, mi hijo...

"¡El Sol no necesita nada, porque tiene espinas! ¡Puede protegerse!", repitió el Sol.

"¡Guau, nuestro Solar es el más asombroso de todos!"

exclamó la voz de su madre en la pantalla.

Al ver eso, Saran sintió un nudo en el corazón. Su pecho se oprimió como si unas manos invisibles lo aplastaran.

Se dirigió a un rincón de la cocina. Entonces notó algo en la mesa. Se acercó para ver: eran panqueques colocados en un plato. Los panqueques estaban cuidadosamente colocados. Nadie los había tocado, nadie los había comido. Junto al plato, había un dibujo en una pequeña hoja de papel, ligeramente arrugada por el apretón. El dibujo lo mostraba con ropa de hombre de negocios, con una capa de superhéroe, acompañado del siguiente mensaje:

—Hoy no tengo hambre. Papá puede comer, así tendrá fuerzas para ir a trabajar. —Hijo héroe

Al ver eso, Saran rompió a llorar. Lágrimas calientes corrían por su rostro como lluvia que lavaba la culpa acumulada con el tiempo. Miró a su hijo, que seguía jugando frente al televisor, y entonces tomó una decisión. Tomó su celular y llamó a alguien. Una determinación desesperada brilló en sus ojos.

La estación de televisión estaba llena de luces y gente apresurada. El aroma de un perfume caro se mezclaba con el intenso aroma del café. Saran condujo a Assara y Sun hasta la puerta de la sala de reuniones. Juntó las manos en un gesto de "wai", pidiendo permiso al ejecutivo de la estación para hablar. Su postura era tan humilde que parecía a punto de arrodillarse. El ejecutivo no parecía nada cómodo, pero finalmente accedió. Aceptó a regañadientes.

Saran juntó las manos en señal de gratitud. Sus hombros se relajaron ligeramente, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. El trío —padre, madre e hijo— parecía alegre y esperanzado, especialmente la madre, cuyos ojos brillaban como si hubiera encontrado su última esperanza. Llevaba consigo la marioneta del erizo.

—Y entonces el padre luchó por todos los medios para que su madre volviera a hablar con la emisora. Quería que volviera al programa... para recuperar el orgullo que había perdido... para que nuestra familia volviera a ser feliz...

Dentro de la sala de reuniones, Assara estaba sentada frente a los ejecutivos de la red, quienes le explicaban algunas cosas. Assara parecía sonreír y asentir, como si comprendiera, pero sus ojos estaban inundados de lágrimas. Su sonrisa estaba distorsionada por el dolor, mientras las lágrimas amenazaban con desbordarse, como agua estancada a punto de reventar.

Pero el resultado... no fue el que el padre esperaba...

El cielo nocturno estaba oscuro y sin estrellas. Las luces de neón a lo largo de la carretera se veían pálidas y frías. El sonido de los coches que pasaban producía un zumbido constante, como una alerta. Saran dejó la compañía con Assara y Sun. Cada paso hacía que el ambiente se volviera aún más pesado. El rostro de Assara estaba triste; la tristeza cubría sus rasgos como densas nubes negras, y esto también entristeció a Saran y Sun.

Saran intentó consolar a su esposa:

— No hay problema, cariño... pensaremos en nuevas ideas para presentar más adelante... ya lo has hecho antes, lo volverás a hacer... ¿verdad, Sol?

Sí, mamá, puedes hacerlo.

Sun intentó animar a su madre, extendiendo su manita para tocarla con cariño. Pero Assara parecía distante, indiferente. Su mente ya no estaba presente.

Mientras tanto, sonó el celular de Saran. Miró la pantalla, preocupado; sus ojos reflejaban su ansiedad por el trabajo.

Te responderé rápido. Espera un momento, ¿vale?

Saran se apartó para hablar consigo mismo, diciéndoles a Assara y Sun que se quedaran quietas. Pero Assara empezó a caminar con Sun hacia el borde del camino, sin rumbo. Sus pasos eran descuidados y peligrosos.

De repente, Saran oyó un fuerte estruendo. El ruido resonó como un trueno explotando en su pecho. Se giró hacia el sonido y se quedó atónito. Corrió desesperado para ver qué había pasado. La sangre en sus venas pareció helarse al ver a Assara y Sun atropellados.

La escena ante él era como una pesadilla. Conmocionado, Saran se arrojó sobre el cuerpo de Assara, abrazándola entre lágrimas. El dolor le atravesaba los huesos como si lo hubieran apuñalado con cientos de cuchillos. Estaba abrumado por el dolor y lloraba desconsoladamente.

Entonces, en ese instante, oyó una tos a su lado. Esa tos leve fue como el último hilo que lo devolvió a la realidad. Sun seguía vivo. Corrió a ver a su hijo y llamó de inmediato a una ambulancia.

En ese momento, la luz del sol del mediodía entraba a raudales en la habitación, pero no podía disipar el frío que había en el aire.

Esta historia... ya me la contó el profesor Pranee... Estuve allí ese día, pero solo recuerdo algunas cosas, muy vagamente...

Solar le contó a su padre.

Debe haber sido un recuerdo doloroso... para ti...

Solar y Pobmek asintieron, comprensivos. Sus ojos reflejaban empatía.

Pero para mí... el dolor... no terminó ese día...

Al oír esto, Solar y Pobmek quedaron intrigados. Fruncieron el ceño, llenos de preguntas, sin entender a qué se refería.



15



El hospital olía intensamente a desinfectante. El ambiente era tan silencioso que se oía el tic tac del reloj de pared. La luz blanca de neón le daba a todo un aire frío e impersonal.

Saran se sentó junto a la cama de Sun, vigilándolo. Tenía la vista nublada por tantas noches sin dormir. Sun aún no había recuperado la conciencia tras el accidente. Saran vigilaba de cerca a su hijo, y sentía una opresión en el pecho, como si una enorme piedra le oprimiera el corazón.

Desde ese día, Sun no había despertado. Aunque los médicos habían dicho que estaba fuera de peligro, nadie sabía cuándo volvería a abrir los ojos...

Mientras tanto, Pranee llegó trayendo comida para Saran. Le tocó el hombro, intentando darle fuerzas. Su mano era cálida, como una pequeña energía que transmitía esperanza.

El profesor Pranee también estaba muy preocupado por Sun... por eso lo visitaba con frecuencia. Quizás porque Sun era un estudiante por el que sentía un cariño especial...

Pasó otro día. Saran permaneció sentado junto a la cama, acariciando con preocupación el cabello de Sun. Sus dedos se deslizaron suavemente por los mechones, llenos de cariño, pero también de culpa.

Cayó la noche. Pranee se sentó junto a la cama y comenzó a leerle un cuento a Sun. Su voz era profunda y suave a la vez, reconfortante. Saran estaba de pie en otro rincón de la habitación; sus lágrimas corrían silenciosamente, como el rocío de la mañana sobre las hojas.

A la mañana siguiente, Saran entró en la habitación y vio a Pranee dormida, con la cabeza apoyada junto a la cama. El agotamiento la agobiaba. Saran observó la escena con compasión, y junto con esa compasión, sintió culpa por haberla hecho pasar por eso.

En su mano, llevaba el títere del erizo. Saran colocó el pequeño títere junto a Sun, como si lo abrazara. Era un símbolo del amor y el vínculo que sentía que no merecía ofrecer.

El pasillo del hospital era de un gris claro, reflejando el miedo y la esperanza de la gente que entraba y salía. Saran caminaba con una botella de agua en la mano; esa botella en sus manos era como un ancla que lo mantenía consciente y estable.

Y entonces... ocurrió un milagro...

Saran abrió la puerta del dormitorio, pero se detuvo afuera, apoyada contra la pared. Sentía las piernas pesadas, como si estuvieran encadenadas, cuando oyó la voz de su hijo:

— ¿Sol quién? Me llamo Solar. Solar, que significa sol, brillante, listo para sanar el corazón de todos.

Solar giró las caderas y movió los brazos, imitando al erizo de la obra. Sus movimientos estaban llenos de una energía distinta a la de Sun. Pranee solo podía observar, atónita. Su rostro estaba pálido como el papel. Miró al erizo que estaba en la mesita junto a ella.

—¿De verdad... no recuerdas nada...?

—¿Y tú quién eres, tía? ¿O eres mi madre?

Al oír eso, Saran se quedó atónito. El dolor le golpeó el pecho como una ola gigante.

Pranee se quedó sin palabras, con la voz entrecortada. Se le llenaron los ojos de lágrimas y empezó a llorar. Las lágrimas fluían como un torrente desbordante. Al ver esto, Sun intentó consolarla con su actitud alegre y animada.

Afueras de la habitación, Saran también lloraba. Le fallaron las rodillas y se desplomó entre lágrimas. Sentía el cuerpo débil, como si le hubieran agotado toda la energía.

Mientras Pranee lloraba, oyó que se abría la puerta. Se secó las lágrimas rápidamente y se giró para mirar, pero nadie entraba. Intrigada, se levantó para ver mejor y encontró la puerta entreabierta. No había nadie, solo una botella de agua en el suelo de la habitación, que había rodado un poco.

Después de que nuestro padre nos dejó... se enteró de que el maestro Pranee había decidido criarnos en su lugar... Nuestro padre hizo que alguien... tuviera que asumir una carga que no era suya... aunque ella no tenía obligación de hacerlo...

En ese momento, la luz del exterior inundaba la habitación con fuerza, pero dentro, todo estaba envuelto en una oscura niebla de culpa. Saran rompió a llorar, abrumado por el remordimiento. Las lágrimas fluían sin parar, como una presa al romperse. Su rostro se contorsionó de dolor y sus hombros temblaron como ramas sacudidas por una tormenta.

— Lo siento... por abandonar a Sun... por dejar todo atrás sin decirle a nadie... Solo hubo esa primera carta, junto con el dinero de la venta de la empresa, que envié solo una vez...

Saran le entregó a Solar la caja de hojalata oxidada. La caja estaba fría al tacto cuando Solar la recibió. Dentro, había varias cartas viejas apiladas una sobre otra.

— Escribí muchas otras cartas... siempre pensando en enviártelas... pero, al final... nunca tuve el coraje de enviártelas... Porque cada vez que recordaba el día que despertaste siendo una persona diferente... solo reforzaba que... debiste haber querido huir... que no querrías tener un mal padre como yo...

Solar miró las cartas que tenía en las manos. Los papeles estaban amarillentos, quebradizos y arrugados por el constante contacto. Luego miró a Saran, cuyo rostro estaba ahora contraído por la culpa.

—Simplemente no podía aceptarme... era mi responsabilidad cuidar bien de nuestra familia... pero no pude hacerlo... Fue por mi culpa... que tu madre tomó esa decisión...

Saran se dejó caer sentada en el borde de la cama. Su cuerpo parecía haber perdido toda su fuerza.

Solar sintió compasión por Saran. La empatía reemplazó todas sus dudas. Se acercó para consolar a su padre. El roce de Solar en el hombro de Saran fue como agua tibia, aliviando gradualmente la fría culpa que lo envolvía.

Papá... ¿qué le pasó a mamá?... no fue tu culpa...

—Pero tampoco fue tu culpa, hijo...

Solar asintió levemente y le dio unas palmaditas en la espalda a Saran para consolarlo. Al oír esto, el padre lloró aún más fuerte.

Entonces Solar miró dentro de la caja y vio que había una fotografía familiar. La foto, ya descolorida, guardaba toda la felicidad del pasado. La tomó para mirarla.

Fue en ese momento cuando Pobmek notó algo diferente: detrás de la fotografía había una pequeña llave sujetada con cinta adhesiva.

— Solar...

- ¿Hay?

—El reverso de la foto... La cara de Pobmek mostraba sorpresa.

Solar, confundido, le dio la vuelta a la foto y encontró la llave. Era una llavecita de madera, tan diminuta que casi no se notaba. Frunció el ceño, intrigado.

— Papá... ¿Qué clase de llave es ésta...?

—Es la llave de la caja de juguetes de madera... Tampoco sé por qué tu madre la pegó ahí...

Al oír eso, Pobmek y Solar se quedaron sin palabras. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos. Rápidamente sacaron la caja de madera de su mochila. Esa llave era justo lo que habían estado buscando.

Solar usó la llave para abrir la caja. Dentro había un diario.

Un diario grueso con una cubierta de color marrón claro.

Saran miró sorprendido.

—El diario de tu madre...

Solar abrió lentamente el diario de su madre. Las páginas desprendían un tenue aroma a tiempo transcurrido.

La luz del televisor iluminaba la habitación. Aunque se oía un tenue sonido del programa de fondo, el ambiente era silencioso y pesado, cargado de tensión. Assara estaba sentada en el suelo, frente al televisor, escribiendo en su diario.

—En los últimos años... este ha sido el peor periodo de mi vida... No entiendo qué me pasa... Es como si me cubriera una niebla... hasta el punto de que ya no me reconozco... Me siento como... una persona sin valor...

Assara miró la televisión, que ahora mostraba un programa antiguo suyo. Las lágrimas le humedecieron el rostro. Contempló su propia imagen en la pantalla con dolor, como si viera a un extraño que una vez fue feliz. Luego, volvió la mirada hacia su hijo, que jugaba en silencio con sus juguetes. El sol parecía tan pequeño y frágil en sus ojos. Después, miró a su esposo, que limpiaba el suelo del dormitorio. Su tristeza era tan profunda como el fondo de un pozo sin luz.

La oscuridad inundó la habitación esa noche. De pie frente al viejo tocador de madera, Assara se miró en el espejo. En el reflejo, su rostro estaba marcado por surcos de sufrimiento que le roían la mente. Su expresión era sofocada, constreñida. Entonces, lentamente, cogió un frasco de pastillas y vertió varias en la palma de su mano. Las pastillas blancas se amontonaron allí como un montón de nieve fría.

Es tan malo que... ya ni siquiera sé... quién soy realmente... Es como si... ya no fuera yo mismo...

Por la noche, en la calle frente a la estación de televisión, las luces de neón de los coloridos carteles publicitarios se reflejaban en el asfalto.

Después de que Saran se apartó para contestar el teléfono, Assara se sintió abatida. Siguió caminando con Sun por la calle.

Aunque estoy intentando ser madre de nuevo... todavía es muy difícil... me siento tan cansada... tan cansada que apenas lo soporto...

Sun caminaba de la mano de Assara. Miró hacia atrás y vio a Saran todavía de espaldas a él, hablando por teléfono, sin mirarlos. Sun volvió a mirar a su madre y se dio cuenta...

Ella se alejó de forma distante, con los ojos tan vacíos como el cielo después de una tormenta.

Mamá... volverás a presentar el programa, ¿verdad?

Assara se detuvo. Lentamente, se volvió hacia su hijo y respondió:

No... porque tener un hijo me hizo perder todo en mi vida.

Al oír esto, Sun quedó devastado. El dolor le atravesó el corazón como una flecha. Bajó la cabeza y comenzó a llorar; sus lágrimas caían al suelo como gotas de lluvia.

Assara estaba en shock. Su cuerpo se paralizó, como hechizado. Solo entonces se dio cuenta de que había sido demasiado dura. La culpa la abrumaba. Se agachó sobre el frío asfalto para hablar con Sun con cautela. El suelo estaba helado, pero la culpa la quemaba con mucha más intensidad en el pecho.

—Sol... lo siento, hijo...

Sun seguía llorando desconsoladamente. Assara no sabía cómo consolar a su hijo, así que tomó el títere del erizo y empezó a manipularlo, dándole voz para que le hablara a Sun.

Sol, mamá me pidió que te dijera algo... que no quería decir hace un momento...

Su hijo poco a poco dejó de llorar.

Mamá no quiso hacer daño. Se disculpa... y prometió que de ahora en adelante será más cuidadosa con sus palabras, ¿de acuerdo?

Al oír esto, Sun asintió. Una sonrisa se dibujó en su carita. Y entonces Assara logró sonreír también de nuevo. Su sonrisa fue como el primer rayo de sol después de la lluvia. Madre e hijo se abrazaron.

El silencio llenó la habitación esa noche.

Tras verter las pastillas en su mano, Assara se la llevó a la boca para tragar... pero, al levantar la vista, vio en el espejo a Saran y Sun durmiendo abrazados en la cama. La imagen de padre e hijo consolándose fue como un rayo de luz en la oscuridad en la que se encontraba. Detuvo la mano en el aire, los miró a ambos con lágrimas en los ojos y sonrió. Una sonrisa amarga, pero cargada de firme determinación.

Pero sé muy bien... lo importante que soy... tanto para padre como para hijo... Ustedes dos son el único apoyo... que aún me hace querer seguir viviendo...

Al borde del camino, bajo la tenue luz amarillenta de las farolas, todo parecía haberse detenido a tiempo. Assara soltó a su hijo y le sonrió. Esa última sonrisa quedó grabada en su memoria para siempre.

Mamá ama a papá... y te ama mucho a ti, Sol...

Entonces, los faros de un coche irrumpieron en escena, acompañados del estridente sonido de una bocina. El ruido recorrió el aire como una alarma infernal.

Pero la persona que mamá olvidó amar más... fue a ella misma...

El coche aceleró hacia Sun, como un enorme bloque de hierro que embestía sin piedad. Assara entró en pánico y se abalanzó para agarrar a su hijo.

¡¡¡Sol!!!

Pero era demasiado tarde. Assara y Sun fueron alcanzados. Su cuerpo fue lanzado violentamente, y el dolor se disolvió en la oscuridad. Cayó inmóvil, muerta. En su última mirada, contempló a su hijo con lágrimas en los ojos. Su mirada estaba llena de un amor que nunca se desvanecería, ni siquiera después de su último aliento.

La habitación del huerto aún estaba bañada por la tenue luz del día. Pero el peso de la culpa había sido reemplazado por un doloroso alivio. Solar terminó de leer el diario. Las delgadas páginas temblaban en sus manos, sacudidas por la fuerza de sus emociones. Levantó la cara para mirar a Saran, que estaba sentado en el borde de la cama. Las lágrimas brotaban de sus ojos, como si una frágil presa estuviera a punto de romperse.

— Papá... lo recuerdo todo...

Saran miró a Solar. En sus ojos, las preguntas se mezclaban con una esperanza débil, casi desvanecida.

—Ese día, mamá no cruzó la calle para morir... ella me estaba salvando... Fue un accidente... no fue culpa de ninguno de los dos...

Saran lloró. Las lágrimas que antes le caían de culpa se transformaron en lágrimas de alivio, brotando con más fuerza. Sus hombros temblaban como si hubiera un terremoto.

Al ver a su padre así, Solar también rompió a llorar. La tristeza se desbordó desde lo más profundo de su corazón, como si todo hubiera salido a la superficie de repente.

Quería consolar a su padre, pero sabía que, en ese momento, la mejor persona para hacerlo era Sun.

Solar se giró hacia Pobmek y vio que lo miraba con preocupación, con los ojos llenos de comprensión y apoyo. Solar le extendió la mano a Pobmek, y Pobmek le devolvió el apretón. Ese toque fue como un puente que le devolvió la firmeza. Entonces Solar cerró los ojos por un momento.

Cuando los abrió de nuevo, esos ojos volvieron a ser la mirada pura de un niño. Su mente se había transformado en Sol. Sol miró a Pobmek, y Pobmek sonrió y asintió. Esa cálida sonrisa decía, sin palabras, que estaría allí, que no se iría a ninguna parte. Sol le devolvió la sonrisa.

Entonces Sun se volvió hacia Saran, que seguía llorando. El pequeño corazón del niño se dolía al ver a su padre sufrir así. Se acercó y lo abrazó.

No llores, ¿de acuerdo... mi héroe...?

Al oír eso, Saran se sorprendió. Su cuerpo, que había estado temblando tanto, permaneció inmóvil por un instante.

Sol... ¿realmente eres tú, hijo mío...?

Sun asintió a su padre y luego le habló a Saran con una voz tan suave como la brisa de la mañana:

—Recuerdo todo de ese día, papá... Mamá no quería dejarnos... no lo hizo a propósito...

Saran asintió. Poco a poco, la comprensión sustituyó la culpa que la había carcomido el corazón durante tantos años.

— Papá siempre intentó cuidar de mí y de mamá... Papá era muy fuerte... lo sé... y mamá también lo sabe... así que... vivamos felices para siempre por su bien, ¿de acuerdo...?

Al oír esto, Saran lloró aún más fuerte. El alboroto llegó como una ola gigante.

Sun tomó el títere del erizo y comenzó a cantar el tema de apertura del espectáculo de su madre. Su voz era clara y suave, pero llena de fuerza.

—Que la mañana pinte nuestros sueños, porque la luz
del sol siempre nos acompaña. Aunque haya días
felices y tristes, no pasa nada...

Saran dejó de llorar poco a poco y miró a su hijo. Sus ojos comenzaron a recuperar la luz. Entonces empezó a tararear:

Que el sol ilumine y libere las
historias que llevas dentro.
Un nuevo día ha llegado, déjalo ir...

Esa canción hizo que padre e hijo recordaran, juntos, un pasado doloroso, pero también lleno de calidez.

Me vinieron a la mente los cálidos y felices momentos de los tres —padre, madre e hijo—: los tres jugando con agua en el patio, en una piscina inflable, como si estuvieran en la playa. Las risas y las sonrisas resonaban y brillaban en el recuerdo. El aire se llenó de felicidad.

Que la mañana pinte nuestros sueños, porque la luz
del sol siempre nos acompaña. Aunque haya días
felices y tristes, está bien. Que el sol nos ilumine y
nos libere.

Las historias que llevas contigo. Ha
llegado un nuevo día, déjalo ir...

Los dos siguieron cantando. La melodía era como un bálsamo que sanaba corazones rotos.

Entonces Sun se calmó poco a poco. Su rostro se relajó visiblemente y, sin darse cuenta, se quedó dormido. Sun se quedó dormido con una sonrisa serena. Pobmek se acercó para ayudarlo a sostenerlo, sujetando su cuerpo con cuidado. Saran se quedó confundido por un momento, sin entender qué había sucedido.

— No se preocupe, señor... Sun acaba de quedarse dormido.

Saran asintió, comprendiendo. La preocupación se disipó, dando paso a una dulce ternura. Miró a su hijo, ahora dormido, con una sonrisa apacible.



16



El silencio de la noche envolvió el lugar, reemplazando el bullicio del día. Solo se oía el lejano canto de los grillos, resonando suavemente en el aire.

Sun dormía en la cama. Su rostro estaba relajado y sereno, como la superficie de un lago inalterado. Pobmek estaba en la puerta, observándolo. En sus ojos se reflejaba un profundo amor y una preocupación silenciosa.

Luego salió a la sala. En ese momento, Saran regresó del exterior con una caja de fruta en brazos. La pesada caja de madera estaba llena de maprang de color naranja brillante, que esparcía un aroma dulce y acogedor por toda la habitación.

"¿Durmió profundamente Sun?" preguntó el suegro.

Sí, papá.

Saran asintió y se acercó a Pobmek, entregándole la caja de fruta. La caja de madera, al ser entregada, parecía transmitir un profundo sentimiento de gratitud que se transmitía de persona a persona.

—Te traje un poco. Llévales un poco para que coman, ¿vale? También llévales un poco a tus amigos de Bangkok.

— Vaya... muchas gracias... pero no tengo nada que darle, señor...

"El solo hecho de que hayas ayudado a cuidar Sun and Solar todo este tiempo ya ha ayudado mucho a papá... Muchas gracias...", le dijo Saran a su yerno.

—En realidad, fue Solar quien me cuidó. Sin él, ni siquiera sé cómo sería mi vida ahora...

Saran le sonrió a Pobmek. Era una sonrisa sincera y amable, que le salía del corazón. Luego le entregó una nota.

"¿Otra multa, papá?", bromeó Pobmek.

— Esto no es una carta... es una lista de lugares para visitar y tiendas de souvenirs, por si quieres pasarte antes de volver... que tengas un buen viaje.

Tras entregarle las cosas a Pobmek, Saran se preparó para salir de la casa. Sus pasos parecían notablemente más ligeros que al llegar. Pero antes de darse la vuelta, Pobmek lo llamó:

— Si puedes... ven a visitarnos a Bangkok algún día.

Saran permaneció inmóvil un momento. El silencio reinó por un breve instante, hasta que se giró, sonrió y asintió a Pobmek. En su mirada había una promesa silenciosa, antes de salir de la casa.

Pobmek regresó a la habitación. Sus pies pisaron con cuidado el suelo de madera, casi en silencio. Sin embargo, no encontró a Sun allí acostado. La cama vacía le aceleró el corazón.

Sobresaltado, buscó a su amada con la mirada. Mirando por la ventana, su mirada se fijó en la oscuridad del exterior. Vio a Solar de pie en el jardín, haciendo algo. Su sombra se proyectaba a la luz de la luna, y Pobmek observaba, confundido.

El aire era aún más frío que antes. La oscuridad se veía acentuada por la luz de la luna, que se dispersaba a manchones sobre la hierba.

Solar jugaba con una marioneta con forma de erizo. Al acercar la mano izquierda a la marioneta, chocó accidentalmente con algo. Sus movimientos no eran fluidos, carecían de la fluidez y naturalidad que solían tener. Esta rareza comenzó a sembrar una gran duda en el corazón de Solar.

Fue en ese momento que Pobmek se acercó. La sombra de su cuerpo se proyectó sobre la hierba.

¿Qué estás haciendo aquí afuera?

— Nada... Sólo vine a tomar un poco de aire fresco.

Pobmek asintió. No se apresuró ni insistió en preguntar más. Solar giró entonces la marioneta del erizo para que Pobmek pudiera verla.

Mira esto... ¿no te parece extraño?

¿Extraño? ¿Extraño en qué sentido?

"Ya no puedo moverlo bien como antes... no es lo mismo que cuando Sun jugaba con él", le dijo el joven maestro de cuerpo pequeño a su amada.

Hm... tal vez porque tú eres tú, y el Sol es el Sol, ¿verdad?

Solar asintió, reflexionando sobre el asunto. Su mente intentaba procesar este cambio significativo.

—Sol... ya entiende, ¿verdad?... que no podemos seguir reprimiendo el dolor y criándome solo para olvidar el doloroso pasado...

Pobmek asintió, escuchando atentamente. Su mirada reflejaba una profunda comprensión.

— Cuando Sol recordó todo... y aceptó todo lo que pasó... siento que logró liberarse... y que Sol... ya está curado...

Al oír eso, Pobmek también empezó a reflexionar. Una duda surgió en su corazón, brotando de repente, como hongos tras la lluvia.

—Si a Sun ya le va bien... y tú solo eres una identidad creada... ¿por qué no vuelves a ser Sun? O... ¿adónde se fue Sun?

Solar se sumió en sus pensamientos tras las palabras de Pobmek. Los pensamientos en su cabeza daban vueltas, como las manecillas de un reloj. Se tumbó lentamente en el césped del jardín; la frescura de la tierra le ayudó a serenarse un poco.

La habitación de la casa de Sun quedó sumida en la oscuridad, como si Solar hubiera entrado en su mente.

Solar yacía de lado en la cama. Esa enorme cama era el único espacio verdaderamente iluminado de la habitación. A su lado, se veía a sí mismo de niño, durmiendo con los ojos cerrados. El rostro de Sun parecía más relajado que nunca. Dormía abrazado a su erizo de juguete, envuelto en una cálida calidez.

—Parece que el Sol... se ha retirado dentro de mí y ha caído en un sueño muy profundo... como si hubiera elegido dejarme vivir la vida de ahora en adelante...

—Sí... ¿Y por qué crees que Sun eligió eso?

No sé... tal vez sólo quería que pudiéramos permanecer juntos...

Solar miró a Sun, quien dormía profundamente. Una ternura inundaba sus ojos. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro. Esa sonrisa era como una moneda de oro, de incalculable valor. Al verla, Solar también sonrió. Luego, lentamente, se levantó. Levantarse no fue solo un gesto físico, sino una señal de que lo había aceptado todo y estaba listo para seguir adelante.

Solar se levantó lentamente y se sentó en el césped del jardín. Permaneció con una clara comprensión en su interior. Se giró hacia Pobmek, quien aún tenía una expresión de duda en el rostro.

— ¿Quieres decir que...?

Solar asintió y le sonrió a Pobmek. Su sonrisa estaba llena de confianza.

— Bueno... Sol y yo ya no tendremos que turnarnos cada dos días... Sol quiere que esté contigo todos los días...

Pobmek se quedó sin palabras por un momento antes de acercarse y abrazar a Solar. El abrazo fue fuerte, lleno de amor incondicional.

—Ese niño... siempre piensa que es demasiado inteligente para todo, ¿no es así?

Solar murmuró suavemente, y su risa sonó clara y ligera, como el tintineo de un carillón de viento.

Los dos permanecieron abrazados en el césped del jardín.

La suave luz del sol matutino se derramaba sobre las copas de los árboles. El aire se impregnaba del aroma a tierra húmeda y del dulce aroma de las manzanas maprang maduras. Varios pájaros cantaban, anunciando la llegada de un nuevo día.

Los jardineros iban y venían, trabajando con la soltura de quienes ya estaban acostumbrados a ese ritmo. Esta vez, entre los trabajadores, había dos "recién llegados" temporales: Pobmek y Solar, quienes ayudaban en el jardín con dedicación. Ambos trabajaban mientras intercambiaban bromas y juegos, llenos de ligereza y alegría. Sus risas se extendían por el aire, como campanas arrastradas por el viento.

Después de que todo se resolvió por fin... Solar parecía haber cambiado... Estaba visiblemente más feliz. Ya no sentía ninguna carga en el corazón.

Saran y Solar se ayudaban mutuamente a arreglar el aspersor que regaba las plantas. Saran le entregó la llave inglesa a Solar, quien la tomó y apretó el tornillo con destreza. Pronto el equipo volvió a funcionar con normalidad. El agua brotaba del aspersor formando un hermoso arco, como un arcoíris. Padre e hijo chocaron las manos, llenos de emoción. Pobmek observaba desde lejos; su sonrisa se ensanchó tanto que casi cerró los ojos.

Y no fue solo Solar lo que cambió...

Los jardineros limpiaban el cobertizo donde se almacenaba la fruta. El polvo flotaba en el aire matutino. Pobmek y Solar se acercaron a los trabajadores.

Pero hubo cosas que nunca cambiaron...

"¿Hay algo en lo que podamos ayudar, tío?", le preguntó Solar al jardinero.

¡Claro, claro! Estoy limpiando, ¡acércate!

—¿Sueles fregar antes de barrer, o barres antes de fregar, tío? —preguntó Pobmek, sin poder contenerse.

El jardinero parecía confundido. Su expresión dejaba claro que no sabía muy bien qué responder.

Pobmek y Solar se sonrieron, una sonrisa de complicidad. Ambos comenzaron a ayudar a limpiar el cobertizo de frutas con buen humor. Su forma de trabajar vivificó ese espacio, antes silencioso y quieto.

Pasó el tiempo hasta que llegó la hora del almuerzo. Solar y Pobmek se tumbaron a la sombra de un árbol...

La suave hierba sostenía sus espaldas cansadas. Cada uno llevaba un pequeño paño que les cubría los ojos, bloqueando por completo la luz del sol que se filtraba entre las hojas.

Entrelazaron sus manos con fuerza; la sensación de seguridad y consuelo se transmitía de una palma a la otra. Ambos mantenían los pies descalzos sumergidos en la misma palangana. El agua cristalina y fresca aliviaba sus cuerpos cansados como un néctar precioso. La pareja descansaba con los pies en remojo, tranquila, con el rostro sereno, como si meditara.

Llegó la noche. Solar y Pobmek se despidieron de Saran y los jardineros. La despedida fue sencilla, pero llena de cariño. Estaban a punto de regresar a Bangkok; su equipaje ya estaba empacado y guardado en el maletero del coche.

Al subir al coche, Solar decidió correr y abrazar a su padre por última vez. Fue un abrazo rápido pero firme, un recordatorio del amor que una vez le había faltado. Luego volvió a saludar con la mano. Su mano se movió en el aire mientras el coche se alejaba. Saran les sonrió a su hijo y a su novio, que se alejaban. Era una sonrisa llena de alivio y felicidad.

De regreso a Bangkok, Pobmek se detuvo a mirar una camisa en una tienda de recuerdos de la carretera. La camisa de algodón de color claro era sencilla, pero tenía bonitos detalles. Solar la tomó y la comparó con el cuerpo de Pobmek, encontrando que le quedaba bien. Asintió levemente, satisfecho.

Así que intercambiaron ropa y empezaron a usar camisas iguales. La ropa nueva los hacía lucir aún mejor. Luego, salieron juntos de la tienda.

Pobmek se detuvo frente al expositor de postales. No dijo nada, pero sus ojos observaban las tarjetas con atención, como si estuviera pensando en algo. Los pensamientos que se formaban en su mente eran como nubarrones que se acumulaban poco a poco.

La tranquilidad lo envolvía todo. El único sonido que se oía era el del agua de la ducha cayendo con fuerza en el baño de la habitación del resort, como una pequeña cascada que levanta una fina cortina entre dos mundos.

Pobmek estaba sentado a la mesita de noche, apretando con fuerza la postal. El fino papel estaba frío al tacto. Acercó el bolígrafo al papel, dispuesto a escribir. Los pensamientos en su cabeza daban vueltas, como una tormenta a punto de estallar.

De repente, escuchó a Solar gritar desesperadamente desde dentro del baño:

— ¡¡¡Aaaahhhhhh!!!

Pobmek se sobresaltó; su corazón dio un vuelco y empezó a latir erráticamente. Corrió a abrir la puerta del baño de inmediato y vio a Solar con expresión de terror, con los ojos abiertos y enormes, como huevos de aveSTRUZ.

Solar señaló al lagarto pegado a la pared. La pequeña criatura regordeta permaneció inmóvil. Los dos terminaron gritando al unísono, sus voces resonando por la habitación.

Baño. Los gritos eran tan agudos que sentí que mis tímpanos iban a reventar. Entonces, la lagartija se fue.

Ambos dieron un gran suspiro de alivio y se miraron. Solo entonces Pobmek se dio cuenta de que Solar seguía vestido. Su camisa y sus pantalones estaban completamente secos; ni siquiera se había duchado, solo había abierto la ducha y dejado correr el agua.

"¿Eh? ¿No te duchaste? ¿Entonces por qué entraste?" Pobmek extendió la mano y cerró la ducha.

Solar se sintió incómoda. Sus mejillas se sonrojaron, rosadas como melocotones maduros. Solar le mostró la postal a Pobmek.

—Estaba escribiendo en secreto... Te lo iba a enviar...

Pobmek se quedó sin palabras. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendido. Entonces, también mostró su postal.

También escribía en secreto...

Al ver eso, Solar se echó a reír, una risa hermosa y clara, como el tintineo de una campana de cristal. Ambos se rieron el uno al otro.

"¿Y qué ibas a escribir?" preguntó el novio bajito.

— Ah... Sólo quería felicitarte... por lograr desenredar ese nudo en tu corazón... eso es todo...

Solar asintió, escuchando en silencio.

"¿Y tú? ¿Qué vas a escribir?", preguntó Pobmek.

Solar se quedó completamente confundido, tartamudeando, con la lengua retorciéndose como una cuerda anudada.

—Habla ya, no esperes años para escribir, si no, el papel se pudrirá primero.

"Muestrale algo de respeto a mi padre, ¿de acuerdo?", replicó Solar.

"Lo siento", sonrió Pobmek.

Solar no se lo tomó mal. Su sonrisa era dulce y acogedora, como la luz del sol de la mañana.

Solo quería escribir que, por mucho que hayamos pasado en la vida, aún tendremos muchas historias nuevas que aprender y conocernos mejor. Y si no fuera por ti, ni siquiera sé cómo habría podido seguir adelante.

Al oír eso, Pobmek sonrió. Una sensación cálida y desbordante lo inundó.

Su pecho parecía como si hubiera recibido un golpe leve.

Muchas gracias, hombre...

—Sí... gracias también.

Pobmek y Solar se miraron y sonrieron levemente. Sus miradas se conectaron con una profunda y silenciosa comprensión. Entonces Solar asintió, despidiendo a Pobmek para que se fuera.

—Puedes irte. Voy a ducharme.

—No voy... La última vez dijiste que te ibas a duchar y no lo hiciste. Esta vez... te vigilaré yo mismo.

El profesor de gran tamaño esbozó una sonrisa maliciosa.

—¡Vaya, el mismísimo profesor de disciplina...! ¡Genial! Así que no lo pierdas de vista, ¿vale?

El profesor, de complexión más baja, le devolvió la sonrisa traviesa. Esa sonrisa contenía un desafío provocador y una invitación peligrosa. Empezó a quitarse la camisa lentamente. La tela deslizándose por su piel reveló su pecho liso y blanco. Luego se quitó los pantalones justo delante del profesor más corpulento, con cada movimiento calculado para provocar y seducir. Después, entró en la zona de duchas.

El corpulento profesor se quedó mirando, intentando controlarse. Las venas de sus sienes se hincharon mientras luchaba por contener el creciente deseo. Intentó mantener una pose indiferente, disimulando lo afectado que estaba.

El profesor más joven esbozó una leve sonrisa burlona antes de cerrar la cortina transparente. Pero esa cortina no pudo ocultar el deseo que bullía y latía entre ambos.

Una vez dentro de la ducha, el cuerpo más pequeño sonrió, satisfecho consigo mismo. La sensación de desafío hizo que la sangre corriera con fuerza por sus venas.

Pero en ese preciso instante, la figura corpulenta abrió la cortina y entró, completamente desnuda. La imponente figura, sin ropa, emergió del vapor que aún flotaba en el aire. Al verla, el más pequeño no perdió la oportunidad de provocar:

—¿No se suponía que debía simplemente vigilar las cosas?

Hmm... Cambié de opinión.

El hombre corpulento adoptó una expresión astuta, con una sonrisa llena de deseo voraz. Se acercó lentamente a la figura más pequeña, con paso firme, como quien declara una guerra silenciosa de amor.

Volviendo a aquella noche en el oscuro jardín, iluminado solo por el tenue resplandor de la luna. El aire estaba impregnado del aroma de la naturaleza nocturna. Tras abrazarse, ambos se miraron dulcemente. Sus ojos brillaban, reflejándose mutuamente. Entonces, el más bajo se acercó, decidido. Besó al más alto apasionadamente.

El roce de sus labios fue el inicio de una llama ardiente. Se besaron intensamente sobre la hierba del jardín, un beso profundo y prolongado, como si se confesaran.

Y quizás lo que decía Solar era en verdad... por muchas cosas que pasemos en la vida, siempre habrá nuevas historias que aprender y conocernos mejor... mientras no huyamos de ellas y caminemos de la mano, eso es suficiente...

En el estrecho baño del resort, aún flotaba vapor en el aire, mezclándose con el tenue aroma a jabón. Los dos, desnudos, comenzaron a besarse apasionadamente, como si hubieran esperado ese momento durante mucho tiempo. El beso, que había sido tierno, se transformó en urgencia; sus labios se apretaron con fuerza, como un desierto que se encuentra con un oasis. Entonces, sus cuerpos finalmente tocaron el grifo de la ducha, y el agua brotó a borbotones, cayendo sobre su piel desnuda. El agua fría al rozar su piel aún caliente les provocó escalofríos. Sus respiraciones jadeantes se mezclaron con el sonido del agua al caer al suelo.

Sus cuerpos desnudos se apretaban tanto que podían sentir cada detalle del otro. La oscuridad circundante estaba adornada solo por un tenue rayo de luna. Los dos profesores comenzaron a abrazarse en el césped del jardín; el frío del suelo se disipó ante el intenso calor de sus cuerpos ardientes. Sus manos, ya sin timidez, exploraron sus cuerpos. Cada roce parecía dejar marcas ardientes en su sensible piel.

Entonces, el aspersor roto se encendió de repente, como si estuviera ahí para servirles. El chorro de agua fría subía y bajaba justo en medio de su abrazo, inesperadamente, como para ocultar lo que sucedía. La cortina de agua que se movía lentamente parecía una mancha borrosa que ocultaba un profundo secreto.

El cuerpo más pequeño, tumbado mientras el más grande lo envolvía con la boca, intentaba gemir lo más bajo posible. La oleada de sensaciones le recorrió la columna vertebral como una intensa descarga eléctrica. Sus gemidos eran bajos y roncos, como ecos de lo más profundo de su corazón. Apretó los dientes para contener el sonido, hasta el punto de sentir un zumbido en los oídos. Una de sus manos aferró con fuerza la del hombre más fuerte, clavándose las uñas en la piel por la emoción incontrolable; la otra mano aferró la hierba del jardín, desgarrando las hebras como una forma de aliviar esa dulce tortura que había guardado en su interior durante tanto tiempo.

El hombre más fuerte presionó lentamente su cuerpo hacia el centro, en una declaración de invasión cargada de intenso deseo. Al mismo tiempo, su lengua comenzó a recorrer su cuerpo desde la parte inferior hasta su rostro. La embestida, proveniente de ambos lados simultáneamente, hizo temblar violentamente el cuerpo del hombre más pequeño, incapaz de controlarse. La suavidad desde arriba le hizo olvidar la incomodidad desde abajo; la sensación de estar lleno hizo que la tensión inicial finalmente se transformara en rendición.



El cuerpo más fuerte se movía arriba y abajo al mismo ritmo, con movimientos firmes y precisos, como una máquina girando a toda velocidad. Al principio, era lento, como el comienzo de una dulce canción de amor. Luego, poco a poco, los movimientos se volvieron más rápidos e intensos, acompañando un deseo incontenible. El ritmo se volvió cada vez más abrumador, hasta el punto de que el suelo parecía vibrar con él, como si un pequeño temblor tuviera su epicentro justo en medio de su abrazo.

El sonido del agua del aspersor apagó los sonidos del jardín a oscuras. Ya no podían contener sus voces; largos y agudos gemidos escaparon, como un grito de liberación de todo lo que habían guardado dentro durante tanto tiempo. Los dos maestros estaban casi fundidos en un solo cuerpo, apretados sin espacio entre ellos, como si se hubieran convertido en una sola existencia. El sudor goteaba, dejándolos a ambos empapados; su piel ardiente brillaba a la luz de la luna. El aire frío no pudo interrumpir su entrega. El roce repetido hizo que las sensaciones aumentaran cada vez más, hasta que llegaron a un punto en que sus cuerpos ya no podían soportarlo. Llegaron a su límite juntos, el clímax explotó al unísono, acompañado por un sonido final, bajo y exhausto.





El sol del mediodía era cegador, caía a plomo sobre el hormigón frente al edificio del centro administrativo, calentándolo todo como un horno enorme. Las piernas de Solar temblaban sin control, como una máquina inamovible. Se sentó allí, esperando a alguien con el corazón acelerado, junto al cartel que decía, en letras claramente visibles: "Examen de Licencia de Maestro - 1.ª edición del año 2025".

Una vez me dijeron que... la vida de una persona es como una historia...

Sin embargo, dentro de la habitación con aire acondicionado, la atmósfera era tan tensa que casi se sentía en el aire, como si una corriente eléctrica recorriera silenciosamente el lugar. Pobmek estaba encorvado sobre el examen, sumamente concentrado. Su rostro estaba rígido, con las cejas fruncidas hasta casi formar un nudo. Pequeñas gotas de sudor asomaban en sus sienes, incluso allí, con ese frío cortante.

Porque la vida de todos... está llena de problemas y obstáculos. A veces, puede que no parezca hermosa, puede que no parezca agradable a la vista. Parece agotadora... parece difícil. Difícil hasta el punto de hacerte querer huir de ella lo antes posible...

El sonido de la campana que anunciaba el final del examen resonó en el aire, agudo y penetrante, como una explosión que interrumpe una guerra a mitad de camino. Pobmek dejó el bolígrafo; su mano se posó suavemente sobre la mesa, como si por fin se liberara de un gran peso. Su expresión estaba cargada de preocupación, su corazón latía tan rápido como en una noche de tormenta. La aprensión se extendió por su rostro, pálido como una hoja de papel dejada al sol.

Frente al edificio del centro administrativo, el aire estaba denso. El murmullo sonaba como el zumbido de una colmena. Los candidatos abandonaban el edificio poco a poco, como olas que regresan a la orilla tras romper.

La tormenta había pasado.

Solar permaneció sentado, estirando el cuello para ver mejor, casi como una jirafa buscando a su manada. Entonces vio a Pobmek a lo lejos. Se levantó de un salto.

Pero hubo un maestro que me enseñó que... si la vida no tuviera problemas, nunca veríamos nada nuevo. Nunca tendríamos el coraje de hacer lo que creímos incapaces de hacer...

"¡Allá viene!", dijo Solar, girándose para hablar con alguien que estaba detrás de él.

Pobmek caminó hacia Solar con una expresión decididamente apática. Sus ojos aún reflejaban el cansancio de la batalla librada en la sala de exámenes. Fue entonces cuando aparecieron Jee, Sodchuen y el grupo de niños. Todos gritaron a la vez:

- ¡¡¡Sorpresa!!!

Pobmek se sorprendió al darse cuenta de cuánta gente lo animaba. Los niños alzaban carteles de apoyo con entusiasmo. La expresión de Pobmek pasó de la preocupación a la profunda emoción, casi hasta el punto de...

Las lágrimas apenas podían contenerse por más tiempo.

"Incluso trajiste a los niños hasta aquí para darle fuerza", dijo Sodchuen emocionado.

—Profesor Pobmek, ¿y qué? ¿Aprobó o no? —preguntó Jee, su amigo de siempre.

Pobmek guardó silencio un momento. Todos estaban en silencio, tan silenciosos que se podía oír la respiración. Cada uno contenía la respiración, con el rostro pálido, como azúcar disolviéndose en agua. Entonces, Pobmek esbozó una amplia sonrisa, una sonrisa que apareció en su rostro como la primera luz del amanecer.

— ¡Ya lo aprobé, claro! ¡Pregúntame eso!

"¡¡¡Sí!!!!"

Todos celebraron eufóricos.

Jee chocó las manos con Pobmek, y Sodchuen aplaudió, rebosante de alegría. Los niños comenzaron a gritar, sus vítores resonaron con fuerza, un sonido que resonó como campanas celebrando una victoria. El ambiente se llenó de felicidad; una alegría profunda y genuina se desbordó, casi abrumadora.

Si la vida no nos trajera problemas, nunca descubriríamos quién está dispuesto a estar a nuestro lado en los peores días. Y quizás nunca sabríamos qué es la verdadera felicidad...

Pobmek se volvió hacia Solar. Su mirada rebosaba de infinito amor y gratitud.

Pero había algunas preguntas cuyas respuestas no estaban seguras, profesor Solar. Quería pedirle ayuda para comprobarlo.

—Vaya, ese profesor sí que es muy dedicado... Claro que sí. ¿De qué pregunta no estabas seguro?

Dentro de la sala del condominio, sólo había la suave luz dorada de la lámpara...

La tenue luz envolvía la habitación, dejando solo siluetas borrosas a la vista. La temperatura de la habitación subía rápidamente, como si un gran horno estuviera en pleno funcionamiento.

Los cuerpos más robustos y esbeltos entraron en la habitación, estallando como una tormenta cargada de intenso deseo. Se besaron apasionadamente, sus labios se aplastaron con fuerza, casi robándose el aliento. Se arrastraron hasta el sofá, sus cuerpos ardientes rozando la fría tapicería, y, en medio de todo, seguían hablando de la prueba.

"Había una pregunta sobre el desarrollo físico de los niños... ¿qué grupo muscular se desarrolla más rápido?" preguntó el más fuerte, mientras acariciaba al otro.

"Músculos grandes, eso es todo. El niño puede ponerse de pie antes de desarrollar el movimiento de agarre adecuado..."

"Está bien, lo entiendo..."

Siguieron provocándose sin parar, el sonido de sus jadeantes respiraciones compitiendo con sus latidos acelerados, más rápidos que un tambor. El más pequeño levantó la cara; sus ojos brillaban como los de un depredador a punto de capturar a su presa.

"Déjame comprobarlo entonces... si tus grandes músculos también se desarrollan tan rápido."

El más pequeño empezó a atacar, volteando al más fuerte con rapidez y firmeza, hasta quedar encima. Lo besó a mares desde el cuello hasta el pecho y el abdomen, con la lengua recorriendo la piel y provocando escalofríos en la columna vertebral del otro, como si lo hubiera tocado el hielo del Polo Norte. El más fuerte, sin embargo, no dejaba de hacerse preguntas; su mente trabajaba en dos frentes a la vez: por un lado, el deseo; por el otro, la preocupación por las respuestas del examen.

"¿Y a qué edad un niño empieza a comprender el comportamiento de compartir con los demás?"

"Profesor, ¿podría dejar de hacer preguntas un momento? ¡Concéntrese un poco en la tarea que tiene delante!"

El chico más joven levantó la cara, sus ojos tenían un toque de linda irritación mezclada con encanto.

— *Lo siento... pero hacer "tareas" aquí no es lo mío, profesor.*

El más fuerte rió suavemente. La risa ronca, atrapada en su garganta, hizo el ambiente aún más provocador. Cogió al más pequeño y lo llevó a la mesa del comedor. El otro fue levantado con facilidad, ligero como un algodón. El más fuerte tiró los libros de exámenes al suelo; los manuales de enseñanza que había recopilado con el tiempo fueron arrojados a un lado sin contemplaciones. El sonido de las páginas al caer resonó con fuerza, como la explosión de paciencia que finalmente se había agotado.

Si vas a hacer tu tarea, deberías hacerla sobre la mesa, obvio...

El más pequeño rió suavemente, con una sonrisa de rendición; perdido, pero aceptando de buen grado la victoria del otro. El más fuerte se adelantó para besarla, un beso aún más apasionado y...

Profundo, como una inmersión en el océano del deseo, sin fondo, en el abismo del corazón. Los dos se entrelazaron en una entrega apasionada; la temperatura de sus cuerpos subió rápidamente, su piel se pegó como si fueran uno solo.

La suave luz del sol matutino se filtraba por la cortina. Aun así, el silencio en la habitación seguía siendo denso, como el aire helado tras la tormenta emocional de la noche anterior. Solar se despertó y fue al baño. Se detuvo frente al espejo, observándose en silencio. Sus ojos eran profundos y serenos, como la superficie de un lago sin viento. Ya no era el mismo de antes. Lo que quedaba de esa vieja sensación se había disipado casi por completo, como la niebla barrida por el sol de la mañana.

Estaba reflexionando sobre los cambios que se habían producido dentro de él cuando oyó un ruido que venía de la cocina.

Pobmek estaba preparando el desayuno. El dulce aroma de los panqueques llegó a la nariz de Solar como una suave caricia en la cabeza. Solar salió de la habitación y se acercó a observar la comida que Pobmek estaba preparando.

Eran panqueques gruesos, huevos fritos con bordes dorados y crujientes y salchichas de un rojo brillante y apetitosas, todo cuidadosamente dispuesto en platos de colores brillantes.

—¿Para quién estás preparando el desayuno?

—Para ti, claro. ¡Menuda pregunta!

— ¿Te refieres a... el Sol?

Pobmek permaneció inmóvil. Dejó de cocinar; todo movimiento cesó, como las manecillas de un reloj que dejan de girar. Se volvió hacia el calendario solar y luego hacia el calendario, ahora sin las marcas alternadas de los días.

—Es cierto... Lo olvidé. Ya me acostumbré...

Solar sonrió, una sonrisa llena de cariño. Se acercó y envolvió a su amado en un abrazo firme y seguro, como un ancla clavada en la tierra.

—Realmente se siente... ese Sol cayó en un sueño profundo... No creo que regrese...

Pobmek asintió, comprendiendo. Algo se le atascó en la garganta, como una piedra que no subía ni bajaba. Miró los juguetes de Sun, apoyados en la esquina de la habitación.

—Sí... así que supongo que es hora de ordenar esas cosas...

Pobmek fue al rincón donde estaban apilados los juguetes: el videojuego, el paraguas con una nube pegada a un pequeño robot y el erizo de peluche. Todos parecían reliquias, como objetos antiguos a punto de contar una historia que ya había terminado.

Mientras recogía sus cosas, Pobmek encontró un dibujo del mar hecho por Sun, con la firma que él mismo había añadido. Solar se acercó a verlo.

—¿El Sol quería ir al mar?

"Ajá... me lo preguntó una vez, cuando se estaba realizando la obra", respondió Pobmek.

—Y hasta firmaste para confirmarlo... así que eso significa que tendrás que llevarme ahora, ¿verdad?

—De acuerdo. ¿Qué tal si nos vamos a finales de mes? Aprovecha para celebrar también esta fecha tan importante.

Solar sonrió y asintió. El brillo de sus ojos se asemejaba al de las estrellas maduras en el cielo. Fue entonces cuando sonó el despertador: ese sonido agudo y digital que atravesó el calor del momento como una llamada de vuelta a la realidad. Se miraron.

—Pero hoy también es un día importante. Date prisa. Si te demoras, llegarás tarde.

Dejaron de ordenar y comenzaron a prepararse para ir a la escuela.

El patio de la escuela estaba decorado con globos de colores, como un parque de atracciones de ensueño. Pero el murmullo de la gente era fuerte, vibrante como una feria matutina. El letrero de la entrada era imponente, como un portal a un nuevo mundo: "Ceremonia de Entrega de Certificados para los Graduados de 2025".

Solar y Pobmek llegaron juntos a la escuela. Observaron la actividad: padres y madres llevaban a sus hijos al interior, mientras Sodchuen y otros profesores los recibían en la entrada.

En cuanto Solar y Pobmek entraron, oyeron a un niño llorar. Se giraron y vieron a Cuatro llorando. Sus sollozos sonaban como el maullido de un gatito abandonado bajo la lluvia, sosteniendo un pequeño cuaderno en sus manos, mientras King intentaba consolarlo a su lado. Los dos maestros se acercaron.

—Cuatro, ¿por qué lloras? ¿No vino tu padre hoy? —preguntó Solar, preocupado.

Cuatro negó con la cabeza. El rey respondió por él:

Sí, vino, profesor.

—Espera... entonces ¿por qué lloras?

Cuatro le mostró la boleta de calificaciones. Sus manitas temblaban de emoción mientras respondía, sollozando:

El profesor Pobmek me puso un 4 en matemáticas... mi padre estará muy orgulloso, seguro, profesor Solar...

Solar y Pobmek se miraron con profundo afecto en los ojos. Pobmek le pasó la mano por el cabello a Cuatro, con un gesto tan delicado como una nube.

—Es porque te esforzaste. Te fue bien en los exámenes, entregaste todas las tareas a tiempo... así que el profesor te dio la calificación que prometió.

Cuatro empezó a llorar aún más fuerte. Su carita estaba bañada en lágrimas de orgullo, como una flor que recibe su primera lluvia después de mucho tiempo.

La pandilla de princesas se acercó para ver qué pasaba. Elsa, al ver llorar a Cuatro, se burló de él:

—¡Así es un hombre de verdad! Mostrar tu lado sensible también es algo que hacen las personas fuertes, ¿sabes, Cuatro?

Así es, Cuatro, fuiste muy valiente al mostrar todo lo que sientes. Todos somos humanos, niños y adultos. Llorar no es vergonzoso; si te apetece, puedes llorar.

Todos miraron a Campanilla, sin palabras, como si vieran a un robot hablar en lenguaje humano por primera vez. Era la primera vez que daba un discurso tan largo.

—Campanilla... acabas de escribir un texto largo. A eso le llaman "desarrollo de personaje", ¿sabes?

Campanilla sonrió con orgullo. Jee llegó para unirse al grupo, con una taza de café en la mano.

—¡Guau! Todo el grupo ya está reunido de nuevo tan temprano. ¿Qué acaba de pasar?

En ese preciso instante, una bala voló directamente y golpeó a Jee de lleno, rápida y precisa como un misil que da en el blanco. El café se derramó al instante, manchando toda su camisa. El líquido marrón oscuro manchó la ropa de Jee como una pintura abstracta hecha sin querer.

La pandilla de la Princesa gritó en estado de shock; sus agudos gritos sonaban como cristales rotos. Todos se volvieron hacia el origen del problema y vieron que eran los niños, y el mismo conserje de antes, el mismo que había arruinado el set de Jee ese día durante la presentación en clase. Se tomaron de las manos en señal de disculpa ante Jee.

—Disculpe, profesor...

"Al principio iba a decir que no era nada, pero ahora ya es algo", comentó Pobmek a su mejor amigo.

¡Ay, no, lo arruinó todo! ¡Me había arreglado tanto!

"Profesor Jee, ¿no va a ser el maestro de ceremonias hoy? ¿Tiene ropa de repuesto?", preguntó Solar, preocupado.

—No tengo, profesor... ugh...

—Vamos, vamos. Encontraré la manera de ayudar a mi amigo —dijo Pobmek—. Profesor Solar, lleve a los niños adentro primero. Nos vemos en el evento.

Solar asintió. Pobmek condujo a Jee fuera de la vista. Jee lo siguió, enfurruñado como un niño pequeño al que le han quitado un juguete. Elsa miró a Jee y a Pobmek y susurró al grupo:

"Mira... Pobmek x Jee están juntos de nuevo", bromeó Elsa, shippeando a los dos.

"Mejor Jee vs. Pobmek, vamos... algo nuevo como eso", replicó Campanilla.

Extraño... pero interesante... ¿qué pensará el profesor Sathaporn de esto? Aurora tenía curiosidad.

Solar se inclinó para hablar con los niños:

—Soy Pobmek con Solar, ¿de acuerdo? ¡Vamos, niños, la ceremonia está a punto de comenzar!

Dentro del sofocante almacén, el olor a humedad, tela y polvo, impregnaba el aire. La luz se filtraba apenas, como un último rayo de esperanza. Pobmek y Jee rebuscaban en el armario buscando ropa nueva. Jee se frotaba la camisa sin parar; el gesto era casi violento, como si intentara arrancar una profunda mancha de frustración. Su mirada se posó en la camisa de Pobmek, la misma que Pobmek y Solar habían comprado juntos cuando viajaron fuera de la ciudad.

Jee dijo:

Oye, Pobmek, ¿puedo intercambiar camisetas contigo? Hoy tengo que anunciar los nombres de los estudiantes en el escenario... así no funciona, se ve horrible.

—Este no va a funcionar. Solar me lo compró. O podrías ir como un profesor de fisicoculturismo: como eres profesor de educación física, aprovecha para lucir tus abdominales.

¿Estás loco? ¡Esto es primaria!

Sólo estoy bromeando, hombre.

Jee seguía concentrado en limpiar su camisa, mientras Pobmek recorría el almacén y se topó con otra prenda. Estaba guardada allá atrás, cubierta de polvo. La recogió, la miró y sonrió. Pobmek abrió mucho los ojos, como si hubiera encontrado un tesoro olvidado.

—Jee... Creo que tiene que ser este...

Jee, que estaba detrás de él, tenía una mirada de duda en su rostro.



El patio frente al auditorio se mantuvo en un hervidero de actividad debido a la ceremonia de entrega de certificados. Las risas y el sonido de las fotos se escuchaban de vez en cuando, como una suave música de fondo.

Solar atendió a los niños y padres que poco a poco entraban al auditorio. Hizo una reverencia y saludó a los guardianes con gestos respetuosos; su bienvenida fue amable y humilde, como una brisa cálida.

Mientras tanto, un extranjero con aire hippie —gafas de sol, camisa hawaiana y pelo largo y suelto— se acercó a preguntar. Su apariencia llamó la atención, destacando entre los demás como un loro entre su bandada.

—Disculpe, ¿ha visto a Miss Fresh asú?, preguntó.

Solar parecía confundido, frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Señorita Fresh? ¿Quisiste decir...?

Fue entonces cuando Sodchuen salió del auditorio, quejándose. El cansancio se le notaba en el rostro, como si acabara de subir una enorme roca cuesta arriba.

—¡Madre mía, el caos de siempre!... La encargada vino a pedir una habitación con un sillón de masaje de cuerpo completo. ¿Puedes creerlo?

"Esto no servirá, ¿verdad?", dijo el extranjero en un tailandés muy claro.

Eso no está bien, ¿verdad, señor/señora Responsable?

Sodchuen se giró y, al ver quién era, se sobresaltó. Sus ojos se abrieron como platos, como si hubiera visto un fantasma.

Maximov se quitó las gafas de sol. Su rostro se puso serio de repente, como si se hubiera quitado una máscara de fiesta.

— ¡¡¡Director Maximov!!!

—Hace mucho tiempo que no nos vemos, señorita Fresh.

- Sí...

Buenos días, Director Maximov. ¿Ha regresado a Tailandia?

Sí. Mi viaje espiritual ha terminado. Estoy listo para regresar a mi puesto de director.

Solar se quedó sin palabras, mirando a Sodchuen, quien parecía tan sorprendido como él. Ambos se miraron fijamente como si acabaran de ver un OVNI aterrizar en medio del patio.

—Disculpe, ¿dónde puedo sentarme? —preguntó Maximov, poniéndose de nuevo las gafas de sol.

Solar miró a Sodchuen, buscando orientación con la mirada.
Respondió rápidamente:

—Le pediré al profesor Solar que lo acompañe a su asiento, ¿de acuerdo? Profesor Solar, por favor.

—Ah... por supuesto —respondió Solar.

Luego condujo a Maximov al auditorio. Antes de entrar, Solar miró a Sodchuen, quien parecía abatida. Su expresión se había endurecido ligeramente, como una flor arrancada de su tallo. Ella asintió, intentando forzar una sonrisa, una sonrisa torcida, como si intentara ocultar una grieta. Solar asintió y condujo a Maximov adentro.

Comenzó la ceremonia de graduación. Estudiantes y padres llenaban todos los asientos, charlando a viva voz; el murmullo en el pasillo parecía absorber todas las emociones. Maximov se sentó con los demás profesores, mientras Solar permanecía de pie junto al escenario, junto a Sodchuen. Sus sombras se proyectaban sobre la cortina tras el escenario. Solar se giró hacia ella y le tomó la mano, ofreciéndole apoyo; un apretón que transmitía calidez y firmeza, como extender la mano a alguien en medio de una tormenta.

Todo está bien, ¿estás listo?

Sodchuen le hizo un gesto a Solar y se dirigió al micrófono en el centro del escenario. Golpeó el micrófono dos veces y las conversaciones cesaron. El silencio se apoderó del lugar rápidamente, como una sábana negra que lo cubriera todo.

Hola niños y a todos los padres y tutores... Hoy es el día de graduación de los niños que están a punto de crecer y prepararse para ingresar al siguiente nivel de educación en el próximo año escolar.

Solar observó la mirada triste de Sodchuen y sintió que se le encogía el corazón. Una sensación de pesadez le oprimía el pecho, como si una mano lo apretara desde dentro.

— Y hoy... es probablemente el último día que cumpliré el rol de director interino.

Los estudiantes y sus padres se sobresaltaron con la noticia. Un profundo suspiro colectivo resonó por el pasillo al mismo tiempo.

"Voy a ser completamente honesto contigo... al principio, ni siquiera quería asumir el papel de director... porque pensé que no sería capaz de manejarlo... y, para decirte la verdad, incluso ahora a veces siento que no estoy haciendo un trabajo lo suficientemente bueno", dijo Sodchuen, hablando desde el corazón.

Pero al menos aprendí muchas cosas nuevas... de los niños, de los profesores, y también de todos ustedes, padres y tutores...

Los niños miraban a Sodchuen con orgullo. Sus ojitos brillaban de amor y respeto. Algunos tenían lágrimas en los ojos; pequeñas lágrimas transparentes se acumulaban en sus párpados, como el rocío de la mañana.

Aunque fue solo por un corto periodo, este año escolar fue el mejor de mi vida como docente. Muchas gracias a todos, de verdad.

Solar y los niños comenzaron a aplaudir a Sodchuen. Los aplausos resonaron con fuerza, como un trueno en un día despejado. Solar gritó palabras de aliento e hizo el gesto de "Te quiero" con las manos.

—¡Profesor Sodchuen! ¡Profesor Sodchuen! ¡Profesor Sodchuen!

Los niños se unieron al coro. Padres y maestros, al verlo, también se unieron:

—¡Profesor Sodchuen! ¡Profesor Sodchuen! ¡Profesor Sodchuen!

Los ojos de Sodchuen se llenaron de lágrimas. La emoción la invadió como una ola gigante. Agitó la mano en un gesto de modestia, contuvo los sollozos y continuó:

Bueno, bueno, gracias a todos... A continuación, invito al director, el Sr. Maximov, a subir al escenario para decir unas palabras a los niños de hoy.

Todos aplaudieron para darle la bienvenida. Maximov subió al escenario y se paró junto a Sodchuen. Luego se quitó las gafas de sol, dejando al descubierto su rostro cubierto de lágrimas, que corrían por sus mejillas como un pequeño río. Al ver esto, Sodchuen se sobresaltó.

—¡Director Maximov! ¿Se encuentra bien?

—Me conmovió mucho el discurso que dio la señorita Fresh a todos... Me hizo darme cuenta de que realmente no cometí un error al elegirte como directora.

Sodchuen sonrió con gratitud.

Entonces, a partir de ahora... Miss Fresh asumirá oficialmente el cargo de nueva directora.

— ¡Espera! ¿¡QUÉ!? — exclamó Sodchuen asustado, sus ojos se abrieron tanto que parecía que se le iban a salir de las órbitas.

— ¡Síiiiiiiii! ¡Director Sodchuen! ¡Director Sodchuen! ¡Director Sodchuen! —los niños vitorearon, gritando y haciendo el gesto de "Te quiero" con las manos. Sodchuen seguía un poco desorientado.

Maximov aplaudió a Sodchuen, al igual que Solar. Sodchuen miró a los niños y a Solar y no pudo contener las lágrimas. Lágrimas de alegría la inundaron como un dique al reventar. Estaba feliz, sonriendo con los ojos húmedos.

La entrega de certificados continuó hasta casi el final de la ceremonia. El ambiente en el auditorio se llenó de orgullo, con aplausos rítmicos que resonaban por todo el lugar.

Sodchuen entregó certificados a los niños que subieron al escenario. Su sonrisa reflejaba la felicidad de ver a sus alumnos progresar. Solar permaneció a un lado del escenario, con la mirada fija en ella y el corazón lleno de alegría.

Mientras tanto, apareció Pobmek, trayendo a Jee disfrazado de la mascota de la escuela: un erizo gigante, colorido y llamativo. El disfraz hacía que Jee pareciera enorme y torpe, como un koala escapado del zoológico. Al ver esto, Solar se sorprendió y divirtió a partes iguales; una sonrisa se dibujó en su rostro al ver al mejor amigo de su novio con ese disfraz inesperado.

¿Realmente será así?

"Tiene que ser así", respondió su compañero.

Solar asintió y miró a Sodchuen, quien ahora estaba en el centro del escenario. Al ver a Jee, se sintió confundida, intentando comprender qué demonios era aquello. Arqueó las cejas sorprendida, pero los dos profesores levantaron el pulgar. El futuro director asintió.

Sodchuen se recompuso, se giró hacia el micrófono y anunció:

Bueno, ahora viene el siguiente paso: ¡invitamos al Profesor Jeeeeee!

Jee, vestido con su disfraz de mascota, emergió de detrás del escenario. Cada paso parecía el baile de una marioneta gigante. Los niños vitorearon, con gritos y aplausos que resonaban por todas partes. Jee saludó, provocando risas tanto de niños como de padres. El humor de la escena alivió notablemente el ambiente.

—Ahora, pasemos a la entrega del certificado de "Estudiante del Año de la Amistad"... y, este año, también tendremos el premio al "Maestro Destacado del Año", elegido por votación de los niños de todo el colegio...

Los niños sonrieron, esperando el resultado. Sus rostros estaban llenos de expectación, como quienes esperan un regalo de Navidad. Jee miró el papelito y anunció:

¡Y los ganadores de los premios al Estudiante de la Amistad y al Maestro Destacado del Año son... el pequeño Chan y el Profesor Solar!

Los aplausos fueron fuertes, intensos, como el sonido rítmico de tambores que resonaban sin cesar. Los niños gritaban de alegría. Solar estaba confundido y profundamente conmovido a la vez. Una avalancha de sentimientos lo golpeó de golpe, como un torbellino. Se quedó paralizado, sin saber qué hacer. Pobmek tuvo que empujarlo suavemente para que fuera a...

Ella se colocó en el centro del escenario y recibió el certificado de manos de Sodchuen. Los niños levantaron la mano, haciendo el gesto de "Te amo" a Solar; decenas de manitas se alzaron al mismo tiempo, llenas de cariño.

¡Profesor Solar! ¡Profesor Solar! ¡Profesor Solar!

Solar sonrió, rebosante de alegría. Su sonrisa irradiaba una emoción que le salía del corazón. También notó que Pranee, Phafan y Saran estaban presentes en el evento. Sus ojos se iluminaron de alegría al ver a su familia allí.

La sonrisa de Solar se ensanchó aún más. Jee y Sodchuen se apartaron para pararse junto al escenario con Pobmek. Solar comenzó a hablar por el micrófono:

Quería agradecer a todos por todos los votos que dieron, tanto para mí como para el pequeño Chan... Realmente estoy muy feliz por él...

El profesor premiado continuó:

Aunque Sun ya no venga al colegio... todos lo recordamos... eso tiene un valor enorme para ambos, realmente.

Todos miraban a Solar con orgullo. Un silencio acogedor llenó el auditorio, como un abrazo invisible que los envolvía a todos.

El año pasado... fue un año muy difícil para mí. Pero logré superarlo porque tuve hijos y alumnos tan queridos...

Solar miró a los niños.

Tuve padres y tutores que me comprendían...

Miró y sonrió a Pranee, Phafan y Saran, una sonrisa que transmitía profunda gratitud.

— Y tuve compañeros profesores que siempre me dieron fuerza, permaneciendo a mi lado todo el tiempo...

Solar volvió su mirada hacia Sodchuen y Jee.

— Especialmente el Profesor Pobmek... muchas gracias.

Solar miró a Pobmek. Pobmek le dedicó una amplia sonrisa, una sonrisa llena de orgullo por su compañero. Entonces, los aplausos resonaron por todo el auditorio, envolviéndolos a ambos.

La suave luz del sol matutino se filtraba por la ventana del dormitorio, calentando la piel como un abrazo tierno. En el calendario colgado en la pared del edificio, ese día estaba marcado con un corazón, un símbolo que indicaba lo especial y romántica que era esa fecha.

En una mesa en un rincón cercano, se exhibía el certificado de calificación docente de Pobmek, y Solar enmarcó ambos certificados y los colocó uno al lado del otro, como prueba del camino de vida que ambos habían recorrido juntos, firmes, uno al lado del otro.

Solar dormía en la cama, respirando con la regularidad de un reloj que nunca se detiene. Se giró y extendió la mano para abrazar a Pobmek, pero solo encontró la almohada a su lado. El vacío que tocó su mano estaba frío, como sostener un trozo de hielo. Estaba desconcertado, preguntándose adónde habría ido Pobmek.

Solar salió de la habitación y fue a la cocina. Vio a Pobmek juguetando silenciosamente, casi a escondidas, como si estuviera tramando algo. Esa actitud sospechosa hizo reír a Solar para sus adentros. Se acercó de puntillas y agarró a Pobmek por detrás; su mano aterrizó en su ancha espalda con un toque suave pero firme.

—¿Qué estás haciendo?

"¡Mierda, qué susto!" exclamó el novio poniendo una cara muy graciosa.

—Bien hecho. Eso es muy sospechoso. ¿Qué? ¿Preparando una sorpresa?

—Bueno... esa fue la sorpresa —se quejó el grandullón, un poco frustrado.

—Pero vuelve y duerme un poco más. Cuando termine, te despertaré.

Solar asintió. Pobmek volvió a ocuparse de los panqueques en la sartén; el dulce aroma a leche y mantequilla se extendió por la cocina. Pero Solar terminó regresando y abrazó a Pobmek por detrás, rodeándolo con sus brazos, como enredaderas aferradas a un tronco fuerte.

-Oye, ¿no ibas a volver a dormir? -preguntó el más alto.

—Cambié de opinión. Es mejor ayudarte. Así no te cansarás tanto... y ahorrarás energía para otras cosas.

El pequeño hizo una mueca traviesa, sus ojos brillaban como los de un gatito travieso.

"Esa parte ni siquiera necesita ahorrar energía... Siempre puedo manejarla", respondió el más alto con una sonrisa maliciosa.

Solar se rió cuando vio a Pobmekriendo panqueques.

—¿Y por qué volvemos a comer panqueques hoy?

Pobmek tomó una fresa y se la llevó a la boca a Solar con un gesto juguetón. El sabor agridulce de la fruta se extendió por toda su boca.

—Demasiadas preguntas, ¿ves? —se quejó, fingiendo irritación.

—¿De verdad no me lo vas a decir...?

El más pequeño le hizo una mueca tierna al mayor, formando un puchero casi irresistible. Se untó crema batida en la nariz para verse aún más guapo. Pobmek, que acababa de apilar los panqueques, se giró en ese momento y terminó sonriendo, entre encantado y burlón. Su sonrisa era tan suave que casi le llegaba de oreja a oreja.

—¿Realmente necesitas todo esto?

El menor arqueó una ceja, burlonamente. El mayor se inclinó y le robó la crema batida de la nariz con un beso rápido: un final dulce y suave, más dulce incluso que la propia crema batida. Solo entonces respondió:

Bueno, bueno... te lo diré.

Pobmek cogió el plato con los panqueques. Varias capas estaban apiladas como una pequeña torre, con jarabe que formaba "HBD 25", fresas alrededor y pequeñas velas ya encendidas. Las llamas parpadeaban y se reflejaban en los ojos de Solar.

Solar esbozó una amplia sonrisa y su corazón se llenó de alegría como burbujas de jabón que se elevaban hacia el cielo.

— Feliz cumpleaños a ti, Feliz
cumpleaños a ti, Feliz
cumpleaños, querido Solar,
Feliz cumpleaños a ti.

Solar apagó las velas y sonrió.

Hice panqueques porque pensé que a ti y a Sun les podría gustar más o menos lo mismo.

—Sí... Creo que Sun estaría muy feliz.

Se regalaron panqueques y fresas. El sabor del amor y la felicidad se extendió por la cocina, creando un ambiente dulce y alegre.

El sol brillaba con fuerza en el estacionamiento del condominio; el calor ya se elevaba desde el piso de concreto. Pobmek y Solar llevaron sus cosas al auto; las maletas se guardaron fácilmente en el maletero. Ambos vestían ropa cómoda —camisetas ligeras y pantalones cortos—, listos para viajar. El ambiente era tranquilo, como una suave brisa.

Pobmek tomó su celular para abrir la aplicación de mapas. Su dedo estaba a punto de tocar la pantalla cuando Solar le arrebató el dispositivo con un movimiento rápido, como una serpiente al ataque.

— No te preocupes, te indicaré el camino.

Pobmek recuperó su teléfono inmediatamente. Su expresión cambió rápidamente, como un camaleón que cambia de color.

—No hace falta. Yo me encargo. Hoy vamos a la playa; si nos das indicaciones, podríamos acabar en la montaña.

"Oh, ¿entonces ya no confías en mí?" dijo el novio dramáticamente.

No es falta de confianza. Nadie necesita ser bueno en todo, ¿vale, cariño?

Bueno, bueno... adelante, Phi. Incluso me voy a echar una siesta.

—Sí, por favor, siéntase como en casa, Alteza.

Solar se rió. Su risa resonó en el coche mientras dejaba que Pobmek se encargara de la ruta. Tomó su celular, puso música y luego abrió la pantalla de inicio. El fondo de pantalla era una foto del día de la presentación en el aula, donde Pobmek se había tomado una foto con Chan. La imagen era tan cálida y vívida que parecía como si Chan estuviera allí, de pie, en ese momento.

—Es desgarrador, ¿verdad? Que Chan no haya venido con nosotros. Por fin logramos cumplir la promesa que le hicimos...

Pobmek se giró para mirar a su amada. En sus ojos se percibía una profunda comprensión. No dijo nada; simplemente tomó la mano de Solar. El roce era suave, pero firme, como un consuelo silencioso. Ambos intercambiaron una discreta sonrisa, cargada de un afecto forjado con el tiempo.

Vamos, de lo contrario nos quedaremos atrapados en el tráfico.

Pobmek asintió y el coche salió del condominio. El vehículo salió lentamente del estacionamiento, rumbo al mar azul.

Tras varias horas de viaje, el coche de Pobmek finalmente se detuvo junto al mar. El sonido de las olas rompiendo llegaba al interior del coche, con un ritmo constante. El cielo estaba despejado, de un azul inmenso y sin nubes, como una pintura perfecta. Solar seguía durmiendo a su lado, tan profundamente que ni siquiera notó su llegada.

Pobmek miró a Solar en silencio. Su mirada estaba llena de pensamientos confusos, como si algo se estuviera formando en su interior. Entonces, lentamente, extendió la mano y tocó suavemente el brazo de Solar para despertarlo.

— Solar... Solar... Solar...

Solar seguía somnoliento, sin despertar. El cansancio aún se reflejaba en su rostro. Pobmek observaba en silencio y tragó saliva con dificultad; tenía la garganta reseca por el nerviosismo y la anticipación. Respiró hondo e intentó despertarlo una vez más.

- Sol...

Solar se despertó sobresaltada, aún aturdida. Abrió los ojos de golpe al oír ese nombre. Pobmek permaneció inmóvil, observando. Su corazón latía con fuerza de anticipación.



19



Solar abrió los ojos lentamente, aún aturdido. Sentía los párpados pesados como piedras cubriendolos. Entonces respondió a Pobmek con la voz ronca de quien acaba de despertar:

—Espera... ¿ya llegamos?

Pobmek sintió una ligera punzada de decepción. Una decepción fugaz, como la sombra de una nube que pasa ante el sol. Había pronunciado el nombre que traía tantos recuerdos, pero Solar no había reaccionado como él, en el fondo, esperaba. Aun así, se lo tragó y respondió rápidamente:

— Ajá, ya llegamos... vámonos.

Los dos bajaron del coche. El aire salado del mar les dio en la cara, refrescándolos como un sorbo de agua helada. Caminaron de la mano hacia la playa; sus dedos se entrelazaron firmemente, como una cadena que no se rompe fácilmente.

Fue entonces cuando, en el asiento trasero del coche, apareció la silueta de un niño pequeño. La pequeña sombra se movía lentamente, acercándose a la ventana. Unos ojos grandes y atentos observaban a Pobmek y Solar mientras se alejaban. Su carita brillaba con una sonrisa radiante; la emoción lo desbordaba, como un globo inflado al límite.

Las sandalias de Pobmek y Solar yacían descuidadamente sobre la arena, tiradas como cuerdas desatadas. Ambos caminaban descalzos por la húmeda franja de arena junto al mar; la arena fresca se filtraba entre sus dedos, trayendo una sensación de relajación. De la mano, contemplaban el mar: la vasta extensión azul que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Tras unos pasos, se detuvieron juntos e inhalaron el aire marino que traía la brisa. Llenar sus pulmones les trajo una sensación de alivio, como si les hubieran quitado un gran peso del pecho. Pobmek le preguntó a Solar:

— ¿Crees... si el Sol hubiera salido a la playa, qué habría hecho primero?

—Hmm...

Solar cerró lentamente los ojos, imaginando. Tras sus párpados, el azul del mar se vislumbró vívidamente. Y entonces la imagen de Chan surgió con claridad en su mente, como una gota de agua que toca la tranquila superficie de un lago. El pequeño Sun corrió y se lanzó al agua.

El mar, cayendo al agua sin pensarlo dos veces, jugaba con entusiasmo. La risa cristalina del niño resonó en su interior. Solar abrió los ojos y respondió:

Yo creo... que iba a saltar directamente al agua.

—Sí... eso tiene sentido.

¿Y tú? Ya que has venido hasta el mar, ¿qué quieres hacer primero?

—Yo... creo que quería jugar en el agua... contigo... y con Chan también, tal vez...

Solar sonrió, una sonrisa tan suave como la luz de la mañana. De repente, levantó a su novio en brazos, tomándolo por sorpresa. El cuerpo de Pobmek se elevó en el aire en un instante.

¡Oye! ¿Qué estás haciendo?

— Bueno, te llevaré a jugar en el agua, eso es todo.

Oye, Solar, ¡¡¡espera!!!

Solar levantó a Pobmek y lo arrojó al mar, saltando inmediatamente después. El agua helada lo envolvió, penetrando su piel. Pobmek emergió a la superficie y gritó:

Vaya, ¡realmente eres algo único!

Entonces, ¿satisfizo tu antojo?

—Estaba demasiado satisfecho.

Los dos sonrieron y se rieron el uno al otro.

—Lo que dijiste sobre querer jugar con Sun también... puedes intentar hacerlo como lo hice yo.

¿Eh? ¿A tu manera?

Sí. Cierra los ojos.

Pobmek cerró los ojos, escuchando a Solar. Sus párpados se cerraron y se dejó guiar por sus sensaciones.

—¿Recuerdas la pregunta que me hiciste hace un rato?

Pobmek asintió y movió ligeramente la cabeza.

Entonces... piensa en la respuesta e imagina a Chan.

Pobmek mantuvo los ojos cerrados. Empezó a formar la imagen de Sol, y el niño apareció con claridad en su mente. En ese instante, el pequeño Sol emergió, saltando del agua del mar, lleno de vida. Salpicó agua sobre Pobmek y Solar, jugando con ambos.

Los tres empezaron a jugar en el mar, riendo juntos. Sus risas se mezclaban, resonando en la playa. El ambiente era de felicidad; la calidez en sus corazones crecía, como si florecieran en su interior.

Solar, Pobmek y el pequeño Chan jugaban con un avión de espuma. El avión blanco volaba por los aires como una gaviota. Chan lo lanzó, y Solar y Pobmek corrieron a atraparlo. Los dos adultos competían para ver quién llegaba primero, sonriendo como niños.

Sol... aunque nunca nos hayamos conocido realmente...

Solar y Pobmek se agacharon para ver lo que el pequeño Chan escribía en la arena. Con un palito, trazó las letras con total concentración, frunciendo el ceño. Al terminar, mostró con orgullo: «Pobmek Solar» escrito en la arena. Chan sonrió, una sonrisa tan pura como una joya de cristal. Solar y Pobmek se miraron y se lanzaron al suelo para abrazar al pequeño en la arena, en un abrazo lleno de cariño. El abrazo fue suave y fuerte a la vez, un gesto de amor incondicional.

Pero yo sé... y siempre te he sentido durante todo este tiempo...

Solar, Pobmek y el pequeño Chan paseaban felices juntos en una bicicleta de tres plazas. El crujido de la cadena marcaba el ritmo de su alegría.

Tenerte en nuestras vidas... nos ha enseñado tantas cosas...

Los tres se sentaron a comer helado de coco. El helado estaba refrescante. Chan terminó manchándose la nariz con helado; la pequeña mancha blanca lo hacía aún más adorable. En lugar de que Solar se la limpiara, terminó manchándose la nariz también, uniéndose a la diversión.

Repartió el helado a propósito, con mucha picardía. Pobmek también le untó la nariz al otro. El desastre terminó convirtiéndose en cariño. Los tres estallaron en carcajadas, y sus risas resonaron como campanillas.

En el pasado... debimos habernos sentido heridos, frágiles... y confundidos... hasta el punto de castigarnos... pensando que no merecíamos el amor de nadie...

Chan miró el paso de peatones con aprensión. Sus ojos temblaban como los de un ciervo asustado. Solar y Pobmek le extendieron las manos; sus manos abiertas formaron un puente de seguridad. Chan sonrió y les tomó la mano, y luego los tres cruzaron la calle juntos. Sus pasos eran firmes, llenos de esperanza.

Pero escucha lo que te dice la maestra... Siempre has sido una niña encantadora. No has hecho nada malo... No tienes por qué culparte... Ya no tienes por qué tener miedo...

Solar y Pobmek llevaron a Chan a ver los peces del acuario. La luz azulada de los tanques iluminaba los rostros de los tres. Chan estaba asombrado; sus ojos se abrieron de par en par al observar los bancos de peces nadando. Señalaba todo con entusiasmo, jalando a Pobmek y Solar para mostrarles cada detalle. Los dos no podían dejar de sonreír: sonrisas amplias y sinceras, como un océano que nunca se seca.

Siempre hemos sido una luz para quienes nos rodean, como el sol mismo que nos calienta e ilumina. Somos lo suficientemente valiosos como para recibir buen amor, como cualquier otra persona. Cree en el profesor Chan...

Tonos naranjas y rojos pintaban el cielo, como una pintura a punto de ser borrada. El ambiente costero se acercaba a su fin. La temperatura bajó rápidamente, provocando un escalofrío, pero aún persistía el calor entre sus cuerpos apretados. Solar y Pobmek se sentaron juntos a contemplar la puesta de sol; el coche de Pobmek estaba aparcado un poco detrás de ellos. La sombra del vehículo se extendía por la arena, formando extrañas figuras. Solar apoyó la cabeza en el hombro de Pobmek. Sentía la cabeza pesada, pero la sensación de consuelo era aún más intensa. Entrelazaron sus manos; ese abrazo fue como un ancla que sostenía sus corazones para que no se alejaran.

— Pobmek...

— ¿Hm? ¿Qué pasa?

Nada... no es nada.

- Y sí.

—Sí... hay algo, pero dame algo de tiempo para prepararme.

Pobmek se rió de la reacción de su amada. La risa suave rompió la tensión por un momento.

—Solo quería decirte... gracias por traerme al mar con Sun, cumpliendo tu promesa.

Ajá...

Pobmek miró a Solar y asintió. En sus ojos, todo se podía leer sin necesidad de muchas palabras. Ambos volvieron la mirada hacia el sol, que descendía lentamente en el horizonte. El cielo estaba cubierto de tonos morado oscuro y dorado brillante.

Sopló una fuerte ráfaga de viento. La brisa marina trajo sal a sus rostros, provocando un intenso escalofrío que les recorrió la piel. Ambos cerraron los ojos para sentir el viento. Entonces Solar abrió lentamente los ojos y le habló a Pobmek; había determinación en su mirada, mezclada con una suave tristeza.

Pobmek... Tengo una petición que hacerte...

— Hm... ¿qué orden?

—¿Podrías... tocarme esa canción una vez más?

Pobmek abrió los ojos y se volvió hacia Solar, confundido. La duda se reflejaba en su mirada.

Esta vez...tiene que ser la última...

A Pobmek se le encogió el pecho. Un escalofrío le subió por la garganta. Aun así, forzó una sonrisa torcida, dolorosa, llena de algo que necesitaba ocultar. Asintió a Solar y se levantó lentamente, caminando hacia el coche. Cada paso era firme, pero su corazón temblaba por dentro.

Poco después, Pobmek regresó con su guitarra en mano. La silueta del instrumento parecía solitaria en el crepúsculo. Se sentó junto a Solar; sus cuerpos se unieron de nuevo. Solar le sonrió, una sonrisa que Pobmek atesoraría como la última de ese momento. Pobmek le devolvió la sonrisa con un gesto de la cabeza y comenzó a rasguear el tema inicial del programa de Assara con su guitarra. La melodía familiar se extendió por la quietud de la playa.

Tras tocar un rato, ambos cerraron los ojos. Dejaron que todos sus sentidos se sumergieran en el ritmo de la música.

Los recuerdos inundaron sus mentes como una presa que se rompe: la imagen de Chan cantando con Saran después de descubrir la verdad sobre Assara, los ojos de Sun llenos de una comprensión demasiado madura para su edad.

La imagen de Chan jugando con globos de colores con Pranee en casa, los colores se extienden como una liberación de las restricciones.

La imagen de Chan, Pobmek y Phafan abrazándose fuertemente en el hospital, su abrazo empapado en lágrimas de alegría.

La imagen de Sun presentándose ante sus padres el día de la reunión de padres y maestros, con el orgullo brillando en sus ojos.

La imagen de Chan dirigiendo a sus compañeros durante la presentación en clase el día de teatro, con su vocecita dominante y llena de energía.

La imagen de Chan sentado escuchando música de un CD con Pobmek, un momento tranquilo de conexión y paz.

La imagen de Chan dibujando mientras Pobmek lo ayudaba a secarse, el cuidado transformado en trazos sobre el papel.

Y la imagen de Chan llorando bajo la manta, cuando Pobmek le ofreció un dulce, y, esta vez, fue el propio Chan quien retiró la manta y aceptó el dulce. La manita que recibió ese gesto de cariño fue el comienzo de todo el viaje vivido a lo largo de esos seis meses.

Pobmek y Solar abrieron los ojos. Frente a ellos, Chan, sentado, escuchaba la música. Parecía lúcido, como un sueño hecho realidad. Ahora, Chan les sonreía con lágrimas en los ojos; una sonrisa pura, como la última luz antes del fin del día. Los ojos de Pobmek y Solar se llenaron de lágrimas; tantas emociones se agolparon a la vez que casi se les cortó la respiración.

A medida que la música se acercaba al final, Chan cerró lentamente los ojos, absorbiendo la melodía por última vez. Su respiración se calmó, cada vez más suave. Sonrió con serenidad. Todo el dolor finalmente se había aliviado.

Y la música terminó. El sonido de la guitarra se desvaneció, dejando paso al silencio. Chan ya se había ido. El espacio frente a ellos estaba vacío de nuevo, pero lo que sentían en su interior no estaba vacío.

Pobmek y Solar, con los ojos llenos de lágrimas, se miraron. Sus miradas reflejaban dolor y comprensión mutua. Se abrazaron con fuerza, un abrazo que simbolizaba una despedida final y un apoyo eterno. Las lágrimas fluían sin parar; la tristeza se desbordaba como un torrente imparable.

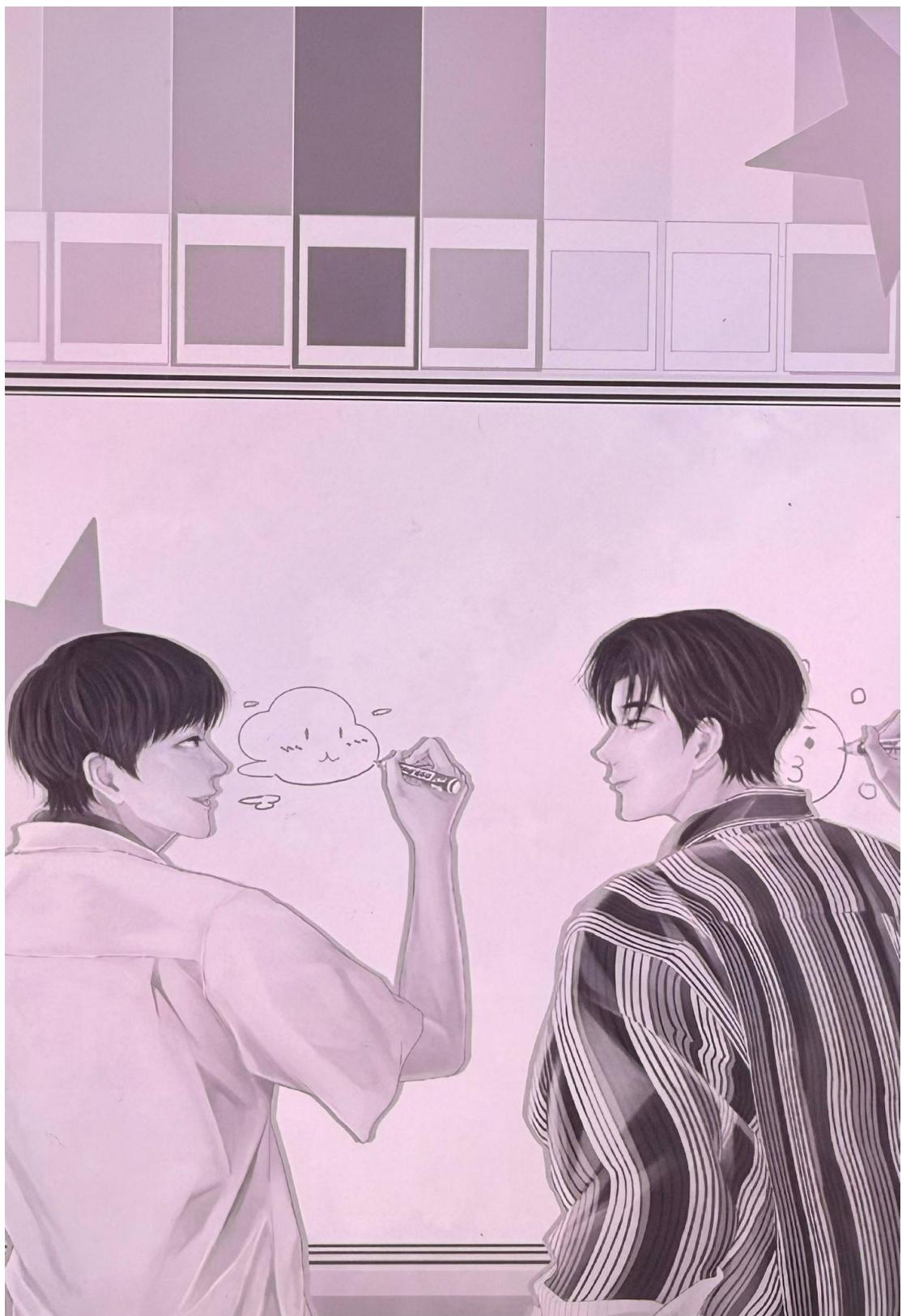
Solar consoló a Pobmek, su voz temblaba como un hilo a punto de romperse:

No estéis tristes... El sol no se ha ido de nuestras vidas...

Solar sostuvo la mano de Pobmek, su tacto era cálido y firme.

—Yo soy el Sol... y el Sol soy yo... somos parte el uno del otro... él estará con nosotros por siempre... aquí dentro...

Solar llevó la mano de Pobmek a su pecho. La calidez de la mano de Solar se extendió al corazón de Pobmek. Al ver esto, Pobmek rompió a llorar de nuevo, un llanto como el de un niño que acaba de experimentar una pérdida por primera vez. Los dos se abrazaron con fuerza, un abrazo final que pareció sanar todas las heridas, mientras el sol se ponía en el horizonte del mar. La oscuridad avanzaba lentamente, pero sus corazones brillaban, iluminados por los recuerdos.



Capítulo final

La cortina gris que bloqueaba la luz estaba completamente cerrada, apenas dejando pasar el sol del exterior. El ambiente dentro de la habitación era oscuro y sofocante, como si aún fuera casi medianoche. Wayo, un joven de veinticuatro años, dormía despatarrado en la cama, con el cuerpo abierto sobre el colchón como una estrella de mar varada. Su sueño era profundo; su respiración iba y venía a un ritmo regular, hasta el punto de parecer un cuerpo sin vida.

Fue entonces cuando el timbre del celular, con el nombre "Thara" en la pantalla, resonó de repente. El fuerte sonido rompió el silencio, como una corneta que despierta a un centinela. Aún somnoliento, Wayo buscó a tientas el teléfono y contestó, buscando el dispositivo a ciegas, con la torpeza de quien no puede ver.

Oye, yo, ¿dónde estás?

—Qué pregunta... Estoy en mi habitación, duh...

— ¡Ya son casi las ocho, maldita sea!

Wayo se despertó sobresaltado. Sus ojos se abrieron tanto que parecieron salirse de sus órbitas. Se levantó de un salto; el movimiento repentino hizo que la manta se arrugara y cayera a los pies de la cama.

Sobre la cabecera había una foto de él con Thara en su aula de primaria. La fotografía, firmemente enmarcada, era la prueba de una promesa que estaba a punto de romperse.

El sol estaba en su cenit, quemando el hormigón frente a la puerta de la escuela hasta que ardía.

Thara colgó el teléfono. El suave clic al finalizar la llamada marcó el final de aquella tensa conversación. Entonces dejó escapar un suspiro largo y profundo, tan fuerte que casi ahogó el ruido de los coches que pasaban. El guardia de seguridad lo notó y bromeó:

¡Guau! ¿Tan joven y suspirando así? Es casi como si estuviera a punto de jubilarse.

—¡Déjame quejarme un poco, tío! Mi novio me prometió al principio que vendría a hacer sus prácticas conmigo todas las mañanas. Pero mira... el tiempo pasa, la gente cambia. ¡Es demasiado complicado! —se quejó Thara de su novio.

Fue entonces cuando sonó la campana, anunciando el inicio de la clase. El largo sonido de la campana resonó, como un reloj que regresa a la realidad.

—Pero ahora, profesora Thara, he tenido tiempo suficiente para desahogarme. Ya empezó la primera clase, ¿lo ve?

—¡Maldita sea! ¡Disculpe, tío! —Thara entró corriendo en la escuela. Salió disparado como un corredor contrarreloj. El guardia de seguridad simplemente le estrechó la mano.

cabeza, riendo; la leve sonrisa en su rostro demostraba que comprendía bien el caos de la juventud.

En el aula, el ambiente era tenso entre los niños. La pizarra decía: "Elección de Líder de Clase: Elsa VS King — 3.er Grado A". La Banda de las Princesas y la Banda de los Cuatro Reyes lideraban los grupos, uno frente al otro. Su postura era seria, como si estuvieran en una cumbre de líderes mundiales. Campanilla golpeó la pizarra para dar inicio a la "reunión"; el seco sonido —"toc, toc"— marcó el comienzo de la competencia.

Bueno, quien vote por Elsa, que levante la mano.

Las niñas levantaron los papeles con el nombre "Elsa". Aurora los contó y escribió con cuidado el número 6 en la pizarra.

— Quien vota por el Rey, que levante la mano.

Los niños levantaron los papeles con el nombre "King" escrito. Aurora contó y escribió otro 6 junto al primer número, de forma provocativa.

"Es un empate", confirmó Campanilla.

—Pero nuestra clase tiene 13 alumnos, ¿verdad? ¿Quién no ha votado todavía? —preguntó Elsa, sorprendida.

Todos se giraron para mirar al exdelegado de la clase, quien estaba sentado hosamente, haciendo pucheros a sus compañeros. Su rostro estaba sombrío, amargo como un limón verde.

—Representante... quiero decir, Meiang, no fuiste elegida otra vez, pero eso no significa que puedas abstenerse de votar, ¿entiendes? —dijo Elsa con firmeza.

Meiang se puso de pie. El simple gesto provocó una ligera sacudida en el ambiente ya tenso. Luego arrugó el papel y se lo lanzó a sus compañeros. La bolita de papel salió disparada con la fuerza de un proyectil. Sus amigos se sobresaltaron; pequeños gritos resonaron juntos, como pájaros asustados. Elsa se llevó la mano al pecho, exagerando su reacción, como una actriz de teatro.

¡¡¡Quien quiera ser, que sea!!!

—¡Miren, ese tipo está intentando agitar la política otra vez! —se burló King.

King arrugó un papel y se lo lanzó también a Meiang. Se declaró la guerra de bolas de papel. Meiang lo esquivó y rápidamente arrugó otro papel para contraatacar. King le arrebató un papel a un compañero, lo arrugó y lo volvió a lanzar. Los papeles volaron por los aires como nieve en pleno verano. El ambiente empezó a tornarse caótico.

—¡Ay, estos niños nunca crecen! —Elsa empezó a perder la paciencia...

Fue entonces cuando un trozo de papel arrugado salió volando y golpeó a Elsa en la cabeza. Se oyó un sordo "¡pop!". Elsa estalló de rabia; una vena se le hinchó en la sien como la raíz de un árbol que brota del suelo.

— ¡¡¡Aaaaaah!!! ¡Una chica como yo no podría con esto!!!

Elsa agarró trozos de papel de sus compañeros, los arrugó y empezó a lanzárselos a King y a Meiang. Su ira estalló como un volcán que llevaba mucho tiempo inactivo. El ambiente se volvió caótico: los niños empezaron a lanzarse bolas de papel y el aula se convirtió en un campo de batalla.

Un montón de papeles infernales volando por todas partes.

Fue en ese momento que Wayo entró y se encontró cara a cara con la escena. Se detuvo en la puerta, atónito, como si viera una ilusión. Se quedó sin palabras; apretó la mandíbula por la sorpresa.

"¡¿Qué está pasando aquí?!" gritó.

El grito de Wayo no pudo calmar a los niños. Su voz era demasiado débil para detener la tormenta que se avecinaba. Y entonces, un trozo de papel arrugado salió volando y golpeó a Wayo de lleno en la cara, con la precisión de un misil. Al instante, toda la sala quedó en silencio. El silencio que se apoderó de él fue tan pesado como una piedra.

Wayo contuvo su arrebato, hablando con los dientes apretados y una sonrisa forzada. Su rostro sonreía, pero sus ojos ardían de rabia.

Niños... ustedes saben que jugar así es romper las reglas de la escuela...

—Bueno, el profesor Wayo llegó tarde. Eso también infringe las normas escolares, ¿no? — replicó Cuatro.

Wayo casi explotó ante la cortante respuesta. Su ira solo aumentó al oírla. Agarró un trozo de papel, lo arrugó y se preparó para lanzárselo a los niños...

Su mano se apretó con tanta fuerza que sus tendones se rompieron.

"Oh, querido... estos niños... la maestra se unirá a la diversión con ustedes en cualquier momento", murmuró, a punto de lanzar la bola de papel.

Antes de que pudiera lanzar, se oyó la suave tos de una mujer tras él. El suave carraspeo de su garganta tuvo más peso que el grito de Wayo.

—Profesor Wayo...

Wayo se giró y, al ver que era Sodchuen, se sobresaltó. Su cuerpo se congeló al instante, como un robot que hubiera recibido la orden de "detenerse". Thara estaba junto a Sodchuen, con el rostro pálido como el papel, y una expresión nada agradable. Wayo juntó las manos a modo de saludo.

Buenos días, Director Sodchuen...

El aire en la oficina del director olía a madera y papel, fresco y organizado, en marcado contraste con el caos que acababa de ocurrir. La luz del sol se filtraba suavemente a través de la fina cortina, creando una atmósfera seria y solemne.

Wayo y Thara se sentaron abatidos ante Sodchuen. Tenían los hombros hundidos, como si un gran peso los oprimiera.

"Profesor Wayo, como llega tan tarde, los niños terminan imitándolo, ¿sabe?", dijo Sodchuen.

Lo siento, es que soy como un búho... Siempre me despierto tarde...

"Bueno, sabiendo eso, ¿no es aún más extraño querer ser profesor? Los profesores tienen que madrugar, ¿no?", replicó el director.

—En realidad... sólo quería acercarme a...

Wayo miró a Thara. En sus ojos se reflejaba todo lo que su boca no se atrevía a decir. Thara lo interrumpió rápidamente, con el rostro repentinamente tenso.

—¿Por qué me mira así, profesor? ¡No me lo diga!

"Está perfectamente claro..." gritó la voz de un joven detrás de los tres.

Jee entró en la habitación para unirse a la conversación. Su andar relajado contrastaba marcadamente con la atmósfera tensa. Se detuvo junto a Sodchuen y habló provocativamente, con una sonrisa pícara:

—Mira, ahí está nuestro pequeño lunático enamorado.

Wayo sonrió torpemente, aceptando la verdad. Sus mejillas se sonrojaron como cerezas recién cogidas. Al ver esto, Sodchuen negó con la cabeza y dejó escapar un largo suspiro; era evidente que la mitad de su paciencia se había desvanecido.

— Ugh... déjà vu total... Creo que tendré que llamar a esos dos para solucionar esto.

"Genial, increíble. El resultado de ser el director más destacado de la época, ¿no?", bromeó Jee con el nuevo director.

Sodchuen sonrió con orgullo. Sus ojos brillaban de satisfacción, mientras Wayo y Thara intercambiaban miradas confusas; casi se podía imaginar signos de interrogación flotando sobre sus cabezas.

Desde el interior de la habitación, se extendía el sonido de una guitarra y música. La melodía era alegre, ligera como el tintineo de una campanilla de viento en la brisa. Una conocida canción inglesa llenaba el pasillo. Sodchuen, Jee, Wayo y Thara se acercaron a la puerta y se detuvieron en el umbral para observar.

Dentro, Pobmek cantaba y jugaba con los niños de la clase de inglés. Su rostro irradiaba alegría y diversión, como si estuviera en un concierto privado. Parecía genuinamente feliz allí con los estudiantes; su sonrisa era más sincera que nunca.

"¿Puedes creer que el profesor Pobmek odiaba a los niños?", Jee le dio un codazo a su amigo.

—¿Eh? ¿Profesor Pobmek? ¿En serio? Parece tan involucrado con los estudiantes...

¿Sabes qué le hizo cambiar de opinión?

"¿Un aumento?" preguntó Thara con la mayor audacia.

"Si así fuera, sería mejor cambiar de profesión, ¿no? No, la razón es esa de allá", dijo Sodchuen, señalando a Solar, quien en ese momento bailaba y cantaba con Pobmek dentro de la habitación. Solar se movía por todas partes, divirtiéndose, como si nada en el mundo pudiera contener su felicidad.

¿Profesor Solar?

"Así es... cuando sabes por qué estás haciendo este trabajo, encuentras su valor y aprendes a hacerlo con alegría", dijo Sodchuen.

Thara y Wayo asintieron en silencio, absorbiendo sus palabras poco a poco.

"¡Guau! Escuchar eso de la directora me recuerda el día que mi amiga dio ese discurso", comentó Jee, mirando a su mejor amiga, que ahora bailaba con su novio. El vínculo entre las dos profesoras era fuerte y evidente.

De vuelta al día de la graduación...

Los focos del escenario iluminaron la sala, llenándolo todo de alegría. Los aplausos aún resonaban tras el discurso de Solar. Los aplausos sonaban como olas rompiendo en el océano. Entonces Solar continuó:

Entonces, me gustaría aprovechar esta oportunidad para invitar al Profesor Pobmek a decir también algunas palabras, ¿le parece bien?

Pobmek se quedó sin palabras. Su expresión cambió al instante a la de sorpresa. Avergonzado, no quiso subir a hablar; sus piernas parecían congeladas, como raíces clavadas en el suelo. Pero niños y adultos comenzaron a aplaudir al unísono. El sonido de cientos de aplausos resonó con fuerza como una tormenta.

Pobmek miró a Phafan y la vio aplaudir también. La sonrisa orgullosa de su madre fue el mayor impulso que pudo recibir. Jee y Sodchuen tuvieron que empujarlo suavemente hacia adelante; el ánimo de sus amigos lo hizo avanzar casi a la fuerza. Solar pasó junto a él y se paró junto a sus colegas, reemplazándolo. Las miradas de Solar y Pobmek se cruzaron por un instante, cargadas de significado.

Pobmek caminó torpemente hacia el centro del escenario, visiblemente nervioso. La tensión le recorría el cuerpo como una corriente eléctrica. Encendió el micrófono y un silbido agudo resonó en la sala. Niños y padres se taparon los oídos; el siseo penetrante les lastimaba los tímpanos como si les estuvieran clavando una cuchilla.

El ruido cesó pronto. Pobmek hizo una mueca incómoda, forzó una sonrisa torcida, algo forzada, y habló por el micrófono:

— Hola niños y a todos los padres y tutores... Soy el profesor Pobmek... bueno... en realidad hoy no sé mucho qué decir... así que les contaré una pequeña historia, ¿de acuerdo?

Aunque estaba nervioso, se le escapó una sonrisa.

Esta historia... trata sobre un hombre. Era profesor... pero el problema es que este profesor no se sentía para nada conectado con este tipo de cosas...

El suave sol del mediodía iluminaba el colorido suelo de goma. La Banda de los Cuatro Reyes Magos recitaba las tablas de multiplicar en el patio; las voces de los niños se mezclaban con las risas, creando un alegre murmullo.

Con Pobmek sentado a su lado, recitando con ellos. Su rostro estaba relajado, feliz de ser parte de ese momento.

Pero él logró salir adelante de todo eso porque tuvo otro maestro a su lado, alguien que siempre lo apoyó.

El ambiente en el aula rebosaba creatividad. La Banda de Princesas ensayaba la obra frente a la clase, cada una metiéndose en el papel con seriedad, como actrices profesionales. Solar observaba con orgullo, ayudando a dirigir y actuando con los niños. En sus ojos se reflejaba un cálido afecto al observar a los estudiantes.

En el gimnasio, el olor a sudor mezclado con polvo de tiza impregnaba el aire. Jee sostenía a un niño colgado de la barra, con los músculos de los brazos tensos mientras sostenía el pequeño cuerpo.

Entonces, uno de los niños, con picardía, tocó la camisa de Jee con la mano manchada de tiza. La mancha blanca era claramente visible en la tela oscura. Jee se quedó paralizado un instante, frunciendo ligeramente la ceja con sorpresa. Los demás niños observaban con aprensión, temerosos de que la maestra se quejara. Pero en cambio, Jee esbozó una amplia sonrisa, y la tensión de los niños se disipó al instante. Poco después, él mismo mojó la mano en la tiza y corrió tras los pequeños para jugar. Jee corría como el viento; los niños corrían por el gimnasio en un alboroto estruendoso, con sus grititos resonando por todas partes.

Al fin y al cabo, ser profesor no es tan diferente a ser niño.

La sala de reuniones se llenó de un ambiente serio. Las luces fluorescentes brillaban intensamente. Sodchuen y Pang se reunían con los profesores de la escuela. El siguiente texto apareció en el proyector:

"Presupuesto de Educación – Año 2026".

Sodchuen lo explicó todo con firmeza. Habló con seguridad y claridad, como una abogada defendiendo un caso. Pang la observó con visible desagrado; su mirada era dura como el hielo. Al terminar la presentación, Pang se puso de pie. Todos se tensaron, conteniendo la respiración, esperando su reacción.

Entonces, para sorpresa de todos, Pang se acercó a Sodchuen y le estrechó la mano, aprobando el presupuesto solicitado. Ese apretón de manos transmitió comprensión y cooperación. Toda la sala estalló en aplausos: aplausos de alivio y triunfo. Sodchuen y Pang se sonrieron, sonrisas tan amplias como flores recién abiertas.

Si los niños están en una fase de crecimiento y aprendizaje, los profesores también están creciendo y aprendiendo todo el tiempo.

Una ligera brisa traía el aroma de la tierra y la hierba. Pobmek tocaba la guitarra y cantaba para los niños reunidos. El sonido era suave, como el agua corriendo. Al terminar la música, los niños aplaudieron, encantados. Pobmek sonrió feliz; la alegría se le dibujaba en el rostro. Al levantar la vista, vio a Solar observándolo desde lejos. Sus miradas se cruzaron, diciéndoselo todo sin palabras. Se sonrieron.

Y así es el hermoso crecimiento... cuando tenemos a alguien a nuestro lado que camina junto a nosotros.

La fiesta de Navidad estaba llena de luces centelleantes. El grupo de profesores se había reunido para celebrar en el condominio. El ambiente era cálido y animado, con el intercambio de regalos. Jee sacó un juguete de construcción, pero faltaba una pieza. Empezó a buscar la pieza que faltaba, inquieto, recorriendo la habitación con la mirada.

Al levantar la vista, vio que Pobmek tenía la pieza en la mano. Una sonrisa traviesa se dibujó en el rostro de Pobmek. Jee corrió tras él para recuperarla, y Pobmek corrió para escapar. La persecución entre ambos fue tan divertida como la de los niños. Sodchuen y Solar estallaron en carcajadas; sus risas sonaban tan claras como campanas.

Aún quedan muchos obstáculos por delante, dispuestos a ponernos a prueba, provenientes de nosotros mismos... o incluso de aquellos a quienes amamos.

En casa de Pranee, el ambiente era cálido y familiar. Pranee, Phafan y Saran veían un video que les había enviado su hijo: un clip de los dos profesores enamorados tocando la guitarra y cantando en la fiesta de Navidad, con Solar disfrazado de erizo. El disfraz de erizo se veía increíblemente adorable.

Pranee, Phafan y Saran sonrieron, divertidos, mientras "shipeaban" a su hijo. Sus sonrisas estaban llenas de esperanza y amor. Luego, brindaron con cerveza, felices; el suave tintineo de las copas producía un sonido de "tlim".

Los pequeños momentos de felicidad en la vida de los profesores transcurrían lentamente, como una película en el cine. Los tres se sentaron a comer shabu juntos en la fiesta; el vapor tibio de la olla les calentaba el rostro, creando una sensación agradable y reconfortante.

Esta historia aún no ha terminado, ya lo sabes...apenas está empezando.

La ligera tensión del importante momento aún se cernía sobre el escenario de la ceremonia de graduación. Pobmek continuó hablando con los niños, maestros y padres:

Pero esta historia me hizo darme cuenta de que... realmente me encanta ser maestra... muchas gracias.

Cuando Pobmek terminó, todos aplaudieron. El sonido de los aplausos resonó con fuerza, lleno de emoción. Phafan aplaudió sin parar, con el rostro bañado en lágrimas de felicidad y los ojos llenos de orgullo por su hijo.

Solar miró a Pobmek con lágrimas en los ojos. Su mirada reflejaba amor y alegría. Pobmek le devolvió la sonrisa, devolviéndole la mirada con orgullo. Sus sonrisas hablaban de un largo camino de amor y crecimiento.

De fondo, el sonido de la guitarra y el canto de los niños aún resonaban suavemente dentro del aula: una melodía que devolvía la calidez al presente.

Sodchuen habló con Thara y Wayo, quienes aún permanecían en la puerta. El rostro de la directora era firme y su voz, segura:

Créanme... el trabajo que hacen tiene un valor real. Solo necesitan descubrir ese valor por ustedes mismos, y eso es todo...

Thara y Wayo asintieron. El peso que antes pesaba sobre sus hombros se disipó gradualmente, como nubes que se disipan con el viento. Volvieron la mirada hacia Solar y Pobmek, que estaban adentro, enseñando alegremente a los niños. Las sonrisas y risas de los dos maestros brillaban más que el sol de la mañana.

La campana sonó con fuerza, marcando el final de la jornada escolar. Los niños se marcharon poco a poco, corriendo emocionados fuera del edificio, ansiosos por regresar a su pequeño mundo.

Solar acompañó al último estudiante hasta la salida. Saludó con la mano hasta que el niño desapareció de la vista, luego se giró y vio a Pobmek saliendo del edificio. Su andar era ligero y tranquilo, como si ya no cargara con ningún peso.

Solar sonrió ampliamente y saludó. Su sonrisa era tan brillante como un girasol. Al ver a Solar, Pobmek le devolvió la sonrisa; el cansancio del día se desvaneció al instante al ver el rostro de su amada.

Corrió hacia Solar y le tomó la mano. El gesto surgió con naturalidad, como tantas otras veces. Pero, en el instante en que sus dedos se entrelazaron, Pobmek sintió algo extraño, una sensación vaga, como la niebla matutina que oscurece los pensamientos. Solar lo notó y le pareció extraño:

— ¿Hm? ¿Pasó algo?

— Nada... es que... aún no me he acostumbrado.

¿De qué se trata toda esta charla? Después de tanto tiempo juntos, ¿todo por algo tan simple como tomarse de la mano?

—No es eso... ya me he acostumbrado a coger tu mano... a lo que aún no me he acostumbrado es a esto —dijo Pobmek, levantando sus manos entrelazadas para que Solar las vieran.

Sus manos estaban apretadas, como si nunca se soltaran. Solar siguió su mirada y notó algo allí. Su mirada se posó en sus dedos entrelazados y entonces sonrió, una sonrisa llena de comprensión y de un vínculo que ahora parecía finalmente completo.

La emoción y los aplausos aún resonaban en el auditorio después de que Pobmek terminara su discurso de aceptación. Su expresión estaba llena de un orgullo que brillaba como estrellas. Solar subió al centro del escenario para cerrar la ceremonia.

Caminó con seguridad, pero terminó tropezando con el borde de la alfombra y cayendo de rodillas, en una posición tan perfecta que parecía casi una puesta en escena. Campanilla vio la escena e inmediatamente empezó a "shippearlos", hablando en voz alta, con los ojos abiertos de emoción, como si acabara de presenciar una escena de cuento de hadas:

¡Profesor Solar! Le va a proponer matrimonio al profesor Pobmek, ¿verdad?

Los niños, maestros y padres comenzaron a gritar en un alboroto. Los gritos estridentes se elevaban tanto que parecía que el techo iba a volar. Pobmek miró a Solar commocionado, como si lo hubieran golpeado a gran velocidad. Solar, todavía de rodillas, agitó las manos en señal de negación; sus dedos temblaban ligeramente de nerviosismo al ponerse de pie.

—Sí... ¡no es eso!

Pero Elsa se unió y dirigió el coro. Su pequeña voz terminó creando un poder enorme:

¡Pregunta! ¡Pregunta! ¡Pregunta!

Los niños se unieron, y pronto el coro creció como una ola. Incluso Saran, Pranee y Phafan se unieron a los vítores. El ánimo de los adultos era tan fuerte y sincero como el de los niños.

¡Pregunta! ¡Pregunta! ¡Pregunta!

Pobmek y Solar estaban atónitos, sin saber qué hacer, como perdidos en la niebla. Solar dudó un segundo y luego le habló a Pobmek:

Espera un minuto, ¿de acuerdo?

Pobmek permaneció inmóvil en el escenario, rígido como una estatua. Solar corrió hacia Jee y Sodchuen, veloz como un pequeño tornado.

Se quedaron allí hablando. La expresión de Sodchuen era de asombro, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa. Jee salió corriendo del escenario; desapareció en la oscuridad tras las cortinas. Sodchuen rebuscó apresuradamente entre sus cosas y le entregó algo a Solar. El pequeño objeto pasó de mano en mano con urgencia, como si fuera un tesoro preciado. Jee regresó corriendo, ahora con la marioneta de erizo en sus manos. La marioneta reapareció una vez más como el ayudante esencial. Se la entregó a Solar, y Solar corrió hacia Pobmek, quien seguía de pie en medio del escenario, sin entender nada. El corazón de Pobmek latía a toda velocidad.

— Profesor Pobmek...

- Sí...

Solar se arrodilló. Esta vez, no fue por casualidad, sino por decisión firme. Pobmek estaba en shock; en ese instante, parecía que el mundo entero había dejado de girar. Solar abrió la boca del erizo, manipulándolo con la destreza de una auténtica titiritera. Al abrirla, reveló un aro de caramelo dentro. El foco lo iluminó, haciéndolo brillar como un diamante de verdad.

¿Quieres casarte conmigo?

Pobmek se quedó sin palabras. La sorpresa llegó como una ola gigante. Luego, lentamente, sonrió, con los ojos llenos de lágrimas; lágrimas de felicidad brotaban de sus ojos.

—Quiero...por supuesto que quiero.

Niños, padres y maestros prorrumpieron en gritos de alegría. La conmoción fue tan fuerte como la de una presa al romperse. Pobmek ayudó a Solar a ponerse de pie, tirando de él con suavidad. Ambos se abrazaron con fuerza; el abrazo fue cálido y firme, como en casa.

"¡Beso! ¡Beso! ¡Beso!" gritó Elsa a todo pulmón.

—¡Beso! ¡Beso! ¡Beso! —todos se unieron al coro.

Solar y Pobmek intercambiaron miradas vacilantes. Sus rostros se sonrojaron, del color del cielo crepuscular. Luego, lentamente, se acercaron. Sus cuerpos se acercaron, lenta pero seguramente.

Los padres, apresurados, cubrieron los ojos de sus hijos, con las manos como una cortina. Pero los niños miraban a través de los dedos, con sus ojitos curiosos intentando verlo todo.

Mientras Solar y Pobmek estaban a punto de besarse, sus rostros cada vez más cerca, terminaron colocando el títere de erizo entre ellos y "besándose" a través de la mejilla. El pequeño erizo se convirtió en la personificación de su amor travieso.

Los niños abuchearon en tono de broma:

—¡Oh, vamos, profesor, qué aburrido! —se quejó Cuatro.

"Sí, eso es típico de la Generación Y, cero 'sigma'", enfatizó King.

Estudiantes, profesores y padres estallaron en carcajadas, llenos de alegría y celebración. Las risas se fundieron en una melodía de felicidad. Solar y Pobmek también rieron e intercambiaron sonrisas. Sus manos entrelazadas ahora lucían anillos de caramelo en sus dedos.

—testigos de su amor en ese momento.

Ese dulce recuerdo se desvaneció poco a poco, dando paso al tranquilo silencio de la noche presente. Ahora, ambos llevaban anillos auténticos. El frío metal en sus dedos simbolizaba un firme compromiso.

"Aunque todavía no me he acostumbrado... me gusta más así", dijo Pobmek.

"Sí... yo también", respondió Solar.

Se sonrieron. La sonrisa transmitía la confianza que da una vida construida juntos durante tanto tiempo de amor.

Todo a su alrededor pareció ralentizarse, como si el tiempo se hubiera detenido. Los dos se inclinaron y se besaron tiernamente: un beso suave y delicado, que confirmaba un amor profundo.

Nuestra historia aún no ha terminado...

—En el futuro... surgirán muchas más historias...

Pero estamos seguros de que podremos superarlos todos...

La última luz dorada los cubrió. Tras el beso, entrelazaron sus manos. El firme apretón les recordó el camino que habían elegido juntos. Entonces, los dos profesores enamorados salieron de la escuela. Sus sombras se extendían por el césped, como una historia de amor interminable.

Porque pase lo que pase, estaremos ahí el uno para el otro...

- Para siempre...

— Texto en la tarjeta de boda del Profesor Pobmek y el Profesor Solar Fim.

